

Universidad Nacional Autónoma de México
Posgrado en Estudios Latinoamericanos
Facultad de Filosofía y Letras



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

SUBALTERNIDAD, ANTAGONISMO Y AUTONOMÍA

**Un enfoque categorial para el estudio de los movimientos socio-
políticos en América Latina**

TESIS

que para obtener el título de

DOCTOR EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

presenta

MASSIMO MODONESI

Director de tesis: Dr. Horacio Crespo

México, D.F.

Agosto 2009



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

A Tesita.

A Horacio Crespo, Elvira Conchiero, Lucio Oliver, Raquel Sosa y Eduardo Ruíz Contardo, por la confianza y el apoyo.

A los amigos y colegas que sembraron este texto con sus contribuciones: Guillermo Almeyra, Maristella Svampa, Benjamín Arditi, José Gandarilla, Jaime Massardo, Fernando Munguía, Roberto Oseguera, Hernán Ouviaña, Matari Pierre y Hugo José Suárez.

A las luchas antineoliberales y anticapitalistas porque le dan sentido a la historia y, de paso, a este trabajo.

Índice

Introducción	p. 3
Capítulo I. Subalternidad	p. 17
1. Subalternidad, dominación y subordinación	
2. La subjetivación subalterna en el pensamiento de Gramsci	
3. De la subalternidad al subalternismo: los <i>Subaltern Studies</i>	
4. Conclusión	
Capítulo II. Antagonismo	p. 54
1. Antagonismo, lucha e insubordinación	
2. El movimiento obrerista en Italia: teoría y praxis antagonista	
3. La subjetivación antagonista en la obra de Negri de los años 70	
4. Conclusión	
5. <i>Excursus</i> . antagonismo y autonomía en la obra posterior de Negri	
Capítulo III. Autonomía	p. 113
1. Autonomía, independencia y emancipación	
2. La subjetivación autónoma en las reflexiones de <i>Socialismo o Barbarie</i>	
3. El movimiento autogestionario en Francia: teoría y praxis autonómica	
4. Conclusión	
Capítulo IV. Articulaciones	p. 178
1. Desencuentro	
2. Homología	
3. Especificidad	
4. Complementariedad	
Capítulo V. Los movimientos latinoamericanos ante el cambio de época. Entre la subalternidad, el antagonismo y la autonomía	p. 215
1. Militarismo, neoliberalismo y subalternidad	
2. Antagonismo y fin de época	
3. La experiencia argentina	
4. La experiencia boliviana	
5. Los laberintos del cambio de época: entre subalternidad, antagonismo y autonomía	
Bibliografía	p. 266

Introducción

Los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía* se gestan en seno a la reflexión marxista sobre el sujeto y la acción política, la cual constituye una constante que, partiendo del pensamiento de Karl Marx, se prolonga a lo largo de los grandes debates del marxismo contemporáneo en la búsqueda de claves de lectura que permitan entender cómo “los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su voluntad, bajo condiciones elegidas para ellos mismo, sino bajo condiciones directamente existentes, dadas y heredadas”.¹

Al interior de este vasto campo de indagación sociológica, estos conceptos de origen marxista sobresalieron tanto por su difusión en el lenguaje académico y en el discurso político como porque se colocaron en el centro de enfoques y perspectivas teóricas orientadas a caracterizar los procesos de *subjetivación política*, es decir, las formas y las dinámicas de conformación de subjetividades políticas en torno a conjuntos o series de experiencias colectivas surgidas de *relaciones de dominación, conflicto y emancipación*.²

¹ Karl Marx, El dieciocho brumario de Luis Bonaparte, Alianza, Madrid, 2003, p. 33.

² Los procesos de subjetivación política se refieren, en un plano más concreto pero igualmente amplio, a la formación y desarrollo de movimientos socio-políticos. Socio-políticos en la medida en que, desde la óptica marxista, esta articulación excluye y niega cualquier hipótesis de autonomía absoluta de lo político o de autonomía de lo social, sin dejar de reconocer ámbitos específicos al interior de esta irreductible y constante imbricación. En este sentido, considero

I.

El primer objetivo de este trabajo será estudiar los esfuerzos teóricos vertebrados alrededor de los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía*, evaluando sus alcances y sus límites explicativos para rescatarlos, destacarlos y delimitarlos como instrumentos analíticos marxistas para el análisis de los procesos de *subjetivación política*.

Los primeros tres capítulos serán dedicados, por lo tanto, al análisis de la génesis y el desarrollo teóricos de estas tres categorías, revisando la obra de los autores que las adoptaron y los momentos históricos desde los cuales surgieron sus reflexiones, asumiendo que -tratándose de intelectuales marxistas y dirigentes comunistas- su pensamiento está no sólo estrechamente vinculado a la realidad social sino estratégicamente orientado a sostener una serie de prácticas y de líneas de acción política.

Para cada concepto, antes de abordar el análisis de las teorizaciones centradas en los tres conceptos, será necesario ubicar, aunque sea en forma concisa, sus orígenes y sus usos previos en el pensamiento marxista clásico y contemporáneo para poder relevar los problemas políticos y teóricos a los que estas categorías aluden así como para delimitar el

que la denominación “movimientos sociales” es tan abarcadora que resulta ambigua y, por otra parte, acarrea una connotación despolitizadora, propia del momento en la cual se gestó y se difundió en el mundo académico y de los “objetos de estudio” a los cuales se refería -respectivamente los años 70 y los movimientos “socio-culturales” (Touraine, Melucci, etc.). Al mismo tiempo, puede resultar equívoca la analogía entre la noción de *movimiento* y de *sujeto*, siendo que la primera presupone un nivel de consolidación interna -en particular de carácter organizacional- superior a la segunda. Por otra parte, en sentido inverso, la noción de *sujeto* presupone una coherencia interna a nivel de la identidad superior a la de *movimiento*, entendido como marco compartido al interior del cual puede convivir cierta diversidad o pluralidad. Sin embargo, en la óptica de este trabajo, la referencia al *sujeto* corresponde al plano más general y abstracto en el cual distinguimos y ordenamos los elementos analíticos mientras que el *movimiento* remite al referente concreto de aplicación del análisis.

perímetro de los campos teóricos en los que surgieron. En efecto, es evidente que, más allá del uso de estas categorías, las problemáticas que les corresponden aparecen y ocupan un lugar fundamental en toda la tradición marxista y se refieren a las implicaciones subjetivas de las relaciones de dominación, conflicto y emancipación y, en particular, al cruce, la sobreposición y el pasaje entre *espontaneidad* y *conciencia*.

Al interior de este extenso horizonte, este trabajo se limita a destacar y analizar los esfuerzos más acabados de síntesis categorial, es decir, las teorizaciones tendientes a construir en torno a un concepto –*subalternidad*, *antagonismo* o *autonomía*– una perspectiva de observación, análisis e interpretación de los procesos de subjetivación política. En este sentido, pondremos en evidencia a los contados autores que asumieron explícitamente el desafío de desarrollar teóricamente estos conceptos, como aproximaciones específicas a las problemáticas generales de la conformación de subjetividades, en el contexto de relaciones y procesos de dominación, de conflicto y de liberación, en el afán de reconocer, destacar y analizar *las experiencias de subordinación, insubordinación y emancipación* que las caracterizan.

No descarto por puro nominalismo las reflexiones que, sin utilizar estas categorías, giran en torno a la misma problemática pero insistiré en la necesidad de configurar referentes conceptuales específicos en dirección de un léxico y una gramática tan rigurosa como lo permita la teoría social. En esta dirección, concentraré la atención en la *crystalización* categorial que promueven estos autores asumiendo que a ella corresponde una *densificación* teórica que fortalece su capacidad explicativa. En consecuencia, no pretendo sintetizar la historia del pensamiento marxista sobre el tema del sujeto, sino rastrear las huellas de tres conceptos que me parecen particularmente útiles como instrumentos analíticos.

En esta óptica, en el primer capítulo, evidenciaré cómo, en la obra de Antonio Gramsci en los años 20 y 30, la noción de *subalternidad* adquiere una densidad teórica que configura un enfoque específico para el estudio de los procesos de subjetivación política vinculados con las relaciones de dominación y, en particular, con la condición y la *experiencia de la subordinación*. De la misma manera, en el segundo capítulo, analizaré cómo, en las teorizaciones de Antonio Negri de los años 70, la noción de *antagonismo* articula una perspectiva que relaciona la conformación política de la subjetividad en el conflicto y, en particular, con la *experiencia de la insubordinación*. En el tercer capítulo, mostraré cómo la idea de *autonomía*, desarrollada en sentido marxista por Cornelius Castoriadis y Claude Lefort en el marco de las propuestas del grupo de *Socialismo o Barbarie* en Francia –seguida por la consigna de la autogestión en el seno de los movimientos franceses de finales de los años 60 y de toda la década de los 70- configura un ángulo definido de observación de las dinámicas de subjetivación política relacionadas con los procesos y la *experiencia de la emancipación*.

En cada caso, para cada concepto, en los primeros tres capítulos, procederé de la misma manera. Después de haber planteado en términos generales el lugar y los problemas de cada uno al interior del debate marxista, profundizaré en el estudio de los autores, corrientes, grupos o escuelas que, a la luz de los procesos de movilización y de emergencia subjetiva de su época, hayan avanzado una teorización centrada en estos conceptos, desarrollado su alcance explicativo y consolidado su consistencia teórica. Aclaro que no estoy defendiendo ni me comprometo con la totalidad de la obra de los autores que destaco, ni intento establecer un debate o un diálogo entre ellos, sino que busco rescatar sus aportes en dirección de la consolidación de un acervo conceptual marxista orientado a la comprensión de los procesos de subjetivación política.

II.

En la diversidad de las trayectorias y los enfoques que he estudiado encuentro un hilo conductor, un *hilo rojo* alrededor del cual pretendemos tejer una propuesta eminentemente teórica que sintetizaremos en el cuarto capítulo y que constituye el propósito complementario al rescate de los conceptos como herramientas marxistas de análisis de las dinámicas de conformación de las subjetividades políticas. Esta propuesta sociológica parte de las conclusiones recogidas a lo largo de la revisión de la obra de estos autores. Por un parte, obviamente, recupera sus contribuciones en la medida en que abrieron perspectivas originales y avanzaron en dirección de la solidificación y consolidación categorial de las nociones de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía*. Por la otra, trata de rebasar los límites analíticos que surgieron en el seno de estas perspectivas y que identifiqué en tres niveles interconectados: la *hipertrofia explicativa* de los conceptos, el *esencialismo* y la *sobrepolitización* de la teoría. Estos límites produjeron una desarticulación e incluso una competencia entre tres conceptos susceptibles de ser complementarios y, por lo tanto, redujeron el ángulo desde el cual observar y comprender la formación y la configuración de las subjetividades socio-políticas.

Sostengo, por el contrario, la posibilidad de articularlos, reconociendo un nivel de *homología* teórica entre ellos que, junto a la *especificidad* de cada uno, permite configurar una triada categorial o un enfoque tripartito en donde *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía* resultan *complementarios* en la medida en que iluminan tanto una dimensión y un aspecto simultáneo –sincrónico– así como un pasaje significativo que permite hilar una lectura procesual -diacrónica.

Dicho de otra manera, concluyo que *es posible y pertinente analizar los procesos de subjetivación política, a nivel sincrónico, a partir del reconocimiento de combinaciones desiguales de subalternidad, antagonismo y autonomía –entendidas respectivamente como experiencias de subordinación, insubordinación y emancipación surgidas de relaciones de dominación, conflicto y liberación- y, al mismo tiempo, a nivel diacrónico, en función de un elemento ordenador que, tiñendo de sus colores a los demás, estructura y caracteriza la forma de las dinámicas de formación y configuración de las subjetividades políticas concretas en un momento o pasaje histórico.*

Valga esta formulación sintética como enunciación adelantada de una conclusión que será argumentada a lo largo de todo el texto y cuya culminación teórico-metodológica se encuentra en el cuarto capítulo.

Antes de adentrarnos en la secuencia argumentativa que lleva a esta conclusión, es pertinente hacer referencia una serie de intuiciones teóricas de E. P. Thompson que enmarcan, inspiran y sustentan el eje del razonamiento que desarrollaré en los capítulos.

III.

Amén de que denunciara airadamente la miseria de la teoría frente a la riqueza de la historia³, Thompson elaboró, aún sea esporádicamente, una

³ En realidad, Thompson ataca en forma virulenta el teoricismo estructuralista – encarnado por Althusser- pero no niega un uso de la teoría –un “diálogo entre concepto y realidad empírica”- en E.P. Thompson, Miseria de la teoría, op. cit., pp. 67 y ss.. La postura de Thompson suscitó una respuesta de Perry Anderson (Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson, Siglo XXI, Madrid, 1985) que prolongó un debate de profundas implicaciones historiográficas.

serie de planteamientos teóricos y metodológicos de gran alcance y suma profundidad.

De cara a los propósitos de este trabajo, Thompson ofrece por lo menos dos puntos de referencia que iluminan y orientan el recorrido.

En primer lugar, a modo de ejercicio historiográfico más que de teorización propiamente dicha, formuló una noción de *experiencia*⁴ como clave de análisis de los procesos de formación subjetiva. Para Thompson, la experiencia surge del “diálogo entre el ser y la conciencia social”, es “la huella que deja el ser social en la conciencia social”⁵.

Con este término los hombres y las mujeres retornan como sujetos: no como sujetos autónomos o “individuos libres”, sino como personas que experimentan las situaciones productivas y las relaciones dadas en que se encuentran en tanto que necesidades e intereses y en tanto que antagonismos, elaborando luego su experiencia dentro de las coordenadas de su conciencia y su cultura (otros dos términos excluidos por la práctica teórica) por las vías más complejas (vías, sí, “relativamente autónomas”), y actuando luego a su vez sobre su propia situación (a menudo, pero no siempre, a través de las estructuras de clase a ellos sobrevenidas).⁶

Colocada como “término medio” entre *ser* y *conciencia*⁷, entre estructura y proceso, la *experiencia* opera como mecanismo de mediación e interlocución

⁴ Aunque veremos, en el capítulo III, cómo esta noción, con implicaciones similares, había sido avanzada en 1952 -9 años antes- por Claude Lefort en el grupo *Socialismo o barbarie*. Suponemos que Thompson no leyó la revista – aunque muestra conocer la existencia de la agrupación e inclusive haber tenido simpatías por ella- en donde apareció el texto de Lefort titulado “La experiencia proletaria” que será reeditado por su autor hasta 1971, 8 años después de la salida del libro de Thompson sobre la clase obrera inglesa donde el historiador inglés formula su propia acepción.

⁵ E.P. Thompson, *Miseria de la teoría*, op. cit., p. 14, en la página 19 señala que la experiencia “ya incluye la respuesta mental y emocional, ya sea de un individuo o de un grupo social, a una pluralidad de acontecimientos relacionados entre sí o a muchas repeticiones del mismo acontecimiento”. Más adelante agrega: “La experiencia surge espontáneamente en el interior del ser social, pero no surge sin pensamiento...”.

⁶ E.P. Thompson, *Miseria de la teoría*, op. cit., p. 253.

⁷ *Ibid.*, p. 160.

entre la asimilación subjetiva de las relaciones productivas –es decir la determinación material relativa a una formación social y un modo de producción⁸- y su proyección social, política y cultural en la “disposición a comportarse como clase”.⁹

Esto significa que el cambio histórico tiene lugar, no porque una «base» dada deba dar lugar a una «superestructura» correspondiente, sino porque los cambios en las relaciones productivas son *experimentados* en la vida social y cultural, refractados en las ideas de los hombres y en sus valores y razonados a través de sus acciones, sus elecciones y sus creencias.¹⁰

Thompson asume que la relación entre base y superestructura pasa por y es sintetizada en la experimentación y se “refracta” en la conciencia.¹¹ La *experiencia* se presenta como proceso –la experimentación-, como relación entre ser social y conciencia social y como punto de inflexión del surgimiento y la conformación de las subjetividades. En este sentido, partiendo del planteamiento de Thompson, asumimos que la *experiencia*

⁸ Escribe Thompson: “Hemos descubierto que la experiencia ha sido generada, en última instancia, en la vida material y ha sido estructurada de manera clasista, siendo así determinada la conciencia por el ser social”, *Ibid.*, p. 262.

⁹ E. P. Thompson, “The particularities of the English” en *Socialist Register*, Vol. 2, Londres, 1965, pp. 311-362. “Class is a social and cultural formation (often finding institutional expression) which cannot be defined abstractly, or in isolation, but only in terms of relationship with other classes; and, ultimately, the definition can only be made in the medium of time -that is, action and reaction, change and conflict. When we speak of **a** class we are thinking of a very loosely defined body of people who share the same congeries of interests, social experiences, traditions and value-system, who have a disposition to behave as a class, to define themselves in their actions and in their consciousness in relation to other groups of people in class ways. But class itself is not a thing, it is a happening.” p. 357.

¹⁰ E.P., Thompson, “Historia y antropología” en E. P. Thompson, Agenda para una historia radical, Crítica, Barcelona, 2000, p. 43.

¹¹ En la última página de Temps, discipline du travail et capitalisme industriel (La fabrique, París, 2004) escribe Thompson: “Y de hecho, todo crecimiento económico es acompañado o del crecimiento o de la transformación de una cultura; y en última instancia, el desarrollo de la conciencia social, no menos que el desarrollo del espíritu de un poeta, podría ser planificado”, p. 89. Sobre las implicaciones y el debate en torno a esta formulación, además de las obras de Thompson, ver Ellen Meiskins Wood, “Repensar la estructura y la superestructura” en Democracia contra capitalismo, Siglo XXI, pp. 59-89.

designa la incorporación o asimilación subjetiva de una condición material o real¹² que incluye ya un principio o un embrión de conciencia –“la disposición a comportarse como clase” que no forzosamente la conciencia como identificación acabada o plena- forjada en la acumulación y el procesamiento de vivencias, saberes y prácticas colectivas.¹³ Dicho de otra manera, todo proceso de subjetivación pasa por un conjunto y una serie de *experiencias* que –en el cruce o la intersección entre espontaneidad y conciencia- le confieren forma y especificidad.

En segundo lugar, partiendo del carácter relacional de la *experiencia*, Thompson insiste en señalar la sobreposición de procesos y la articulación de dimensiones. En primer lugar, cuando afirma que “la clase no surgió como el sol, a una hora determinada. Estuvo presente en su propia formación”¹⁴, está asumiendo plenamente el dilema hamletiano que acompaña al debate sobre la clase obrera, asegurando la complementariedad de ambas hipótesis -el sujeto *es* y *no es*- en la medida en que se funden en el proceso: *la clase va siendo*. Siguiendo al historiador inglés, la clase -el sujeto político- no sólo lucha porque existe sino que existe porque lucha, se forja a lo largo de los procesos que activa.¹⁵ En esta

¹² Cuando escribe Thompson que “la experiencia de clase está *ampliamente* determinada por las relaciones de producción”, se infiere que no *totalmente*, lo cual puede corroborarse en los énfasis y las apuestas de su obra.

¹³ Anderson señala la incoherencia entre algunos pasajes de Thompson, por ejemplo, cuando acentúa la separación, escribiendo, por ejemplo, de la “conciencia que tienen de esta experiencia”, sin embargo, parece evidente que se trata de una distinción metodológica en la medida en que la insistencia está en que: “No podemos poner clase aquí y conciencia allí, como dos entidades separadas, consecutivas la una respecto a la otra, ya que ambas deben tomarse juntas: la experiencia de la determinación y el manejo de ésta de maneras conscientes”, *Miseria de la teoría*, op. cit., pp. 158 y 166-167.

¹⁴ E.P. Thompson, La formación de la clase obrera en Inglaterra, Crítica, Barcelona, 1989, tomo I, p. XIII.

¹⁵ De allí la célebre y polémica fórmula de “lucha de clase sin clase”, que indica la ausencia de la conciencia plena de clase, aún en medio de una presencia embrionaria que da cuenta de un grado mínimo de existencia sin el cual no podría haber lucha.

circularidad dialéctica, la clase no puede ser concebida como una cosa o una identidad dada, sino como una relación y un proceso, ambos marcados a fuego por el sello del conflicto. Asumirla como dato o como sujeto dado de una acción puede ser, señala Thompson, sólo un recurso metafórico.¹⁶ Desde esta óptica, lejos de todo esencialismo, este historiador marxista desplegó el análisis de los procesos de subjetivación de la clase obrera inglesa, asumiendo que la formación subjetiva -el hacerse (*making*) sujeto- es un “proceso estructurado” que combina diversas dimensiones, *aparentemente* contradictorias y, por ende, -agregamos- concretamente articulables y teóricamente distinguibles:

Por clase entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados en lo que se refiere tanto a la materia prima de la experiencia como a la conciencia.¹⁷

En la línea que nos interesa desarrollar, asumiendo como trasfondo el condicionamiento clasista de matriz socio-económica y poniendo por delante la dimensión socio-política -ligada a las relaciones de dominación y

¹⁶ E. P. Thompson, “The particularities of english”, op. cit.. “If we use this control -if we keep on remembering that class-as-identity is metaphor, helpful at times in describing a flux of relationship- then a very useful dialogue can be opened up between historians and those sociologists who are willing to throw across the time-switch again. If we do not use this control, we have a very blunt cutting instrument indeed.” p. 357. “It is generally a fairly easy matter to locate opposing social poles around which class allegiances congregate: the *rentier* here, the industrial worker there. But in size and strength these groups are always on the ascendant or the wane, their consciousness of class identity is incandescent or scarcely visible, their institutions are aggressive or merely kept up out of habit; while in between there are those amorphous, ever-changing social groups amongst whom the line of class is constantly drawn and re-drawn with respect to their polarization this way or that, and which fitfully become conscious of interests and identity of their own. Politics is often about exactly this-how will class happen, where will the line be drawn? And the drawing of it is not (as the impersonal pronoun nudges the mind into accepting) a matter of the conscious--or even unconscious-volition of "it" (the class), but the outcome of political and cultural skills. To reduce class to an identity is to forget exactly where *agency* lies, not in class but in men.” p. 358.

¹⁷ E.P. Thompson, La formación de la clase obrera en Inglaterra, op. cit., p. XIII.

de poder¹⁸- asumimos que los procesos de subjetivación política se configuran a partir de *experiencias* “disparas y aparentemente desconectadas” de subordinación, insubordinación y emancipación, es decir, como lo iremos sosteniendo, de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía*.

IV.

La última aclaración introductoria concierne necesariamente a la ubicación espacio-temporal de las inquietudes y preocupaciones intelectuales y políticas que subyacen, mueven y dan sentido práctico al ejercicio teórico que propongo y que se plasma en forma inicial en el quinto capítulo dedicado a los movimientos latinoamericanos.

La última década de luchas sociales y políticas en América Latina ha sido el contexto histórico –el *horizonte de visibilidad* diría René Zavaleta¹⁹- desde el cual surgió esta investigación. A escala regional, la pérdida de hegemonía del neoliberalismo a partir de la emergencia antagonista de movimientos populares abrió brechas que hace veinte-treinta años aparecían inconcebibles. En medio de crisis, rupturas antineoliberales y revoluciones conservadoras, terminó una época nacida de la derrota de los 70 y de la

¹⁸ Aunque Thompson subrayara reiteradamente el carácter social y cultural de la formación de clase –posiblemente para marcar un raya frente a la definición política cerrada que solían avanzar los marxistas con los que solía polemizar- por nuestra parte insistimos en el carácter político de procesos de subjetivación fincados en relaciones de dominación y de conflicto, cuales son los que iluminan los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía* que estamos destacando.

¹⁹ René Zavaleta, Clases sociales y conocimiento, Los amigos del libro, La Paz, 1988, p. 151.

normalización hegemónica de los 80 y se abrió una transición que obliga a pensar con nuevas herramientas conceptuales o por medio de la recuperación y renovación de clásicas.

La experiencia boliviana ha sido el referente que más directamente motivó esta investigación. Las formas “abigarradas” de los movimientos que, desde la subalternidad histórica del mundo indígena, campesino y trabajador, protagonizaron un ciclo antagonista entre 2000 y 2005, forjaron ámbitos de autonomía y acabaron en la contradictoria situación actual, entre el poder cristalizado en el gobierno popular encabezado por Evo Morales, las movilizaciones que lo acompañan y que lo desafían, el retorno inexorable de formas de subalternidad, la persistencia de horizontes de autonomía y la latencia del antagonismo. Esta maraña histórica interpela al pensamiento crítico y –desde mi perspectiva- evoca los conceptos que elegí para tratar de entender a los procesos de emergencia y de formación de subjetividades políticas. Por otra parte, otra experiencia latinoamericana estuvo cruzando mis reflexiones y mis investigaciones: la crisis del 2001 y sus secuelas. La irrupción popular del 19 y 20 de diciembre de 2001 no sólo fue una contundente manifestación antagonista, sino que resultó en la proliferación de prácticas autónomas que deslumbraron: piqueteros, asambleas barriales y fábricas ocupadas. De allí que Argentina se convirtiera en la sede de una narrativa autonomista que, desde mi punto de vista, aun en medio de sus aciertos, no logró ver y frenar –y todavía tiende a desconocer- la persistencia de la subalternidad, a partir de la cual puede entenderse la recomposición que, a partir de 2002, pero con más claridad con los gobiernos de los Kirchner desde 2003 a la fecha, desactivó gran parte del potencial antagonista y autónomo de las subjetividades forjadas o fortalecidas en 2001. Por último, cómo no mencionar el 2006 mexicano, en el cual se combinaron formas políticas diversas y aparentemente contradictorias como lo fueron el surgimiento del movimiento obradorista, la Otra campaña zapatista y la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca

(APPO). La necesidad, y hasta la urgencia, de leer e interpretar las combinaciones, las sobreposiciones y las impurezas que caracterizan los procesos de subjetivación política que les corresponden condujo a la triada conceptual que ocupa este trabajo. En el fondo, las categorías de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía* son formas de nombrar, explicitar y delimitar una serie de problemáticas que circulan ampliamente al interior de los movimientos populares y del pensamiento crítico latinoamericano.

En este sentido, el último capítulo presenta un ejercicio inicial de aplicación de las categorías al estudio de los movimientos socio-políticos latinoamericanos, destacando las recientes experiencias de Bolivia y Argentina. Al mismo tiempo, el esfuerzo teórico que presento en estas páginas está en deuda con la realidad socio-política latinoamericana. Se trata de un ejercicio de delimitación categorial destinado a retornar –en mis próximas investigaciones– al estudio de los procesos concretos, la historia de las luchas, para tratar de descifrar sus códigos, buscar claves de articulación y participar, en la medida de mis posibilidades, de sus andanzas con miras hacia otro mundo posible.

A la luz de este momento histórico latinoamericano, cobra sentido la recuperación de enfoques marxistas centrados en el conflicto, la crisis y la formación de subjetividades anticapitalistas. Después de la derrota y del repliegue tendencial del pensamiento crítico, un cambio de época y un nuevo clima político propician la apertura intelectual y la reactivación de conceptos que, bajo distinta denominación, brotan de la práctica de las luchas. En este sentido, un recorrido selectivo en la historia de las ideas marxistas sobre la configuración de las subjetividades políticas adquiere relevancia en el terreno de la sociología política no sólo como defensa de una tradición sino como apuesta de cara a la realidad que se pretende entender y explicar.

En nuestra América Latina contemporánea, en el cruce entre pasado y futuro, a través de los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía*, el marxismo ofrece claves de lectura y herramientas teóricas para entender los procesos de formación desigual y combinada de los sujetos y los movimientos socio-políticos que se gestan en las grietas de la dominación capitalista y tendencialmente la desafían, abriendo inciertos pero luminosos caminos de emancipación.

Subalternidad

El concepto de *subalterno*, sin dejar de ser un formidable instrumento analítico, se ha convertido en un *passepartout* del lenguaje intelectual y académico y en un elegante recurso verbal del discurso político progresista o radical ilustrado. Usada como sinónimo de *oprimidos* o *dominados*, la palabra *subalterno* permite tanto evitar las connotaciones economicistas o ideologizantes de la noción de *explotados* como ampliar y pluralizar la noción de clase *trabajadora*, *obrera* o *proletaria* al incluir otras formas y modalidades *populares*.

Este uso común del concepto tiene la virtud de perseguir la apertura categorial que buscaba el propio Gramsci en su creativo itinerario de reflexión marxista. Sin embargo, su naturalización instrumental diluye la fuerza explicativa de la noción de *subalternidad* y disuelve las articulaciones que el propio Gramsci establecía a su alrededor, lo cual redundaba en la formulación de análisis políticas y de teorizaciones aproximativas y resbalosas. En particular, en el terreno académico, se puede observar una tensión entre el concepto de *subalterno*, una teorización de la *subalternidad* y un enfoque *subalternista*.

Para ejemplificar este problema y rescatar la densidad teórica del concepto como perspectiva de análisis de los procesos de subjetivación política,

después de situar brevemente sus orígenes y antecedentes en el pensamiento marxista, revisaremos su desarrollo desde su gestación en la obra de Gramsci hasta su aplicación por parte de la Escuela de Estudios Subalternos (*Subaltern Studies*) de la India, la corriente que recuperó y utilizó con mayor sistematicidad esta noción.

1. Subalternidad, dominación y subordinación

La noción de *subalternidad* surge para dar cuenta de la condición subjetiva de subordinación en el contexto de la dominación capitalista. Sin embargo, Marx nunca usó la palabra *subalterno* mientras que Engels, Lenin y Trotsky –para poner ejemplos representativos– la usaron con frecuencia en su sentido convencional, referido a la subordinación derivada de una estratificación jerárquica, principalmente en relación con los oficiales del ejército y, eventualmente, a los funcionarios en la administración pública. De hecho, como veremos posteriormente en detalle, en un explícito intento de enriquecer el acervo categorial del marxismo, la noción de *subalternidad* adquiere, por primera vez, densidad teórica por iniciativa de Antonio Gramsci en relación con sus reflexiones sobre la hegemonía en sus *Cuadernos de la Cárcel*, en el afán de encontrar un correlato conceptual de la alienación en el terreno superestructural, el equivalente socio-político en el plano de la dominación de lo que ésta indica en el plano socio-económico: el despojo relativo de la calidad subjetiva por medio de la subordinación.

Esta iniciativa de Gramsci parte del supuesto de que, sin proponer un concepto específico, Marx dejó en el corazón de la problemática marxista la necesidad de caracterizar a la subordinación como relación, como experiencia, como condición social y política subjetiva. En efecto es

evidente el constante esfuerzo de Marx, en particular en sus obras políticas e históricas, por encontrar las claves que explican y potencian la emergencia y la formación de un sujeto socio-político transformador a partir de su condición subordinada y, su contraparte, los límites y las constricciones que lo impiden, retrasan y desvían.

En este sentido, podemos asumir que existe en el pensamiento de Marx una preocupación *ante litteram* por la subalternidad –sin nombre o concepto específico- que abre un campo de análisis. En efecto, ninguna posterior lectura marxista de la realidad pudo y puede prescindir del estudio de relaciones sociales que, en el contexto histórico del capitalismo, asientan formas y reglas de una dominación social y política de una clase a la cual corresponde la condición subordinada de otra clase. En el marco de este supuesto teórico y metodológico compartido por todos los marxismos, se ha desplegado el interés específico por la comprensión de las formas de producción y reproducción de la subordinación a partir del cual se han realizado estudios y análisis que desarrollaron y afinaron la capacidad analítica y explicativa del marxismo en este aspecto fundamental, e inclusive genealógicamente primario, para toda teoría del proceso social.

Al interior de este vasto campo teórico -cuya revisión integral no corresponde a los objetivos de este trabajo- destaca la contribución teórica de Antonio Gramsci y, en su seno, es particularmente relevante la génesis y elaboración teórica del concepto de *subalternidad*.

2. La subjetivación subalterna en el pensamiento de Antonio Gramsci

Para entender el origen y el desarrollo del concepto de *subalternidad* en los *Cuadernos de la Cárcel*, es fundamental señalar que Gramsci escribe sus

notas en la prisión en función de un balance de sus experiencias políticas previas: el impacto de la revolución bolchevique, los consejos y las ocupaciones de fábrica entre 1919 y 1920, la fundación del Partido Comunista de Italia (PCdI) en el histórico Congreso de Livorno en 1921, los debates en el seno de la Tercera Internacional y el ascenso del fascismo. Los *Cuadernos* tienen como propósito, por lo tanto, revisar y desarrollar el conjunto de ideas que se forjaron al calor de estos acontecimientos. Es materia de áspero debate si el proceso de reflexión en la cárcel lleva Gramsci a fortalecer su pensamiento en la continuidad, en la ruptura o en la renovación. Más allá de estas tres posibles interpretaciones, sus matices y sus implicaciones, hay que reconocer por lo menos un cambio en el énfasis y en la jerarquía temática.

Formulado en los términos de este trabajo, antes de las reflexiones sobre la subalternidad, Gramsci centró su atención en el antagonismo y la autonomía, es decir en la emergencia subjetiva a partir de las experiencias de la insubordinación y de gestación de ámbitos de independencia y emancipación de la clase obrera. La oleada de ocupaciones de fábricas y los consejos obreros entre 1919 y 1920, impulsadas por grupos comunistas bajo los auspicios del triunfo de la revolución bolchevique, propiciaba un entusiasmo que se orientó hacia la exaltación de la formación autónoma del sujeto obrero y comunista, de su capacidad de lucha y de construcción o prefiguración de una nueva sociedad. En esta dirección, en estos años, se movían tanto las reflexiones de Gramsci como el conjunto del esfuerzo político e intelectual plasmado en *L'Ordine Nuovo*. La primera etapa del periódico dirigido por el mismo Gramsci (65 números entre 1 de mayo de 1919- 24 de diciembre de 1920)¹ es una vitrina inequívoca de este énfasis. El subjetivismo revolucionario inspirado en el bolchevismo giraba en torno a la idea de autonomía aunque ésta no se explicitara a nivel nominal ni

¹ *L'Ordine Nuovo*, Colección completa facsimilar, 1919-1920 y 1924-1925, Teti Editore, Milán, 1976.

constituyera el centro de la reflexión teórica², la cual recorre más bien los temas clásicos del bolchevismo tercerinternacionalista, *en primis* el tema de los *soviets*, y anuncia lo que posteriormente será conocido, al interior del movimiento comunista, como el *consejismo*.

Así que, aunque este acervo de reflexiones no corresponda a la temática de la subalternidad que queremos destacar en este capítulo, resulta de suma importancia señalar la existencia de un Gramsci que, en su leninismo, exalta la dimensión de la lucha política como ruptura -el antagonismo- y apuesta por la realización de una revolución soviética, es decir basada en los consejos obreros³ y, por lo tanto, sostiene reflexiones tendencialmente autonómicas.

Veamos el siguiente pasaje de un editorial de *L'Ordine Nuovo* escrito por Gramsci en calidad de director del periódico:

El Consejo de Fábrica, como forma de la autonomía del productor en el campo industrial y como base de la organización económica comunista, es el instrumento de una lucha mortal para el régimen capitalista en cuanto crea las condiciones en las cuales la sociedad dividida en clases es suprimida y se hace “materialmente” imposible una nueva división de clase.⁴

La autonomía del trabajo adquiere forma política en el Consejo: el productor se hace sujeto político. Sin embargo, después de la derrota del

² Veremos en el cap.III, las oscilaciones y las articulaciones entre los avatares de la noción de autonomía como independencia y como emancipación al interior del marxismo.

³ Ver, por ejemplo, entre muchos artículos, el editorial “Il consiglio di fabbrica”, *L'Ordine Nuovo*, año II, núm. 4, 5 de junio de 1920, mimeo, op.cit., p. 1. Una ilustrativa selección en español de los textos consejistas publicados por Gramsci en *L'Ordine Nuovo* se encuentra en el núm. 1 (abril-junio de 1973) de la nueva época de *Pasado y Presente*, la revista impulsada por José Aricó en Córdoba, Argentina, ver Antonio Gramsci, “Democracia obrera y socialismo”, pp. 103-135. Para profundizar sobre esta apropiación latinoamericana del pensamiento de Gramsci ver José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Nueva Sociedad, Caracas, 1988.

⁴ Antonio, Gramsci, “Due rivoluzioni”, *L'Ordine Nuovo*, núm.8, año II, 3 de julio de 1921, p. 2.

movimiento de los Consejos de Fábrica en el norte de Italia, Gramsci vuelve a usar la idea de autonomía exclusivamente en forma clásica, como sinónimo de independencia política de clase más que como proceso y experiencia de emancipación, como línea que traza el proceso de subjetivación política, desde la autonomía relativa del trabajo vivo hacia la autodeterminación del trabajador por medio del control del proceso productivo. Escribe, por ejemplo, ya en el periodo fascista, en 1926:

Nuestro partido quedó siendo el único mecanismo que la clase obrera tenga a su disposición para seleccionar nuevos cuadros dirigentes de clase, es decir para reconquistar su independencia y autonomía política.⁵

A reserva de analizar a profundidad las diversas acepciones del concepto de *autonomía* y sus implicaciones teóricas en el tercer capítulo, esta mención al pensamiento de Gramsci de los años 20 es indispensable para entender las posteriores teorizaciones sobre la hegemonía y situar la gestación del concepto de *subalternidad* como contraparte o como correlato de las posturas autonomistas previas.

Los *Cuadernos* de Gramsci son una obra sumamente compleja por su elaboración a lo largo de años de cárcel en los cuales se acumulaban -en forma relativamente dispersa- notas entorno a diversas líneas de reflexión, algunas de las cuales llevarán al autor a reproducir y reescribir párrafos enteros en los llamados “cuadernos especiales” en donde trataba de ordenar temáticamente los apuntes acumulados a lo largo del tiempo. Los acercamientos filológicos han permitido reconstruir varios pasajes de una obra arborescente. En particular, después de las compilaciones temáticas elaboradas por Palmiro Togliatti en los años 50, el minucioso trabajo de Valentino Gerratana permitió que, en 1975, se publicaron los *Cuadernos* en la secuencia en que fueron escritos, acompañados por un volumen entero

⁵ Antonio Gramsci, “Cinque anni di vita del partito” en *L'Unità*, Roma, 24 de febrero de 1926.

de referencias del propio Gerratana que permiten situar al lector en el “taller” gramsciano.

El carácter heterogéneo y la dispersión de las notas que componen los *Cuadernos* permitieron que la interpretación del pensamiento de Gramsci se ramificara y, a veces, polarizara. Así, en el seno los *estudios gramscianos* se ha insistido en resaltar diversos hilos conductores en los *Cuadernos*, entre los cuales sin duda destaca, por su centralidad, el que gira en torno al tema de la hegemonía. Alrededor de esta problemática Gramsci tejió un conjunto de reflexiones que desembocaron en teorizaciones novedosas, sugerentes y fecundas como por ejemplo las de *intelectual orgánico*, de *revolución pasiva*, de *Estado ampliado*, de *crisis orgánica* y de *americanismo* así como una conceptualización original de la *sociedad civil*, etc. Entre ellas, en un lugar central, aparece la noción de *subalterno*.

Hay que señalar que la elección del sustantivo y adjetivo *subalterno* en los *Cuadernos de la Cárcel* no fue circunstancial, una simple forma de eludir la censura fascista, visto que Gramsci no dejó de usar la noción de *clase obrera* y de *trabajadores* en otras notas. Por lo tanto, el uso del concepto da cuenta de una perspectiva, de un énfasis teórico que corresponde al núcleo duro de un pensamiento creativo al interior del debate marxista. Un pensamiento que se desprende de una coyuntura histórica -la derrota del movimiento de los consejos obreros y el ascenso del fascismo en Italia a principios de la década de los 20- y de una voluntad polémica de Gramsci: el posicionamiento historicista en defensa de la centralidad de la *praxis* que se traduce tanto en la crítica al economicismo como del voluntarismo. Este *locus* polémico da lugar a un pensamiento complejo que, a mi entender,

será sobreinterpretado –estirado y aflojado- en la posterior disputa sobre el lugar de Gramsci en el debate teórico y político marxista.⁶

Más allá de la recuperación plena, parcial o diferenciada de su pensamiento, hay que reconocer que proporciona a la teoría marxista una herramienta conceptual, lo *subalterno* como expresión de la experiencia y la condición subjetiva del subordinado, determinada por una relación de dominación -en términos gramscianos, de hegemonía- y un bosquejo de una teoría de la subalternidad. Sin embargo, hay que precisar que Gramsci no utilizó el sustantivo (*subalternidad*) -que tiende a fijar una relación o una propiedad- prefiriendo siempre el adjetivo calificativo (*subalterno*), con lo cual podemos inferir que no pretendió o no llegó a formular una teoría de la *subalternidad*, sino que optó por una reflexión teórica ligada a la observación histórica. A pesar de este cuidado historicista, Gramsci asentó un concepto como base teórica para el análisis concreto. Después de Gramsci, ninguna reflexión sobre el conflicto y la emancipación puede restar importancia a la *subalternidad* como expresión y contraparte de la dominación encarnada o incorporada en los sujetos oprimidos, base y, por ende, punto de partida ineludible de todo proceso de conflicto y emancipación.

Veamos algunos pasajes fundamentales de la génesis del concepto en los *Cuadernos de la Cárcel* y sus principales características.

Antes de la cárcel, Gramsci no utilizaba el adjetivo calificativo *subalterno* para referirse a las clases dominadas aunque las reflexiones sobre la *Cuestión meridional* apuntaban en esta dirección.⁷ De hecho, este adjetivo

⁶ Para una historia de las interpretaciones y del debate sobre el pensamiento de Gramsci en Italia, ver Guido Liguori, *Gramsci conteso*, Editori Riuniti, Roma, 1997.

⁷ Ver, por ejemplo, Marcus E. Green, “Sul concetto gramsciano di subalterno” en Giuseppe Vacca y Giancarlo Schirru, *Studi gramsciani nel mondo (2000-2005)*, Il Mulino, Boloña, 2007, pp. 199-132.

aparece en los *Cuadernos* por primera vez, en su acepción de uso común, en relación con la estructura jerárquica en el ejército, referido a los oficiales subalternos.⁸ Este uso convencional no deja de marcar el origen del concepto en el contexto del análisis del poder de *dirección*, de la relación jerárquica de mando-obediencia y de la condición de subordinación. Siempre en el primer cuaderno, la noción de *subalterno* es utilizada para referirse a la subordinación de un individuo o de una institución –por ejemplo, la Iglesia católica.⁹

En el tercer cuaderno, escrito en 1930, el concepto se desplaza hacia el terreno de las relaciones sociales y políticas, cuando Gramsci coloca a la subalternidad como la característica fundamental de las clases dominadas, titulando la nota 14 *Historia de la clase dominante e historia de las clases subalternas*, título programático que inaugura una línea de reflexión en los *Cuadernos*. En esta nota nace el concepto, se plantea uno de los nudos fundamentales de la problemática teórica gramsciana y se abre un horizonte de investigación, como lo demuestra el hecho que este tema será objeto de un cuaderno especial –el número 25- en el cual se recogen y reelaboran las notas sobre la historia de las clases subalternas.

§ 14. *Historia de la clase dominante e historia de las clases subalternas*. La historia de las clases subalternas es necesariamente disgregada y episódica: hay en la actividad de estas clases una tendencia a la unificación aunque sea en planos provisionales, pero ésa es la parte menos visible y que sólo se demuestra después de consumada. Las clases subalternas sufren la iniciativa de la clase dominante, incluso cuando se rebelan; están en estado de defensa alarmada. Por ello cualquier brote de iniciativa autónoma es de inestimable valor.¹⁰

⁸ Antonio Gramsci, *Quaderni dal Carcere*, Istituto Gramsci, Roma, 1975, Cuaderno 1, n. 43, p. 37, n. 48, p. 60 y n. 54, p. 67.

⁹ *Ibid.*, Cuaderno 1, n. 116, p. 105 y n.139, p. 127.

¹⁰ *Ibid.* Cuaderno 3, n. 14, p. 299-300. En español, Antonio Gramsci, *Cuadernos de la Cárcel*, ERA, México, 2000, tomo 2, p. 27.

Conforme a la noción de *hegemonía*, la “iniciativa de la clase dominante” se refiere al uso del poder tendencialmente como consenso y no necesaria o principalmente como coerción. Desde el título, Gramsci contrapone *dominación* (hegemonía) y *subalternidad* creando un binomio que acompañará su reflexión teórica y sellará la especificidad de su pensamiento al interior del marxismo. Este énfasis en la relación de dominación marca la preocupación del autor por la superestructura – distinguiendo metodológicamente dimensiones en su interior (sociedad política y sociedad civil)- y su interrelación con la base económica. La acepción de la noción de *sociedad civil* que –junto a la de *hegemonía*- se asumió como un gran aporte de Gramsci no sólo a la teoría marxista sino a la teoría política en general, es una derivación lógica del problema de la dominación como contraparte superestructural de la explotación. Desde este párrafo, Gramsci entiende la dominación como una relación de fuerzas en permanente conflicto y define a los dominados como subalternos, proponiendo un nuevo concepto y esbozando su caracterización. Caracterización de las que, de aquí en adelante, llamará sistemáticamente *clases subalternas* (o *grupos subalternos*) que empieza a tomar forma, en estas mismas líneas, a partir de los siguientes elementos distintivos: pluralidad, disgregación, carácter episódico de su actuar, débil tendencia hacia la unificación “a nivel provisional”.

En la transcripción de 1934 de esta nota, Gramsci substituirá el sustantivo *clase* con el de *grupo*, lo cual abre a dos posibles interpretaciones: que Gramsci quisiera ser más preciso en su manejo de la noción de clase y no extenderla a la multiplicidad de formas de la subalternidad –para señalar su densidad política o su rasgo productivo y estrictamente obrero- o que estuviera tendencialmente abandonando el marco estrictamente clasista para analizar la diversidad de los fenómenos político y socio-culturales. Son quizás solamente dos niveles de análisis y de abstracción, aunque ambos podrían articularse.

Giorgio Baratta, un eminente estudioso de la obra de Gramsci, avanza la idea de una duplicidad interna a la categoría de subalterno, la cual englobaría tanto los *subalternos-proletarios* (“clases instrumentales” en Gramsci) como los *subalternos-subproletarios* (los marginales, a los “márgenes de la historia”). Baratta se pregunta en quién pensaba fundamentalmente Gramsci cuando forjó la categoría. Para contestar remite a una formulación de Gramsci en el Cuaderno 27 en la que define el pueblo como “conjunto de clases subalternas e instrumentales”. A partir de esta definición, Baratta plantea dos hipótesis de interpretación: en la primera los subalternos se distinguen de las clases productivas, en la segunda asume que el concepto de *subalterno* es más amplio e incluye a las “clases instrumentales”. Para cortar la disyuntiva remite al pasaje del Cuaderno 3 en la Gramsci menciona los “elementos más marginales y periféricos de estas clases, que no han alcanzado la consciencia de clase para sí...”. En definitiva, para Baratta el concepto de subalternos abarca tanto a los proletarios como los *subproletarios*.¹¹ Por otra parte, sostiene que el campesinado ocupa un lugar intermedio en una estratificación interna a los subalternos.¹²

Sin embargo, el hecho de que haya que buscar entre líneas, demuestra que Gramsci pensaba, asumiendo cierto grado de diversidad entre los grupos, en términos de convergencia y unificación subjetiva en función tanto del lugar que corresponde a los subalternos en la relación de dominación como de los márgenes de maniobra que de él se desprenden. El concepto de *subalternidad* se construye por ende tratando de entender tanto una subjetividad determinada como su potencial transformación por medio de la conciencia y la acción política.

¹¹ Giorgio Baratta, Antonio Gramsci in contrappunto, Carocci, Roma, 2007, pp. 120-122.

¹² Ibid. p. 123.

Para Gramsci, a partir de la conquista paulatina de su autonomía, la trayectoria política de los subalternos *atraviesa* a la sociedad civil, disputa a la hegemonía y tendencial y potencialmente se dirige hacia el Estado para “quebrar” definitivamente a la dominación.

Otras dos correcciones relevantes de la versión del *Cuaderno 25* corresponden al reforzamiento de la idea de *subalternidad* y la incorporación de la idea de “quiebre”.

§ 2. *Criterios metódicos*. La historia de los *grupos* subalternos es necesariamente disgregada y episódica. Es indudable que, en la actividad histórica de estos *grupos*, hay una tendencia a la unificación aunque sea en planos provisionales, *pero esta tendencia es continuamente quebrada por la iniciativa de los grupos dominantes y puede por lo tanto ser demostrada sólo a ciclo histórico terminado, si se concluye con un éxito*. Los *grupos* subalternos sufren *siempre* la iniciativa de los grupos dominantes, aun cuando se rebelan *e insurgen: sólo la victoria «permanente» quiebra, y no inmediatamente, la subordinación. En realidad, incluso cuando aparecen triunfantes*, los *grupos* subalternos sólo están en estado de defensa alarmada.¹³

Los cambios aportados en la transcripción (en cursivas MM) introducen la idea de *quiebre*, la cual remite a la relaciones de fuerzas “militares” que Gramsci distingue en otro pasaje de los *Cuadernos*, es decir, la derrota y la victoria como momentos últimos y definitivos del conflicto entendido como proceso. Esto demuestra que, al contrario de ciertas lecturas socialdemócratas y liberaldemócratas¹⁴, Gramsci seguía pensando, hasta sus últimas notas, en la revolución como acontecimiento político y no sólo socio-cultural y al enfrentamiento “militar” como un momento y una forma específica y determinante del conflicto. Por otra parte, las correcciones refuerzan el peso de la subalternidad en la medida en que Gramsci absolutiza (“continuamente”, “siempre”, “incluso cuando aparecen

¹³ Ibid., Cuaderno 25, n. 5, *Criteri metodici*, p. 2289. En español, *Cuadernos*, op. cit., tomo 6, p. 182. En la traducción al español se traduce “método” como “metodología”. Gramsci no caía en esta confusión tan difundida en la actualidad.

¹⁴ Ver Liguori, Gramsci conteso, op. cit.

triunfantes”) las ataduras de la subordinación que había establecido en 1930.

En efecto, una frase puede ser considerada fundacional: “las clases subalternas sufren siempre la iniciativa de la clase dominante, aún cuando se rebelan”. Se asienta aquí el piso firme de la experiencia subalterna: la imposición no violenta y la asimilación de la subordinación, es decir, la internalización de los valores propuestos por los que dominan o *conducen* moral e intelectualmente el proceso histórico. Gramsci refuerza el punto señalando que inclusive en la rebelión opera este dispositivo relacional, con lo cual rechaza implícitamente todo dualismo maniqueo que pretenda escindir a los sujetos reales a partir de la separación entre rebeldía y sumisión como momentos separados, de la misma manera rechazará más adelante el dualismo espontaneidad-dirección consciente. Al mismo tiempo, asentados los límites, queda abierto el enigma de por qué y cómo se rebelan.

Eppur si muove. Aunque Gramsci señala que los sujetos reales son subalternos hasta en la rebelión, en el mismo pasaje reconoce su contraparte dialéctica: la tendencia a la autonomía en contra y en las fronteras de la dominación y de su expresión hegemónica estatal. Gramsci vislumbra así, en la subalternidad, la existencia de “rasgos de iniciativa autónoma”, rasgos que constituyen el hilo rojo de la búsqueda gramsciana.

Veamos *in extenso* la nota en la cual se asienta el concepto de subalternidad y se configura un núcleo central del pensamiento de Gramsci.

§ 5. *Criterios metódicos.* La unidad histórica de las clases dirigentes se realiza en el Estado y la historia de éstas es esencialmente la historia de los Estados y de los grupos de Estados. *Pero no hay que creer que tal unidad sea puramente jurídica y política, aunque esta forma de unidad tenga su importancia y no solamente formal: la unidad fundamental, por su concreción, es el resultado de las relaciones orgánicas entre Estado o sociedad política y “sociedad civil”. Las clases subalternas, por definición, no están unificadas y no pueden unificarse hasta que*

no puedan volverse Estado: su historia, por lo tanto, está trenzada con la de la sociedad civil, es una función “desagregada” y *discontinua* de la historia de la sociedad civil *y, por este medio, de la historia de los Estados o grupos de Estados*. Por lo tanto, es preciso estudiar: 1) el proceso de formación objetiva de los grupos sociales subalternos a través del desarrollo y las transformaciones que tiene lugar en el mundo de la producción económica, su difusión cuantitativa y su origen en grupos sociales preexistentes, *de los que conservan durante cierto tiempo la mentalidad, la ideología y los fines*; 2) su adhesión activa o pasiva a las formaciones políticas dominantes, los intentos de influir en los programas de estas formaciones para imponer reivindicaciones *propias y las consecuencias que tales intentos tienen en la determinación de procesos de descomposición y de renovación o de neoformación*; 3) el nacimiento de partidos nuevos de los grupos dominantes para mantener *el consenso* y el control de los grupos subalternos; 4) las formaciones propias de los grupos subalternos *para reivindicaciones* de carácter restringido y parcial; 5) las nuevas formaciones que afirman la autonomía de los grupos subalternos pero en los viejos cuadros; 6) las formaciones que afirman la autonomía integral, etcétera. La lista de estas fases puede hacerse más precisa con fases intermedias o con combinaciones de varias fases. El historiador debe señalar y justificar la línea de desarrollo hacia la autonomía integral, desde las fases más primitivas, debe señalar cada manifestación del “espíritu de escisión” soreliano. Pero la historia de los partidos de los grupos subalternos es muy compleja, en cuanto debe incluir todas las repercusiones de las actividades del partido, para toda el área de los *grupos* subalternos en su conjunto, *y sobre las actitudes de los grupos dominantes y debe incluir las repercusiones de las actividades mucho más eficaces, porque sostenidas por el Estado, de los grupos dominantes sobre los subalternos y sus partidos*. Entre los *grupos* subalternos uno ejercerá o *tenderá a ejercer* cierta hegemonía *a través de un partido* y esto hay que fijar estudiando los desarrollos de todos los otros partidos en cuanto incluyen elementos del *grupo* hegemónico o de los otros *grupos* subalternos que sufren esta hegemonía. (...)

El estudio del desarrollo de estas fuerzas innovadoras de grupos subalternos a grupos *dirigentes y dominantes* debe por lo tanto investigar e identificar las fases a través de las cuales han adquirido la autonomía frente a los enemigos que había que abatir y la adhesión de los grupos que las han ayudado activa o pasivamente, en cuanto todo este proceso era necesario históricamente para que se unificasen en Estado. El grado de conciencia *histórico-política* que había alcanzado progresivamente estas fuerzas innovadoras en las varias fases se mide justamente con estos dos parámetros y no sólo con el de su separación de las fuerzas anteriormente dominantes.¹⁵

¹⁵ □ *Ibid.*, Cuaderno 3, n. 90, p. 182-183 y Cuaderno 25, pp. 2287, 2288 y 2289. Presento aquí directamente la versión revisada y corregida por Gramsci en el Cuaderno 25 en 1934 (en cursivas MM los agregados). Las diferencias con la primera versión del Cuaderno 3 (pp. 372-373), además del ya mencionado cambio entre clases y grupos, corresponden al agregado del “consenso”, lo cual se explica a la luz de la importancia que esta dimensión cobró en el desarrollo de los cuadernos entre el 3 y el 25. Lo mismo vale para los agregados del punto 1 y

En esta nota de 1930 se formula y se presenta por primera vez una de las principales aportaciones de Gramsci: la relación “orgánica” entre Estado y sociedad civil como realización de la hegemonía de las clases dominantes, lo cual lo llevará a elaborar la noción de Estado ampliado, “sociedad política + sociedad civil”. Al mismo tiempo, a diferencia de las concepciones liberales, Gramsci sitúa jerárquicamente a las clases subalternas en la periferia de la sociedad civil, es decir como partes *integrantes* pero no totalmente *integradas*, de la relación de dominación que allí se gesta: integrantes pero subordinadas, disgregadas y desagregadas. Por otra parte, Gramsci establece las etapas y las formas de la acción de éstas como un proceso de separación –de escisión, retomando la imagen de Georges Sorel– que, desde el interior del marco hegemónico, tiende a trazar posibles salidas hacia formas de autonomía a lo largo de una serie de interrelaciones de influencia que abren la posibilidad de un grupo subalterno de desarrollar la capacidad hegemónica de articular, a su alrededor, un *bloque histórico*. La secuencia metodológica reproduce una tipología procesual que parte de la existencia material de los subalternos y pasa por distintas posibilidades y modalidades de afirmación de conciencia por medio de avances en su autonomía. Giorgio Baratta señala acertadamente que el “etcétera” que sigue el punto 6 abre a otras fases y niveles, siendo la autonomía el pasaje intermedio entre la subalternidad y una nueva hegemonía-dominación, lo cual equivale a decir que la autonomía (para Gramsci, el *príncipe moderno*, el partido comunista) es la condición para emprender la lucha por la hegemonía.¹⁶

Pocas notas más adelante, en el párrafo titulado *espontaneidad y dirección consciente*, introduce otros elementos fundamentales de la caracterización de las clases subalternas:

2 que son los reflejos de los análisis históricos llevados a cabo por Gramsci en estos años.

¹⁶ Baratta, op. cit., pp. 130-132.

En el movimiento “más espontáneo” los elementos de “dirección consciente” son simplemente incontrolables, no han dejado ningún documento verificable. Puede decirse que el elemento de espontaneidad es, por ello, característico de la “historia de las clases subalternas” e incluso de los elementos más marginales y periféricos de estas clases, que no han alcanzado la conciencia de clase “por sí misma” y que por ello no sospechan que su historia pueda tener alguna importancia y que tenga algún valor dejar rastros documentales de ella. Existe pues una “multiplicidad” de elementos de “dirección consciente” en estos movimientos, pero ninguno de ellos es predominante, o sobrepasa el nivel de la “ciencia popular” de un determinado estrato social, del “sentido común”, o sea de la concepción del mundo (tradicional) de aquel determinado estrato.¹⁷

En este pasaje, Gramsci procede siguiendo la misma secuencia metodológica planteada páginas arriba. Por una parte, señala a la espontaneidad como característica del proceder de las clases subalternas como correlato de la ausencia de una plena conciencia de clase para sí. Por la otra, reconoce embrionarios elementos de dirección consciente, que describe como “ciencia popular” o “sentido común”, como concepción tradicional popular del mundo, abriendo una vertiente que lo llevará a investigar la cultura popular, el lenguaje, el folklore¹⁸, en un declarado intento de “traducir en lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no viceversa la realidad presentarse según el esquema abstracto”.¹⁹ En este sentido, el concepto de subalterno se coloca entre el ser social y la conciencia social, alude a una *experiencia desde la subordinación*, una combinación de espontaneidad y conciencia que se manifiesta tendencialmente y progresivamente, usando la fórmula de Thompson, como “disposición a actuar como clase”. Al mismo tiempo, a la luz de las etapas enunciadas en la nota anterior, las combinaciones desiguales entre espontaneidad y conciencia tienden a modificarse a favor de la segunda en la medida en que se avanza de la subalternidad a la autonomía.

¹⁷ Quaderni, op. cit, Q 3, pp. 328-329 n. 48. *Passato e presente. Spontaneità e direzione consapevole*. En español, Cuadernos, op. cit., tomo 2, pp. 38-39.

¹⁸ “y también entonces en todo el sistema de creencias, supersticiones, opiniones, maneras de ver y de operar que se asoman en lo que generalmente se llama «folklore»”. (trad. MM) n. 12, p. 1376.

¹⁹ Quaderni, op. cit, Q 3, n. 48, p. 332.

Con estos elementos, en el tercer cuaderno, en 1930 -antes de redactar las famosas notas sobre Maquiavelo en las cuales desarrolla la noción de *hegemonía*- en torno al concepto de *subalternidad*, se constituye el núcleo central del pensamiento de Gramsci y se configura una de las categorías más fecundas del marxismo contemporáneo.

El valor de este aporte es ampliamente reconocido en tres aspectos fundamentales: como propuesta historiográfica, como base de interpretaciones histórico-políticas y como esbozo de un proyecto de emancipación.²⁰ El concepto de *subalterno* permite centrar la atención en los aspectos subjetivos de la subordinación en un contexto de hegemonía: la experiencia subalterna, es decir, en la incorporación y aceptación relativa de la relación de mando-obediencia y, al mismo tiempo, su contraparte de resistencia y de negociación permanente. Este concepto es central en la reflexión gramsciana al punto que podemos hablar de un esbozo de teoría de la subalternidad, es decir, una teorización que se desarrolla a la par de la teoría de la hegemonía, como su correlato subjetivo: el estudio del proceso de subjetivación política que le corresponde. La conclusión política de este acercamiento es que las telarañas de la hegemonía no pueden ser desmanteladas por un simple y repentino acto voluntarista sino que deben ser reconocidas y destejidas, paulatinamente, de la misma manera en que fueron tejidas, en el mismo terreno subjetivo que recubrieron. En esta dirección, los elementos de caracterización de la subalternidad que propone Gramsci no sólo señalan las ataduras de la subalternidad sino que, también, simultáneamente, esbozan una teoría de la conformación política del sujeto en un contexto de dominación y hegemonía, poniendo el acento en el proceso de autonomización por medio del cual los subalternos empiezan a dejar de serlo.

²⁰ Ver esta tripartición en Marcus E. Green, op. cit., pp. 199-132.

El enfoque de la subalternidad configura, por lo tanto, una relación sincrónica y diacrónica entre subordinación y resistencia evitando la rigidez de los esquemas dualistas que aparecieron en la tradición marxista: conciencia / falsa conciencia, racionalidad / irracionalidad, espontaneidad / dirección consciente, clase en sí / clase para sí. Por el contrario, abre al análisis de las combinaciones y de las sobreposiciones que, históricamente, caracterizan a los procesos de politización de la acción colectiva de los subalternos. El campo de análisis de estos procesos incluye ámbitos de subjetivación cuya politicidad era anteriormente negada como, por ejemplo, la cultura popular, los mitos, el *folklore* y todas las expresiones populares susceptibles de ser objeto de disputa entre proyectos conservadores y transformadores. El campo subalterno, además, aparece en Gramsci configurado por un conjunto de grupos, lo cual plantea a la dimensión clasista no como punto de partida sino como resultado de procesos sociales y políticos de convergencia, en sintonía con el planteamiento original de Marx, la clase como proceso y como relación y no como dato estadístico.

Este planteamiento redunda en la posibilidad de realizar análisis historiográficos y sociológicos sutiles susceptibles de rastrear a los *movimientos* de los subalternos, el proceso de subjetivación política interno a la relación de dominación, fincados en la experiencia de la dominación y las dinámicas de concientización que les corresponden. En este sentido, el concepto incluye las ambigüedades y los aspectos contradictorios de este proceso, las oscilaciones y las combinaciones entre la aceptación relativa de la dominación –como resultado de la hegemonía– y su rechazo igualmente relativo por medio de la resistencia, así como entre la experiencia combinada de espontaneidad y conciencia.

Al mismo tiempo, justamente porque el concepto de *subalternidad* tiene esta plasticidad en el terreno historiográfico, histórico y político, a nivel teórico no deja de tener cierto grado de imprecisión. ¿Cuándo los

subalternos dejan de ser tales? ¿En qué momento de su recorrido de autonomización? G. Spivak afirma que si los subalternos pueden hablar, este acto significa que tienen un mínimo de organización y, por lo tanto, ya no son subalternos sino que emprendieron el largo camino hacia la hegemonía.²¹ Por el contrario, Gramsci sostiene que lo son “siempre”, incluso cuando se rebelan, lo que indicaría que sólo el “quiebre” definitivo - el hacerse Estado por medio de una revolución, el volverse clase dirigente, es decir hegemónica y dominante- marcaría el fin de la subalternidad. Siguiendo a Gramsci, aparece un *continuum* de subalternidad entre dos polos -aceptación y cuestionamiento de la dominación- y caracterizado por una incierta relación de fuerzas entre colonización hegemónica impulsada desde las clases dominantes y autonomización sostenida por las clases subalternas. Sin embargo, aun cuando sigan siendo subalternos, en la medida en que sigue presente su característica originaria, ¿no será que una categoría tan abarcadora no permite visualizar claramente su diferenciación-autonomización progresiva -aunque oscilante- y no distingue las formas y los momentos de un proceso en medio del cual se van transformando?

Antes de esbozar una respuesta que valore los alcances y los límites de esta delimitación conceptual, veamos el uso de esta categoría por parte de los *Subaltern Studies*, la Escuela de Estudios Subalternos de la India.

3. De la subalternidad al subalternismo: los *Subaltern Studies*

²¹ Gayatri Chakravorty Spivak, “¿Puede hablar el subalterno?” en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 39, enero-diciembre de 2003, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, pp. 297-364.

En medio de la proliferación del uso de la palabra *subalterno* tanto en el discurso académico como político, una utilización relativamente sistemática y un simultáneo esfuerzo por desarrollar el concepto puede encontrarse en las investigaciones realizadas por la llamada *Escuela de Estudios Subalternos* (EES o *Subaltern Studies*²²), fundada por historiadores hindús formados en el Reino Unido en los años 80, en paralelo a los *Cultural Studies* de la Escuela de Birmingham²³, pero reconocida a nivel mundial a partir de los 90, cuando sus obras principales fueron traducidas a diversos idiomas y se convirtieron en fuente de inspiración y de interlocución con otras corrientes afines como –por ejemplo– los *estudios poscoloniales*.²⁴

La Escuela de Estudios Subalternos asume como objetivo principal *relevar* y *revelar* el punto de vista de los subalternos, las *voces* negadas por los estatismos que dominaron tanto la cultura colonial como la que promovieron el nacionalismo hindú y el marxismo, en sus posicionamientos políticos y en las historiografías que cobijaron.

Escribe en este sentido Ranajit Guha:

Sin embargo hay un estatismo que se manifiesta en los discursos nacionalista y marxista. El referente en ambos casos es un estado que difiere en un aspecto significativo del de la literatura colonialista. La diferencia es la que existe entre un poder ya realizado en un régimen formado y estable, arraigado desde muchos años, y un poder que aún no se ha realizado; un sueño de poder.²⁵

²² Este fue el nombre de la revista impulsada por el grupo fundador.

²³ Ver Stuart Hall, Identités et cultures. Politiques des Cultural Studies, Éditions Amsterdam, París, 2008, Armand Mattelart y Erick Neveu, Introduction aux Cultural Studies, La Découverte, París, 2008, Paul Bowman, Post-Marxism versus Cultural Studies, Edinburgh University Press, Edinburgo, 2007.

²⁴ Ver, para una visión general, Miguel Mellino, La crítica poscolonial, Paidós, Buenos Aires, 2008. Para una perspectiva latinoamericana ver Edgardo Lander (comp.), La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, CLACSO, Buenos Aires, 2003.

²⁵ Ranajit Guha, “Las voces de la historia” en Las voces de la historia y otros estudios subalternos, Crítica, Barcelona, 2002, p. 24.

Esta crítica de las miradas desde arriba, desde el Estado-poder como régimen establecido o como objetivo, impulsó una lectura de la historia de las rebeliones campesinas en la India a contrapelo de las tesis dominantes y la formulación de una perspectiva historiográfica novedosa.

La originalidad historiográfica de los estudios subalternos es objeto de discusión. A nivel nacional, sin duda permitió profundizar el conocimiento histórico y problematizar la literatura existente. A nivel regional –las regiones con un pasado colonial- ofreció un marco de interpretación alternativo al enfoque modernista y modernizador de colonizadores y descolonizados, cuya adopción y aplicación está actualmente en curso, en particular en la corriente de estudios poscoloniales. A nivel teórico general, si bien resulta ser una elaboración conceptual y problemática interesante y reconoce la especificidad de las sociedades coloniales, no plantea un enfoque que difiera substancialmente de los estudios históricos que se produjeron desde el marxismo historicista, bajo la influencia del pensamiento de Gramsci pero fundamentalmente, a partir de los años 60, de la historia social británica y de la obra de, particularmente, E. P. Thompson y Eric Hobsbawm.²⁶ Al mismo tiempo, no deja de ser una loable reiteración de un llamado de atención sobre los límites epistemológicos de un saber académico determinado por la negación socio-política de los subalternos, en particular en sociedades poscoloniales.²⁷

Veamos los principales postulados de la EES. Desde el manifiesto fundador, Guha reconoce directa y explícitamente el vínculo con la obra de

²⁶ Ya iniciando la década de los 60 Hobsbawm rastrea y promovía el estudio de la subalternidad, ver Eric Hobsbawm, “Para el estudio de las clases subalternas” en *Pasado y Presente*, núm. 2-3, Córdoba, julio-diciembre de 1963, pp. 58-67, el texto fue publicado por primera vez en italiano en 1960. Entre 1959 y 1969, Hobsbawm publicó dos textos clásicos de este género: Rebeldes primitivos, Crítica, Barcelona, 2001 y Les bandits, La découverte, París, 1999.

²⁷ John Beverley, “El subalterno y los límites del saber académico” en *Actual Marx*, núm. 2, LOM, Santiago de Chile, 2004, pp. 13-32.

Gramsci y en particular con la citada nota metodológica que asienta el concepto de *subalternidad*. Otra referencia textual a los *Cuadernos* que orienta a los Estudios Subalternos remite a la nota ya mencionada sobre “espontaneidad y dirección consciente” a partir de la cual Guha crítica la asociación mecánica entre estatismo, organización y política y amplía la noción de política incluyendo fenómenos que, según las historiografías tradicionales, no eran considerados *políticos*:

Pues aquí no hubo nada en los movimientos militantes de sus masas rurales que no fuese político. No podía ser de otro modo en las condiciones en que trabajaban, visionan y concebían el mundo. (...)

El elemento de coerción era tan explícito y estaba tan presente en todos sus tratos con el campesino que éste debía necesariamente considerar tal relación como política. Por la misma razón, al emprender la destrucción de esta relación se comprometía en lo que era esencialmente una tarea política, una tarea en que el nexo de poder existente tenía que ser derrocado como una condición necesaria para reparación de cualquier agravio particular. No había forma de que el campesino se lanzase a tal proyecto inconscientemente.²⁸

Si bien su extensión puede implicar una pérdida de especificidad, esta noción ampliada de *política* remite claramente al materialismo histórico aunque se formula en polémica con el menosprecio hacia el campesinado que caracteriza a varias corrientes del pensamiento marxista y que encuentra su fundamento en partes de la obra del propio Marx. En sintonía con el marxismo historicista, y apoyándose directamente en Gramsci, Guha propone un acercamiento al tema de la conciencia que rechaza su reducción a la razón y la lógica:

²⁸ Ranajit Guha, “Aspectos elementales de la insurgencia campesina en la india colonial” en Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (comps.), Debates Post-Coloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad, Historias-Aruwiyiri-SEPHIS, La Paz, 1997, p. 101 y p. 104. Este mismo artículo aparece en Ranajit Guha, Las voces de la historia y otros estudios subalternos, Crítica, Barcelona, 2002.

En cualquiera de los casos, la insurgencia es considerada como algo externo a la conciencia campesina y la Causa se erige como sustituto fantasma de la Razón, la lógica de esta conciencia.²⁹

El manejo abierto de las nociones de *política* y *conciencia* -y su tendencial sobreposición- para reconocer a la acción de las clases subalternas, constituye el corazón polémico de la propuesta de los ES, la cual destaca, en las movilizaciones campesinas, el recurso decisivo a una conciencia no *racional* pero *reflexiva* resultante de la experiencia y de la deliberación colectiva:

No había nada de espontáneo en esto, en el sentido de ser irreflexivo y no deliberado. El campesino sabía lo que hacía cuando se sublevaba. El hecho de que su acción se dirigiese sobre todo a destruir la autoridad de la elite que estaba por encima de él y no implicase un plan detallado para reemplazarla no lo pone fuera del reino de la política. Por el contrario, la insurgencia afirmaba su carácter político precisamente por este procedimiento negativo que trataba de invertir la situación. Al tratar de forzar la substitución mutua del dominante y del dominado en la estructura de poder no dejaba ninguna duda sobre su identidad como proyecto de poder.³⁰

El rechazo a la idea de una conciencia estrictamente racional, encarnada en la India tanto por los discursos coloniales como por los nacionalistas, lleva a la Escuela de Estudios Subalternos a rescatar las tradiciones premodernas –recuperando las reflexiones de Gramsci sobre el *folklore*– como ámbitos de la acción colectiva y de la política. Esta valorización permite reconocer una línea de separación del pensamiento occidental al interior de las prácticas de resistencia y rebelión de los campesinos indios. Al mismo tiempo, esta perspectiva de la separación se presta a deslizamientos como el que plantea la historiadora boliviana Silvia Rivera cuando afirma:

La propia noción de subalternidad resulta forjada como algo distinto, ajeno y preexistente al mundo occidental –la razón como historia–, aunque sin desconocer

²⁹ Guha, “Las voces de la historia” en Guha, op. cit., p. 45.

³⁰ Guha, “Aspectos...”, op. cit. p. 104.

que es este mismo mundo el que le ha legado este concepto desde la vertiente gramsciana.³¹

Se vislumbran en esta afirmación los posibles excesos –verbales más que analíticos- de un poscolonialismo, en este caso latinoamericano- que, en la exaltación de lo *premoderno* a contracorriente de las visiones dominantes, plantea su separación irreductible y su pureza frente a la modernidad occidental. Este dualismo sin dialéctica desdibuja la relación que –a lo largo de la historia- fue modificando uno y otro polo: lo *premoderno/tradicional* se desarrolló en y en contra de la modernidad y viceversa.

El hecho es que no hay nada que se forje –a menos que nos circunscribamos a los orígenes prehispánicos- como “distinto, ajeno y preexistente” al mundo occidental, menos aún formas subalternas que, por su propia naturaleza, remiten a una relación de dominación. En efecto, más allá de los extremismos verbales, las investigaciones realizadas en el marco de los estudios subalternos y poscoloniales revelan el carácter abigarrado de la construcción subjetiva indígena, lo cual implica reconocer su interioridad respecto del mundo occidental para reconocer niveles de permanencia y reproducción de una exterioridad relativa.³²

En efecto, la definición de *subalternidad* derivada de la relación de dominación y delimitada en función de los dispositivos de subordinación aparece claramente en los trabajos surgidos en el marco de la EES. Sin embargo, tratando de anclar la insurgencia en la subalternidad, escribe otro de sus miembros destacados, Partha Chatterjee:

La conciencia insurgente era, ante todo, una conciencia negativa, en el sentido que su identidad se expresaba sólo a través de una oposición que consagraba a la

³¹ Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán, “Presentación” en Silvia Rivera, cit., p. 11.

³² De hecho, el reconocimiento de esta interdependencia lleva a usar la palabra “indio” y no “indígena” para subrayar que se trata de una construcción histórica, una identidad híbrida forjada en un contexto de opresión y dominación y a partir de la resistencia, no una forma pura y separada.

vez su diferencia y su antagonismo respecto a los dominadores. Era una identidad cuyos límites estaban marcados por las condiciones mismas de subordinación bajo las que el campesinado vivía y trabajaba; sólo que las relaciones se hallaban invertidas.³³

Hay que preguntarse si los cinco elementos de la conciencia insurgente que aparecen en esta formulación -negación, oposición, diferencia, antagonismo, inversión- corresponden a los alcances de la definición de *subalternidad* manejada por esta corriente y en qué medida eluden o minimizan la matriz subordinada que enmarca el concepto y corresponde a su génesis en el pensamiento de Gramsci para enfatizar una dimensión -la insurgencia- que, si bien emerge del marco de la subalternidad, lo tensiona o, inclusive, lo rebasa.

Por otra parte, hay que mencionar que la noción de *subalternidad* que Guha maneja en el manifiesto fundador de la escuela, más allá de la cita textual de Gramsci, contiene una resbalosa confusión cuando afirma:

Los términos pueblo y clases subalternas han sido utilizados como sinónimos a lo largo de esta nota. Los grupos y elementos sociales incluidos en esta categoría representan la diferencia demográfica entre la población india total y todos aquellos que hemos descrito como élite.³⁴

Al margen de la ambigua referencia a la noción de *pueblo* y concediendo que los posteriores desarrollos de los estudios subalternos se centrarán en un análisis cualitativo y no cuantitativo de la subalternidad, esta confusión resulta notable visto que uno de los usos de la noción de *clases subalternas* en el discurso político común es justamente ésta: una definición derivada por defecto y por exceso, todos los sectores sociales que no son clases dominantes y que exceden a la clase obrera.

³³ Partha Chatterjee, “La Nación y sus campesinos” en Silvia Rivera, op. cit., p. 199.

³⁴ Guha, “Prefacio a los Estudios de la Subalternidad. Escritos sobre la Historia y la Sociedad Surasiática” (1981) en Silvia Rivera, op. cit., p. 32. También en Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak, *Subaltern Studies*, Ombre Corte, Verona, 2002.

Que el problema de la subalternidad no se delimita demográfica y cuantitativamente es una obviedad que el propio Guha admite cuando define sintética y precisamente los que considera sus cuatro pilares constitutivos (propiedad, ley, religión, tradición):

Su subalternidad se materializaba por la estructura de propiedad, se institucionalizaba por la ley, se santificaba mediante la religión y se hacía tolerable –e incluso deseable- por la tradición.³⁵

Guha y Chatterjee reconocen, remitiendo una vez más a Gramsci, cierto grado de contradicción entre la insurgencia vista como incorporación de la dominación y su rechazo.

Para Guha:

La insurgencia era, en efecto, el lugar del encuentro en que las dos tendencias mutuamente contradictorias de esta aún imperfecta, casi embrionaria, conciencia teórica –esto es, una tendencia conservadora constituida por el material heredado y absorbido sin crítica de la cultura dominante, y otra radical, orientada hacia la transformación práctica de las condiciones de existencia del rebelde- se encontraron para realizar una prueba de fuerza decisiva.³⁶

Para Chatterjee:

La conciencia campesina, entonces es una unidad contradictoria de dos aspectos: en uno, el campesino está subordinado, acepta la realidad inmediata de las relaciones de poder que lo dominan y explotan; en el otro, rechaza esas condiciones de subordinación y afirma su autonomía.³⁷

En estos pasajes, los autores plantean el equilibrio inestable de una conciencia compuesta y tensionada por tendencias opuestas de carácter conservador y transformador. Este equilibrio inestable y las consiguientes tensiones corresponden a la noción de subalternidad forjada por Gramsci y abren a la comprensión de la experiencia de la subordinación como proceso de subjetivación política. Al mismo tiempo, y éste me parece el defecto

³⁵ Guha, “Las voces de la historia”, op. cit., p . 43.

³⁶ Guha, “Aspectos...”, op. cit. p. 106.

³⁷ Partha Chatterjee, “La Nación y sus campesinos” en Silvia Rivera, op. cit., p. 205.

central del planteamiento teórico de la EES, esta contradicción se diluye cuando Guha asocia la subalternidad con una “esfera autónoma”.

Ésta es una esfera autónoma, dado que no se originaba en la política de elite, ni su existencia dependía de ella.³⁸

La relación dialéctica, convertida en dualismo, en polaridad, desaparece y con ella es eliminado –aunque sea temporalmente– el lado dependiente y subordinado de la subalternidad, la autonomía relativa –la autonomización como proceso– se vuelve mágicamente integral, absoluta, sin que medie el proceso desigual y combinado que el mismo Gramsci desagregaba en los seis puntos. Si la *subalternidad* es *autónoma* y la *espontaneidad* es *consciente*. ¿Para qué entonces tantas palabras?

La autonomía se desprende, según Guha, del origen y de la capacidad de supervivencia de esta esfera al margen de las elites. Podría ser cierto pero irrelevante si se considera la politicidad de toda comunidad antes de la colonización, resulta contradictorio cuando el propio Guha reconoce –y el propio concepto de *subalternidad* implica– un carácter relacional que excluye la posibilidad de autonomía plena, ajena a la interdependencia de las relaciones de dominación. Tan incuestionable es el principio del carácter relacional de la dominación que la propia EES asume claramente que tampoco las élites gozan de plena autonomía sino que negocian y renegocian constantemente la dominación. El tema del origen y del desarrollo de toda autonomía remite, siempre y cuando se asuma su relatividad relacional, a evidenciar que no todo es impuesto unilateralmente, que existen ámbitos, saberes y recursos comunitarios resguardados que no nacen de la subordinación como imposición y que se

³⁸ Guha, “Sobre algunos aspectos de la historiografía colonial de la India” en Silvia Rivera, cit. p. 28. El mismo artículo aparece en Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak, *Subaltern Studies*, Ombre Corte, Verona, 2002 y en Ranajit Guha, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Crítica, Barcelona, 2002.

convierten en instrumentos de lucha. Sin embargo, más allá de su origen, estos recursos cobran sentido y materialidad en su contexto de dominación y, por lo tanto, no pueden aislarse de la relación entre mando-obediencia/resistencia que le corresponde. En esta dirección, resulta decisivo analizar cómo y por qué ciertos saberes y ciertas prácticas se vuelven recursos de autodeterminación y otros no, cómo se orienta la construcción comunitaria de la resistencia y la rebelión en función de autonomías relativas, nunca totalmente ajenas a la realidad de la dominación, en la oscilación entre la lógica de la obediencia y la posibilidad del conflicto.

En esta dirección, no se sostiene la siguiente argumentación de Chatterjee:

Una oposición de poder relacional significaba necesariamente que a los dominados debía otorgárseles un dominio propio de subjetividad, en el que eran autónomos y no dominados. De no ser así, en el ejercicio de su dominación, los dominadores consumirían y obliterarían completamente a los dominados. La dominación dejaría entonces de formar parte de una relación social de poder con sus propias condiciones de reproducción. Por lo tanto, en este caso específico, debía otorgársele al campesinado una esfera o dominio autónomo.³⁹

Según el razonamiento de Chatterjee, si hay relación de poder, hay sujetos, si hay sujetos, hay dominio propio (autonomía). Su contraargumento procede como prueba *ad absurdum* esgrimiendo que no podría ser de otra manera y concluyendo que hay que otorgarle esta calidad. Más allá del uso del verbo “otorgar”, que vislumbra una operación intelectual más que una derivación de la observación empírica, el resultado deja qué desear en la medida en que concluye en una esencialización contradictoria: el subalterno es, por definición, autónomo.

No se trata sólo de formulaciones desafortunadas y paradójicas, sino de indicios de un problema teórico de fondo que atraviesa el uso de la noción de *subalternidad*. Antes de profundizar en este aspecto veamos otros

³⁹ Partha Chatterjee, “La Nación y sus campesinos”, op. cit., p. 198.

pasajes problemáticos del razonamiento de los autores más significativos de la EES.

Aun cuando la EES reconoce claramente una tensión contradictoria al interior de la conciencia subalterna –entre aceptación y negación de la dominación y sus parámetros- en otros momentos del análisis sitúa el dualismo y la contradicción afuera de las clases subalternas, en el enfrentamiento de éstas con las élites:

Como medida de la diferencia entre dos percepciones mutuamente contradictorias, tiene mucho que decirnos, no sólo sobre la mentalidad de la élite, sino también sobre lo que se opone a ella, es decir, sobre la mentalidad subalterna. El antagonismo es, en efecto, tan complejo y está tan firmemente estructurado que, a partir de los términos declarados por uno, debería ser posible, invirtiendo sus valores, derivar los términos implícitos del otro.⁴⁰

La inversión -que ya aparecía en una cita anterior de Chatterjee- opera como un dispositivo de separación, de oposición sin mediaciones ni sobreposiciones. Desaparece la contradicción interna a la subalternidad, la cual se presenta compacta frente a su opuesto dominante que antes aparecía en su propio seno. Se confunde así la *subalternidad* –es decir la subjetivación política surgida de la relación de dominación y de la experiencia de la subordinación- con la subjetivación forjada en el conflicto, en la experiencia de la insubordinación, es decir, como veremos más adelante, en el *antagonismo*.

Esta confusión será reconocida *a posteriori* por integrantes de la EES. El propio Chatterjee señala un giro al interior de la escuela como forma de reequilibrar el planteamiento inicial:

Es entre 1987 y 1989, a partir del quinto y sexto volumen de *Subaltern Studies*, que surge una nueva orientación. Se inicia entonces a admitir, mucho más seriamente que antes, que las historias de la subalternidad eran fragmentarias, desarticuladas e incompletas, que la conciencia subalterna estaba fisurada, compuesta por elementos surgidos tanto de la vivencia de las clases dominantes

⁴⁰ Ranajit Guha, “Aspectos...”, cit. p. 111.

como de las dominadas. Al mismo grado de los señales de autonomía manifestados por la gente ordinaria en los momentos de rebelión, las formas de conciencia subalterna sometidas al régimen cotidiano de la subordinación se volvieron objeto de estudio.⁴¹

Por otra parte, Saurabh Dube reconoce el origen teórico del problema en la obra de Guha:

El que Guha haya recurrido a conjuntos de oposiciones binarias lo condujo a ver una clara separación entre pasividad y resistencia y trazar una abrupta distinción entre la élite y los grupos subordinados en la India colonial; separación y distinción que ignoraba la alquimia de la aprobación y apatía (y los niveles y formas de subordinación) entre los grupos subalternos.⁴²

Sin embargo, más allá de la autocrítica y el reequilibrio –que bien puede conducir al extremo opuesto, al absolutismo de la aceptación de la subordinación- los planteamientos iniciales que dieron a conocer a la EES inspiraron la proliferación de un concepto de *subalternidad* escurridizo.

Un ejemplo ilustrativo del deslizamiento propiciado por la perspectiva de los ES aparece en un libro sobre la subalternidad en México de Rhina Roux, inspirado en la obra de Guha.

En diversos pasajes, retomando a James Scott⁴³, Roux sitúa con precisión el piso de la subordinación y sus márgenes de maniobra aún mínimos:

⁴¹ Partha Chatterjee, «Controverses en Inde autour de l'histoire coloniale» en *Le Monde Diplomatique*, febrero 2006, París.

⁴² Saurabh Dube, *Sujetos subalternos*, El Colegio de México, México, 2001, p. 70.

⁴³ Scott, en su libro *Los dominados y el arte de la resistencia*, ERA, México, 2000, sostiene un enfoque muy cercano a la perspectiva de la subalternidad (de hecho el autor reconoce haber recibido comentarios y críticas de los integrantes de la EES, como también no haberlas *podido* incorporar, p. 12) si no fuera que no utiliza ni menciona el concepto y, a partir de una única referencia a Gramsci (la cita a p. 117 está mal traducida, es leída aisladamente e inclusive se malinterpreta en su sentido literal) plantea una crítica radical al concepto de *hegemonía*, que confunde con un cierre absoluto –entre aceptación y resignación. A pesar de este traspié teórico, el estudio de Scott tiene la virtud de analizar las manifestaciones embrionarias –infrapolíticas- de la resistencia oculta de los subordinados como base fundamental para entender las bases de su

Lo que otorga el carácter político a la acción de los subalternos no es su referencia a las instituciones estatales o su carácter pacífico o violento, sino el estar orientada a una redefinición de vínculos sociales y su capacidad de poner en cuestión el orden normativo en que descansa una forma de dominación. (...)

Si subalternidad indica no una carencia material sino una ubicación relacional (sub/alter: el otro que está debajo), entonces la dominación es un proceso eminentemente conflictivo que transita por el reconocimiento, por parte de quienes domina, de la voluntad de los subordinados y por el intento, por parte de los oprimidos, de poner condiciones y diques a la dominación. (...)

La politicidad de las clases subalternas se configura históricamente desde la propia experiencia, en relación con los dominadores y desde un marco cultural común a ambos que incluye mitos, religiosidad y representaciones colectivas.⁴⁴

Después de haber centrado el análisis en la negociación mediante el cuestionamiento, las condiciones y los diques, Roux da el mismo salto que Guha y sus colegas:

Porque se trata de un proceso social que reposa en la dominación, la estatización de la vida social está siempre atravesada por el conflicto y desbordada por la política autónoma de las clases subalternas, a las que permanentemente se intenta incluir en la relación estatal.⁴⁵

Aparecen de repente, sin mediaciones, el conflicto, el desborde y la autonomía. Antagonismo y autonomía son asumidos como partes de la subalternidad, cuando –siguiendo a Gramsci– el conflicto es un recurso y la autonomía una conquista progresiva y no un estado de cosas. No se trata de negar la relación entre subalternidad, antagonismo y autonomía sino de no subsumir las últimas dos a la primera, restando especificidad a tres conceptos fundamentales para la comprensión de los procesos de resistencia y de rebelión.

conformación subjetiva. Aunque el autor no lo reconozca, se trata de una perspectiva totalmente en sintonía con la propuesta de Gramsci, cuando éste último planteaba claramente el proceso de subjetivación asumiendo como punto de partida la cultura popular como crisol de prácticas de resistencia.

⁴⁴ Rhina Roux, El príncipe mexicano. Subalternidad, historia y Estado, Era, México, 2005. pp. 43, 42 y 156.

⁴⁵ Ibid. p. 45.

Otra referencia directa de la EES al pensamiento de Gramsci es la noción de *revolución pasiva* que en el autor italiano es un correlato procesual de la subalternidad: la posibilidad de una transformación impulsada y orientada desde arriba, dirigida a reestructurar la relación de dominación ofreciendo la ilusión “transformista” del cambio en lo superficial en aras de garantizar la continuidad de fondo. El manejo de este concepto aparece oportunamente en los trabajos de Partha Chatterjee como el instrumento analítico que le permite interpretar la conformación del Estado-nación después de la independencia en función de elementos de continuidad con el pasado colonial.⁴⁶ Ahora bien, resulta sorprendente que, en este estudio, Chatterjee visualice el proceso desde arriba, desde la manipulación de los autores que conducen la revolución pasiva y no desde las masas que le dan cuerpo, que incorporan el proceso. Se invierte paradójicamente aquí el planteamiento de los estudios subalternos en la medida en que se analiza la imposición y sus mecanismos y no la asimilación. Al mismo tiempo, la sorpresa desvanece si reconocemos en esta interpretación un efecto de deformación derivado del esquema anterior: si los subalternos son autónomos, sólo pueden ser subordinados desde una imposición externa. Ya no hay hegemonía, sino dominación desnuda.

Como reflejo de la apertura gramsciana del concepto de *subalternidad*, la EES parece entramparse en la oscilación desarticulada entre dos vertientes interpretativas. Por un parte, la subalternidad como *política autónoma* que exalta a las rebeliones y sus alcances aún parciales, aún circunscritos a la consolidación cultural de comunidades en resistencia; por la otra, la subalternidad como expresión de la eficacia de la dominación que propicia una historia de la imposibilidad del éxito y del fracaso permanente de los proyectos y los deseos encarnados en los movimientos campesinos.

⁴⁶ Partha Chatterjee, “El Estado Nacional” en Silvia Rivera, op. cit., pp. 211-233.

Más allá del reequilibrio teórico al interior de la corriente de los ES, el problema de fondo no se resuelve en la medida en que se utiliza al concepto de *subalternidad* como piedra filosofal de una alquimia investigativa que confunde el brillo con el oro.

Es posible que este marco oscilatorio sea una elección voluntaria en aras de propiciar la apertura del análisis y rebasar las dificultades propias de la precisión conceptual, a partir del rechazo a la teoría que el propio Thompson intentó teorizar frente al cientificismo althusseriano y en defensa del marxismo historicista.⁴⁷ Al mismo tiempo, otra explicación es que este enfoque se deriva de una lectura involuntariamente sesgada de la obra de Gramsci. Guha leyó una selección de los *Cuadernos*, una compilación británica que -como la clásica de Palmiro Togliatti- se basa en un ordenamiento temático cuya virtud divulgativa acarrea el vicio de no respetar la lógica secuencial de la elaboración del pensamiento de Gramsci en la cárcel. A esta laguna filológica, como hemos señalado, respondió la edición crítica coordinada por Valentino Gerratana publicada por el Instituto Gramsci en 1975, la cual propició un giro en los estudios gramscianos. La lectura de la obra del marxista italiano por parte de los integrantes de la escuela de estudios subalternos parece no considerar la totalidad del pensamiento de este autor.

En efecto, un destacado conocedor del tema, Joseph Buttigieg afirma que les faltó un estudio sistemático de la obra.⁴⁸ Como muchas veces ha ocurrido, los conceptos elaborados por Gramsci son apropiados por los autores y usados aprovechando su apertura y las sugerencias que contienen, tanto porque el carácter fragmentario de la redacción de los *Cuadernos* lo propicia como porque se puede considerar un campo de

⁴⁷ E. P. Thompson, *Miseria de la teoría*, op. cit..

⁴⁸ Joseph A. Buttigieg, "I subalterni nel pensiero di Gramsci", in Alberto Burgio y Antonio Santucci, *Gramsci e la rivoluzione in occidente*, Editori Riuniti, Roma, 1999, p. 196.

inspiración y un marco de referencia.⁴⁹ Si bien esta práctica creativa no es condenable sino, por el contrario, constituye un motor para el crecimiento del pensamiento, en particular el marxista, al mismo tiempo, en este caso, parece haber sido contraproducente. En la noción de *subalternidad* que manejan y desarrollan las investigaciones de la EES desaparece o se desdibujan dimensiones y articulaciones problemáticas planteadas por el mismo Gramsci en su obra: las clases, el poder, el vínculo entre sujeto social y sujeto político (el partido), las relaciones sociales que incluyen pero rebasan a la relación dominantes-subalternos en sentido estricto (la sociedad civil), la forma de dominación en un sentido amplio (la hegemonía), el papel de los intelectuales.

Así, la EES contribuyó a la difusión pero no al fortalecimiento del enfoque de la subalternidad y se entrampó en el intento de cuadratura de un *subalternismo*, es decir, un esencialismo que lograra conciliar la experiencia de la subordinación como matriz de los procesos de subjetivación política con las prácticas y experiencias de resistencia, de rebelión y de autonomía. Asimilando nominalmente fenómenos diferenciados, se hundió en una ambigüedad teórica que, si bien permitió avanzar en los estudios históricos, obstruyó la reflexión teórica. Sin embargo, no hay que olvidar que el propio legado conceptual de Gramsci se prestaba a confusión, aun cuando éste nunca absolutizó la autonomía ni separó los momentos de la subalternidad, cuidando de mantener vinculadas las distintas expresiones o momentos de los subalternos en el marco de un proceso histórico ramificado en posibilidades y potencialidades, evitando así toda tentación esencialista, definitoria y definitiva.

⁴⁹ Ver, por ejemplo, el uso del concepto de sociedad política en Partha Chatterjee, *Oltre la cittadinanza*, Maltemi, Roma, 2006. Una compilación similar en español fue recientemente publicada en Argentina, Partha Chatterjee, *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Siglo XXI-CLACSO, Buenos Aires, 2008.

Más allá de la valoración de los indiscutibles aciertos historiográficos y epistemológicos así como de los posibles desaciertos teóricos de la EES, sigue en pie la interrogante sobre los límites y los alcances analíticos de un concepto tan abarcador.

4. Conclusión

El concepto de *subalterno* elaborado por Antonio Gramsci en el marco de sus reflexiones teórico-políticas generó una perspectiva que permitió abrir el marco de análisis de los procesos de subjetivación política. En términos thompsonianos, Gramsci conceptualizó la subalternidad como *experiencia de la subordinación*, expresada por la tensión entre la *aceptación/incorporación* y el *rechazo/autonomización* de las relaciones de dominación y materializada en una “disposición a actuar como clase” que combina espontaneidad y conciencia.

En un plano eminentemente académico, la Escuela de Estudios Subalternos de la India fundada por Ranajit Guha recuperó el concepto y, a lo largo de una serie de aplicaciones en los estudios históricos, avanzó en una teorización que, pretendiendo fijar los elementos de la subalternidad, realizó la incierta formulación de un *subalternismo* en un primer momento centrado en la exaltación de los fenómenos de autonomía y la rebelión y posteriormente oscilante entre los dos aspectos planteados por Gramsci. La EES se entrampó en el paso que Gramsci no quiso o no pudo dar: tratar de fijar la esencia de los sujetos, establecer una definición finita de sus características, ofrecer una síntesis acabada de la relación dialéctica entre las dimensiones que la configuran. Este intento de desarrollo del concepto de *subalternidad*, más allá de los avances historiográficos que permitió, quedó atrapado en un esencialismo, una teorización basada en un enfoque

reduccionista de la subalternidad a partir de una pretensión omnicomprendiva que se propone asimilar una dimensión subjetiva con la totalidad de la composición del sujeto, una resolución unidimensional de la dialéctica entre aceptación y rechazo de la dominación, entre espontaneidad y conciencia. A diferencia de la crítica de Spivak que impugna la noción de *subalterno* de Gramsci y la EES en nombre de la micrología foucaultiana⁵⁰, considero que la solución no radica en minimizar el alcance analítico del concepto sino reconocer que la subalternidad es una componente fundamental pero no única o esencial.

El horizonte trazado por Gramsci constituye un punto de partida teórico indispensable para el estudio de los procesos de subjetivación política y no, como se desprende en la Escuela de Estudios Subalternos, de llegada. Si a nivel historiográfico es posible –y fructífero– enmarcar un determinado conjunto de procesos bajo el sello de la subalternidad, a nivel teórico la tentación de operar la misma síntesis conduce a una confusión conceptual.

Como vimos, partiendo de las reflexiones de Gramsci podemos entender la subalternidad como condición y como proceso de desarrollo subjetivo –de subjetivación política centrada en la experiencia de la subordinación– que incluye combinaciones de aceptación relativa y de resistencia, de espontaneidad y conciencia. Esto implica distinguir tanto niveles y dimensiones como situaciones y momentos, reconocer distintas formas y pasajes, diversas manifestaciones de la subalternidad, que sería necesario adjetivar. Al mismo tiempo, ampliar la mirada hacia procesos y dinámicas de subjetivación política que rebasan la resistencia –como postura defensiva– supone incorporar otras dimensiones y otros conceptos.

⁵⁰ Gayatri Chakravorty Spivak, Critica della ragione postcoloniale, Maltemi, Roma, 2004, pp. 283-284.

Para avanzar en esta dirección, veremos en los siguientes capítulos cómo los conceptos de *antagonismo* y *autonomía*, a la par del de *subalternidad*, fueron colocados en el centro de perspectivas de análisis de los procesos de subjetivación política, cuáles fueron sus alcances, sus límites y, por último, en qué medida pueden articularse y complementarse para abrir el horizonte y fortalecer el análisis marxista de los procesos de subjetivación política.

Capítulo II

Antagonismo

A diferencia de la categoría de *subalternidad*, la de *antagonismo* no es de uso corriente en el discurso político. Al mismo tiempo, al ocupar un lugar importante en las obras de Marx, este concepto mantuvo una presencia significativa en el lenguaje marxista posterior, al interior del cual aparece con frecuencia, generalmente como sinónimo de conflicto, contradicción, contraposición, enfrentamiento y lucha.

Sólo en una ocasión –en las reflexiones de Antonio Negri en los años 70- el concepto de *antagonismo* fue objeto de un desarrollo teórico que, especificando su significado, trató de colocarlo en el centro de una perspectiva de análisis marxista de los procesos subjetivos correspondientes a la práctica y la *experiencia de la insubordinación*, de las formas y dinámicas de subjetivación política derivadas de situaciones de conflicto y de lucha.

Para sostener la pertinencia y el alcance de esta última acepción -en relación con los otros conceptos que nos interesan- en este capítulo evidenciaremos los orígenes y los usos de la noción de *antagonismo* en la obra de Marx como antecedente que justifica y enmarca el posterior esfuerzo de Negri por resaltar sus implicaciones subjetivas. Posteriormente analizaremos los alcances y los límites de la teorización avanzada por Negri

a partir de la influencia teórica y práctica del obrerismo y de las intensas movilizaciones de los años 60 y 70 en Italia. Por último, en un *excursus*, revisaremos la trayectoria del pensamiento de Negri de los años 80 a la fecha para dar cuenta del posterior desarrollo del concepto.

1. Antagonismo, lucha e insubordinación

En contraste con el concepto de *subalternidad*, el de *antagonismo* aparece con regularidad y frecuencia en la obra de Marx. Su uso se desdobra, en un primer nivel, en una acepción particular y una general. La acepción general remite a un uso amplio o extenso como sinónimo de contradicción o contraposición y, por lo tanto, susceptible de aplicarse a situaciones muy diversas. La acepción particular –cualitativamente más relevante– centra el uso en relación con el conflicto entre capital y trabajo y el enfrentamiento de clase, lo cual implica otro desdoblamiento.

Veamos algunos momentos significativos de esta acepción en las obras de Marx.

Desde el *Manifiesto del Partido Comunista*, el concepto de *antagonismo* aparece en reiteradas ocasiones y se coloca en el centro del discurso, y de la historia, como sinónimo de lucha de clases: “Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado en el antagonismo entre las clases oprimidas y las opresoras.”¹ Más adelante, en este mismo texto, vuelve a aparecer –en una única ocasión– para caracterizar el momento

¹ Karl Marx y Friedrich Engels, “Manifiesto del Partido Comunista” en *Obras escogidas*, Quinto Sol, México, 1988, p. 120. En *La ideología alemana*, el concepto de antagonismo aparece en relación con la contraposición entre campo y ciudad y entre los intereses de distintos oficios y sólo en una ocasión como antagonismo entre capital y trabajo y como lucha de clases.

capitalista y su forma estructural de “antagonismo del capital y el trabajo asalariado”.² De esta forma se coloca discursivamente como sinónimo de lucha de clases o de conflicto entre capital y trabajo, según el énfasis más subjetivo o estructural del discurso.³ Claramente, cuando de lucha se trata, el concepto resalta la connotación que, en términos lingüísticos (del griego *agon*, contienda, y *antagonizomai*: luchar contra), es propia de la palabra, la cual enfatiza el carácter subjetivo, humano, del enfrentamiento.

Conforme a esta pendiente subjetiva, en otros pasajes del *Manifiesto*, el antagonismo se vincula con el problema de la conciencia:

Nada tiene, pues, de extraño que la conciencia social de todas las épocas se atenga, a despecho de toda la variedad y de todas las divergencias, a ciertas formas comunes, formas de conciencia hasta que el antagonismo de clases que las informa no desaparezca radicalmente. (...)

Pero todo esto sin dejar un solo instante de laborar entre los obreros, hasta afirmar en ellos con la mayor claridad posible la conciencia del antagonismo hostil que separa a la burguesía del proletariado.⁴

Hablar de antagonismo como crisol de “formas de conciencia” o de “conciencia del antagonismo”, en rigor, reforzaría la connotación de antagonismo como conflicto estructural, objetivo, del cual se adquiere conciencia en el plano subjetivo. Sin embargo, la fórmula “conciencia del antagonismo” fácilmente puede pasar a ser *conciencia antagonista* y abrir una serie de problemáticas subjetivas ligadas a la lucha y la

² Ibid., p. 122.

³ Como sinónimo de conflicto, en el mismo *Manifiesto* es utilizado para designar a los “antagonismos entre los pueblos”, *ibid.*, p. 126.

⁴ Ibid. p. 127 y 140. En esta misma dirección, en el *Prólogo* a la edición italiana de 1893, escribía Engels: “La revolución fue en todas partes obra de las clases trabajadoras: fueron los obreros quienes levantaron las barricadas y dieron sus vidas luchando por la causa. Sin embargo, solamente los obreros de París, después de derribar el Gobierno, tenían la firme y decidida intención de derribar con él a todo el régimen burgués. Pero, aunque abrigaban una conciencia muy clara del antagonismo irreductible que se alzaba entre su propia clase y la burguesía, el desarrollo económico del país y el desarrollo intelectual de las masas obreras francesas no habían alcanzado todavía el nivel necesario para que pudiese triunfar una revolución socialista.”

in subordinación como experiencias. ¿Qué impacto tiene el conflicto sobre la conciencia? ¿Qué conciencia surge de la experiencia del antagonismo? ¿Qué conformación subjetiva corresponde a esta conciencia antagonista? Con otros términos, estas interrogantes atraviesan las preocupaciones políticas y teóricas de Marx y seguirán presentes en el debate marxista posterior.

Otro pasaje del *Manifiesto* resulta particularmente sugerente en la medida en que vincula la idea de antagonismo a la de autonomía. Marx y Engels, refiriéndose a los socialistas utópicos, escriben:

Cierto es que los autores de estos sistemas penetran ya en el *antagonismo* de las clases y en la acción de los elementos disolventes que germinan en el seno de la propia sociedad gobernante. Pero no aciertan todavía a ver en el proletariado una acción histórica independiente, un movimiento político propio y peculiar.⁵

Además de establecer una relación estrecha entre autonomía y antagonismo como elementos complementarios, Marx –por medio del “todavía”– deja margen a que se entienda que los socialistas utópicos no vieron a la autonomía por ser el nivel siguiente al antagonismo, lo que derivaría en asumir que, a partir del conflicto se construye la independencia, es decir que en el antagonismo se forja la autonomía.

Con una connotación claramente distinta, en el célebre *Prólogo de 59*, el antagonismo aparece en un único párrafo que asienta una definición formal, estructural del concepto, que será recurrente en *El Capital*.

Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción, antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino el de un antagonismo que surge de las condiciones sociales de vida de los individuos, pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno

⁵ Ibid. p. 136.

de la sociedad burguesa crean, al mismo tiempo, las condiciones materiales para resolver este antagonismo.⁶

En *El Capital* el concepto aparece en múltiples ocasiones con un énfasis estructural y, en esta recurrencia, refuerza esta connotación.⁷

En medio de su uso sistemático a nivel estructural como sinónimo de contradicción –como *momento y forma* de la contradicción–, un único pasaje de *El Capital* apunta directamente a la dimensión subjetiva del antagonismo:

Es el conjunto de los medios de producción monopolizados por una determinada parte de la sociedad, los productos y condiciones de ejercicio de la fuerza de

⁶ Karl Marx, “Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política”, 1859 en Karl Marx, Introducción general a la Crítica de la Economía Política, Siglo XXI, México, 1982, pp. 67.

⁷ Karl Marx, El Capital, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, Como sinónimo de contradicción, en relación con la mercancía y las condiciones de vida (tomo 1 cap. 3), como antagonismo de clases (tomo 1, cap. 8), como antagonismo “entre el explotador y la materia prima de su explotación” (tomo 1, cap. 11), como “separación entre el campo y la ciudad” y como “contradicciones del empleo capitalista de la maquinaria” (tomo 1, cap. 12), como “faz” del despojo, como antagonismo entre intereses de grupos capitalistas, como contradicciones del proceso de producción capitalista, como antagonismos del campo (tomo 1, cap. 13), como “antagonismos sociales” (tomo 1, cap. 20), “antagonismos de la producción capitalista” (tomo 1, cap. 23), entre sistemas económicos y de producción (tomo 1, cap. 25), “entre el interés de cada capitalista individual y el de la clase capitalista en su conjunto” (tomo 3, cap. 15), como antagonismo del trabajo asalariado (tomo 3, cap. 21), se refiere al “carácter antagónico del capital”, a “sistemas de producción basados en el antagonismo entre el obrero como productor directo y el propietario de los medios de producción”, a “antagonismo entre el gobierno y la masa del pueblo” (tomo 3, cap. 23), al “antagonismo entre el propietario de los medios de producción y el propietario de la simple fuerza de trabajo”, al “carácter antagónico del señorío del capital sobre el trabajo” (tomo 3, cap. 25), otra vez al antagonismo de clases, después al “antagonismo como propiedad ajena frente a todos los individuos que intervienen realmente en la producción”, al “antagonismo de intereses entre las distintas empresas”, al antagonismo “entre el carácter de la riqueza como riqueza social y como riqueza privada”, otra vez al antagonismo entre el capital y el trabajo (tomo 3, cap. 27) y al antagonismo de clases y, finalmente, al antagonismo entre formas del valor (tomo 3, nota al cap. 36).

trabajo vivo enfrente de esta fuerza de trabajo que este antagonismo personifica como capital.⁸

La idea de personificación del trabajo vivo contrapuesto al capital vuelve a abrir la posibilidad de una acepción de antagonismo como contraposición entre sujetos y como ámbito de constitución de las subjetividades en lucha a partir de un conflicto objetivo.

Sin embargo, esta vertiente se mantiene en segundo plano en razón de las apuestas principales y prioritarias de *El Capital* que se traducen en un análisis del funcionamiento del capitalismo. Esto no quiere decir que *El Capital* no contenga una apuesta en relación con la subjetivación del trabajo sino que ésta se desprende del análisis estructural que no deja de ser el hilo argumentativo fundamental de esta obra. Así, en el mismo capítulo en donde aparece la mención anterior, en otro párrafo, Marx vuelve a centrar al concepto en el terreno estructural:

La llegada M momento de la crisis se anuncia al presentarse y ganar extensión y profundidad la contradicción y el antagonismo entre las relaciones de distribución y, por tanto, la forma histórica concreta de las relaciones de producción correspondientes a ellas, de una parte, y de otra las fuerzas productivas, la capacidad de producción y el desarrollo de sus agentes. Estalla entonces un conflicto entre el desarrollo material de la producción y su forma social.⁹

A la acepción estructural de antagonismo que se asienta en *El Capital* no corresponde un equivalente desarrollo de una acepción subjetiva en las obras históricas y políticas de Marx.

En el *18 Brumario de Luis Bonaparte*, la noción de *antagonismo* aparece varias veces y en referencia a situaciones diversas. En el capítulo III, es utilizada en un largo párrafo sobre “la mezcolanza más abigarrada de clamorosas contradicciones” en la Asamblea Constituyente, entre la

⁸ Ibid., Tomo III, Capítulo 48.

⁹ Ibid., Tomo I, Capítulo 51.

Montaña, los realistas, el poder ejecutivo y la república.¹⁰ Posteriormente, aparece como “viejo antagonismo entre la ciudad y el campo, la rivalidad entre el capital y la propiedad del suelo”, como “antagonismo de clases en general”.¹¹ En el Capítulo IV, vuelve a figurar como antagonismo de clase pero también entre Luis Bonaparte y la Asamblea Nacional Constituyente.¹² En el Cap. VI, aparece como antagonismo entre “la supremacía de la propiedad territorial o la del dinero”, entre fracciones del partido del orden.¹³

¹⁰ Karl Marx, El 18 Brumario de Luis Bonaparte, Editorial Progreso, Moscú, cap. III, pp. 31-32, “...luchas cuya primera ley es la indecisión; en nombre de la calma una agitación desenfadada y vacua; en nombre de la revolución los más solemnes sermones en favor de la tranquilidad; pasiones sin verdad; verdades sin pasión; héroes sin hazañas heroicas; historia sin acontecimientos, un proceso cuya única fuerza propulsora parece ser el calendario, fatigoso por la sempiterna repetición de tensiones y relajamientos; antagonismos que sólo parecen exaltarse periódicamente para embotarse y decaer, sin poder resolverse; esfuerzos pretenciosamente ostentados y espantosos burgueses ante el peligro del fin del mundo y al mismo tiempo los salvadores de éste tejiendo las más mezquinas intrigas y comedias palaciegas, que en su *laisser aller* recuerdan más que el Juicio Final los tiempos de la Fronza; el genio colectivo oficial de Francia ultrajado por la estupidez ladina de un solo individuo; la voluntad colectiva de la nación, cuantas veces habla en el sufragio universal, busca su expresión adecuada en los enemigos empedernidos de los intereses de las masas, hasta que, por último, la encuentra en la voluntad obstinada de un filibustero. Si hay pasaje de la historia pintado en gris sobre fondo gris, es éste. Hombres y acontecimientos aparecen como un Schlemihl a la inversa, como sombras que han perdido sus cuerpos. La misma revolución paraliza a sus propios portadores y sólo dota de violencia pasional a sus adversarios. Y cuando, por fin, aparece el «espectro rojo», constantemente evocado y conjurado por los contrarrevolucionarios, no aparece tocado con el gorro frigio de la anarquía, sino vistiendo el uniforme del orden, con *zaragüelles rojos*.”

¹¹ Ibid., p. 35 y p. 41

¹² Ibid. p. 51, “Lo que no comprendía la burguesía era la consecuencia de que su *mismo régimen parlamentario*, de que *dominación política* en general tenía que caer también bajo la condenación general, como *socialista*. Mientras la dominación de la clase burguesa no se hubiese organizado íntegramente, no hubiese adquirido su verdadera expresión política, no podía destacarse tampoco de un modo puro el antagonismo de las otras clases, ni podía, allí donde se destacaba, tomar el giro peligroso que convierte toda lucha contra el poder del Estado en una lucha contra el capital.”

¹³ Ibid. p. 77.

En *La guerra civil en Francia*, un pasaje de fuertes implicaciones teóricas reafirma la idea general de antagonismo de clases:

Al paso que los progresos de la moderna industria desarrollaban, ensanchaban y profundizaban el antagonismo de clase entre el capital y el trabajo, el Poder estatal fue adquiriendo cada vez más el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo, de fuerza pública organizada para la esclavización social, de máquina del despotismo de clase.¹⁴

Posteriormente Marx señala el antagonismo entre “las fracciones y facciones rivales de la clase apropiadora, en su antagonismo, ahora abiertamente declarado, contra las clases productoras”, pero también “entre la Comuna y el Poder estatal” o se ironiza sobre visiones inocentes que asumen “antagonismos todavía en germen”.¹⁵

En síntesis, al margen de un uso amplio como simple sinónimo de conflicto o contradicción, el concepto de *antagonismo* en Marx adquiere densidad en la oscilación entre una definición estructural (conflicto capital-trabajo) más sistemática y una acepción subjetiva (lucha de clases) más incierta, lo cual es perfectamente coherente con los propósitos y los alcances de la secuencia establecida en el programa de investigación que subyace a su obra: en la base económica se gestan las relaciones materiales a partir de las cuales se configuran las superestructuras, la combinación y el pasaje del ser social a la conciencia social como proceso de construcción subjetiva. La culminación en *El Capital* de la maduración del pensamiento de Marx sella la definición más acabada del antagonismo como sinónimo de conflicto y de contradicción más que de lucha. Sin embargo, considerando el carácter inacabado de esta obra así como del programa de investigación de Marx, en particular en lo que se refiere a los estudios sobre la conformación de las clases que no pudo realizar, y el uso del concepto desde el *Manifiesto*, es evidente la existencia de una pendiente teórica que

¹⁴ Karl Marx, “La guerra civil en Francia” en C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas*, Quinto Sol, México, 1985, p 214.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 214, 218 y 220.

lleva a una definición subjetiva del antagonismo la cual, sin ser sistemática y precisa, no deja de ser la contraparte inseparable de la definición estructural del ser social en el marco de la contradicción capital/trabajo.

Posiblemente por ser un concepto que adquiere especificidad en la obra de Marx, el antagonismo se quedó –con excepción de la obra de Antonio Negri que analizaremos más adelante- relativamente congelado en el uso tendencialmente estructural de *El Capital* aun cuando la acepción subjetiva del *Manifiesto* siguiera ofreciendo la posibilidad de una variación semántica y de otro alcance analítico.

Al mismo tiempo, más allá de la denominación, la inquietud por los temas del impacto del conflicto (la lucha) en la formación del sujeto y la conciencia de sí mismo han sido a tal punto una constante en el pensamiento marxista que sería absurdo tratar de aislarla como una línea específica. Se podría afirmar incluso que toda la reflexión política marxista ha abordado este problema que constituye –más que la subalternidad y la autonomía- el meollo del pensamiento político marxista, el rasgo característico, el nudo gordiano. En este caso la lista de referencias incluye, para poner ejemplos destacados, a Lenin, Rosa Luxemburgo, Mao y el Che Guevara, los cuales, partiendo del análisis de la subordinación, despliegan sus esfuerzos intelectuales hacia la comprensión de las emergencias subjetivas relacionadas con las experiencias de conflicto, lucha, insubordinación y rebelión. Esta vasta trayectoria de reflexiones marxistas enmarca el problema teórico que nos interesa subrayar pero su seguimiento puntual sin duda trasciende el tratamiento que estamos proponiendo tanto por su amplitud como por los fines estrictamente teóricos que estamos persiguiendo. Nos limitamos por ende a observar que, al margen de su formulación conceptual, el problema de las subjetividades forjadas en la lucha ha ocupado un lugar estratégico lo cual, además de las obvias

implicaciones políticas, es un indicador de la centralidad teórica que defenderemos en el cuarto capítulo.

En conclusión, más allá del uso nominal de la categoría de *antagonismo*, la persistencia en el marxismo en la búsqueda de claves interpretativas de la conformación subjetiva surgida del conflicto y la lucha –o, dicho de otras maneras, de la experiencia de la insubordinación- es una constante que atraviesa las décadas y los siglos. Sin embargo, es relevante el señalamiento de que, con excepción de Negri, ningún otro marxista definiera o denominara *antagonistas* los procesos o las formas de subjetivación política. Paradójicamente, existe una recuperación no marxista (o *posmarxista*) del concepto desde perspectivas estrictamente académicas en autores como Alberto Melucci y Ernesto Laclau.¹⁶

La relevancia de la obra de Negri de los años 70 radica en que en ella encontramos el intento más sistemático –para no decir el único- al interior de la tradición marxista, de desarrollar una teoría del sujeto centrada en el concepto de *antagonismo*.

Además de avanzar una noción específica de *autonomía*, la principal contribución de Negri en estos años reside en el uso y el desarrollo teórico del concepto de *antagonismo* en una acepción agencial-subjetiva, no sólo como sinónimo de conflicto sino fundamentalmente como característica de la clase en lucha, como proceso de subjetivación política, como interiorización de la experiencia del conflicto, la lucha y la insubordinación.

En los siguientes apartados intentaremos evidenciar, en la trayectoria del pensamiento de Negri, el desarrollo de esta perspectiva así como los movimientos y las oscilaciones en el uso del concepto de *antagonismo* desde su primera aparición en los textos de los años 70 hasta su desdibujamiento

¹⁶ Ver Alberto Melucci, Acción colectiva, vida cotidiana y democracia, El Colegio de México, México, 1999 y Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, Hegemonía y estrategia socialista, FCE, Buenos Aires, 2004.

en las obras más recientes las cuales, dicho sea de paso, tuvieron una difusión y gozan de un reconocimiento mucho mayor que las anteriores. Sin tener la pretensión de rescatar la totalidad del pensamiento de un autor particularmente creativo, en algunos aspectos hermético y contradictorio, y en constante evolución, nos centraremos en rastrear un pilar conceptual del cuerpo teórico que fue elaborando a lo largo de su vida intelectual. Por lo tanto, este ejercicio no dejará de ofrecer, desde este ángulo específico, además de una aproximación a la construcción categorial de las nociones de *antagonismo* y *autonomía*, una panorámica monográfica de su obra.

Ahora bien, antes de adentrarnos en la secuencia de textos, hay que situar el origen del pensamiento de Negri en el contexto de las luchas políticas de los años 60 y 70 en Italia y del surgimiento del movimiento obrerista, del cual Negri no sólo es una expresión intelectual sobresaliente sino particularmente duradera y significativa. Un breve recorrido histórico servirá tanto para ubicar temporal y políticamente las ideas de Negri como para demostrar que su pensamiento, a diferencia del de Gramsci, pero con algunas similitudes respecto al debate francés analizado en el capítulo posterior, es un pensamiento cuyo surgimiento se encuentra directamente vinculado con e influenciado por un momento de intensa movilización, de crisis política potencial y, por lo tanto, de optimismo revolucionario.

En este sentido, revisar la trayectoria del movimiento obrerista en Italia – poco conocida en América Latina– permitirá mostrar la relación entre la perspectiva de la subjetivación antagonista que avanzará Negri al interior de una corriente teórica y un movimiento socio-político.

2. El movimiento obrerista en Italia: teoría y praxis antagonista

Los años 60 y 70 fueron los años de la llamada *nueva izquierda*, de la difusión -en el torrente de las luchas sociales- de debates y heterodoxias marxistas y socialistas.¹⁷ En estos veinte años de luces y sombras, de victorias y derrotas, en Italia destacó una experiencia teórico-política: el *obrerismo*.¹⁸

El obrerismo fue el movimiento más original de la oleada de luchas que caracterizó la historia de Italia desde principio de los 60 hasta finales de los 70, un movimiento político que participó en un gran movimiento social y, en su interior, se ramificó en diversas experiencias y distintas organizaciones.¹⁹ El obrerismo, como conjunto de perspectivas teóricas y como movimiento político, durante dos décadas cimbró la hegemonía del Partido Comunista Italiano (PCI) -el más grande de occidente- y marcó la historia del movimiento comunista y del marxismo en Italia.²⁰

¹⁷ Ver Massimo Teodori, Las nuevas izquierdas europeas (1956-1976), Blume, Barcelona, 1978, tres tomos.

¹⁸ Generalizamos bajo el nombre obrerismo un movimiento que incluye tanto el obrerismo propiamente dicho de los años 60 como el obrerismo-autonomismo de los años 70. Distinguiremos más adelante estas dos expresiones y estos dos momentos de un movimiento que puede y debe leer en su continuidad como en sus rupturas.

¹⁹ Para profundizar ver Guido Borio, Francesca Pozzi e Gigi Roggero, Futuro anteriore. Dai “Quaderni rossi” ai movimenti globali: ricchezze e limiti dell’operaismo italiano, Derive/Approdi, Roma, 2002, Nanni Balestrini y Primo Moroni, L’orda d’oro 1968-1977, Feltrinelli, Milano, 1997 y, en español, el ensayo de Claudio Albertani, “Antonio Negri, Imperio y la extraña parábola del obrerismo italiano” en *Bajo el Volcán*, núm. 6, primer semestre 2003, BUAP, Puebla, pp. 169-199.

²⁰ Respecto de la historia del marxismo italiano, en significativo el lugar que ocupa esta corriente en un reciente, y pionero, intento de síntesis, Cristina Corradi, Storia del marxismo in Italia, Manifestolibri, Roma, 2005. Por otra parte, la voz “obrerismo” aparece en el célebre diccionario crítico del marxismo de Georges Labica y Gérard Bensussan, Dictionnaire critique du marxisme, PUF, 1985, París, p. 816-817.

En un balance interpretativo de la historia de la Italia republicana, Enzo Santarelli sintetiza así el alcance político del *obrerismo*, refiriéndose a sus tesis:

...tienen un valor disruptivo: algo similar al sindicalismo revolucionario en otros tiempos, rehabilitan el debate y estimulan la acción. No hay sólo una intuición segura –el potencial despertar de la clase obrera sino también un método –la encuesta social- y una perspectiva –la democracia obrera.²¹

El obrerismo nace con la revista *Quaderni Rossi*, cuyo primer número salió en 1961 a partir de la iniciativa de diversos grupos políticos radicados en varias ciudades industriales italianas. El principal animador de esta primera experiencia fue Raniero Panzieri, quien militaba en el ala izquierda del Partido Socialista Italiano (PSI), defendiendo la idea de la democracia obrera y sosteniendo una crítica a la forma-partido de ecos luxemburguistas, denunciando su degeneración en un instrumento de reproducción de las élites y de conservación de la organización como un fin en sí mismo. Panzieri fundó *Quaderni Rossi* después de que el PSI había girado definitivamente a la derecha en su Congreso de 1959 que abrió la época de los gobiernos de centro-izquierda, encabezados por la Democracia Cristiana, al interior de los cuales los socialistas decían buscar “reformas estructurales” que transformaran el capitalismo italiano.²²

En efecto, la aparición del obrerismo se vincula estrechamente con el rápido proceso de modernización del capitalismo italiano desde la segunda posguerra que describe Claudio Albertani:

²¹ Enzo Santarelli, *Storia critica della repubblica*, Feltrinelli, Roma, 1997, p. 145. También Aldo Agosti encuentra un hilo rojo entre el obrerismo de los años 60 y 70 y el sindicalismo revolucionario de finales del siglo pasado, el pensamiento de Georges Sorel y el consejismo del primer posguerra, ver Aldo Agosti, *Enciclopedia della sinistra europea nel XX secolo*, Editori Riuniti, Roma, 2000, pp. 509-512.

²² Ver la antología de la obra de Raniero Panzieri, *La ripresa del marxismo-leninismo in Italia*, Nuove edizioni operaie, Roma, 1977.

El éxodo del campo, el despegue industrial, el aumento del terciario, y la difusión del consumo de masa, modificaron profundamente la estructura social del país. Aunque siempre habían existido estratos de obreros no calificados, las industrias del norte empezaron a requerir cantidades crecientes de mano de obra barata para impulsar el desarrollo de los sectores automotriz y petroquímico. La producción se fragmentó y, con la difusión de la cadena de montaje, surgió una nueva generación de jóvenes emigrantes procedentes del sur que no tenían la cultura política, ni los valores “resistenciales” de sus mayores. Vivían una situación particularmente difícil pues la sociedad local no los aceptaba y el sindicato desconfiaba de ellos. Pronto, sin embargo, serían protagonistas de importantes movimientos de protesta.²³

En este contexto, en su nacimiento como propuesta original, el obrerismo formuló una crítica radical a la izquierda italiana tradicional -partidos y sindicatos comunistas y socialistas- acusados de centrar su visión de época en el desarrollo de las fuerzas productivas. Esta postura, según los obreristas, llevaba a aceptar una idea de progreso que derivaba en una actitud favorable al desarrollo capitalista, una lógica de negociación con fines redistributivos que se traducía en una apertura hacia la burguesía industrial de la “época de oro” del capitalismo, la etapa fordista-keynesiana, la planificación capitalista.²⁴ El pacto político que había permitido la elaboración de la Constitución de 1948, después de las tensiones de la primera etapa de la guerra fría, se trasladaba al terreno socio-económico, en el contexto del crecimiento de los años 50 y 60, desembocando en políticas de colaboración de clase que, implícita o explícitamente, eran sostenidas respectivamente por el PCI y el PSI.

Por su parte, los obreristas, al denunciar el reformismo dominante en la izquierda, señalaban las contradicciones inherentes a este aparente equilibrio y buscaban sustentar –objetiva y subjetivamente- una postura revolucionaria.

²³ Albertani, op. cit., p. 172.

²⁴ Ver Mario Tronti, “Il piano del capitale” en *Quaderni Rossi*, núm. 3, Roma, pp. 44-73

Las principales contradicciones relevadas por los obreristas se encontraban en la relación entre tecnología y poder y en la emergencia de una nueva figura obrera potencialmente subversiva. En el primer obrerismo –en los años 60- se criticaba la lectura positiva del desarrollo tecnológico que era propia de la izquierda tradicional. Por el contrario, se señalaba que la tecnología era la base de una reconfiguración del sistema de dominación, llegando a la conclusión de que la incorporación de las innovaciones científicas en el proceso productivo era una operación fundamental en la rearticulación de las estructuras de poder del capital.²⁵ Esta lectura se extendía a la sociedad en la medida en que:

En el nivel más alto del desarrollo capitalista, la relación social se vuelve un *momento* de la relación de producción, la sociedad entera se vuelve una articulación de la producción, es decir, la sociedad entera vive en función de la fábrica, y la fábrica extiende su dominación exclusiva sobre el conjunto de la sociedad.²⁶

Esta lectura de la *sociedad-fábrica* se derivaba de la observación del surgimiento, en el marco de la acelerada industrialización, de las *company towns*, el entrelazamiento entre fábricas, ciudades y barrios obreros en el norte industrializado, centro de los estudios y las acciones de los grupos obreristas. El pasaje de la lógica de la fábrica a la sociedad era mediada por la existencia de un Estado (Toni Negri lo definió “Estado-plan”) que, bajo la apariencia de la mediación entre capital y trabajo, organizaba la explotación a escala social.

Además de desenmascarar las contradicciones de un proceso que entrelazaba desarrollo capitalista, elementos de redistribución y extensión del control por parte del capital, los obreristas fueron los primeros en reconocer, en las grietas de la expansión capitalista de los años 50 y 60, en

²⁵ Ver Raniero Panzieri, “Sull’uso capitalista delle macchine nel neocapitalismo” in *Quaderni rossi*, núm. 1, Roma, pp. 53-72.

²⁶ Mario Tronti, “La fabbrica e la società” en *Quaderni rossi*, núm. 2, Roma, 1962, p. 20.

la nueva composición de la clase, la emergencia de un sujeto tendencialmente insubordinado: el llamado *obrero masa*. Al analizar las mutaciones en la composición de clase, los obreristas señalaban el pasaje de la centralidad de la figura del obrero profesional -un trabajador que mantenía ciertos márgenes de injerencia en el proceso productivo en la medida en que manejaba ciertos conocimientos técnicos y ciertas habilidades- a la emergencia del *obrero masa*, el trabajador no calificado, simple engranaje de la cadena de montaje. Este análisis era confirmado por las características de las luchas obreras que empezaban a surgir a principios de los años 60 y que se generalizaron posteriormente, protagonizadas por trabajadores jóvenes, en su mayoría emigrantes, recientemente contratados, débilmente integrados en los sindicatos y ubicados en los escalafones más bajos de la jerarquía obrera. Integrantes de una generación cuyos estudios y expectativas los distanciaban de los padres pero que terminaban de obreros o empleados como ellos, madurando frustraciones y rechazo hacia las pautas vigentes de integración social. Estas luchas -que aparecieron por primera vez en los enfrentamientos de Piazza Statuto en 1962- se oponían a la actitud conciliadora de los sindicatos, de la “aristocracia obrera” y planteaban un rechazo radical de la dominación en la fábrica en el que los obreristas leían un potencial revolucionario anticapitalista.

Estas preocupaciones teóricas se traducían en la investigación empírica, en el esfuerzo por conocer en detalle la nueva condición obrera en la cual se gestaba este nuevo actor, cuyo carácter subversivo y antagonista llamaba la atención de los obreristas y refrescaba las hipótesis revolucionarias. Para sostener este esfuerzo de investigación y articularlo con el trabajo político, se elaboró una propuesta metodológica llamada *conricerca* -un modelo de investigación participativa elaborado en particular por Romano Alquati- que implicaba una relación entre los investigadores y los obreros que permitiera

un conocimiento preciso y profundo sobre la clase y fomentara, al mismo tiempo, la toma de conciencia de estos últimos.²⁷

A partir de las primeras intuiciones y del respaldo empírico que ofrecían los acontecimientos, el obrerismo sentó las bases para una atrevida propuesta de inversión metodológica, una “revolución copernicana”²⁸. En palabras de Mario Tronti, uno de los intelectuales más brillantes y contradictorios del obrerismo:

Hemos visto también nosotros antes el desarrollo del capitalismo y después las luchas obreras. Es un error. Hay que invertir el problema, cambiar su sesgo, volver a partir del principio: y el principio es la lucha de la clase obrera.²⁹

Una inversión metodológica que abría una perspectiva teórica novedosa. En síntesis, para los obreristas, entender al capital implicaba partir de la lucha de clases y, en particular, de la construcción de la clase antagonista, la clase obrera. El capital aparecía, en esta lógica, como la variable dependiente: el desarrollo del capitalismo podía ser leído como un proceso de ajuste permanente dirigido a contener el trabajo, a los trabajadores que caminaban siempre un paso adelante, liberándose en los márgenes descubiertos por el sistema de dominación, desafiando al capital, obligándolo a cambiar. En este sentido, el obrerismo restablecía una lectura dialéctica frente a la lógica causal propia del marxismo de gran parte del movimiento obrero tradicional: no solamente las transformaciones del capitalismo determinan la conformación de la clase *en sí* y *para sí*, sino que esta composición impacta directamente en el capital, como forma y relación de poder. En lugar de ser una visión circular, la propuesta

²⁷ Ver el Dossier “Uso socialista de la encuesta obrera” en *Quaderni rossi*, núm. 5, Roma, abril 1965, pp. 67-269.

²⁸ Maria Turchetto, “De l’ouvrier masse á l’entrepreneurialité commune: la trajectoire déconcertante de l’opéraisme italien” en Jacques Bidet y Eustache Kouvélakis (coords.), *Marx contemporain*, PUF, 2001, p. 296.

²⁹ Mario Tronti, “Lenin in Inghilterra”, editorial de *Classe Operaia*, núm. 1, Roma, febrero de 1964, p. 1.

obrerista enriquecía el debate teórico y abría una línea de reflexión que permitía entender una serie de procesos en curso.

Esta visión se bifurcaba en la lectura de los procesos concretos. Por una parte, procesos objetivos que llevaban a estudiar a las transformaciones del capitalismo en el segundo proceso de posguerra -los treinta gloriosos- el desarrollo tecnológico y los modelos de producción fordistas-tayloristas y posteriormente su crisis. Por la otra, el acento estaba firmemente puesto en la dimensión subjetiva, en la subjetividad obrera y en su expresión más inmediata: el conflicto en la fábrica. La idea obrerista de *composición de clase*, como correlato de la *composición del capital*, permitió formular una lectura articulada de los procesos de transformación técnico-productiva en paralelo a la dimensión político-subjetiva, sin subordinar la segunda a los primeros. En este sentido, destacaba la centralidad política de la clase obrera, desde la perspectiva de la lucha; la fábrica se convertía en el espacio central del conflicto, un espacio de dominación pero también de gestación y despliegue del antagonismo.

Con base en estos postulados, el obrerismo formuló tesis políticas que se contraponían a las del PCI y del PSI, que ya cumplía el papel de ala izquierda del régimen demócrata cristiano.

En el terreno programático, la revolución pasaba por la radicalización, el pasaje de la lucha social a la lucha política. En esta secuencia, el tema clásico de las reivindicaciones salariales era concebido como un terreno de ruptura y no de negociación. En primera instancia, los aumentos salariales debían desligarse de los aumentos de productividad para romper la lógica del capital; en segunda instancia, debían conducir al salario garantizado, al margen de la producción, fuera de las reglas del juego; en tercera instancia, debía impulsarse un igualitarismo salarial que rompiera con las jerarquías y las divisiones al interior de la fábrica. Por otra parte, la lucha obrera debía trascender los tópicos del salario y de las condiciones de trabajo para

extenderse a la reapropiación de la riqueza social en términos de valor de uso: vivienda, transporte, mercancías, etc. Finalmente, para los obreristas, la condición obrera implicaba una ruptura ulterior en relación con el trabajo, el llamado *rechazo al trabajo*, el rechazo a ser mercancía, un distanciamiento absoluto del obrero con respecto a los medios de producción que desemboca en el sabotaje, el ausentismo y otras formas de lucha que buscaban dar a la alienación una salida política. Los obreristas sostenían que la inteligencia obrera no debía dedicarse a la producción sino volcarse en la militancia. La idea del rechazo al trabajo estaba en los antípodas de la cultura del trabajo que impulsaba el movimiento obrero histórico, la primera apostaba a la radicalización del enfrentamiento en función de la superación violenta del sistema capitalista, la segunda a una apropiación paulatina en el marco de las reglas existentes en vista de una transición indefinida al socialismo. Una vez más, reforma y revolución como antinomia en la gramática de la izquierda.

Reconocido la *composición* del sujeto emergente delimitadas las líneas de conflicto y establecido el proyecto político, para completar el cuadro faltaba determinar las formas de organización.

Los obreristas se opusieron la izquierda italiana tradicional armados de la crítica a la burocratización y la moderación de partidos y sindicatos, poniendo en el centro la lucha, la clase y el movimiento. El planteamiento inicial fue: la clase determina la estrategia, el partido se ocupa de la táctica. Sin embargo, sobre esta formulación general se construyeron interpretaciones distintas y se produjeron divisiones importantes. De hecho, la misma experiencia de los *Quaderni Rossi* terminó en 1964 con la separación de un grupo mayoritario encabezado por Mario Tronti, Toni Negri y Alberto Asor Rosa, quienes, con otros intelectuales y militantes, fundaron *Classe Operaia*, una revista obrerista de perfil más activista que pretendía vincularse a los núcleos obreros más combativos. *Classe Operaia*

dejaría de salir en 1967, a raíz de otra ruptura sobre la misma problemática de la organización política.³⁰

En síntesis, como quedará evidente en la diáspora de los años 70, el debate veía enfrentadas posturas más espontaneistas -que rechazaban las cristalizaciones organizativas rígidas- a posturas más leninistas -que asumían que el movimiento necesariamente tenía que implicar la existencia de una vanguardia y, al interior de ellas, los que pregonaban la transformación del PCI desde adentro y los que pensaban en la construcción de un partido revolucionario *ex novo*. Esto produjo distintas ramificaciones del obrerismo: una parte importante, después de la primera etapa, volvió a los partidos tradicionales, pregonando el *entrismo* en las organizaciones de masas; otra componente derivó en el movimientismo y confluyó en *Lotta Continua*; otro grupo optó por una postura vanguardista dando vida a *Potere Operaio*³¹; un pequeño núcleo regresó a los orígenes, al trabajo micro en algunas fábricas, otros se dispersaron en experiencias locales.³² Para los años 70, fragmentos herederos del obrerismo serían identificados como “área de la autonomía”.³³ La tensión entre organización y difusión del movimiento se mantuvo como una contradicción irresuelta.

³⁰ Ver Giuseppe Trotta y Fabio Milana, *L'operaismo degli anni sessanta. Da Quaderni Rossi a Classe Operaia*, DeriveApprodi, Roma, 2008.

³¹ Ver Aldo Grandi, *La generazione degli anni perduti. Storie di Potere Operaio*, Einaudi, Torino, 2003 y Ballestrini, op. cit., en particular el capítulo 7.

³² Nos referimos aquí a los grupos explícitamente ligados a la tradición obrerista. Otras agrupaciones relevantes del archipiélago izquierdista vinculadas fueron *Il manifesto* (surgido a la izquierda del PCI y que se acercó mucho a PO a principio de los 70) o *Avanguardia Operaia* (organización trotskista que tuvo una presencia importante en el Comité Unitario de Base de la Pirelli en Milán, una experiencia obrera sobresaliente en donde se percibía la influencia obrerista).

³³ Ver Sergio Bianchi y Lanfranco Caminiti (coords.), *Gli autonomi. Le storie, le lotte, le teorie*, DeriveApprodi, Roma, 2007 y Steve Wright, *L'assaut au ciel. Composition de classe et lutte de classe dans le marxisme autonome italien*, Senonevero, Marsella, 2007.

Mientras esto ocurría, el país estaba en ebullición. Desde el 68, la radicalización del movimiento estudiantil había fortalecido al obrerismo no sólo por la afluencia de militantes jóvenes y con formación intelectual, sino por la apertura de un panorama de luchas que se extendía desde las fábricas hacia la sociedad. En esta apertura, apareció la categoría de *obrero social*, avanzada por Toni Negri, que substituía a la de *obrero masa*, señalando la nueva composición de la clase y las transformaciones subjetivas que acompañaban la crisis del fordismo-keynesianismo y permitían leer la terciarización como una extensión del trabajo asalariado y un proceso de proletarización. Este pasaje marca un salto en términos de continuidad y ruptura entre el obrerismo tradicional y el autonomismo obrero.

Desde 1969, el *otoño caliente* de las huelgas y las ocupaciones de fábricas había mostrado la fuerza de las luchas obreras espontáneas. La formación de los Consejos de Fábrica en un primer momento rebasó a los sindicatos y dio la sensación de constituir la base para la organización revolucionaria, los soviets italianos. Sin embargo, el reflujo del movimiento huelguístico, aunado a la sensibilidad y la capacidad política de los sindicatos comunistas -en particular la FIOM y la CGIL³⁴- lograron encauzar a los Consejos en el marco de un sindicalismo tradicional parcialmente renovado.³⁵

A finales de 1969, con el atentado de Estado en Piazza Fontana, había iniciado la época de la *estrategia de la tensión*, un proyecto contrarrevolucionario impulsado por sectores políticos reaccionarios, servicios secretos nacionales y estadounidenses y grupos neofascistas, cuya finalidad era crear un clima de violencia y miedo que justificara la represión

³⁴ Federazione Impiegati Operai Metalmeccanici (FIOM) y Confederazione Generale Italiana del Lavoro (CGIL).

³⁵ Ver Ballestrini, op. cit., en particular el capítulo 6.

y propiciara la derechización. Como la masacre de Tlatelolco en México, la “estrategia de la tensión” y el endurecimiento de la represión llevaron a importantes franjas del movimiento hacia el enfrentamiento directo y la lucha armada, la crítica de las armas. Surgieron varios grupos armados, entre los cuales destacaron las *Brigate Rosse* (BR), algunos de ellos directamente vinculados a organizaciones obreristas como *Potere Operaio* cuyo servicio de orden semi clandestino confluía parcialmente en las BR a la hora de su disolución en 1973.³⁶

A partir de 1973 –año emblemático de la crisis económica, pero también del golpe en Chile y del inicio de la política comunista del compromiso histórico elaborada por Berlinguer– los grupos de la autonomía obrera crecían y tomaban las calles de las principales ciudades italianas.

En este torrente de luchas, nacía el autonomismo. La noción de *autonomía*, según Franco “Bifo” Berardi, no se refería sólo a la independencia de las centrales sindicales y los partidos políticos sino a la in-mediatez, el rechazo a la mediación en general, el rechazo a las reglas que regían todo tipo de disciplinamiento, empezando por el trabajo. Para Bifo, la autonomía se configuraba como una alternativa al concepto tradicional de revolución, combinando la idea negativa de abolición del orden existente con la creación positiva de espacios de autodeterminación. En el autonomismo, la precariedad era asumida como una forma de libertad, las reivindicaciones existenciales englobaban lo político y el espontaneísmo se oponía frontalmente al leninismo. En este sentido, el mismo autor reconoce la existencia de dos ejes del movimiento autónomo y autonomista, un ala

³⁶ Ver Grandi, op. cit., y Giorgio Galli, Piombo rosso. Storia completa della lotta armata in Italia dal 1970 ad oggi, Baldini Castoldi Dalai, Milán, 2004.

creativa “deseante” –otros la llamarían autonomía *difusa*- y un ala política organizada en lucha contra el Estado.³⁷

En 1977 se dio el punto de inflexión del movimiento. Fue su apogeo porque la nueva oleada de movilización se alimentaba de las múltiples facetas de un movimiento complejo y articulado que se montaba en las experiencias acumuladas y se difundía en el territorio y el tejido social. Con el crecimiento cuantitativo, la extensión espacial y la ampliación de órganos de difusión y de influencia cultural, se expresó plenamente la consigna de la autonomía, no solamente como autonomía del movimiento en relación con partidos y sindicatos, sino como la manifestación de la autonomía de los sujetos organizados, su capacidad de crear espacios liberados, autónomos en relación con las reglas del sistema. Florecieron las iniciativas de autogestión: diarios, radios, revistas, ocupaciones, manifestaciones, etc. La experiencia de las luchas había desencadenado un proceso de politización conflictual que dejaba saldos importantes en la conformación de subjetividades políticas.

Al mismo tiempo, con la radicalización y como respuesta a la represión, aumentaban los enfrentamientos, los atentados, los encarcelamientos y los muertos. En este caleidoscopio en el cual las piezas eran diversamente interconectables, la estrategia de la tensión logró su objetivo y la violencia sirvió de parteaguas: el Estado usó todo su poder legal y extralegal, el PCI respaldó la línea dura y acabó apoyando a los gobiernos demócratas cristianos y, finalmente, el movimiento se desarticuló, víctima de la represión y de sus propias contradicciones.³⁸ El 77 anunciaba el reflujo de las luchas sociales en Italia y marcó el fin del *obrerismo-autonomismo* como

³⁷ Franco Berardi (Bifo), “Genesi e significato del termine autonomia” en Sergio Bianchi y Lanfranco Caminiti (coords.), Gli autonomi. Le storie, le lotte, le teorie, DeriveApprodi, Roma, 2007, vol. II, pp. 40-54.

³⁸ Ver Ballestrini, op. cit., en particular el capítulo 10.

movimiento político de masas. En 1978, el secuestro y la ejecución de Aldo Moro por parte de la BR cerraban definitivamente el ciclo político.

Frente a la polarización, el movimiento pasó a la defensiva asumiendo la denuncia de la represión como eje de toda actividad política. Por otra parte, la lucha armada adquirió una centralidad que desplazó la movilización de masas. Si los grupos autónomos –*in primis Potere Operaio*– siempre habían sostenido la necesidad de un momento o una instancia armada como condición para la victoria revolucionaria, la estrategia y el papel de la vanguardia se mantenía anclada al movimiento de masas. Con la relativa desmovilización, la lucha armada llegó a cubrir el vacío pero, como lo señala Guido Borio, contribuyó a aumentarlo, dando la sensación de un aumento de fuerza que se reveló una ilusión mientras substraía fuerzas y elementos de vanguardia al mismo movimiento. El crecimiento del polo armado frente al vaciamiento del movimiento desembocó en una separación basada en la delegación vanguardista, justo lo que la autonomía había cuestionado. Por otra parte, la ilusión armada surgía de un falso balance: la acumulación de fuerzas en la movilización era irreversible.³⁹ El pasaje de la “ilegalidad de masas” que caracterizaba las acciones callejeras a las vanguardias armadas fue letal para el movimiento.

Más allá de la historicidad de la experiencia política y de sus rasgos antagonistas, el obrerismo sobreviviría como escuela teórica. Los primeros grupos obreristas de los años 60 eran formados por jóvenes intelectuales y posteriormente –ya en los 70– la difusión del pensamiento obrerista atrajo y formó a otra generación en la misma senda teórica. En un contexto de formación política, el pensamiento obrerista se desarrolló y se ramificó como propuesta teórica específica.

³⁹ Guido Borio, “Operai contro la metrópoli” ” en Sergio Bianchi y Lanfranco Caminiti op. cit., pp. 63-91.

Al interior del vasto universo intelectual obrerista destacan dos intelectuales cuya participación remonta a la experiencia de *Quaderni Rossi* y cuya trayectoria atraviesa la historia de los años 60 y 70 hasta llegar a nuestros días. Mario Tronti sin duda fue –partiendo de las intuiciones de Panzieri- el ideólogo de la primera etapa en la medida en que sus textos –recogidos en el libro clásico titulado *Obreros y Capital*⁴⁰- asentaron los principios fundamentales y constituían el evangelio obrerista.⁴¹ Sin embargo, la trayectoria de Tronti se mantuvo al interior del PCI⁴² y, para los años 70, se orientó hacia una revisión teórica que descartaba parcialmente la matriz original de su propio pensamiento. En particular su obra posterior –*La autonomía de lo político*⁴³- fue sometida a duras críticas por parte de los obreristas autonomistas que –fieles a la línea tradicional- rechazaban cualquier concesión a las mediaciones institucionales, incluidos los tradicionales partidos de izquierda.

El otro intelectual emblemático del obrerismo Antonio “Toni” Negri –quien desde los 60 había logrado articular un sólido núcleo político en el noreste, con una relevante base obrera en la industria petroquímica de Porto Marghera- se convertiría en el principal ideólogo del autonomismo obrero en los años 70. De hecho, en esta década, la consigna principal –la autonomía- surgiría de su obra y sería adoptada como denominación del movimiento: la Autonomía Obrera.

⁴⁰ Mario Tronti, *Obreros y capital*, Akal, Madrid, 2001.

⁴¹ Ver un balance reciente del propio Mario Tronti, « Noi operaisti » in Giuseppe Trotta e Fabio Milana, *L’operaismo degli anni sessanta. Da Quaderni Rossi a Classe Operaia*, DeriveApprodi, Roma, 2008, pp. 5-58.

⁴² Tronti siempre sostuvo la necesidad de luchar contra la *socialdemocratización* del PCI, evitar su entrega a la operación de reforma capitalista, Ver Mario Tronti, “Clase y partido” en *Classe Operaia*, núm. 10-12, diciembre de 1964. pp. 2-6.

⁴³ Mario Tronti, *Sull’autonomia del político*, Feltrinelli, Milán, 1977.

Si a Tronti se deben elaboraciones fundadoras, hay que atribuir a Negri los desarrollos más audaces y más acabados del pensamiento obrerista en su traducción autonomista. Sería Toni Negri quien adoptará y desarrollará el concepto de *antagonismo* como pieza fundamental de un cuerpo teórico orientado a la comprensión de la configuración subjetiva anticapitalista. De alguna manera, en correspondencia con las experiencias de politización, movilización y radicalización -los procesos de subjetivación antagonista derivados de las experiencias de insubordinación de estos años- fue un intelectual de época, sintomático y sintético, el portavoz teórico de una expresión política de la crisis de estos años.

Al mismo tiempo, como veremos en los siguientes apartados, el alcance y el significado del concepto de *antagonismo* se modificaron a lo largo de la intensa trayectoria intelectual de este prolífico autor.

En efecto, aún cuando Antonio Negri es conocido mundialmente en relación con el movimiento y pensamiento *autonomista*, veremos en las siguientes páginas cómo el concepto de *antagonismo* constituye el elemento fundamental de su reflexión teórica en los años 70 mientras que la noción de *autonomía*, sin duda relevante y complementaria en estos años, irá agrandándose hasta convertirse, a partir de los años 80, en el concepto-eje del nuevo curso de su pensamiento.

3. La subjetivación antagonista en la obra de Antonio Negri

Desde los años 60, Antonio Negri escribió, además de numerosos artículos teórico-políticos en *Quaderni Rossi* y *Classe Operaia*, diversos textos de filosofía del derecho. Sin embargo, sería en los 70 cuando, junto con cierta maduración intelectual -que coincidió con la obtención de una cátedra en

la Universidad de Padua- desarrollaría sistemáticamente un pensamiento político y una propuesta teórica originales, anclados en la matriz obrerista pero ampliados hacia una perspectiva autonomista.

En los escritos de los años 70, en pleno despliegue del movimiento, en su calidad de ideólogo y dirigente político primero de *Potere Operaio* y después de otros grupos obreristas y autonomistas, Negri avanza un conjunto de ideas al interior del cual destacan los conceptos de *antagonismo* y *autonomía* como pilares de una reflexión marxista sobre el sujeto revolucionario.

Sigamos el desarrollo de esta reflexión a lo largo de un recorrido cronológico de los textos de esta década.

Desde 1971, en *Crisis del Estado-plan* -un texto en el cual Negri caracteriza el Estado keynesiano y vislumbra su crisis- sin dejar de usar la noción de *antagonismo* como sinónimo de conflicto estructural, de dinámica objetiva, empieza a verse una utilización del concepto para designar la forma y la característica principal de la emergencia del *obrero social*, sucesor del *obrero masa* fordista. Siguiendo la preocupación típicamente obrerista por la *composición y recomposición política de la clase*, Negri empieza a llamar *antagonista* al sujeto que se configura en el conflicto:

La aceptación de la polaridad de la tendencia, de su contradictoriedad y de la posibilidad de transformarla en antagonismo, en proceso revolucionario y en iniciativa insurreccional, no constituye de hecho procedimiento hipostático alguno con respecto a la realidad analizada, sino que es el presupuesto de cualquier análisis que se quiera significativo. La verdad objetiva no existe en un principio: hay que construirla en la lucha, para la lucha, para la transformación de la praxis.⁴⁴

⁴⁴ Antonio Negri “Crisis del Estado-plan. Comunismo y organización revolucionaria” en Antonio Negri, Los libros de la autonomía obrera, Akal, Madrid, 2004, pp. 50-51, (originalmente publicado en el núm. 45 de *Poder Obrero*, 25 de septiembre de 1971).

En este pasaje, Negri establece una diferencia entre la noción de *polaridad* –como acepción objetiva, estructural- y la de *antagonismo* –como iniciativa y praxis- una distinción que se formula como pasaje de la “contradicción al antagonismo”. En ella se perfila un uso subjetivo del concepto que será desarrollado a lo largo de los textos posteriores.

En 1975, en *Proletarios y Estado*, al interior del análisis crítico de la política del “compromiso histórico” impulsada por el Secretario General del PCI Enrico Berlinguer y las tesis sobre “la autonomía de lo político” desarrolladas por Mario Tronti, el concepto de *antagonismo* –aún en medio de su uso clásico- vuelve a aparecer como instrumento analítico orientado a la definición del sujeto socio-político:

El sistema de necesidades se sustituye por el sistema de luchas: un sistema alternativo de luchas que sabe ser reapropiación antagonista de las fuerzas productivas para el sujeto proletario, como trabajo vivo social. (...)

Destruir la negociación colectiva del convenio es destruir el último plano de manipulación capitalista de las necesidades y, por consiguiente, a partir de este momento, salir al descubrimiento de la lucha contra el sistema como tal, al descubrimiento de ese terreno de apropiación revolucionaria, antagonista, que es en la actualidad la existencia del proletariado y su esperanza.⁴⁵

Particularmente relevante en estos pasajes es la asociación entre el concepto de *antagonismo* y la idea de *apropiación* que, en el pensamiento de Negri, es sinónimo de *autovalorización* –retención del valor de uso y de la capacidad productiva por parte de los trabajadores- entendida como contraparte positiva del *rechazo al trabajo*, la actividad antagonista por excelencia en la medida en que rompe la dominación del capital y, con ello, expresa a la autonomía obrera.

En este texto, la autonomía se presenta como resultado material (como autovalorización) y estructural de fases de enfrentamiento con las instituciones (Estado y fábrica) en las cuales las contradicciones se vuelven

⁴⁵ “Proletarios y Estado. Por una discusión sobre autonomía obrera y compromiso histórico” -escrito en 1975-, pp. 207 y 210.

antagonismo, aspectos cualitativos del conflicto, forma específica de la subjetividad obrera, experiencia de insubordinación.

Siempre en 1975, en un texto inspirado en el pensamiento de Lenin, la extensión hacia el plano subjetivo de la noción de *antagonismo* se hace más explícita, como lo demuestra el siguiente pasaje:

No obstante, si la constitución del Estado capitalista cambia materialmente, se debe al hecho de que ante sí, inminente, el Estado debe asumir un proceso parejo: el de la constitución del sujeto proletario insubordinado. Si hasta el momento, el análisis nos ha llevado a entender la posibilidad formal del antagonismo en términos completamente objetivos y, por lo tanto, nos ha ayudado a comprender la necesidad de la mutación constitucional del capital, de ahora en adelante nos interesa analizar el otro aspecto, esto es, cómo va constituyéndose el sujeto subversivo, remodelándose continuamente en este curso. Las posibilidades formales del antagonismo en la reproducción-circulación del capital nos remiten a la consideración efectiva de la expresión del antagonismo obrero dentro y contra la reproducción del capital. De la anatomía de la reproducción a la fisiología de la lucha obrera.⁴⁶

A partir de este enfoque, Negri investiga y resalta el “carácter antagonista” y las “potencialidades antagonistas” de las masas, asumiendo al antagonismo como elemento cualitativo sustancial de la subjetividad obrera cuya existencia y dimensión se relaciona con la experimentación del potencial transformador de la cual es portadora y el impacto real que produce en la relación de explotación y dominación. La secuencia entre *independencia proletaria*, *autovalorización* y *contrapoder* le permite argumentar la formación en estos años de una nueva composición de clase obrera (*recomposición*) y la conformación y afirmación de una subjetividad subversiva e insubordinada: el *obrero social*.

Sin embargo, a pesar de la claridad del desplazamiento del concepto hacia lo subjetivo, al entender al antagonismo como valorización y liberación del trabajo vivo, el concepto tiende a confundirse con el de *autonomía*.

⁴⁶ Antonio Negri, “De *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* al *¿Qué hacer?* Para la crítica de la constitución material: autovalorización obrera e hipótesis de partido”, p. 252.

Antagonismo y autonomía aparecen simultáneamente punto de partida, proceso y finalidad. Designan, con un énfasis específico, los mismos pasajes argumentativos y los mismos referentes concretos. Al mismo tiempo, más allá de la explicitación del énfasis subjetivo, el concepto de *antagonismo* empieza a ser usado con una frecuencia tal que lo convierte en una pieza omnipresente en el discurso –un *passepartout*– que no deja de utilizarse en reiteradas ocasiones como simple sinónimo de conflicto y de lucha o como contradicción. Así aparece como “antagonismo de clase”, “entre capital y trabajo”, como “relaciones antagonistas”, “forma antagonista de todo el proceso”, “mecanismos antagonistas”, “contenidos antagonistas”, “antagonismo entre formas económicas y formas institucionales” o “contradicción antagonista fundamental: la que se determina entre organización y poder de mando, entre proceso de trabajo y proceso de valorización.”⁴⁷

En 1977, en pleno auge del movimiento italiano, Negri publicó un conjunto de clases sobre el pensamiento de Lenin –*La fábrica de la estrategia*– en el cual avanzó significativamente en su interpretación subjetivista del marxismo:

Para cada etapa histórica de la lucha de clases hemos de realizar una definición de la composición de la clase obrera que incluye no sólo su situación general dentro del modo de producción, sino también el conjunto de experiencias de lucha, comportamientos y el modo en que las necesidades fundamentales, vitales, se renuevan y definen cada vez de forma nueva. El pensamiento marxista se confronta con este objeto como su referente real: el objeto del marxismo no es otro que la constitución, modificación y recomposición de este sujeto porque –y esto debemos tenerlo siempre presente– las relaciones de fuerza reales sólo pueden ser medidas dentro de este sujeto.⁴⁸

La recuperación selectiva del pensamiento de Lenin por parte de Negri se centra en algunos puntos que abonan a su propio proyecto político-

⁴⁷ Ibid., pp. 256 a 263.

⁴⁸ Antonio Negri, *La fábrica de la estrategia. 33 lecciones sobre Lenin*, Akal, Madrid, 2004, p. 22.

intelectual. Insiste, por ende, en la continuidad entre lucha económica y lucha política para sostener el potencial subversivo de los conflictos en la fábrica, subraya la idea de “salto” como aceleración de procesos históricos para apuntalar una perspectiva revolucionaria y la posibilidad de la insurrección. En otro rubro, recupera libremente la idea de *organización* como condición para la acción estratégica, preocupación leninista por excelencia, contraponiéndose –con Lenin- a la ideas de *organización-proceso*, *lucha-proceso* y *dirección-proceso* para destacar al partido como mediación entre espontaneidad y dirección y como instrumento de gestión del poder obrero. Por otra parte, Negri destaca y exalta una doble secuencia leninista: composición de clase-organización-insurrección y viceversa. Obviamente, apuntalando las tesis ya elaboradas en *Potere Operaio*, Negri retoma del leninismo la insistencia en la abolición del Estado, inclusive acelerándola en función del rechazo a la hipótesis de “transición al socialismo” en aras de la inmediata instauración del comunismo. Por último, un aspecto metodológico que Negri recupera de Lenin para sus propios fines es la de “formación social determinada” y de “abstracción determinada” que le permite retomar la idea marxiana de *tendencia* –que implica reconocer el elemento dinámico y potencialmente dominante de una formación social como forma sobredeterminante que caracteriza cualitativamente el proceso, orientando su rumbo y vislumbrando su desenlace. El uso de este dispositivo metodológico –ya presente en los trabajos anteriores- será una constante a lo largo de toda su obra.

En relación con las categorías que nos interesan, en este texto, el aparato conceptual retrocede a un uso tradicional: *autonomía* aparece como sinónimo de *independencia de clase* y *antagonismo* como sinónimo de *conflicto* o de *contradicción* entre capital y trabajo. Al mismo tiempo, aparecen dos énfasis relevantes. En primer lugar, Negri insiste en la necesidad de autonomía (independencia) proletaria que excluye alianzas con las clases afines –populares, recuperando un punto ya avanzado en un

polémico editorial de *Classe Operaia*, “Operai senza alleati”, obreros sin aliados.⁴⁹ En segundo lugar, distingue la mera actividad antagonista de la “creación comunista”, lo cual podría leerse como una caracterización del antagonismo como forma o fuerza negativa, eminentemente destructiva y una posible distinción de la autonomía, la autovalorización como proceso emancipatorio.

En 1978, en el ensayo titulado *El Dominio y el sabotaje*, el pensamiento de Negri vive un importante momento de desarrollo y de explicitación. Afirma Negri: “me veo llevado de nuevo a admitir la preponderancia de la hipótesis subjetiva, que hemos propuesto al principio, a la hora de explicar la dialéctica actual del capital”.⁵⁰

A lo largo de las páginas, aparece reiteradamente la acepción subjetiva del concepto de *antagonismo*: “los componentes antagonistas del proletariado”, “el significado antagonístico, pero no la realidad, del movimiento obrero”⁵¹, “el contenido antagonístico de las luchas”⁵² “potencial radicalmente antagonista de los procesos de autovalorización obrera”⁵³. En otros pasajes se exalta la “independencia antagonística”, “el proyecto antagonista”⁵⁴, “las características antagonistas del poder obrero”⁵⁵ y “la fuerza antagonista, subversiva del proyecto de autovalorización obrera” con lo cual se establece una relación circular, ontológica y genealógica entre los términos al decir

⁴⁹ Toni Negri, “Operai senza alleati” en *Classe Operaia*, núm. 3, marzo de 1964, p. 1 y 18.

⁵⁰ Antonio Negri, “El dominio y el sabotaje. Sobre el método marxista de la transformación social” en Los libros de la autonomía obrera, , op. cit., pp. 281-336, p. 290, (el texto fue escrito en el verano del 1977).

⁵¹ Ibid., p. 283.

⁵² Ibid., p. 308.

⁵³ Ibid., p. 306.

⁵⁴ Ibid., p. 326.

⁵⁵ Ibid., p. 307.

que la autonomía es antagonista –independencia antagonista⁵⁶- y asumir que el antagonismo produce autonomía y viceversa, en un ir y venir ininterrumpido.

Aún apareciendo como mero sinónimo de “potencial revolucionario”, es inequívoco el asentamiento subjetivo del concepto, el cual expresa la incorporación del conflicto, la experiencia de la lucha y la insubordinación como forma constitutiva del sujeto y el contrapoder como su expresión o manifestación directa.

Por otra parte, la idea de *autonomía* es expresada en este texto no sólo en términos de *independencia* sino de *separación*:

El proceso de la constitución de la independencia de clase es hoy, antes que nada, un proceso de separación. (...)

La constitución de la independencia de clase se desarrolla, antes que nada, en su separación. Pero separación significa, en este caso, ruptura de la relación del capital. Significa también que, al alcanzar el punto máximo de socialización, la clase obrera rompe las leyes de la mediación social del capital.⁵⁷

La ruptura autónoma es marcada por el proceso de *autovalorización* del trabajo vivo que implica la salida del valor de cambio y la recuperación del valor de uso con lo cual, “los mecanismos de reproducción del capital y los mecanismos de reproducción de la clase obrera ya no funcionan sincrónicamente”.⁵⁸ Si la “separación” delimita el territorio de la autonomía, el proceso de “separación”, es decir de construcción de la autonomía, aparece como el terreno específico del antagonismo.

La otra idea fundamental que aparece en este texto es la del *sabotaje* como manifestación concreta de la autovalorización obrera: “Autovalorización es

⁵⁶ Ibid., p. 319.

⁵⁷ Ibid., p. 287 y p. 290.

⁵⁸ Ibid., p. 298.

sabotaje”⁵⁹. Éste se define como “actividad continua de francotirador, de saboteador, de absentista, de desviado, de criminal”⁶⁰, lo cual opera la separación y su contraparte positiva, la solidaridad de clase. La reducción del horario de trabajo aparece como clave para la autovalorización en la medida en que libera espacios para procesos de emancipación. En este sentido, la autonomía aparece como fuerza destructiva y se vuelve a sobreponer a la noción de *antagonismo* como *insubordinación*.

Aparece aquí otro planteamiento resbaloso que permanecerá en el centro del pensamiento de Negri, quien sostiene que la “lógica de la separación” produce una doble autonomía enfrentada: la del poder capitalista y del poder obrero. Se sobreponen las hipótesis de exterioridad e interioridad en la relación de dominación, se afirma y se niega la relación misma.

En *El Dominio y el sabotaje* se desarrolla otra pieza fundamental del pensamiento de Negri: el rechazo al trabajo. Éste se realiza en forma de sabotaje, huelga, acción directa:

El rechazo del trabajo como contenido del proceso de autovalorización. Cuidado: contenido no significa objetivo. El objetivo, la finalidad del proceso de autovalorización es la total liberación del trabajo vivo, en la producción y en la reproducción, es la total utilización de la riqueza al servicio de la libertad colectiva. Es, por lo tanto, algo más que el rechazo del trabajo que, de todos modos, cubre el espacio fundamental de la transición, caracteriza su dialéctica y establece su normativa. Rechazo del trabajo, por consiguiente, es todavía un momento del proceso de autovalorización en su relación destructiva con la ley del valor, con su crisis, con la obligatoriedad del trabajo productivo para toda la sociedad. Que todos tengan que trabajar, en la sociedad basada en la autovalorización, en la fase de la transición, es una norma que concierne al rechazo del trabajo exactamente como le concierne la programación de la reducción del horario de trabajo, del trabajo obligado a la reproducción y a la transformación.⁶¹

Así, la autovalorización es el vector de la emancipación y se manifiesta como antagonismo. Este planteamiento abona a una noción de autonomía

⁵⁹ Ibid., p. 309.

⁶⁰ Ibid., p. 311.

⁶¹ Ibid., p. 322.

relativa y no *absoluta*. Al mismo tiempo avanza la idea de “relación destructiva” como síntesis de antagonismo y autonomía, de interioridad y exterioridad, como dialéctica negativa.

Ahora bien, aunque insista en la dimensión negativa, destructiva del antagonismo y de la autovalorización (autonomía), Negri agrega una contraparte constructiva “una medida positiva del no trabajo”, que llama *invención* “la determinación cualitativa de un modo de producción no dominado ya por las categorías del capital”.⁶² Por otra parte, a lo largo del planteamiento se genera una confusión cuando la autonomía aparece como calidad ontológica en sí misma y no como producto del antagonismo sino como productora del mismo, por lo tanto preexistente. Veremos agudizarse esta pendiente en las obras posteriores de Negri.

En efecto, sin que Negri aclare plenamente la relación, es posible asumir que, más allá de la sobreposición, el antagonismo se refiere al carácter relacional del proceso de subjetivación que deriva de la experiencia de la insubordinación mientras que la autonomía remite a la condición relativamente libre que hace posible la lucha, el supuesto de la libertad irreductible del trabajo vivo y el proceso de emancipación que éste, en su autovalorización, va sosteniendo. En este sentido, la autonomía se colocaría al principio de una secuencia, sería el dato a partir del cual se genera el antagonismo, aunque éste redunde en profundización de la autonomía reiterando la secuencia al infinito. En el fondo, éste es el fundamento de todo el pensamiento obrerista y autonomista: el principio de la autonomía obrera como plataforma de todo proceso antagonista y emancipatorio.

En cuanto al partido, Negri sostiene su necesidad como expresión de la consolidación de la separación, como instrumento y no como fin, como herramienta antagonista:

⁶² Ibid., pp. 322-323.

La respuesta ha de situarse necesariamente en la lógica de la separación: el partido es una función de la fuerza proletaria para garantizar el proceso de autovalorización. El partido es el ejército que defiende las fronteras de la independencia proletaria. Y naturalmente no debe, no puede inmiscuirse en la gestión interna de la autovalorización. El partido no es un contra-poder directo, radical, implantado en la materialidad de la autovalorización. Es una función de poder, pero separada, en ocasiones contradictoria con el proceso de autovalorización. El partido, si se nos permite el chiste, es una orden religiosa combativa, pero no la totalidad eclesial del proceso.⁶³

Aquí se nota claramente la diferencia en relación con Gramsci, para quien el partido era la expresión más acabada de la autonomía entendida como independencia de clase, mientras que para Negri es un instrumento del proceso de emancipación que se realiza por medio del antagonismo y la autovalorización. Es un instrumento de defensa y promoción del antagonismo y la autovalorización, que remiten en última instancia a la subjetividad, a la clase en su composición real, por encima de sus formas políticas transitorias.

Por otra parte, en *El Dominio y el sabotaje*, Negri aborda el tema de la violencia como ruptura antagonista y realización de la autonomía:

Para nosotros, la violencia se presenta siempre como síntesis: de forma y de contenido. Ante todo, como expresión del contrapoder proletario, como manifestación del proceso de autovalorización. Hacia el exterior, más tarde, como fuerza desestructurante y desestabilizadora. Por consiguiente, como fuerza productiva y como fuerza anti-institucional.⁶⁴

Este pasaje, ejemplifica textualmente la ambigüedad. No se entiende si Negri asume la identidad, la distinción o qué tipo de articulación entre la autovalorización (autonomía) y el antagonismo (contrapoder), entre el adentro de la producción y el afuera de la lucha política. Esta tensión oscilante entre interioridad y exterioridad atraviesa su pensamiento.

Finalmente, Negri concluye este ensayo con una página sobre el sabotaje que parece aclarar la relación:

⁶³ Ibid., p. 328.

⁶⁴ Ibid., p. 333.

El sabotaje es, por consiguiente, la clave fundamental de racionalidad que poseemos a este nivel de composición de clase. Una clave que permite desvelar los procesos a través de los cuales la crisis de la ley del valor ha ido progresivamente impregnando toda la estructura del poder capitalista, privándola de toda racionalidad interna y obligándola a convertirse en espectáculo eficaz de dominio y destrucción. Una clave que permite, por otra parte, identificar, al propio ritmo de la desestructuración capitalista (pero no de un modo homólogo), la capacidad de la lucha proletaria para hacerse independiente, para proceder al proceso de su propia autovalorización, para transformar el rechazo del trabajo en medida del proceso de liberación.⁶⁵

Es decir que, en esta formulación, el antagonismo (lucha proletaria, rechazo al trabajo) precede a la autonomía (autovalorización, liberación). Sin embargo, como hemos visto y veremos, esta secuencia lógica se invierte en otros momentos del pensamiento de Negri.

En 1978, Negri afianza en el terreno marxiano las ideas planteadas en *El dominio y el sabotaje* a lo largo de un texto eminentemente teórico sobre los *Grundrisse -Marx más allá de Marx*⁶⁶- resultado de un seminario que impartió en la École Normale Supérieure de Rue d'Ulm de París, santuario académico de los althusserianos y de parte importante del maoísmo francés.

Negri encuentra en los *Grundrisse* las bases de la *subjetividad antagonista* que va promoviendo en la medida en que en ellos el trabajo ya no aparece como “simple polo antagónico sino como clase revolucionaria”. A partir de este ángulo, según Negri, Marx rastrea las huellas del surgimiento en el seno del proceso capitalista del sujeto-clase. En esta dirección, Negri avanza una lectura de Marx que le permite enfatizar la separación y el conflicto que la clase trabajadora realiza por medio del rechazo al trabajo – como negación del poder de mando del capital- liberando tiempo adentro y afuera del proceso de trabajo, autovalorizándose en la lucha, entendida directamente como “afirmación del comunismo”. En este sentido, Negri

⁶⁵ Ibid., p. 336.

⁶⁶ Antonio Negri, Marx más allá de Marx. Nueve Lecciones sobre los Grundrisse, Akal, Madrid, 2001.

acaba definiendo al marxismo como la ciencia de la crisis y la subversión, una ciencia donde la contradicción se vuelve antagonismo y en la cual no se puede reducir la subjetividad a la explotación.

Sin embargo, a pesar de la pretensión de asentar teóricamente su planteamiento, en este texto, el uso de la noción de antagonismo se expande al punto de estallar por hipertrofia. A lo largo de las páginas aparece incesantemente para nombrar una serie amplia de fenómenos – objetivos y subjetivos- y volverse el significante de la totalidad, del movimiento y el motor de la historia.

Veamos un pasaje significativo de esta hipertrofia categorial:

Basta con detenerse en esto para comprender que las categorías del método de Marx están, en este momento feliz de la fundación del sistema, en su punto de madurez: sobre todo, madurez en el sentido de una fundación antagónica y dinamizada, donde el antagonismo es el motor del desarrollo del sistema, la fundación de una continua resurgencia del antagonismo cada vez que el proyecto, la historia del capital, progresa. También desaparece todo objetivismo materialista: la relación está abierta en la medida en que se funda en el antagonismo. Uno puede, justificadamente, objetar que aquí, sin embargo, el desarrollo de la contradicción –y la profundización de su antagonismo– permanece al nivel del capital, al nivel de las categorías del capital y del desarrollo, y que –en consecuencia– se subestima al componente subjetivo del proceso.⁶⁷

Sin embargo, más allá del uso omnicomprendivo y la consiguiente pérdida de precisión y especificidad conceptual, a lo largo de esta obra Negri no quita el dedo del renglón y vuelve a mostrar, leyendo a Marx, el trabajo como actividad más que como mercancía, como fuente de valor más que como valor y a presentar el valor de uso como fuerza subjetiva. En este sentido sigue asumiendo al antagonismo como una dimensión subjetiva, como el aspecto central de la subjetivación del trabajo.

Veamos dos pasajes reveladores de la tensión entre ruptura autonómica y relación antagonista:

⁶⁷ Ibid., p. 69.

Este antagonismo tiene origen en la relación de escisión entre valor de uso y valor de cambio– una relación de escisión en la cual dos tendencias se liberan de la unidad forzada a la que han sido sometidas: por un lado, el valor de cambio se autonomiza en dinero y capital, y, por otro, el valor de uso se autonomiza como clase trabajadora. (...)

Debemos ver en estos dos espacios la formación de subjetividades opuestas, voluntades e intelectos opuestos, procesos de valorización opuestos: en suma, una dinámica antagónica requerida para el desarrollo de esas condiciones que hemos considerado hasta aquí. Una teoría de la subjetividad de la clase trabajadora y el proletariado constituye, entonces, una presuposición y una tarea vis-a vis la teoría de la ganancia, oponiéndose a la realidad de todo este plustrabajo arrebatado, objetivado, socializado, por medio del cual el capital ha alcanzado simultáneamente su propia unificación como clase y el control de la explotación. Los Grundrisse apuntan hacia una teoría de la subjetividad de la clase trabajadora enfrentada a la beneficiosa teoría de la subjetividad capitalista.⁶⁸

Se evidencian aquí los términos de una posible confusión conceptual, al plantearse la idea de un antagonismo entre dos entes autónomos –capital y clase trabajadora- lo cual deja abierta la pregunta: ¿son interdependientes en la medida en que interactúan antagónicamente o son independientes? A menos que no quede clara que la autonomía es un proceso inacabado y no una calidad dada. ¿Cuál sería la relación entre ruptura autonómica y relación antagonista? La noción de “relación de escisión” si bien resulta sugerente no parece suficiente para resolver el enigma de la sobreposición del antagonismo y la autonomía y establecer los términos de su articulación. El hecho de que asuma que “la trayectoria de la subjetividad es totalmente interna a la relación de capital, no se ilusiona pensando que tiene alternativas, pero en el desarrollo de su separación, sabe destruir la relación”⁶⁹ confirma más bien que Negri navega con dos hipótesis interpretativas –separación y relación. Con lo cual, además de reconocer la interioridad antagonista, amén de la exterioridad autonómica, distinguen dos momentos cualitativos al interior del *continuum* del proceso -la separación y la destrucción- admitiendo implícitamente que a lo largo del proceso de ruptura autonómica se mantiene la relación antagonista.

⁶⁸ Ibid., pp. 88-89 y 111.

⁶⁹ Ibid., p. 169.

De paso, en *Marx más allá de Marx*, reafirmando el principio obrerista de que es la lucha de clases la que mueve al capital, Negri sostiene que el proceso constitutivo de la subjetividad obrera y su alcance transformador es irreversible –aunque puede ser entorpecido y temporalmente bloqueado. Una vez más, en su argumentación, Negri recurre al método de la tendencia:

Todo esto demuestra, para mí, que el comunismo –la realidad comunista de la composición de clase– se anticipa y condiciona las formas que tomará el desarrollo capitalista. El comunismo aparece, en su rol de elemento dinámico y constituyente, como el motor y la fuerza que destruyen al desarrollo capitalista. Todas las dinámicas indicadas por Marx –que hemos visto en los últimos movimientos de los Grundrisse y que representan la articulación inicial del proceso que estaba desarrollándose– todas estas dinámicas encuentran aquí su conclusión. La contradicción ya no está indicada sino que es actual: sus términos son antagónicos, y, mucho más, su separación, su diferencia y desarrollo contrario. El condicionamiento que la auto-valorización le impone al desarrollo capitalista ya no es efecto de la dialéctica resuelta dentro de las relaciones capitalistas; por el contrario, es un verdadero condicionamiento, una lógica impuesta al adversario por medio de posiciones de fuerza –posiciones separadas que son auto-determinadas. Podemos, por ello, avanzar hoy "más allá de Marx" en este camino que Marx indicó desde sus primeros guijarros. Pero una vez que se ha dado el salto, la imagen de la realización del comunismo, su dinámica, posee tan fuertes connotaciones que debemos, pese a nuestra incredulidad, repetirnos: sí, hemos ido más allá de Marx.

Esta óptica es la del antagonismo, donde la superación del obstáculo no tiende a crear nuevos límites sino a desarrollar más plenamente el valor de uso y la fuerza del trabajo viviente. En este pasaje, con este método, la subjetividad obrera se transforma en la clase revolucionaria, la clase universal. En este pasaje el proceso constituyente del comunismo halla su total desarrollo. Debemos de inmediato subrayar que a esta luz, la lógica antagónica deja de tener un ritmo binario, cesa de aceptar la realidad fantástica del adversario en su horizonte. Rechaza la dialéctica incluso como simple horizonte. Rechaza toda fórmula binaria. El proceso antagónico tiende aquí hacia la hegemonía, tiende a destruir y suprimir a su adversario.⁷⁰

Aparece en este pasaje una síntesis del recorrido teórico de Negri en los años 70. La anticipación comunista como factor dinámico, la contradicción subjetivizada en el antagonismo, la negación de la dialéctica, la tendencia a la separación constitutiva de la autonomía del trabajo vivo, por medio de la

⁷⁰ Ibid., pp. 207 y 210.

cual éste se impone sobre el capital, creando las condiciones para la revolución. Al mismo tiempo, con ellas, se hace evidente el trasfondo de la ambigüedad conceptual señalada: la autonomía obrera se impone arbitrariamente y el antagonismo deja de ser un marco relacional sino un proceso unilateral. Por otra parte, se confirma la hipótesis de que, en términos lógicos, la autonomía es la condición para la emergencia del antagonismo, aunque éste sea posteriormente el vector de la autonomización.

4. Conclusión

En la trayectoria intelectual de Negri en los años 70, más allá de la validez de sus conclusiones y del rigor en el uso de las categorías a lo largo de todos los textos, hay que reconocer y destacar una reflexión teórica original y, en su interior, el desarrollo del concepto de *antagonismo* en una acepción subjetiva que permite reconocer, identificar y nombrar el proceso de conformación de las subjetividades en el conflicto, la interiorización o incorporación de la lucha y la insubordinación como experiencias y como factores de subjetivación, de diálogo entre ser social y conciencia social, de formación de una “disposición a actuar como clase”. En este sentido, el antagonismo sería, en grandes líneas, el rasgo característico de la subjetivación conflictual, es decir la matriz de configuración de los aspectos subjetivos forjados al calor de la lucha y por medio de la experiencia de la insubordinación, en el cruce entre espontaneidad y conciencia. Así, Negri despliega teóricamente las connotaciones subjetivas del concepto de *antagonismo* conforme a las implicaciones presentes en el *Manifiesto* de Marx y Engels y a contracorriente del relativo anclaje estructural en el cual se había mantenido, en línea con el uso en *El Capital*, en el léxico de los

marxistas contemporáneos. Con Negri, la noción de *subjetividad antagonista* o de *antagonismo* como subjetivación adquiere densidad y se coloca teóricamente, asumiendo una connotación específica. A partir de esta perspectiva, es posible utilizar el concepto como herramienta de análisis de los procesos de subjetivación política.

El límite implícito en la propuesta de Negri –amén de los problemas ya señalados y en particular la sobreposición y la oscilación de los conceptos– se deriva de su afán omnicomprendivo, de la pretensión de reducir a la subjetivación antagonista el conjunto del proceso de formación de la subjetividad, la hipertrofia del concepto y el *esencialismo* que sintetiza en la lucha el momento y la forma del sujeto socio-político sin considerar que, además del conflicto, la dominación no desaparece en los momentos de lucha, reaparece en toda pausa entre ellos y, en su seno y por su medio, se configuran subjetividades desde la relación de subalternidad. Si bien es cierto que Negri contempla, por medio de la noción de *autonomía*, las dinámicas subjetivas derivadas de experiencias y prácticas de emancipación, vimos cómo el énfasis, la apuesta y el corazón de la perspectiva teórica que elabora se centran en el conflicto, la lucha y los procesos de subjetivación que le corresponden. Dicho de otra manera, la autonomía no adquiere la especificidad de designar la subjetivación de la experiencia de la emancipación, sino que se presenta como dato o proceso, como supuesto que alimenta, atiza el conflicto, la lucha, el antagonismo, el cual aparece como el dato o proceso subjetivo por excelencia. En el fondo, para Negri, la autonomía –teórica y políticamente– es la condición que permite y justifica el antagonismo, más que el contrario. Formulado en otros términos, la condición (relativamente) libre del trabajo se vierte en su capacidad de insubordinación, en la cual expresa su existencia subjetiva. La exterioridad derivada de la separación se impone tendencialmente sobre la interioridad de la relación. Por ello, no hay lugar alguno para la noción de *subalternidad*, o una equivalente, en la medida en que expresa

plenamente la interioridad de la construcción subjetiva a la relación de dominación. Como veremos al analizar la obra posterior de Negri, el antagonismo, al subordinarse a la autonomía, tiende a fijarse, perdiendo su carácter procesual, a convertirse en una propiedad, una calidad, un dato intrínseco del sujeto en lugar de designar la incorporación de prácticas y experiencias en el marco de un proceso de subjetivación.

Sin embargo, más allá de estos límites y de las posteriores vicisitudes de los conceptos de *antagonismo* y *autonomía* a lo largo la obra posterior de Negri, es indudable que su desarrollo en los trabajos de los años 70, configura una aportación significativa al pensamiento marxista: la perspectiva de la subjetivación antagonista. Como veremos en el cuarto capítulo, en esta acepción, la categoría se coloca al nivel de las de *subalternidad* y *autonomía* y potencialmente configura una triada analítica capaz de aprehender las distintas dimensiones que, sincrónica y diacrónicamente, constituyen a las subjetividades políticas en su proceso de conformación permanente.

Al margen de esta acepción y de la perspectiva que le corresponde, hay que registrar que el concepto de *antagonismo* está lejos de ser objeto de consenso y su estatus teórico aparece cuestionable. En efecto, éste tiene, inclusive entre los escasos autores que lo adoptan como pieza central de su reflexión teórica, un significado fluctuante. Por una parte, es notable la persistencia de un uso frecuente, al interior de los estudios marxistas, como sinónimo de *conflicto*, de *contradicción* en un plano estructural u objetivo. Por la otra, los raros intentos de desplazamiento al terreno del análisis de la conformación de las subjetividades tienden a salirse del marco teórico marxista.

En el siguiente apartado revisaremos otras perspectivas de desarrollo y de uso del concepto de *antagonismo* no tanto para los fines de la configuración categorial que nos interesa sino con otros dos objetivos paralelos: ampliar

el estudio al posterior desarrollo categorial avanzado por Negri y, con ello, destacar la especificidad de la acepción previa.

5. **Excursus:** *El antagonismo en la obra de Negri de los 80 a la fecha*

En este apartado, a partir del seguimiento a la obra del mismo Negri de los años 80 a la fecha, se evidenciará el desplazamiento que sufre el concepto en sí y en relación con el de *autonomía*, corroborando, de paso, algunas hipótesis ya delineadas en el apartado anterior.

En los años 80, en coincidencia con el reflujo de las luchas sociales, Negri empieza un ciclo de reflexiones que, entre continuidad y discontinuidad, van desplazando el sentido de las nociones de *antagonismo* y *autonomía* hacia nuevos horizontes teóricos. En particular mostraremos cómo la perspectiva de la autonomía fagocita la del antagonismo, lo cual desemboca en un esencialismo autonomista.

Desde 1982, en *Máquina tiempo*⁷¹, el tema central pasa a ser el (nuevo) “contexto del antagonismo”, el pasaje de la *subsunción formal* a la *subsunción real* del trabajo al capital, entendido como marco de un rompecabezas que requiere un nuevo paradigma. Planteando la necesidad de rebasar las “viejas categorías”, Negri define el sujeto antagonista como “complejidad colectiva múltiple”.⁷² Sin embargo, aún en esta apertura hacia la diversidad, el concepto de *antagonismo* no deja de ser formulado en relación con el tema de la clase. Refiriéndose a Thompson, Negri abre el

⁷¹ “Máquina tiempo, Rompecabezas, liberación, constitución” en Antonio Negri, Fábricas del sujeto/Ontologías de la subversión, AKAL, Madrid, 2006, pp. 13-174.

⁷² Ibid., p. 118.

concepto de clase basándolo en “la complejidad, (...) las diferencias, y la multiplicidad de las luchas y de los comportamientos antagonistas que realmente verificamos”.⁷³ La contraposición entre *unidad* y *multiplicidad* empieza a tensar el concepto de *antagonismo*.

Por otra parte, el pasaje a la subsunción real lleva a Negri a hablar de “coextensividad de los sujetos”, del fin del antagonismo (contrapoderes) en la forma-Estado.

...frente a la subsunción real del trabajo por parte del capital, la lógica del antagonismo proponía la separación absoluta, la definición de dos totalidades que carecían ya de relación. Por un lado la totalidad del Estado, como conjunto que ya sólo cabe describir con criterios de inferencia sistémica; por el otro, la totalidad proletaria, que ya sólo cabe describir como proceso de autovalorización, como separación ontológicamente estabilizada y concluida. Al sistema de poder se opone la genealogía de la potencia.⁷⁴

El fin del antagonismo en la forma-Estado exalta la lógica de separación por encima de la lógica de la relación. La autonomía prevalece sobre el antagonismo y éste, al subordinarse, pierde su alcance explicativo propio aunque no desaparezca como referente analítico. No desaparece porque la relación antagonista y su peso en la conformación subjetiva regresan por la ventana después de haber sido tiradas por la puerta. Regresan, por ejemplo, en la disputa entre el tiempo del capital y el tiempo de la

⁷³ Ibid., p. 21. “El sujeto antagonista, esto es, su multiplicidad y su referirse siempre a la lógica dualista del enfrentamiento y de la lucha. El pensamiento de la constitución debe aplicarse al sujeto antagonista: rastreando esa movilidad, esa libertad, ese deseo multiforme de la vida que devuelven al sujeto antagonista su hegemonía positiva y negativa: la negativa de la inaferrabilidad y de la fantasía, la positiva de la fuerza y del vínculo colectivo. Así pues, el sujeto antagonista no queda constituido de una vez por todas. Se constituye temporalmente en un proyecto de investigación y de verificación. El trabajo negativo regresa al centro del análisis. Pero regresa fuera del rompecabezas, como liberación, como innovación desplegada. Más allá de la resistencia” en Ibid., p. 75.

⁷⁴ Ibid., p. 42.

liberación, como prácticas temporales distintas y contrapuestas.⁷⁵ La constitución del tiempo es asumida como esencia colectiva, como máquina constitutiva del sujeto:

En este punto, estalla el antagonismo. El tiempo de la cooperación se constituye como sujeto contra el capital. Es valor de uso. Es principio de crisis, latente o efectivo, pero siempre principio de crisis. En la literatura marxiana el valor de uso se interpreta con frecuencia como fundamento naturalista o como mera función del valor de cambio. Estas concepciones eran todavía posibles, alternativa o ambiguamente, antes del paso a la subsunción real. En la fase de la subsunción, el tiempo se presenta como substancia colectiva del valor y como sujeto antagonista.⁷⁶

Estalla el concepto de *antagonismo* e inicia la disolución del sujeto antagonista aunque Negri siga amarrando, en última instancia, por vocación ontológica, el tiempo a la lucha de clases, es decir “el trabajo negativo de la autovalorización proletaria” en el marco de la subsunción real, de la fusión entre producción y reproducción, en donde la jornada laboral corresponde a jornada vital y la calidad de vida se contrapone a la cantidad de trabajo.

Aquí, entonces, más que sobre el trabajo, insistimos en su valencia negativa pero dirigiendo la atención hacia un punto: subrayar, en la independencia de lo negativo, en la autonomía antagonista de la cooperación, ese momento específicamente económico, es decir de compensación de la búsqueda humana de riqueza material y de perfeccionamiento intelectual, que transforma el trabajo negativo en trabajo de autovalorización.⁷⁷

La cooperación aparece como pilar de la autovaloración en el lugar del rechazo al trabajo: *la autonomía antagonista desplaza al antagonismo*

⁷⁵ “El tiempo es la naturaleza en la cual la vicisitud de la subsunción se realiza. El tiempo medida es la ontología negativa del poder de mando y el tiempo de la vida es la ontología constitutiva del rechazo, de la alternativa, de la liberación. A la negación de todas las posibilidades de que se compone la tautología sistémica del poder de mando, se opone el conjunto de todas las posibilidades que constituyen la contradicción existencial del sujeto colectivo. Cuando el análisis termina en esta dimensión de la separación, el balance muestra sin embargo su valor: y es la fundación ontológica temporal de la subjetividad, la matriz ontológica del antagonismo” en *Ibid.*, p. 122.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 122.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 148.

autonómico. La separación fagocita la relación, la exterioridad aniquila la interioridad. El enigma de la sobreposición se resuelve claramente a favor de la primacía de la autonomía.

Hay que señalar que en el pensamiento de Negri aparece en los 80 la influencia de Spinoza⁷⁸ y el antagonismo se vincula –o se subordina– a la idea de *potencia* lo cual abona en la dirección de la prioridad teórica de la autonomía frente al antagonismo, en la medida en que entre *potestas* y *potencia*, no aparece la mediación del contrapoder. De hecho, al asumir a la potencia como contrapoder, niega la especificidad del contrapoder, es decir lo confunde y lo sobrepone al *poder hacer*.

Lo real es un contexto de contrapoderes. El sujeto se configura como contrapoder. Pero sería mejor decir como potencia, como contrapotencia, para definir la inherencia del antagonismo a la definición de la potencia misma.⁷⁹

Esto se confirma en la medida en que en los trabajos de los años 80, el antagonismo –siempre oscilante entre dualismo y monismo– ya no es objeto de análisis en sí ni un problema central, sino un supuesto que atraviesa y constituye el marco de análisis, un principio de conflicto que mueve el proceso pero ya no el elemento constitutivo, la matriz de conformación de la subjetividad.

En los años 90, Negri operará otro salto en la continuidad. En 1991, junto con Maurizio Lazzarato lanzará el concepto de *trabajo inmaterial*⁸⁰ que recupera, desarrolla y rebasa la categoría de *obrero social* que ya desde mediados de los 70 había substituido la de *obrero masa* para captar las transformaciones introducidas por las nuevas formas productivas, en

⁷⁸ Ver Antonio Negri, L'anomalia selvaggia: saggio su potere e potenza in Baruch Spinoza, Feltrinelli, Milano, 1981.

⁷⁹ Fábricas del sujeto. Apuntes para un dispositivo ontológico en Antonio Negri, *Fábricas del sujeto*, cit., (publicado en italiano en 1987), p. 285.

⁸⁰ Maurizio Lazzarato y Antonio Negri, Trabajo inmaterial. Formas de vida y producción de subjetividad, DP&A editora, Buenos Aires, 2001 (publicado en italiano en 1991, citas de la edición de Ombre Corte, Milano, 1997).

particular la pérdida de centralidad de la fábrica fordista. Usando una vez más el método de la *tendencia*, Negri sostiene la emergencia a partir de los 70 de la centralidad y la tendencial hegemonía del trabajador inmaterial, cognitivo y cualitativo, dedicado a tareas de “control, de gestión de información, de capacidades de decisión que pide la investidura de la subjetividad”.⁸¹ Siendo que la subjetividad se vuelve fuerza y fuente de producción, el capital trata de controlar, de comandar. Sin embargo, para Negri, el trabajo inmaterial da lugar a un sujeto autónomo –“capaz de organizar el propio trabajo y las propias relaciones con la empresa”.⁸²

Partiendo de la noción marxiana de *general intellect* que aparece en los *Grundrisse*, Negri sostiene la emergencia de una nueva fuerza:

El trabajo se transforma integralmente en trabajo inmaterial y la fuerza de trabajo en "intelectualidad de masa" (los dos aspectos que Marx llama *General Intellect*). La intelectualidad de masa puede transformarse en un sujeto social políticamente hegemónico.⁸³

Un pasaje revela el salto paradigmático ya presente en los textos anteriores:

Cuando decimos que esa nueva fuerza, no puede ser definida en el interior de una relación dialéctica, queremos decir que la relación que ésta tiene con el capital no es solamente antagonista, ella está más allá del antagonismo, es alternativa, constitutiva de una realidad social diferente. El antagonismo se presenta como la forma de un poder constituyente que se revela alternativo a las formas de poder existentes. La alternativa es obra de dos sujetos independientes, esto es, se constituye en el plano de la potencia, y no solamente del poder. El antagonismo no puede ser resuelto quedándose en el terreno de la contradicción, más cuando él consigue desembocar en una constitución independiente, autónoma. El viejo antagonismo de las sociedades establecía una relación continua, misma de oposición, entre los sujetos antagonistas y, como consecuencia, imaginaba el pasaje de una situación de poder, dada aquella victoria de las fuerzas antagonistas, como una "transición". En las sociedades post industriales, donde el *General Intellect* es hegemónico, no hay más lugar para el concepto de "transición", pero sí para el concepto de "poder constituyente" como expresión radical de lo nuevo. La constitución antagonista, por lo tanto no se determina más a partir de los datos de la relación capitalista, sino que rompe con ella, no a partir del trabajo

⁸¹ Ibid., p. 23.

⁸² Ibid., p. 24.

⁸³ Ibid., p. 25.

asalariado sino de su disolución, no sobre la base de las figuras del trabajo, sino de aquellas del no trabajo.⁸⁴

La ruptura de la relación que estaba, *in nuce*, en el pensamiento anterior, se hace realidad. La autonomía va más allá del antagonismo no sólo como proceso sino que salta el momento del antagonismo y ya no radica en él: el sujeto no se construye en el conflicto, no funda su autonomía en la lucha. La autonomía está dada, la independencia es un rasgo genético originario que se desarrolla en el tiempo y da forma al sujeto.

En este sentido, Negri reorienta el análisis asumiendo que en la sociedad post industrial ya no son relevantes las contradicciones entre trabajadores y capitalistas sino “los procesos autónomos de constitución de subjetividad alternativa, de organización independiente de los trabajadores.” Esta exterioridad redundante en una modificación del concepto de *revolución* que se centra en la *potencia ontológica* de los sujetos, que se basta a sí misma para transformar la realidad. El cambio de paradigma modifica la esencia del poder que se vuelve “política de la comunicación”, “lucha por el control o la liberación del sujeto de la comunicación.” Así, la transformación, la liberación radica en la potencia autónoma y constitutiva de los sujetos que se reapropia de la “máquina de la comunicación” y, a partir de ella, desarrolla a los sujetos mismos.

En 1992, en *Il potere costituente*⁸⁵ Negri retoma el hilo de su reflexión sobre el Estado y el derecho –que posteriormente dará vida a *Imperio*– sometiendo a crítica la idea de soberanía y del soberano para sostener la idea de un sujeto constituyente contrapuesto a lo constituido. El sujeto constituyente es visto como el titular de la *potencia*, entendida como revolución, rebelión, resistencia y transformación. El eje del razonamiento se teje alrededor del desplazamiento de la estructura al sujeto (así como se justificará la

⁸⁴ Ibid., p. 33.

⁸⁵ Ver Antonio Negri, *Il potere costituente*, Manifestolibri, Roma, 2002.

secuencia Imperio-Multitud). El poder constituyente es, para Negri, un sinónimo de comunismo en la medida en que encarna la definición de Marx de “el movimiento real que anula el estado de cosas existente”. El carácter prolongado e ininterrumpido de la transformación que conlleva, hace que Negri lo defina como “revolución permanente”, aunque sea legítimo preguntarse si no desdibuja así el principio de ruptura y la condensación temporal que caracteriza a la idea de revolución en el pensamiento marxista.

Aparecen, alrededor del *poder constituyente*, viejas y nuevas categorías negrianas. El poder constituyente es trabajo vivo, cooperación, creatividad, potencia, autonomía, multitud de subjetividades. Es, ontológicamente, sujeto al margen del proceso, de toda configuración antagonista, la cual eventualmente aparece, en un segundo momento, como epifenómeno, como derivación de la autonomía y función de su asentamiento y desarrollo. Lo político se define como potencia ontológica de una “multitud de singularidades cooperantes”⁸⁶ y se pregona el sabotaje constituyente de la multitud como horizonte de transformación. Desplazada del centro del análisis, extirpada del corazón de la conformación subjetiva, la noción de antagonismo aparece ya simplemente como sinónimo de conflicto, de contraposición.⁸⁷

En 1995, en *El trabajo de Dionisos*, escrito con Michael Hardt⁸⁸, Negri retoma el conjunto de herramientas conceptuales más recientes y, en la primera parte⁸⁹, vuelve a abordar los temas clásicos de la autovalorización y el antagonismo intentando articular -sin mucho éxito- nuevas y viejas

⁸⁶ Ibid., p. 411.

⁸⁷ Ver, por ejemplo, las páginas 246 y 274.

⁸⁸ Michael Hardt, Antonio Negri, *El trabajo de Dionisos*, AKAL, Madrid, 2003, publicado en italiano en 1995.

⁸⁹ En la segunda parte analiza y critica las principales teorías posmodernistas -liberales y comunitaristas.

problemáticas, nuevos y viejos aparatos categoriales, y mostrando que éstos han sido claramente desplazados en el análisis por los enfoques y las categorías más recientes. Los pasajes más relevantes para los fines de esta genealogía se refieren a las consideraciones sobre el desplazamiento de “los antagonismos sociales” en el Estado por medio de la sociedad civil –propio de la etapa previa- a la extinción de la sociedad civil en el medida en que “al Estado no le interesa la mediación sino la separación”, lo cual marca el pasaje de sociedades disciplinarias a sociedades de control.

Por otra parte, hay que señalar que aparecen aquí, radicalizadas, algunas tesis anteriores. Por ejemplo, cuando se asume la liberación del trabajo en el posfordismo, en cuanto no hay fabrica ni mando capitalista. Si bien se mencionan nuevas formas de explotación del trabajo inmaterial, controladas desde el exterior por el poder capitalista, no deja de asumirse – como tendencia- la potencia de la cooperación y las subjetividades al margen de las maquinaciones del capital y por medio de “procesos de autovalorización completamente autónomos”. Se exalta el *éxodo* como proceso tendiente a la conformación del “poder constituyente” y se decreta la “separación definitiva de los dos sujetos”, trabajo y capital.⁹⁰

Así, se sanciona el surgimiento de un “nuevo sujeto político: el proletariado social organizado en el trabajo inmaterial y productivo gracias a la cooperación” –“libre y victorioso”- y se festeja la realización de la “autonomía de las masas”, señalando que tanto el capital como el Estado son ya ajenos a los flujos de producción.⁹¹ En este análisis el tema de antagonismo queda como simple referente descriptivo. El triunfo del autonomismo es pleno.

⁹⁰ Ibid., p. 107.

⁹¹ Ibid., pp. 109-110.

A finales de los años 90, en *Kairos, Alma Venus, Multitudo* (1999)⁹², Negri empieza a introducir una serie de conceptos que formarán parte del cuerpo de su pensamiento actual. Aparece el tema de la pobreza, el amor y *lo común* como base para la resistencia frente a la *biopolítica*, concepto retomado de Michel Foucault.⁹³ Se vislumbra a la *multitudo* como sujeto central de la resistencia: una multitud constituida de “singularidades múltiples”, del cerebro como instrumento vital y de la cooperación como fuerza productiva. Partiendo de la centralidad del trabajo inmaterial e intelectual, la multitud se presenta como “conjunto de constelaciones productivas de subjetividad”.⁹⁴ El *éxodo* –la huída de las relaciones de dominación- se convierte en una opción estratégica.

Así, el concepto de *antagonismo* aparece reiteradamente en *Imperio*, pero como un recurso verbal más que como una herramienta teórica.⁹⁵ La noción de *multitudo* se convierte en la nueva piedra filosofal del pensamiento de Negri:

De igual modo que el Imperio con el espectáculo de su fuerza determina continuamente recomposiciones sistémicas, nuevas figuras de resistencia son compuestas en las secuencias de los eventos de lucha. Esta es otra característica fundamental de la existencia de la multitud, hoy, dentro del Imperio y contra el Imperio. Se producen nuevas figuras de lucha y nuevas subjetividades en la coyuntura de eventos, en el nomadismo universal, en la mezcla y mestizaje de individuos y pueblos y en la metamorfosis tecnológica de la máquina biopolítica imperial. Estas nuevas figuras y subjetividades son producidas porque, aunque las luchas sean en verdad antisistémicas, no se alzan meramente contra el sistema imperial - no son simples fuerzas negativas. También expresan, alimentan y desarrollan positivamente sus propios proyectos constituyentes; trabajan por la liberación del trabajo viviente, creando constelaciones de poderosas singularidades. Este aspecto constituyente del movimiento de la multitud, en sus infinitas caras, es realmente el terreno positivo de la construcción histórica del

⁹² En Antonio Negri, *Fábricas del sujeto*, op. cit., pp. 327-428.

⁹³ Ver el libro de Judith Revel, *Vocabulario de Foucault*, Atuel, Buenos Aires, 2008, pp. 24-27.

⁹⁴ Negri, *Kairós...*, op. cit., p. 403.

⁹⁵ Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2000. En el texto aparece 39 veces. Para poner un ejemplo de su difuminación, en una ocasión se refiere a “antagonismos raciales locales referido a los estallidos en Los Angeles”.

Imperio. Esto no es un positivismo historicista sino, por el contrario, una positividad de la *res gestae* de la multitud, una positividad creativa, antagónica. El poder desterritorializador de la multitud es la fuerza productiva que sostiene al Imperio y, al mismo tiempo, la fuerza que hace necesaria y llama a su destrucción.⁹⁶

La multitud existe –autónomamente– dentro del imperio, le es inmanente, se manifiesta en su contra pero va más allá. Resistencia y poder constituyente son la dos caras de la moneda, negación y creación que surgen del antagonismo entre multitud e imperio. Una vez más, aparece el dilema negriano de la interioridad exterior o la exterioridad interior.

Sin embargo, en esta nueva configuración conceptual, el antagonismo se vuelve un adjetivo, un instrumento descriptivo más que analítico, muchas veces sinónimo de conflicto, tendencialmente entre multitud e imperio y capital y trabajo pero también en relación con una serie de otras situaciones (entre los propios trabajadores, bloques culturales, antagonismos tribales, primer y tercer mundo).

En el contexto del imperio y en el seno de la multitud, según Negri no desaparece la explotación sino que se traduce en las dimensiones de la comunicación y la cooperación como “expropiación de la cooperación y la nulificación de los sentidos de la producción lingüística”. De la resistencia a esta intención de control surgen antagonismos –en plural– a partir de una subjetividad “sumergida enteramente en el lenguaje y el intercambio”.

El desarrollo tecnológico basado en la generalización de las relaciones comunicativas de producción es un motor de la crisis, y el intelecto general productivo es cuna de antagonismos.⁹⁷

Al volverse plural y descriptivo, el antagonismo deja de representar un eje explicativo y pierde su fuerza categorial.

⁹⁶ Ibid., p. 71.

⁹⁷ Ibid., p. 350.

El término *autonomía*⁹⁸, como sinónimo de independencia, sigue ocupando un lugar importante en la medida en que indica la cualidad distintiva de la multitud: su poder autónomo. Según Negri, la multitud emerge al interior del Imperio pero fuera del capital como relación, a partir de su autonomía – del reconocimiento de “su propio valor de uso” y se caracteriza por la “movilidad, flexibilidad y perpetua diferenciación”.

Sin embargo, una vez más, paralela a la exaltación de la autonomía de la *multitud* como separación y como sujeto en sí y para sí, reaparece constantemente la relación antagonista con el Imperio:

Sin embargo, en su autonomía deterritorializada, esta existencia biopolítica de la multitud posee el potencial de poder transformarse en una masa autónoma de productividad inteligente, en un poder democrático absoluto, como diría Spinoza. Si eso ocurriera la dominación capitalista de la producción, el intercambio y la comunicación se derrumbarían. Prevenir esto es el primer objetivo del gobierno imperial. Pero no debemos olvidar que la constitución del Imperio depende para su propia existencia de las fuerzas que representan esta amenaza, las fuerzas autónomas de la cooperación productiva. Sus poderes deben ser controlados pero no destruidos.⁹⁹

En su obra posterior, *Multitud*¹⁰⁰, Negri –acompañado nuevamente por Hardt– retoma y desarrolla las ideas contenidas en la última parte de *Imperio*. La idea de *multitud* es ampliada y reforzada a partir de los mismos elementos que le dieron origen: el trabajo inmaterial como base real cualitativamente hegemónica, el *biopoder* y la *biopolítica* como formas de la dominación y la resistencia, la comunicación y la cooperación como linfa de la multitud, la pobreza como condición subjetiva, la democracia como horizonte, el amor como acto transformador.

⁹⁸ La palabra *autonomía* aparece 70 veces, con referencias como: autonomía del mercado, autonomía del Estado en las relaciones internacionales, autonomía de la política, autonomía de la acción administrativa.

⁹⁹ Ibid., p. 315.

¹⁰⁰ Micheal Hardt y Antonio Negri, Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio, Debate, Barcelona, 2004.

La *forma multitud* se basa en la forma red que asumen tanto los procesos productivos como sus contrapartes políticas –el Imperio y las resistencias.

Fiel al principio obrerista de la inversión, Negri postula la primacía de la resistencia frente al poder y, al mismo tiempo, plantea la simultaneidad de la resistencia, el éxodo y la construcción de una nueva sociedad.¹⁰¹ Las singularidades de la multitud no pueden reducirse sino articularse en torno a *lo común*, formar un movimiento de movimientos no identitario sino fundado en la cooperación y la lucha, con lo cual Negri y Hardt defienden – a nivel teórico- que la noción de *multitud* es un concepto de clase.

Por medio de la aplicación de la idea marxiana y leninista de *tendencia*, Negri y Hardt proyectan a la multitud como agente transformador, a partir de la movilización y de la resistencia. Pero, incorporando las críticas a su obra anterior, en este texto no subestiman el problema del proceso, asumiendo que el trabajo inmaterial “no es el paraíso” sino que sigue siendo explotado por el capital.

A partir de esta consideración, en una permanente oscilación teórica, reaparece en el análisis el concepto de *antagonismo*:

Y es aquí donde interviene el antagonismo, el tercer elemento del método marxiano que estamos siguiendo. Hoy, como siempre, la palabra explotación da nombre a la constante experiencia de antagonismo de los trabajadores. La teoría de la explotación debe revelar la violencia estructural cotidiana del capital contra los trabajadores, que es la que genera ese antagonismo y, al mismo tiempo, es la base para que los trabajadores se organicen y rechacen el control capitalista.¹⁰²

Ahora bien, cuando Negri afirma que “la subjetividad de los trabajadores se crea también en el antagonismo de la experiencia de la explotación” el *también* es la confesión de un desplazamiento teórico fundamental.

¹⁰¹ Ibid., p. 96.

¹⁰² Ibid., p. 181.

La noción no sólo perdió centralidad sino que se desliza y se confunde cuando Negri afirma que la privación genera “cólera, indignación y antagonismo pero la revuelta sólo se genera desde la riqueza, como resultado de excedente de inteligencia, experiencia, conocimientos y deseo”, un excedente que no puede ser expropiado.¹⁰³ En estas afirmaciones la distinción entre *antagonismo* y *revuelta* va en contra de todo el andamiaje negriano anterior, el concepto de *antagonismo* es, de alguna manera, neutralizado al ser colocado en la periferia del análisis.

Las reflexiones de Negri desde los años 80 hasta finales de siglo oscilan entre una persistente matriz optimista y la aparición –a luz de las experiencias de la última década- de un mayor escepticismo que le hacer considerar posibles escenarios conservadores. En este sentido, asumiendo la permanencia de relaciones de dominación, abre una bifurcación de posibles cuando “la carne de la multitud se compone de una serie de condiciones que son ambivalentes: pueden conducir a la liberación o quedar atrapadas en régimen de explotación y control”.¹⁰⁴ Esta disyuntiva plantea como condición necesaria la existencia de un “proyecto político” de la multitud, de la movilización de *lo común* para elevar su “intensidad”. En este sentido, Negri acaba distinguiendo dos niveles de formación: la multitud *ontológica* y multitud *política*, la primera *presente* y la segunda *latente*, en proceso de construcción. En el segundo plano vislumbra la posibilidad histórica de ciclos intensivos de lucha (a diferencia de los extensivos, temáticos, espaciales, globales).

A partir de estas consideraciones políticas, el tema de la autonomía resulta menos resbaloso y oscilante considerando el postulado fundamental que relaciona imperio y multitud y que asume que “el imperio depende de la multitud, la multitud es potencialmente autónoma”, un potencial que se

¹⁰³ Ibid., p. 249.

¹⁰⁴ Ibid., p. 249.

traduce clásicamente en autogestión y auto-organización social y política. *Potencialmente* no quiere decir *posiblemente*, sino que es *potencia* autónoma.

Al mismo tiempo, el tema del *éxodo* –como alejamiento de la soberanía del imperio y hacia la democracia- se asienta mejor al establecer su vínculo conflictual con el mundo existente cuando Negri habla de la necesidad de plantear “guerras de retaguardia” recuperando la metáfora bíblica de la fuga por el desierto.

Por último, vale la pena señalar otras aristas polémicas presentes en *Multitud*, en particular la invocación a una izquierda post-socialista y post-liberal que combine igualdad y libertad, la democracia como síntesis del proyecto emancipatorio, el énfasis en las reformas posibles en el contexto actual y la insistencia en el amor como valor subversivo.

Para terminar este recorrido de las obras de Negri, hay que señalar que en *Fábricas de Porcelana*, una recopilación de clases impartidas en Francia, aunque no haya novedades substanciales en cuanto al cuerpo teórico negriano, el tema del antagonismo aparece con mayor frecuencia que en *Multitud* y lo hace en una acepción claramente objetivista o estructural:

Las nuevas condiciones del proceso antagonista: este último embiste el mundo de la subsunción real y lo presenta como mundo en el que juegan las fuerzas antagonistas del poder y la resistencia, el capital y la libertad.¹⁰⁵

En este sentido la secuencia -fase histórica, antagonismo correspondiente y espacio de subjetivación- distingue claramente *antagonismo* y *subjetivación* aunque se articulen relacionamente.

Frente al desafío de una “unidad de acción” de la multitud, Negri afirma:

¹⁰⁵ Antonio Negri, Fabrique de porcelaine. Pour une nouvelle grammaire du politique, Stock, París, 2006, p. 35.

La respuesta que proponemos es la siguiente: lo que hace la multitud subjetivamente eficaz y objetivamente antagonista, es la emergencia en su seno de lo común (tanto desde un punto de vista productivo que de un punto de vista política).¹⁰⁶

Se cierra aquí el recorrido del concepto de antagonismo. Ya no se trata de una propiedad subjetiva sino de una expresión objetiva del sujeto, una forma de colocarse frente al Imperio y no una forma de ser, de devenir.

Se desarmó el potencial del concepto al punto de neutralizar su capacidad de acercarse a la comprensión de los procesos históricos de subjetivación política.¹⁰⁷

En conclusión, en la misma trayectoria intelectual de Negri el concepto de *antagonismo* está lejos de adquirir una coherencia y una estabilidad categorial. Sin embargo, la acepción de los años 70 en la medida en que plantea al antagonismo como proceso de subjetivación política -como conformación de la subjetividad desde el conflicto, a partir de la incorporación de la experiencia de la lucha y la insubordinación- se mantiene en continuidad con la tradición marxista al desplegar las implicaciones subjetivas de la lucha de clases y al tratar de captar el pasaje de la estructura a la acción. En este sentido, el desarrollo conceptual que propone es susceptible de articularse con la perspectiva de la subalternidad en tanto ésta, como vimos, da cuenta de la subjetivación política que se deriva de la experiencia de la subordinación así como de la autonomía en

¹⁰⁶ Ibid., p. 86.

¹⁰⁷ Escribe en este sentido César Altamira: “en el pensamiento de Negri el antagonismo juega un rol particular: significa desestabilizar y cuestionar tanto los presupuestos y concepciones estándares del pensamiento como las clásicas proposiciones que sostienen la relación del pensamiento con la política, es decir, de la teoría con la práctica. En Negri el antagonismo no adquiere el estatuto de concepto clásico, en el sentido tradicional del término, capaz de proporcionar apoyo a sus análisis políticos o históricos y escritos filosóficos, es decir, proveer sustento y fundamento para una investigación de los comportamientos sociales y políticos en el contexto de la formulación de una ontología del poder.”, César Altamira, Los marxismos del nuevo siglo, Biblos, Buenos Aires, 2006, p. 337.

tanto pueda ser entendida -como argumentaremos en el siguiente capítulo- como subjetivación relacionada con la experiencia de la emancipación.

Capítulo III

Autonomía

El concepto de *autonomía*, que aparece con frecuencia en los planteamientos de diversos movimientos antisistémicos y en el debate sobre las alternativas al capitalismo en nuestros días, tiene entre sus antecedentes y sus orígenes políticos y teóricos una larga tradición de pensamiento marxista.¹

Al mismo tiempo, su significado fue oscilando entre distintas acepciones y sólo en contadas ocasiones fue objeto de desarrollos teóricos sistemáticos. Entre ellas destacada la *Socialismo o Barbarie (SoB)*, un grupo político de nítida inspiración marxista revolucionaria que, en la Francia en los años 50, colocó este concepto en el centro de su reflexión política, buscando asociar y articulando las dos principales acepciones que circulaban en el debate marxista previo: la idea de *autonomía* como emergencia del sujeto socio-político y la de *autonomía* como característica del proceso y del horizonte emancipatorio propiamente dicho, es decir de la construcción del socialismo.

¹ El otro filón histórico de referencias a la autonomía remite al pensamiento y el movimiento anarquista. Sin olvidar el origen kantiano y el desarrollo filosófico del concepto, referido a la independencia de la subjetividad individual, que sigue ocupando un lugar importante tanto en los debates filosóficos como en la psicología y el psicoanálisis actual.

En este capítulo, después de haber bosquejado los orígenes y los usos previos, analizaremos a profundidad la propuesta teórica que emergió en el seno de las elaboraciones *SoB* y, en particular, de la pluma de sus principales dirigentes e ideólogos, Cornelius Castoriadis y Claude Lefort. Posteriormente revisaremos cómo el eco de la idea de *autonomía* tiñó las reflexiones y las prácticas de los movimientos *autogestionarios*² franceses del 68 hasta los años 70 y cuáles fueron sus contribuciones en aras de consolidar una acepción experiencial de la idea de autonomía. Terminaremos esbozando una síntesis y formulando una proyección del debate marxista sobre las implicaciones subjetivas del concepto entendido como *experiencia de emancipación* y, por lo tanto, susceptible de relacionarse con las categorías de *subalternidad* y *antagonismo*.

1. Autonomía, independencia y emancipación

La presencia y la utilización del concepto de *autonomía* en el marxismo es, sin duda, difusa y variada.

Siendo una palabra de uso mucho más común y frecuente que las de *subalternidad* y *antagonismo*, en su acepción lingüística general como sinónimo positivo de independencia permite su utilización, por parte de Marx y Engels, en numerosos y diferentes planos descriptivos, que van de la autodeterminación de los pueblos a la pérdida de autonomía del obrero frente a la máquina, pasando por la *autonomía relativa* del Estado y la teorización del *bonapartismo*. Por otro lado, una noción de *autonomía*, aún

² Uso el adjetivo *autogestionario* en lugar de *autogestivo* para subrayar el aspecto de promoción de la idea de *autogestión* por parte de movimientos políticos a diferencia de movimientos sociales que la practicaban. Es decir distingo la autogestión como proyecto y como práctica. Evidentemente, se trata de una distinción operativa que no desconoce los cruces entre una y otra dimensión.

en ausencia de referencias nominales, puede rastrearse en las reflexiones de Marx sobre el trabajo vivo y la formación de la subjetividad obrera en la bisagra entre ser social y conciencia social. Por último, el concepto ocupa un lugar fundamental cuando explícitamente designa la independencia de clase, la autonomía política del proletariado, la auto actividad, *selbsttätigkeit* en alemán.

Al mismo tiempo, en la medida en que una acepción específica de autonomía se desprende del uso teórico y político del concepto por parte de los anarquistas, la palabra queda desacreditada, a los ojos de Marx y de los marxistas, en su calidad prescriptiva, orientadora en el plano de las definiciones y del proyecto política. En un artículo sobre la idea de autoridad, Engels expresa claramente este rechazo a la idea libertaria de la autonomía como principio ordenador y como valor absoluto:

Es, pues, absurdo hablar del principio de autoridad como de un principio absolutamente malo y del principio de autonomía como de un principio absolutamente bueno. La autoridad y la autonomía son cosas relativas, cuyas esferas verían en las diferentes fases del desarrollo social. Si los autonomistas se limitasen a decir que la organización social del porvenir restringirá la autoridad hasta el límite estricto en que la hagan inevitable las condiciones de la producción, podríamos entendernos; pero, lejos de esto, permanecen ciegos para todos los hechos que hacen necesaria la cosa y arremeten con furor contra la palabra.³

Este rechazo a la idea de *autonomía* como esencia, método y forma de las luchas y del proceso emancipatorio será una constante en la concepción marxista de la política como correlación de fuerzas, en la cual la autonomía figura como un dato siempre relativo de construcción de la independencia del sujeto-clase que no tiene valor en sí sino en función de la relación conflictual que configura. Sin embargo, más allá de la polémica con el anarquismo, Marx y Engels aceptaban y promovían la idea del comunismo como realización de una autonomía social e individual, aun sin nombrarla

³ Friedrich Engels, “De la autoridad”, publicado en diciembre de 1873 en el *Almanacco Repubblicano per l'anno 1874*. Ver también, Friedrich Engels (1873), “I bakuninisti a lavoro. Note sull'insurrezione in Spagna dell'estate 1873”, disponibles en www.marxists.org.

como tal, en forma de “una asociación en que el libre desarrollo de cada uno condicione el libre desarrollo de todos” y de una sociedad regida por el principio de “¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!”, y la posterior superación de la necesidad: “el reino de la libertad”.⁴ Desde este ángulo, la autonomía integral podía ser considerada un punto de llegada, la autoregulación de la sociedad futura, textualmente, la condición-situación de autodeterminación en la que los sujetos establecen las normas a las que se someten, la negación positiva de la heteronomía y la dependencia. En este sentido, Marx y Engels distinguían un principio de auto-determinación válido para caracterizar el objetivo pero no los pasajes del proceso de la emancipación, entendido como contraposición y lucha, es decir relacional y, por lo tanto, irreductible a esferas o ámbitos totalmente separados e independientes, que implicaba asumir la exterioridad de la clase trabajadora de la relación de dominación y del conflicto que la atravesaba.

Por otra parte, tampoco la idea de *autogestión* –una noción específica de autonomía obrera surgida a mediados del siglo XX- figura en el ideario marxiano y, sin embargo, Marx abordó una temática afín, la de las cooperativas asumiendo un postura claramente polémica que, si bien reconocía su valor como “creaciones autónomas”, desconfiaba de su carácter localizado y su relación con el Estado y el mercado porque consideraba que podían tener sentido anti y poscapitalista sólo después del triunfo de la revolución socialista y en la medida en que el modelo cooperativo pudiera extenderse a la escala de la sociedad en su conjunto.⁵

⁴ K. Marx y F. Engels, “Manifiesto del partido comunista”, op. cit., p. 129 y Karl Marx, “Crítica al Programa de Gotha” en C. Marx y F. Engels, Obras escogidas, Quinto Sol, México, 1985, tomo III, p. 14, Karl Marx, El Capital, op. cit., tomo III, p. 1044.

⁵ Ver Yvon Bourdet, «Karl Marx y la autogestión» en Varios, Consejos obreros y democracia socialista, *Cuadernos de Pasado y Presente*, núm. 33, México, 1977, pp. 57-74.

Sin embargo, en una acepción más general y laxa, como sinónimo de *independencia de la clase proletaria*, la noción de *autonomía* aparece en forma constante y reiterada en el centro de las preocupaciones políticas de Marx y Engels en relación con la formación de la clase como construcción política. Recita, en esta dirección, el *Manifiesto*: “el movimiento proletario es el movimiento autónomo de una inmensa mayoría en interés de una mayoría inmensa”.⁶ En estos términos generales, como adjetivo calificativo más que como sustantivo, la idea de *autonomía* ronda el pensamiento político de Marx y Engels como un pasaje fundamental del proceso de emancipación que sólo será si es obra de los trabajadores mismos, es decir expresión de su poder autónomo. Sólo con este significado relativo a una condición que posibilita un ejercicio de poder, el concepto aparece en sentido prescriptivo –siendo expresión de la existencia de la clase *para sí*- y se inserta en una lógica procesual que se expresa con mayor precisión en la idea de *autonomización* y de *construcción y ejercicio de poder* que en las de *independencia* o *autonomía* a secas, asumiendo, con Thompson, que la clase (el sujeto) no se forma para *después* luchar sino que se forma *en* la lucha. Aún en ausencia de una explicitación conceptual, esta acepción abre la puerta a la valoración de los procesos de subjetivación correspondientes a la incorporación de la *experiencia de la emancipación*, empezando por sus albores, la condición de independencia relativa a la emergencia y la formación de la clase.

En conclusión, aun en medio de las suspicacias derivadas de las polémicas con el anarquismo, la idea de *autonomía* aparece como una pieza importante del engranaje categorial marxiano: como principio de ruptura política, como expresión de emergencia poder de la clase *para sí*; y,

⁶ Karl Marx y Friedrich Engels, *El Manifiesto del Partido Comunista*, op. cit., p. 120. La palabra alemana *selbsttätigkeit* de este pasaje fundamental ha sido traducida como autonomía pero también como auto-actividad, auto-activación o auto-constitución.

solamente en segundo plano y con mayor ambigüedad conceptual, como una forma de la futura sociedad comunista.⁷

Veamos cómo, sobre estas bases, el debate marxista posterior retomará esta problemática.

El tema de la autonomía ha sido indiscutiblemente el que, entre los tres que nos ocupan, más debates y polémicas ha suscitado al interior del marxismo a raíz de la apertura semántica de la palabra y su mayor grado de oscilación conceptual.

Mabel Thwaites, escribiendo a la luz de la experiencia argentina del 2001-2002, indica cinco acepciones posibles del concepto: autonomía del trabajo frente al capital (autogestión), autonomía del sujeto social frente a las organizaciones partidarias o sindicales, frente al Estado, frente a las clases dominantes (ideológica) y, por último, la autonomía social e individual (como modelo de sociedad).⁸ Esta tipología puede ser reordenada a la luz de los debates marxistas correspondientes. La primera definición es sin duda fundamental pero podría y debería incluir un horizonte más amplio que la autogestión que abarque procesos de autonomización del trabajo vivo que, como vimos, a partir de las intuiciones de Marx, desarrolla el obrerismo italiano en general y en particular Negri bajo el concepto de *autovalorización*. La segunda, de origen anarquista, desaparece como tal de cara a los planteamientos marxistas sobre el papel del sindicato y del partido y se traslada al problema de la relación entre “espontaneidad y

⁷ Un ejercicio erudito de lectura libertaria de Marx se encuentra en Maximilien Rubel, *Marx critique du marxisme*, Payot, París, 2000, ver en particular, en relación con el tema de la clase, pp. 284-327, donde sostiene que Marx avanza la idea de la “auto-constitución de la clase”, p. 289. Otro botón de muestra, más reciente, de una lectura autonomista de Marx a partir de un concepto similar puede encontrarse en Werner Bonefeld, “Marxismo: la auto-emancipación de trabajadoras y trabajadores como proceso abierto” en *Herramienta* núm. 39, Buenos Aires, octubre de 2008.

⁸ Mabel Thwaites, *La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción*, Prometeo, Buenos Aires, 2004, pp. 17-22.

dirección consciente”, para usar la fórmula de Gramsci. La tercera es de otro orden -táctico-estratégico, en función de la confrontación con la dominación burguesa- y por lo tanto no equivalente a nivel teórico en la medida en que, en un sentido amplio, existe un consenso de principio que corresponde a la formación de la clase *para sí* y del partido como expresión de la autonomía política de los trabajadores frente al Estado y a las clases dominantes y como crisol de su autonomía ideológica –la cuarta acepción señalada por Thwaites. Por otra parte, la quinta dimensión, la más problemática y menos generalizada al interior del marxismo, no deja de vincularse a la primera, es decir a la autogestión en relación a lo social pero, al mismo tiempo, se despliega fuera del marxismo, como autonomía individual, tanto en las corrientes libertarias pero fundamentalmente en el liberalismo y en el terreno de la psicología y el psicoanálisis.⁹ Por último, en esta tipología no aparece la noción de *autonomía* como proceso de subjetivación política relacionado con las experiencias de emancipación que iremos rastreando y argumentando y que no puede resumirse –aunque esté esbozada- en la idea de independencia de clase en su acepción clásica y tradicional y se vincula tanto al tema del modelo de sociedad como de la autogestión.

En el fondo, los usos marxistas del concepto de *autonomía* pueden resumirse a dos vertientes: la autonomía como *independencia de clase* – subjetiva, organizativa e ideológica- en el contexto de la dominación capitalista burguesa y la autonomía como *emancipación*, como *modelo*, *prefiguración* o *proceso* de formación de la sociedad emancipada. La primera, desde Marx, constituye un pilar indiscutible del pensamiento

⁹ Ver, por ejemplo, la síntesis típicamente liberal que propone Emma Norman después de haber analizado diversos autores en *El yo político*, Ediciones Coyoacán, México, 2007. Ver, por otra parte, la reflexión filosófica de Raymundo Mier, quien relaciona a la autonomía con la experiencia y la acción colectiva, pero sin anclarla a una matriz antagonista y a la conformación de subjetividades políticas concretas, “Autonomía y vínculo: la creación de la acción colectiva” en Albertani, Rovira, Modonesi, op.cit., pp. 83-122.

marxista. La segunda –en sus matices- no es patrimonio común de los marxistas sino que ha sido, como veremos, desarrollada por algunas corrientes y autores. En las posibles articulaciones entre ambas encontramos el meollo del debate marxista contemporáneo y los caminos de una potencial apertura y consolidación conceptual.

Antes de adentrarnos en este terreno, no hay que olvidar que también, a nivel nominal, la palabra *autonomía* aparece estrechamente asociada a la problemática cultural y territorial de las autonomías locales y el problema de la autodeterminación de los pueblos y las autonomías locales. Este uso aparece constantemente en la literatura marxista y contribuye a la pérdida de especificidad del concepto en otros planos teóricos. Para poner un ejemplo sobresaliente, el artículo de Paul Lafargue titulado “La autonomía” está centrado en el tema del Estado y el territorio y, sólo en última instancia, se refiere a la descentralización productiva con tonos polémicos que asocian las propuestas pequeño-burguesas a las anarquistas. En general, Lafargue defiende la centralización en contra de las autonomías y, con una ironía totalmente francesa, critica el carácter impreciso del concepto: "Hay tantas autonomías como *omelettes* y morales, no es un principio eterno, sino un fenómeno histórico".¹⁰

Al mismo tiempo, recordemos que la línea crítica en contra del autonomismo anarquista –basado en la exaltación de la espontaneidad y la acción directa- no dejará de ser una constante en el debate marxista del siglo XX. A modo de ejemplo, es ilustrativa la contundencia polémica de los argumentos de León Trotsky en un artículo titulado *Las lecciones de la Comuna*:

La pasividad y la indecisión se vieron favorecidas en este caso por el principio sagrado de la federación y la autonomía. (...)

¹⁰ Paul Lafargue, “L'autonomie” en *L'Égalité*, 25 de diciembre de 1881.

Si el particularismo y el autonomismo democrático son extremadamente peligrosos para la revolución proletaria en general, son aún diez veces más peligrosos para el ejército. Nos lo demostró el ejemplo trágico de la Comuna. (...)

Por medio de sus agentes, sus abogados y sus periodistas, la burguesía ha planteado una gran cantidad de fórmulas democráticas, parlamentarias, autonomistas, que no son más que los grilletes con que ata los pies del proletariado e impide su avance.¹¹

En efecto, una sola acepción de autonomía, la de *independencia de clase* heredada del *Manifiesto*, constituye un pilar teórico y aparece constantemente en sentido positivo en función de un pasaje fundamental de la construcción del movimiento revolucionario. Por ejemplo, Rosa Luxemburg, en *La crisis de la socialdemocracia*, escribe:

Su papel, como vanguardia del proletariado militante, no es ponerse a las ordenes de las clases dirigentes en defensa del estado clasista actual, ni de apartarse silenciosamente esperando que pase la tempestad, sino de seguir en la autonomía política de clase, que en toda gran crisis de la sociedad burguesa golpea las clases dirigentes, empuja la crisis más allá de ella misma.¹²

En la óptica de los procesos de subjetivación política, las intuiciones de Rosa Luxemburg resultan particularmente fecundas en la medida en que, aun sin pasar por el concepto de *autonomía* que se reservaba para el debate sobre la cuestión de las nacionalidades, insiste en el “movimiento mismo” de la clase y en la espontaneidad como recurso –“la coordinación espontánea de los actos políticos conscientes de una colectividad”- apuntado hacia la experiencia –“la lucha cotidiana”- como factor fundamental de diálogo entre el ser social y la conciencia social.¹³ Al mismo

¹¹ León Trotsky, “Las lecciones de la Comuna” en *Zlatoouste*, 4 de febrero de 1921.

¹² Rosa Luxemburgo, *La crisis de la socialdemocracia (Juniusbroschure)*, escrito en 1915, divulgado en 1916.

¹³ Ver en particular el debate con Lenin sobre el partido bolchevique en Rosa Luxemburg, “Problemas de organización de la socialdemocracia rusa” en Varios, Teoría marxista del partido político, tomo II, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1969, pp. 41-63, citas de pp. 47, 48 y 61. Ver también Rosa Luxemburgo, Huelga de masas, partido y sindicato, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003 y Rosa Luxemburgo, Il programa di Spartaco, Manifiesto libri, Roma, 1995. Daniel Guérin avanza una problematización comunista libertaria de

tiempo, en medio de las polémicas suscitadas por sus posturas, Rosa Luxemburg será una –sino la principal- fuente de inspiración de las corrientes marxistas que con mayor énfasis incorporan la idea de autonomía como emancipación.

En efecto, el debate suscitado por las posturas de Rosa Luxemburgo se volvió medular en la medida en que el tema de la espontaneidad producía y produce cortocircuitos en el marxismo en la medida en que, con la excepción de la “apertura” operada por Rosa Luxemburg, dominaban las posturas que lo asociaban con la inconciencia y que, desde Kautsky hasta Lenin, sostenía la necesidad de su superación por medio de una intervención exterior del partido, de la vanguardia consciente. La trayectoria de Trotsky –del consejismo al bolchevismo centralista y finalmente a un bolchevismo pluralista- en este debate es una muestra de diversos matices que puede asumir la valoración de la combinación entre espontaneidad y conciencia y su traducción estratégica y organizativa.¹⁴

La tendencia dominante a la identificación entre espontaneidad y autonomía –*versus* el anarquismo- llevó a que al interior del marxismo contemporáneo el tema de la autonomía de clase como principio de

su pensamiento en Rosa Luxemburgo y la espontaneidad revolucionaria, Anarres, Buenos Aires, s.f.. Para lecturas *luxemburguistas*, ver Lelio Basso, Rosa Luxemburgo, Nuestro Tiempo, México, 1977 y Norman Geras, Actualidad del pensamiento de Rosa Luxemburgo, Era, México, 1980.

¹⁴ Ernest Mandel, « Auto-organisation et parti d'avant-garde dans la conception de Trotsky » en *Quatrième Internationale*, núm. 36, 1990, pp. 35-49. Ver también Ernest Mandel, La pensée politique de Léon Trotsky, La Découverte, París, 2003. Entre paréntesis, Mandel atribuye a Trotsky el concepto de *autoorganización*, y lo usa enfáticamente a la hora de sintetizar el pensamiento de éste. En efecto aparece tangencialmente en el texto de noviembre de 1911 titulado “Por qué los marxistas se oponen al terrorismo individual”, publica en *Der Kampf*, cuando el revolucionario ruso escribe: “Cuanto más “eficaces” son los actos terroristas y mayor es su impacto, más limitan el interés de las masas por su auto-organización y auto-educación”. Después el concepto desaparece –aunque no la problemática que pretende sintetizar. Para un uso mucho más sistemático de la noción de auto-organización habrá que esperar, como veremos más adelante, a Pannekoek.

separación fuera un supuesto aceptado mientras la idea de *autonomía* como emancipación, como objetivo o como proceso de autodeterminación progresiva fuera patrimonio sólo de perspectivas y corrientes específicas. En esta última acepción, con excepción de los casos que mencionaremos más adelante, el concepto de *autonomía* no ha sido objeto de teorizaciones específicas aun cuando ha estado presente como referencia constante, con diversos alcances y grados de apertura.

En esta línea, sería el llamado el *consejismo* –inspirado en las intuiciones de Rosa Luxemburg- la corriente marxista que con más convicción e insistencia articularía la idea de *autonomía* de clase en función de su realización concreta como expresión de poder y de autodeterminación no tanto ni sólo como principio de existencia subjetiva –de fundación política de la clase- *para sí* o en función de su expresión en la forma partido, sino como la valoración de la acción de masas, de la “espontaneidad consciente” y, en particular, de la apropiación inmediata de los medios de producción.

En esta corriente, aún sin aparecer siempre a nivel nominal, el concepto de la autonomía se vincula con las prácticas y las experiencias de autodeterminación realizadas en los consejos obreros. Vimos la aparición de este planteamiento en el pensamiento del Gramsci precarcelario, en la etapa del *Ordine Nuovo*, así como veremos su expansión teórica en las reflexiones de *Socialismo o Barbarie* promovidas por Cornelius Castoriadis y prolongadas en el debate francés de los años 70 sobre la autogestión.

El marxismo consejista inspirado en el modelo de los *soviets* de las revoluciones rusas de 1905 a 1917, forma una línea de pensamiento que atraviesa la historia del marxismo del siglo XX.¹⁵ Sus orígenes arrancan por

¹⁵ Generalizamos una línea que está atravesada por polémicas y conflictos, fundamentalmente centrados en el mayor o menor papel del partido, en la mayor o menor valoración de la espontaneidad.

lo tanto con las reflexiones de Lenin, Trostky.¹⁶ Encuentra en Rosa Luxemburg una teorización importante. Pasa por otras teorizaciones bolcheviques sobre la gestión de la economía socialista entre 1918 y 1921 así como por las reflexiones ligadas a las experiencias de ocupaciones de fábricas en Hungría en 1919, en Italia entre 1919 y 1920, en la huelga en Gran Bretaña y los delegados de fábrica entre 1918 y 1920 y en los Consejos en Alemania en los mismos años. Se desarrolla en las aportaciones de los años 30 de los trotskistas, de Mao sobre los soviets en Tsinkiang y Kiangsi, de la revolución española, del comunismo libertario y, en particular, de la corriente holandesa del Comunismo de los Consejos encabezada por Anton Pannekoek y Paul Mattick, posiblemente la más sistemática y radical en este terreno.¹⁷ Después de la segunda guerra mundial, el consejismo encontrará otros afluentes en las prácticas de autogestión como forma institucional en Yugoslavia y en Argelia pero también como formas de resistencia en las rebeliones obreras en Polonia, Alemania oriental y en Hungría.¹⁸ Por último, en los años 60, el florecimiento de los debates marxistas volverá a animar las preocupaciones consejistas en Italia¹⁹ y, como veremos en detalle, en Francia.

¹⁶ Sobre los *soviets* y en relación con el alcance revolucionario del ejercicio del poder y la autodeterminación de la clase obrera, vinculándose a la cuestión del poder dual, analizado por Lenin, Trotsky y, en América Latina, desarrollado por el boliviano René Zavaleta en, El poder dual en América latina, Siglo XXI, México, 1974.

¹⁷ Ver Serge Bricianer, Anton Pannekoek y los consejos obreros, Schapire, Buenos Aires, 1975; Paul Mattick « Anton Pannekoek et la révolution mondiale » en Histoire du marxisme contemporain, 10/18, París, 1976, tomo 2, pp. 314-354; los textos de Anton Pannekoek pueden consultarse en http://www.geocities.com/cica_web/consejistas/pannekoek/indice.html.

¹⁸ Ver Ernest Mandel (comp.), Contrôle ouvrier, conseils ouvriers, autogestion, Maspero, París, 1973, 3 tomos.

¹⁹ Elementos importantes del debate italiano pueden revisarse en Varios, Consejos obreros y democracia socialista, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 33, México, 1977.

Toda la producción teórica del consejismo gira alrededor de la idea de autonomía social y política de la clase trabajadora como conjunto de prácticas y de experiencias de autodeterminación que se despliegan en dirección de la ocupación y autogestión de las fábricas.²⁰ Al mismo tiempo, esta centralidad no se traduce en una teorización del concepto de *autonomía* en cuanto tal.

Veamos algunos pasajes conceptualmente significativos de la obra de Anton Pannekoek, el mayor exponente del consejismo más radical, del consejismo como corriente política distinta y separada.

En un texto de 1938, en un párrafo que ilustra claramente la postura anti partidaria de esta corriente, el acento es puesto en la noción de *autoactividad*:

Las viejas formas de organización, el sindicato y el partido político, y la nueva forma de los consejos (soviets), pertenecen a fases diferentes en el desarrollo de la sociedad y tienen diferentes funciones. Las primeras tienen que afianzar la posición de la clase obrera entre las otras clases dentro del capitalismo, y pertenecen al periodo de capitalismo expansivo. La última ha de asegurar la dominación completa de los obreros, para destruir capitalismo y sus divisiones de clase, y pertenece al periodo del capitalismo en declive. En un capitalismo ascendente y próspero, la organización de consejos es imposible porque los obreros están completamente ocupados en el mejoramiento de su condición, lo cual es posible en ese periodo a través de los sindicatos y de la acción política. En un capitalismo decadente que navega en la crisis, estos esfuerzos son inútiles y la fe en ellos sólo puede estorbar el aumento de la autoactividad de las masas. En tales periodos, de elevada tensión y de revuelta creciente contra la miseria, cuando los movimientos de huelga se propagan por países enteros y golpean las raíces del poder capitalista, o cuando, siguiendo a guerras o a catástrofes políticas, la

²⁰ Asumimos en este pasaje una definición amplia de consejismo que no forzosamente excluye, como en el caso del Consejismo con C mayúscula, la existencia de un partido comunista. Ver, por ejemplo, Varios, Consejos obreros y democracia socialista, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1977, ver también Rossana Rossanda, II Manifiesto. Tesis de una disidencia comunista, ERA, México, 1973.

autoridad gubernamental se desmorona y las masas actúan, las viejas formas organizativas fracasan contra las nuevas formas de autoactividad de las masas.²¹

En 1946, en *Los Consejos Obreros*, el único libro de Pannekoek y la culminación de su pensamiento, las nociones de *autodeterminación*, *autoliberación*, *autogobierno*, *autoreglamentación* y *autoeducación* se repiten y se vinculan las unas con las otras:

El gran paso decisivo en el progreso de la humanidad, la transformación de la sociedad que está ahora en ciernes, consiste esencialmente en una transformación de las masas trabajadoras. Sólo se la puede realizar mediante la acción, mediante la rebelión, por el esfuerzo de las masas mismas. Su naturaleza esencial es la autoliberación de la humanidad. (...)

Los consejos obreros son la forma de autogobierno que en tiempos futuros reemplazará a las formas de gobierno del viejo mundo.(...)

La autodeterminación de los trabajadores acerca de la acción de lucha no es un requerimiento planteado por la teoría, por argumentos de practicabilidad, sino afirmación de un hecho que surge de la práctica. (...)

Además, en mayor medida, por la primera aparición de nuevas formas de autoorganización de los trabajadores en lucha, conocidas con el nombre de *soviets*, es decir, *consejos*. (...)

Y este cambio corresponde también a un cambio económico que no es impuesto por un orden venido del exterior, sino que es resultado de la autodeterminación de la humanidad trabajadora, que con toda libertad reglamenta el modo de producción según su propia concepción.²²

En este texto, el concepto de *autonomía* aparece en sólo dos ocasiones:

Las fuerzas de la solidaridad y la devoción ocultas en ellos sólo esperan a que aparezca la perspectiva de grandes luchas para transformarse en un principio predominante de la vida. Además, incluso las capas más reprimidas de la clase trabajadora, que sólo se unen a sus camaradas en forma vacilante deseando apoyarse en su ejemplo, sentirán pronto que también crecen en ellas las nuevas fuerzas de la comunidad, y percibirán también que la lucha por la libertad les pide no sólo su adhesión sino el desarrollo de todos los poderes de actividad autónoma y confianza en sí mismos de que dispongan. Así, superando todas las formas intermedias de autodeterminación parcial, el progreso seguirá decididamente el camino de la organización de consejos. (...)

²¹ Anton Pannekoek, "Observaciones generales a la cuestión de la organización" en *Living Marxism*, núm. 5, noviembre de 1938, cita en Bricianer, op. cit., pp. 294-295.

²² Ver Anton Pannekoek, Los consejos obreros en www.marxists.org/espanol/pannekoek/1940s/consejosobrerros/index.html.

La autoliberación de las masas trabajadoras implica pensamiento autónomo, conocimiento autónomo, reconocimiento de la verdad y el error mediante el propio esfuerzo mental.²³

En ambos casos, la palabra no ocupa un lugar central, es adjetivo y no sustantivo, aún cuando el problema a la que alude es el eje alrededor del cual gira la concepción consejista de Pannekoek.

La constatación de que el concepto no fuera objeto de teorización por parte del marxista holandés, es corroborado por el hecho que, años después, en un intercambio epistolar con *Socialismo o Barbarie* –que abanderaba explícitamente la idea de *autonomía*, Pannekoek no abusará del término, manteniéndolo circunscrito a la idea de “poder autónomo” y “acción autónoma” en la primera carta y de “autonomía de las decisiones”, “autogobierno” y “autogestión” en la segunda.²⁴

Al mismo, del marxismo consejista entendido en un sentido amplio surgirá una vertiente explícitamente autonomista la cual, sin mayores desarrollos teóricos que los de Negri que vimos en el capítulo anterior y los de Castoriadis que veremos más adelante, defiende el principio de la autonomía como criterio de caracterización de los movimientos tanto en sus dinámicas organizativas como en sus proyecciones emancipatorias. Por ejemplo, Harry Cleaver entiende la autonomía en un sentido amplio, en relación a todos los movimientos históricos que impulsaron luchas emancipatorias que no se concretaron en formas estatales, institucionalizadas o burocráticas. En este sentido, la autonomía designa a toda expresión de resistencia a la dominación que se manifieste espontáneamente, sin mediaciones.²⁵ Desde una perspectiva similar, George Kastiaficas, a partir de la idea luxemburguiana y gramsciana de

²³ Ibid.

²⁴ Ver “Correspondencia Pannekoek-Castoriadis”, en *Políticas de la Memoria*, CEDINCI, Buenos Aires, núm. 8-9, 2009, pp. 75 y 76 respectivamente.

²⁵ Ver Harry Cleaver, “Trayectorias de autonomía” en Albertani, Rovira y Modonesi, op. cit., pp. 25-65.

“espontaneidad consciente”, delimita el campo del movimiento autónomo de la siguiente manera:

A diferencia de la Social Democracia y el Leninismo, las dos corrientes principales de la izquierda en el siglo veinte, los Autónomos están relativamente libres de cargas ideológicas rígidas. La ausencia de toda organización central (o incluso cualquier tipo de organización primaria) ayuda a mantener la teoría y la práctica en constante interrelación. De hecho, la acción precede a los Autónomos, no las palabras, y es el cúmulo de acciones descentralizadas, generadas por pequeños grupos en función de sus propias iniciativas, lo que impide una sistematización de la totalidad del movimiento, primer paso cuando se quiere dismantelar cualquier sistema. No existe una organización única que pueda controlar la dirección de las acciones que se toman desde la base. Aún cuando los Autónomos no tienen una ideología unificada y nunca ha habido un manifiesto del movimiento, sus planteamientos evidencian que luchan "no por ideologías, no por el proletariado, no por el pueblo", sino (en el mismo sentido en que las feministas lo plantearon por primera vez) por una "política de la primera persona". Ellos quieren la autodeterminación y la "abolición de la política", no el liderazgo de un partido. Quieren destruir el sistema social existente porque lo consideran la causa de la "inhumanidad, la explotación y la monotonía cotidiana".²⁶

Obviamente definiciones de esta naturaleza se acercan tanto al comunismo libertario y el anarquismo que entran en varios aspectos en ruta de colisión con postulados del marxismo. En este umbral, las fronteras entre corrientes se hacen porosas.

De hecho, en nuestros días, esta acepción es propia de corrientes políticas que se autodenominan *autonomistas* y que se reivindicán siempre menos del marxismo o que estiran y abren su marco teórico contribuyendo a la confusa proliferación de neo y post-marxismos, cuyos perímetros escapan a definiciones precisas y rigurosas.

La idea de autonomía como horizonte de emancipación vuelve a aparecer con una frecuencia e intensidad sorprendente a inicio de milenio, asociada a un retorno del pensamiento libertario y del anarquismo en coincidencia con las movilizaciones altermundistas pero también con una nueva oleada

²⁶ George Katsiaficas, La subversión de la política: movimientos sociales autónomos y la decolonización de la vida cotidiana, traducción de Alejandra Pinto, mimeo.

de reflexiones marxistas, neo o post.²⁷ Aparece, por otra parte, explícitamente en el proyecto del neozapatismo en México a partir de 1994, pero vinculada a la temática de la autodeterminación territorial y socio-cultural indígena más que a la formación de subjetividades anticapitalistas y, con una explícita apertura hacia un horizonte emancipatorio integral, en los movimientos argentinos de 2001-2002, en un mayor apego a las preocupaciones clásicas sobre la autonomía como liberación, suscitando una producción teórica particularmente fecunda y un conjunto de estudios empíricos sobre los procesos de subjetivación política correspondientes.²⁸

Además del Negri de la *Multitud*, cuyas ideas ya hemos analizado, un ejemplo destacado y ampliamente reconocido del pensamiento surgido de estas experiencias es el de John Holloway, quien asume el desafío de la

²⁷ Botones de muestra de estas tendencias pueden encontrarse en Claudio Albertani (coordinador), Imperio y movimientos sociales en la edad global, UCM, México, 2004. Un análisis del retorno anarquista en el altermundismo puede verse en Barbara Epstein, “Anarchism and the anti-globalization movement” en *Monthly Review*, vol. 53, núm. 4, Nueva York, septiembre de 2001. Elementos del debate entre autonomistas, anarquistas y comunistas puede observarse en el número monográfico de la revista *Contretemps*, “Changer le monde sans prendre le pouvoir? Nouveaux libertaires, nouveaux communistes”, *Contretemps*, Textuel, núm. 6, París febrero de 2003.

²⁸ Ver, por ejemplo, algunos textos en los cuales aparecen referencias explícitas a la idea de autonomía: Colectivo Situaciones, Piqueteros. La rivolta argentina contra el neoliberalismo, DeriveApprodi, Roma, 2003; Julián Rebón, La fábrica de la autonomía, Picaso, Buenos Aires, 2007; Varios, Reflexiones sobre poder popular, El Colectivo, Buenos Aires, 2007. En particular, ver los balances sobre el autonomismo argentino de Hernán Ouviaña, “La autonomía urbana en territorio argentino” y Martín Bergel, “Balance del autonomismo argentino” en Albertani, Rovira y Modonesi, op. cit., pp. 245-284 y 285-325. Por último, para una comprensión del autonomismo en el contexto de la historia argentina reciente, ver las obras de Maristella Svampa, en particular La sociedad excluyente. La Argentina bajo el neoliberalismo, Taurus, Buenos Aires, 2005 y Cambio de época. Movimiento sociales y poder político, CLACSO-Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.

comprensión de la dinámica de la subjetivación en términos muy similares a los que estamos destacando.²⁹

En su libro más conocido –*Cambiar el mundo sin tomar el poder*– Holloway desarrolla una importante y polémica reflexión teórica, partiendo del análisis de la dominación como *fetichización* –el proceso de separación del hacedor de su hacer– y asumiendo la distinción spinoziana entre *poder sobre* y *poder hacer*, como contraposición entre subordinación y *no-subordinación*.³⁰

Es importante tener en mente que todas las sociedades capitalistas descansan en la subordinación de los trabajadores insubordinados, por lo tanto en la violencia: lo que distingue el capitalismo de las otras sociedades de clase es la forma que toma la subordinación, el hecho que está mediado por la libertad.³¹

El *poder hacer* es para Holloway la medida de la emancipación entendida como autodeterminación, como autonomía:

Nuestra lucha es claramente una lucha constante por escaparnos del capital, una lucha por espacio, por autonomía, una lucha por aflojar la correa, para intensificar la des-articulación de la dominación.³²

En un ensayo reciente, este autor asume explícitamente una postura autonomista “negativa” rechazando el planteamiento obrerista por ser “positivo”, es decir, por plantear una recomposición subjetiva cuando Holloway sostiene, por el contrario, la necesidad de un sujeto *anti-*

²⁹ Sobre la trayectoria intelectual de Holloway ver el capítulo 3, dedicado el *Open Marxism*, de César Altamira, Los marxismos del nuevo siglo, op. cit., pp. 181-263.

³⁰ Ver John Holloway, Cambiar el mundo sin tomar el poder, Buenos Aires, Herramienta-Buap, 2002. Este libro fue objeto de un extenso debate y de una intensa polémica. No entraremos aquí en sus aspectos más álgidos en la medida en que no corresponden a los propósitos de nuestro estudio. Parte significativa del debate puede verse en John Holloway, Contra y más allá del capital, BUAP-Herramienta, Buenos Aires, 2006.

³¹ Holloway, Cambiar el mundo..., op. cit., p. 258.

³² *Ibid.*, p. 270.

identitario, un movimiento de negación permanente, una dialéctica negativa.³³

Por otra parte, la concepción de Holloway apunta a una idea de *proceso* en donde la autonomía es un proyecto y un movimiento:

No hay autonomía, no hay autodeterminación posible dentro del capitalismo. La autonomía (en el sentido de autodeterminación) sólo puede ser entendida como un proyecto que continuamente nos lleva en-contra y más allá de las barreras del capitalismo.(...)

Casa paso es prefiguración de la meta: autodeterminación social. (...)

El impulso a la autodeterminación connota un movimiento constante, una búsqueda constante, un experimentar.³⁴

En este sentido, la autonomía es una *experimentación* pero no una *experiencia* en la medida en que no es, no siquiera acaba *siendo*. Lo real sería, para Holloway, el anti poder, la lucha. Esto se traduce en una negación –el *grito*- que se presenta en los intersticios de las luchas cotidianas:

La lucha por la autonomía es el rechazo de la dominación, el no que reverbera de una forma u otra, no sólo en los lugares de trabajo sino, ubicuo, en toda la sociedad.³⁵

Al mismo tiempo, la idea del “más allá” implica una salida –por medio de la negación- de la interioridad de la relación de dominación.

Desde la óptica que estamos proponiendo, el sugerente itinerario teórico trazado por Holloway –aún compartiendo las principales coordenadas conceptuales- opera un salto teórico en la medida en que funde el adentro y el afuera, el *contra* y el *más allá*, el *poder hacer* al *anti poder*, la negación

³³ Escribe Holloway: “En el capitalismo la subjetividad es en primer lugar negativa, es el movimiento contra la negación de la subjetividad (la anti clase anti trabajadora)” en John Holloway, “Autonomismo positivo y negativo” en Albertani, Rovira, Modonesi, op. cit., pp. 123-129.

³⁴ Holloway, Contra y más allá del capital..., op. cit., p. 5, p. 8 y p. 11.

³⁵ Holloway, Cambiar el mundo..., op. cit., p. 271.

con la afirmación. En este sentido, la polaridad entre la subalternidad (*fetichismo y poder sobre*) y la autonomía (*emancipación y poder hacer*) subsume al *poder contra*, simplificando el pasaje del conflicto y obviando la especificidad del antagonismo. Así como en Negri³⁶, interioridad y exterioridad se sobreponen.³⁷ El *contra* y el *más allá* -insubordinación y no subordinación- se funden y se confunden. Como veremos en el cuarto capítulo, se trata de una operación teórica que obstruye la visibilidad de una de las tres dimensiones fundamentales en la medida en que, por una parte, en términos analíticos, distingue dominación y emancipación diluyendo la especificidad del antagonismo; por la otra, en términos del proceso real, articula lucha y emancipación, pero separa y aísla la dominación (la fetichización o la subalternidad), eliminando su influencia y permanencia en los procesos de subjetivación política.

En el fondo, más que víctima del fantasma del idealismo esencialista, que Holloway elude insistiendo en el carácter relacional de la lucha de clases, su planteamiento está orientado a exaltar la emergencia de un potencial subjetivo de nítida orientación antisistémica más que a forjar herramientas conceptuales que permitan descifrar las contradicciones que atraviesan la conformación de las subjetividades políticas.

Sin la pretensión de mencionar y analizar a fondo todas las expresiones del consejismo y su extensión en el autonomismo contemporáneo –que merecerían un tratamiento monográfico actualmente inexistente- ni mucho menos la totalidad de las referencias implícitas al problema de la autonomía, podemos sintetizar, en primera instancia, el debate marxista en

³⁶ La relación entre Negri y Holloway merecería un tratamiento específico. Un acercamiento crítico, de inspiración negriana, se encuentra en el cap. 4 del libro de César Altamira, *Los marxismos del nuevo siglo*, op. cit., pp. 265-327.

³⁷ Aún cuando Holloway –polemizando con la idea de *inmanencia* negriana- insiste en la interioridad “fetichista” y, por eso, enfatiza la negación en contra de toda afirmación “positiva”: en el anti-poder, la anti-política, el anti-sujeto, *Cambiar el mundo*, op. cit., pp. 241-245.

relación a dos dimensiones o acepciones de la noción. La primera -generalizada- de independencia social, política e ideológica del sujeto-clase y la segunda -menos difusa- que asume a la autonomía como emancipación, entendida como proceso, prefiguración o modelo de sociedad. Al interior de esta bifurcación, emergen distinciones y articulaciones que complejizan el debate. Por ejemplo, ambas acepciones -como independencia y como emancipación- incluyen una ambigüedad en la medida en que designan tanto un dato -el medio o el fin- como el proceso.

En efecto, la acepción que ubica la autonomía como independencia se asienta en una triple determinación real (social, política e ideológica) que el marxismo ha ido postulando tanto como:

-la autonomía-independencia como dato o como acontecimiento -como punto de partida o de llegada.

-la autonomía-independencia como condición o instrumento para la lucha.

-la autonomía-independencia como proceso de construcción subjetiva.

Esta última vertiente es la menos explorada y será uno de los hilos conductores de los siguientes apartados.

Al mismo tiempo, la acepción que vincula autonomía y emancipación -más polémica al interior del marxismo- puede ser desagregada de la misma manera y, al mismo tiempo, abrirse a una vertiente de análisis de los procesos de subjetivación que nos interesa destacar. Volveremos sobre este punto en las conclusiones de este capítulo, a la luz del análisis de las contribuciones teóricas surgidas del grupo *Socialismo o barbarie* en Francia en los años 50 y de los movimientos autogestionarios franceses de los años 60 y 70.

2. La subjetivación autónoma en las reflexiones de *Socialismo o barbarie*

Las reflexiones elaboradas en el seno del grupo *Socialismo o barbarie* en Francia en los años 50 y 60 resultan de gran relevancia teórica en la medida en que articulan las nociones de *autonomía* como *independencia* y como *emancipación* en función del conjunto de dinámicas subjetivas correspondientes, lo cual constituye una perspectiva original en el seno del debate marxista y un referente fundamental para desarrollar las connotaciones y el alcance subjetivo del concepto en la dirección del ejercicio teórico que realizaremos en el cuarto capítulo.

Veamos los rasgos principales del pensamiento surgido de *SoB* en paralelo a su trayectoria histórica, para resaltar las imbricaciones entre teoría y práctica política.

Socialismo o barbarie (*SoB*) fue un grupo político radicado en Francia que se mantuvo activo entre 1949 y 1967. Como muchas organizaciones de orientación revolucionaria en Europa Occidental, por su reducido tamaño y su limitada influencia de masas no alcanzó el impacto político que se proponía, no sólo porque no pudo impulsar y acompañar un proceso revolucionario sino también porque no logró arraigar en la sociedad francesa y en particular en el campo de la izquierda, dominado en estos años por el Partido Comunista Francés (PCF).³⁸ Sin embargo, en un terreno contiguo, la trayectoria de *SoB* se destacó por la profundidad y la calidad de

³⁸ El PCF era el “partido de los fusilados” de la Resistencia contra la ocupación nazi, profundamente arraigado en la sociedad francesa, en el mundo de la cultura, en los barrios populares y principal representante del movimiento obrero, por medio de la Confederación General del Trabajo (CGT) que, en buena medida, operaba como su brazo sindical. Ver al respecto el estudio clásico - publicado en 1968- de Annie Kriegel, Los comunistas franceses, Villalar, Madrid, 1978.

la reflexión teórica que realizó y divulgó a través de la revista que llevaba el mismo nombre, inspirado en la fórmula de Rosa Luxemburg de 1915 en el *folleto Junius* sobre la crisis de la socialdemocracia. En la revista, a lo largo de 40 números publicados entre 1949 a 1965, aparecieron temas y enfoques teóricos que anticiparon diversas problemáticas impulsadas por el movimiento del 68 –que paradójicamente surgió al año siguiente de la disolución de *SoB*- y que constituyeron una significativa –aunque discutible- aportación al debate marxista. En particular –más allá de la valoración del lugar que ocupó este grupo en el panorama de la izquierda francesa y las posturas políticas que asumió³⁹- destacan la originalidad de las reflexiones sobre el sujeto revolucionario y, en ellas, un intento de desarrollo marxista del tema de la autonomía. En el fondo, este pequeño conjunto de militantes –entre los cuales sobresalían intelectuales que posteriormente serán mundialmente conocidos, como Cornelius Castoriadis, Claude Lefort y Jean-François Lyotard- cumplió en el plano del pensamiento lo que no pudo realizar a nivel político en relación con el objetivo enunciado en el subtítulo de la revista *Socialismo o barbarie*, la cual se definía un *órgano de crítica y orientación revolucionaria*.

Los orígenes del grupo *Socialismo o Barbarie* remontan a 1946, en la segundo posguerra en la Francia de la reconstrucción, del capitalismo keynesiano, del surgimiento del gollismo y del poderoso Partido Comunista Francés. El antecedente directo de *SoB* fue la tendencia Chaulieu-Montal (por los seudónimos de Castoriadis y Lefort respectivamente) que actuaba como minoría al interior del partido trotskista francés –el Partido Comunista Internacionalista⁴⁰- y de la IV Internacional. En 1949, un año después del II Congreso Mundial de esta última –en el cual Castoriadis

³⁹ Para una reconstrucción de la historia de *SoB*, ver Philippe Gottraux, *Socialisme ou Barbarie. Un engagement politique et intellectuel dans la France de l'après-guerre*, Payot, Lausanne, 1997.

⁴⁰ Nacido en 1944, en la clandestinidad, de la fusión de tres grupos.

(Chaulieu) fue delegado- la tendencia romperá con el trotskismo para conformar un grupo independiente nucleado en torno a la revista, bajo el nombre de *Socialismo o barbarie*.

La ruptura de *SoB* con el trotskismo, a finales de los años 40, se origina de una polémica en torno a la caracterización de la Unión Soviética y la línea política correspondiente tanto a nivel internacional como nacional.⁴¹ A diferencia de la mayoría de los integrantes de la IV Internacional que caracterizaba a la Unión Soviética como “Estado obrero degenerado”, al cual había que defender frente al capitalismo y al fascismo, los fundadores de *SoB* sostenían que se trataba de un régimen de dominación de una clase emergente, la burocracia, que explotaba a los trabajadores de forma equiparable –aunque no igual- a la burguesía, en la medida en que no era propietaria de los medios de producción pero los controlaba. De allí que ninguna defensa de la URSS –aunque fuera circunstancial- era aceptable. Esta consideración, aún cuando reconocía la validez de la tesis de Trotsky sobre el “Estado obrero degenerado” y la defensa de la URSS en el momento de su formulación, partía del análisis del contexto de la segunda posguerra en el cual era evidente que el stalinismo no sólo no había sido derrotado – como preveía Trotsky- ni a nivel externo por medio de la guerra, ni a nivel interno por una revolución antiburocrática sino que, por el contrario, salía triunfante de la guerra mundial y se consolidaba como un régimen estable y aparentemente duradero.⁴² Este diagnóstico se traducía, a diferencia de lo

⁴¹ En particular sobre la política del PCI en Francia en estos años que fue objeto de áspera crítica por parte de la tendencia Chaulieu-Montal, en particular la consigna del “gobierno PCF-PS-CGT”, ver “Lettre ouverte aux militants du PCI et de la "IV^e Internationale"” en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 1, París, marzo de 1949.

⁴² Ver la Resolución de la tendencia Chaulieu-Montal al II Congreso Mundial de la IV Internacional, “La URSS et le stalinisme mondial” en Les congrés de la IV Internationale, Tomo III, La Brèche, París, 1988, pp. 211-221; ver también los textos de Pierre Chaulieu (Cornélius Castoriadis), “Sur le régime et contre la défense de l’URSS”, *Bulletin intérieur du P.C.I.*, núm. 31, agosto de 1946; “Sur la question de l’U.R.S.S. et du stalinisme mondial”, *Bulletin intérieur du P.C.I.*, núm.

que plantearía la corriente pablista al proponer el *entrismo* en los Partidos Comunistas de masas, en una condena sin matices de la URSS.⁴³

Esta diferencia fundamental de apreciación, junto a críticas políticas de orden nacional e internacional hacia el partido trotskista francés⁴⁴, llevaron al grupo a la ruptura desde la izquierda y a la creación de la revista como órgano de difusión de sus ideas.

Desde el *Editorial* del primer número, *SoB* reforzará la tesis de la burocracia como nueva forma de explotación sin propiedad privada dándole mayor alcance en la medida en que afirmaba que ésta estaba asumiendo “el relevo de la burguesía tradicional en el declino del capitalismo” como lo apuntaban las tendencias estatistas que recorrían el mundo occidental.⁴⁵ Este planteamiento implicaba relacionar la crítica a la burocracia como clase dominante en los países del llamado socialismo real a la crítica de las “burocracias obreras” de los partidos y sindicatos comunistas y socialdemócratas que propiciaban -perfeccionando y racionalizando la

41, agosto de 1947. Estas posturas acercarian a Chaulieu y Montal a la tendencia Johnson-Forest (L.C.R James y Raya Duyaneskaya) del trotskismo norteamericano, con la cual mantendrán una cercanía en los años siguientes. Ver Résolution “La IV Internationale et la question russe” de la tendencia Johnson-Forest en Ibid, pp. 221-226.

⁴³ Por *pablismo* se entiende la línea impulsada por Michel Pablo (Michalis Raptis) como dirigente de la IV Internacional. Para una historia sintética de las corrientes trotskistas ver Daniel Bensaid, *Les trotskysmes*, PUF, París, 2002.

⁴⁴ Tanto la ambigüedad del PCI frente al PCF con el apoyo a los comunistas yugoslavos en la ruptura con Stalin. Los disidentes sostenían que, a pesar de la ruptura del titismo con el stalinismo, no había que confundirse y pensar sustituir una burocracia por otra como lo hacía la mayoría trotskista del PCI y de la IV internacional.

⁴⁵ « Editorial », *Socialisme ou Barbarie*, núm. 1, París, marzo-abril 1949 en *Socialisme ou barbarie, Anthologie*, Acratie, París, 2007, p. 22.

explotación- la integración del proletariado al capitalismo en Europa occidental.⁴⁶

De la crítica al *capitalismo burocrático*, se desprendía una conclusión fundamental:

Paralelamente a la evicción de las formas tradicionales de la propiedad y de la burguesía clásica por la propiedad estatal y por la burocracia, la oposición dominante en las sociedades deja de ser gradualmente entre poseedores y sin propiedad para ser remplazada por la que existe entre dirigentes y ejecutantes en el proceso de producción.⁴⁷

A pesar de la discutible afirmación sobre su carácter determinante o tendencialmente dominante que desplazaba a un segundo plano la contradicción capital-trabajo en su dimensión propiamente económica, *SoB* ponía acertadamente el acento en una contradicción emergente –la burocratización como forma de dominación- que remitía al análisis del problema específico del poder, el poder decisonal, es decir, a la democracia política, social y económica como eje central de la reflexión y la acción revolucionaria. El primer nivel de esta tensión no dejaba de ser para *SoB*, por obvias razones de filiación marxista, el de la gestión del proceso productivo. El grupo asumirá, por lo tanto, como banderas fundamentales, el control obrero de la economía –la “dictadura económica del proletariado”- y la forma consejista, inspirada en los soviets rusos y en otras experiencias similares⁴⁸:

⁴⁶ Pierre Chaulieu (Cornelius Castoriadis), « Les rapports de production en Russie », núm. 2, mayo-junio 1949.

⁴⁷ “Editorial”, op. cit., p. 23.

⁴⁸ Ya mencionamos la cercanía de *SoB* con la corriente consejista y en particular con uno de sus mayores exponentes, el holandés Anton Pannekoek, con el cual Castoriadis entablaría un debate a lo largo de un intercambio epistolar que terminaría, después de reconocer las coincidencias generales, por la emergencia de diferencias de apreciación sobre el papel del partido y de la vanguardia, ver el intercambio en “Correspondencia Pannekoek-Castoriadis”, en *Políticas de la Memoria*, CEDINCI, Buenos Aires, núm. 8-9, 2009, pp. 75-81.

(...) el objetivo de la revolución socialista no puede ser simplemente la abolición de la propiedad privada, abolición que los monopolios y la burocracia realizan ellos mismos gradualmente sin que resulte otra cosa que una mejora de los métodos de explotación, sino esencialmente la abolición de la distinción fija y estable entre dirigentes y ejecutantes en la producción y en la vida social en general.⁴⁹

Junto a la centralidad de la relación mando-obediencia –dirigentes y ejecutantes- como clave de lectura del capitalismo de la segunda posguerra, es significativo que aparezca en esta cita la dimensión de la “vida social”, la cual adquirirá siempre mayor importancia en el análisis posterior de *SoB* junto al tema de la “vida cotidiana”:

La experiencia del capitalismo burocrático permite de ver lo que el socialismo no es y no puede ser. El análisis de las revoluciones proletarias, pero también de las luchas cotidianas y de la vida cotidiana del proletariado permite decir lo que el socialismo puede y debe ser.⁵⁰

Las implicaciones teóricas ligadas al concepto de *vida –social o cotidiana-* acompañaron la trayectoria de *SoB*. A pesar de que no fueron objeto de distinción explícita, estas nociones remitían, en el pensamiento de *SoB*, a dos dimensiones separadas pero articuladas: la vida social como un conjunto más amplio que la mera experiencia de la explotación fabril –y por lo tanto relacionado con la dominación y la resistencia vistas en general- y la vida cotidiana como experiencia, como realidad inmediata de la existencia obrera.

Esta última dimensión dominó la primera etapa de la reflexión de *SoB* y era vista como el ámbito de realización de la irreductible e incontenible capacidad de lucha y de resistencia espontánea y creativa de la clase, tal como era relatada en la revista por activistas obreros, en particular por Daniel Mothé, obrero de la Renault y posteriormente reconocido sociólogo del trabajo, quien había ingresado a *SoB* años después de su fundación

⁴⁹ “Editorial”, op. cit., p. 31.

⁵⁰ Pierre Chaulieu (Cornelius Castoriadis), “Sur le contenu du socialisme”, *Socialisme ou Barbarie*, núm. 22, París, julio-septiembre 1957, en *Socialisme ou Barbarie*, op. cit., p. 157.

convirtiéndose en unos de sus principales dirigentes e ideólogos.⁵¹ Posteriormente, en la última etapa de la revista, el énfasis será puesto en el ámbito de la vida social, en las formas de resistencia a la dominación desde la vida entendida en un sentido amplio que incluía a distintos sujetos (estudiantes, jóvenes, mujeres, etc.) y distintas temáticas libertarias.⁵²

En la primera etapa, será Claude Lefort (Claude Montal) quien teorizará la idea de la lucha obrera en lo cotidiano bajo el rubro de “experiencia proletaria” en un largo ensayo en el cual proponía una serie de acercamientos metodológicos a un tema que consideraba tanto central como escurridizo en la medida en que dudaba de la capacidad de la teoría de captar la realidad de sujetos en permanente proceso de transformación:

Éste (el proletariado) es subjetivo en el sentido que su conducta no es la simple consecuencia de sus condiciones de existencia o más profundamente que sus condiciones de existencia exigen de él una constante lucha por ser transformadas, es decir una constante desprendimiento de su suerte inmediata y que el progreso de esta lucha y la elaboración de contenido ideológico que permite esta separación componen una experiencia a través de la cual la clase se constituye.⁵³

En esta barroca formulación, Lefort articula y pone en secuencia elementos fundamentales del enfoque de *SoB*: el sujeto proletario, su existencia real, la lucha, la separación, la ideología revolucionaria (el proyecto), la experiencia, la constitución de la clase como proceso en curso. La circularidad de un razonamiento que parte del sujeto para terminar en él

⁵¹ Ver, por ejemplo, Daniel Mothé, « L'usine et la gestion ouvrière », *Socialisme ou Barbarie*, núm. 22, París, julio-septiembre 1957. Hay que señalar que este filón de análisis se inaugura con la publicación de un texto heredado de las relaciones de *SoB* con la tendencia trotskista Johnson-Forrest, ver Paul Romano, « L'ouvrier américain », *Socialisme ou Barbarie*, París, núm. 5, marzo-abril 1950.

⁵² Insiste en este aspecto un ex integrante de *SoB*, Daniel Blanchard, “La idea de autonomía. *Socialismo o Barbarie* y el mundo actual” en Albertani, Rovira y Modonesi op. cit., pp. 151-163. El propio Blanchard fue protagonista de esta apertura que llevaría a una breve participación en *Sob* de Guy Debord, fundador de la Internacional Situacionista y portador, frente al perfil obrerista de *Sob*, de temáticas y tonos más abiertos y sensibles a líneas artísticas y literarias.

⁵³ Editorial (Claude Lefort), “L'expérience prolétarienne” en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 11, París, noviembre-diciembre 1952, p. 77.

da cuenta de una centralidad pero también de una apuesta orientada hacia la construcción de la clase *para sí*, del sujeto político que se constituye a partir de la experiencia por medio de una separación, una ruptura, una escisión.

En este artículo –que también fungía como documento político interno– Lefort planteaba la centralidad teórica y estratégica de la comprensión de los procesos de subjetivación política a partir de la perspectiva de la experiencia, colocada en la intersección entre espontaneidad y conciencia. Este ángulo de observación y de análisis resulta de fundamental importancia porque teñirá el pensamiento de SoB y las reflexiones sobre la noción de *autonomía* que serán desarrolladas por Cornelius Castoriadis.

De esta mirada centrada en el sujeto –en la experiencia de la vida cotidiana– se desprendía una severa crítica al objetivismo, planteando una antinomia discutible pero comprensible a la luz de los debates y los posicionamientos políticos que recorrían el movimiento socialista y comunista en estos años:

...es en definitiva el análisis objetivo que se subordina al análisis concreto porque no son las condiciones sino los hombres que son revolucionarios, y la cuestión última es de saber cómo se apropian y transforman su situación.⁵⁴

En esta afirmación –que anticipa las tonalidades del voluntarismo revolucionario de los años 60– se vislumbra la crítica al “marxismo de las fuerzas productivas” y de su contradicción con las relaciones de producción, cuya principal referencia son el *Prólogo del 59* y *El capital* de Marx, que Castoriadis llegará a adversar tanto que lo confundirá con el conjunto del marxismo hacia mediados de los años 60.

A pesar de este desenlace, que revisaremos más adelante, hay que subrayar que en estos pasajes se nota claramente cómo la perspectiva de SoB,

⁵⁴ Ibid, p. 78.

sometiendo a crítica el marxismo “estalinista” por su carácter objetivista y determinista, invertía a tal punto su lógica que llevaba al extremo la contra argumentación de corte subjetivista y relativista: ya no existen “condiciones” y sólo quedan la apropiación y la transformación de la realidad.

Esta lógica de inversión apareció teorizada por Castoriadis (que firma con el seudónimo de Pierre Chaulieu) en 1957 en un texto que presenta la formulación más acabada de la visión de *SoB*.

Castoriadis iniciaba este largo ensayo argumentando que el orden de los apartados del artículo antepone la reflexión sobre el socialismo a la crítica al capitalismo porque se podía criticar a la realidad sólo a partir de su posible contrario, de su alternativa posible, es decir que sólo se podía entender el capitalismo y su crisis desde la visión más acabada de sociedad socialista:

...el contenido mismo de nuestras ideas nos lleva a sostener que no se puede entender nada del sentido profundo del capitalismo y su crisis sin partir de la idea más general del socialismo. Porque todo lo que podemos decir se reduce a fin de cuentas a esto: el socialismo es la autonomía, la dirección consciente por parte de los hombres de su propia vida; el capitalismo –privado o burocrático- es la negación de esta autonomía, y su crisis resulta de que crea necesariamente la tendencia de los hombres hacia la autonomía y al mismo tiempo está obligado de suprimirla.⁵⁵

Además de la lógica invertida, en este párrafo aparece una idea que se convirtió en el eje de la reflexión de *SoB* y una postura original al interior del debate marxista: “el socialismo es la autonomía”. Ésta constituye el ámbito principal de la lucha de clase en el capitalismo en la medida en que éste pretende negarla sin lograrlo, dejando intacto su potencial como tendencia subversiva. La inversión lógica se traduce en una perspectiva analítica: sólo desde la autonomía se puede ver y entender a la dominación capitalista.

⁵⁵ Chaulieu, « Sur le contenu du socialisme », op. cit., p. 159.

Antes de avanzar en la exploración de la idea de *autonomía* en *SoB* hay que destacar el contexto en el que se desarrolló. A partir de 1953, pero sobre todo desde 1956, los movimientos de protesta en el Este europeo –primero en Alemania, en Polonia y a escala mayor en Hungría- dieron nuevo aire político a *SoB* e inspiraron el rumbo de sus reflexiones. Exaltando el carácter espontáneo de las rebeliones y el surgimiento de consejos obreros en el Este, los *socio-bárbaros* veían o querían ver tanto los indicios de un programa autogestionario como el embrión de la revolución anti-burocrática que abanderaban.⁵⁶ Al mismo tiempo, contribuían al optimismo del grupo las convulsiones en los procesos de descolonización. En particular, la guerra argelina –por su relación directa con Francia y por las ambigüedades del PCF- llamaba la atención de *SoB*, -expresada en las posturas de Lyotard⁵⁷⁻, a la expectativa de procesos revolucionarios impulsados por la acción autónoma de las masas. En efecto, en correspondencia con estos procesos, en estos años el grupo creció y la revista amplió su circulación gozando de cierto reconocimiento en el medio izquierdista francés, con lo cual al optimismo contextual se sumó cierto optimismo organizacional, considerando que los acontecimientos y el aumento de militantes y simpatizantes eran un reconocimiento de su labor y confirmaban la pertinencia de sus tesis.⁵⁸

En este contexto florecieron la idea y el proyecto de autonomía como caracterización del socialismo, entendida como punto de partida y de llegada, como instrumento y como proceso. La autonomía era asociada al ejercicio de un libre albedrío colectivo -en conflicto permanente con la

⁵⁶ Ver, por ejemplo, Claude Lefort, “L’insurrection hongroise” en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 20, diciembre 56-enero 57.

⁵⁷ Ver, por ejemplo, “Le contenu social de la lutte argéenne” y “En Argélie, une nouvelle vague”, respectivamente en los números 29 y 32 de diciembre 59-febrero 60 y abril-junio 1961.

⁵⁸ En 1958 el grupo conformó la organización *Poder Obrero* que edita un periódico con el mismo nombre, ver Gottraux, op. cit..

heteronomía de la alienación promovida por el capitalismo moderno- y aparece en *SoB* como medio y como fin de la lucha espontánea del proletariado en su vida cotidiana y en todos los aspectos de la vida social, iniciando por el terreno más inmediato de la explotación que es el lugar de trabajo y desembocando en una nueva organización de la sociedad, en la emancipación del proletariado:

El socialismo sólo puede instaurarse por la acción autónoma de la clase obrera, no es otra cosa que esta acción autónoma. La sociedad socialista no es otra cosa que la organización de esta autonomía, que a la vez la presupone y la desarrolla.⁵⁹

La acción autónoma es el *principio*, el *medio* y el *fin*, es la *condición*, el *instrumento* y el *resultado* del socialismo. Retomando los términos clásicos, la independencia de clase –entendida como práctica de autodeterminación– no es un dato sino un proceso de emancipación que desemboca en el socialismo, un proceso caracterizado por experiencias de emancipación. Abusando de los imperativos categóricos para fortalecer la originalidad y el carácter polémico de sus afirmaciones, *SoB* pone en el corazón de la dinámica política a la autonomía entendida como propiedad o característica del sujeto y la acción y, al mismo tiempo, la despliega como proceso emancipatorio que pasa *por* pero no termina *en* el socialismo, sino que el socialismo amplía y “organiza”. Este enfoque, con todas sus aristas, articula la noción de autonomía-independencia de clase con la de autonomía-autodeterminación como horizonte emancipatorio. La autonomía no es sólo un recurso ni un mero escenario de emancipación, sino un proceso impulsado por un recurso y un recurso desarrollado por un proceso.

Como corolario, y aquí termina configurándose la originalidad de la perspectiva de *SoB*, el concepto de *autonomía* se asienta en la idea de *experiencia* que había avanzado Lefort en 52. La autonomía es, por lo tanto, un proceso emancipatorio de carácter subjetivo, que se realiza en la medida

⁵⁹ Chaulieu, « Sur le contenu du socialisme », op. cit. p. 168.

en que se despliega la emancipación subjetiva a partir de las experiencias de autodeterminación. Dicho de otra manera, la autonomía representa el proceso de subjetivación correspondiente a las experiencias de emancipación.

En este sentido, se justifica y se entiende la sistemática valoración –e inclusive la exaltación e idealización- de la espontaneidad por parte de *SoB* en la medida en que en ella se expresa la práctica autónoma, ésta se convierte en experiencia autónoma la cual, a su vez, es la base para nuevas prácticas y acciones autónomas. Este ciclo de producción y reproducción de la autonomía es la clave del proceso revolucionario y del despliegue de la emancipación. La autonomía es, por lo tanto, concebida por *SoB* como un horizonte emancipatorio que se construye en el presente por medio de la lucha y se proyecta hacia una nueva forma social. En este sentido, se formula como un dispositivo prefigurativo y performativo del socialismo entendido como “movimiento real”: performativo en la medida en que la autonomía orienta las luchas y prefigurativo porque éstas anticipan la forma de la sociedad futura, es decir “representa” a la sociedad socialista.

Coherentemente con su confianza en la capacidad autónoma del sujeto revolucionario, *SoB* argumentaba la necesidad de eliminar la llamada “transición al socialismo” mediante la inmediata disolución de todas las formas burguesas (por ejemplo la diferenciación salarial) y tendencialmente del Estado en general bajo el principio de que el socialismo es libertad, es decir, autonomía de los productores asociados.

Para *SoB*, el origen de la burocratización en la URSS se identificaba con la pérdida de autonomía de los soviets frente al partido y al Estado. De allí que se concluyera que la expropiación de los capitalistas era sólo la mitad negativa de la revolución proletaria y la otra parte positiva tenía que ser la dictadura económica del proletariado que promovía y realizaba en los hechos la disolución del Estado desde el principio.

Fiel a la tradición *sovietista*, las formas concretas de la autonomía son delineadas por Castoriadis en términos relativamente “clásicos” de gestión obrera por medio de Consejos de fábrica los cuales se articularían a nivel nacional en una Asamblea general y un Gobierno de los Consejos.⁶⁰ Sin embargo, esta formulación institucional inspirada en la experiencia trunca de los soviets es considerada por Castoriadis, coherentemente con el enfoque de *SoB*, como una forma “adecuada” y no “milagrosa” siendo que ninguna solución legal garantizaba lo que sólo la acción autónoma de la clase podía realizar. En esto *SoB* se posicionaba explícitamente en contra del “fetichismo estatutario” pero también del “espontaneísmo anarquista”.

Por otra parte, aún sosteniendo la democracia directa a partir de las “células sociales” de los lugares de trabajo a partir de la transparencia, la información y el conocimiento, Castoriadis defendía la necesidad de cierto nivel de centralización que no fuera delegativo sino expresión del poder obrero.⁶¹ Como ya señalamos, el problema de la autonomía se relacionaba tradicional y lógicamente al tema de la organización política, es decir al tema del partido. Si bien *SoB* –en sintonía con sus orígenes en el bolchevismo trotskista– defendía el papel histórico de la vanguardia y de la organización partidaria para la difusión de la conciencia y los objetivos de lucha antiburocrática, pensaba en su inmediata disolución al interior de los “organismos autónomos de la clase” en el proceso revolucionario:

Una tal organización no puede no desarrollarse más que preparando su encuentro con el proceso de creación de organismos autónomos de las masas. En este sentido, aunque se puede decir que representa la dirección ideológica y política de la clase en las condiciones del régimen del explotación, hay que decir también y sobre todo que es una dirección que prepara su propia supresión, por medio de su fusión con los organismos autónomos de la clase, desde que la entrada de la clase en su conjunto en la lucha revolucionaria hace aparecer en la escena histórica la verdadera dirección de la humanidad, que es ese conjunto de la clase misma.⁶²

⁶⁰ Ibid., pp. 167-168.

⁶¹ Ibid., p. 168.

⁶² *SoB*, « Editorial », op. cit., pp. 34-35.

A pesar del uso mítico de la idea del “conjunto de la clase” como sujeto de la historia, *SoB* asumía el problema de su organización interna y proponía una democracia obrera basada en el pluralismo interno (fracciones) y la revocación de mandatos en aras de un ejercicio directo del poder que evitara toda forma de delegación y burocratización.

Al interior de una organización que pretendía combinar la crítica antiburocrática, el *consejismo* y la tradición bolchevique, no es casual que en el tema del partido fuera objeto de polémicas y de rupturas.

Desde su fundación en 1949, al interior de *SoB* se planteó la necesidad de una forma de organización política –diferenciándose explícitamente de los anárquicos- que acompañara y orientara a los organismos autónomos de las masas para que asumieran el proyecto revolucionario, ante lo cual el partido se disolvería.⁶³

Al mismo tiempo, los énfasis y las interpretaciones de este planteamiento eran distintos al interior del grupo. En particular, Claude Lefort (Montal) insistía, invocando a Rosa Luxemburg, en una postura antileninista que, sin renegar del papel de la vanguardia, promoviera la idea de la organización política como instrumento –“destacamento provisional” tendiente a disolverse en el poder obrero- de la revolución y no como su “dirección”.⁶⁴

Para 1958, los matices se volvieron diferencias inconciliables y Lefort se separó definitivamente de *SoB* justamente a partir del rechazo a la idea de partido que en este momento promovía Castoriadis, a quien Lefort acusaba de incoherencia con el pensamiento de *SoB*, de vanguardismo y de fomentar una microburocracia que se arrogaba el derecho de dirigir a la

⁶³ Ver « Le parti révolutionnaire, Résolution », *Socialisme ou Barbarie*, n. 2, mai-juin 1949.

⁶⁴ Ver Claude Montal (Claude Lefort), « Le prolétariat et le problème de la direction révolutionnaire », *Socialisme ou Barbarie*, núm. 10, junio-agosto 1952.

clase como si fuera una entidad separada. Sosteniendo una argumentación en contra de la exterioridad de la vanguardia leninista Lefort reforzaba el argumento autonomista:

El rol de la política no es, por lo tanto, el de enseñar sino, más bien, el de explicitar lo que está inscripto en el estado de tendencia en la vida y en la conducta de los obreros.⁶⁵

Lefort fundó, en este mismo año, la ILO (*Informations et Liaisons Ouvrières*, que después se nombrará ICO, *Informations et Correspondances Ouvrières*).

La respuesta de Castoriadis (ahora bajo el seudónimo de Paul Cardan) refrendaba la apuesta a una nueva forma de organización política que no descartara de la línea histórica de *SoB* basada en la confianza en la acción autónoma del proletariado.⁶⁶

Resulta interesante cómo en estos artículos, en los cuales Castoriadis traza la nueva línea de *SoB*, aparece un tema que el entusiasmo por la autonomía había obturado en las anteriores reflexiones. El tema del partido y la organización surgía de una preocupación que se esgrimía polémicamente frente a la ortodoxia autonomista de Lefort como antes se había vislumbrado en las cartas a Pannekoek:

Si no se acepta esta actividad dirigida hacia la autonomía del proletariado, es que se da a la autonomía un sentido absoluto, metafísico: es necesario que los obreros lleguen a ciertas conclusiones sin ningún tipo de influencia. (...)

⁶⁵ Ver Claude Lefort, « Organisation et parti », *Socialisme ou Barbarie*, núm. 26, noviembre-diciembre 1958.

⁶⁶ Ver Paul Cardan (Cornelius Castoriadis), « Prolétariat et organisation », *Socialisme ou Barbarie*, núm. 27, abril-mayo 1959 y « Prolétariat et organisation II », *Socialisme ou Barbarie*, núm. 28, julio-agosto 1959. En español, ver fragmentos de esta polémica en “El debate Lefort-Castoriadis” en *Políticas de la Memoria*, CEDINCI, Buenos Aires, núm. 8-9, 2009, pp. 83-93.

La autonomía o la libertad no son estados metafísicos, sino procesos sociales e históricos. La autonomía se gana a través de influencias contradictorias. La libertad surge a través de la lucha con y contra los otros.⁶⁷

Los matices implicaban una aclaración teórica sobre el carácter relativo y procesual de la autonomía y una recuperación del principio de exterioridad leninista que podía justificarse no sólo teóricamente sino en razón de una menor confianza en la emergencia de la espontaneidad y la autonomía en las masas.

En efecto, en 1959, después del exitoso golpe de Estado institucional de De Gaulle y terminada la oleada de rebeliones en el Este europeo, el escenario invitaba a tomar en cuenta ciertas inercias al interior del movimiento obrero. En esta dirección, Castoriadis, a contracorriente del tono eufórico de los años anteriores, reconocía la “manifiesta inmadurez del proletariado frente al socialismo” considerando que la degeneración de las organizaciones obreras no podía darse sin la complicidad de amplio sectores obreros: “nadie puede traicionar duraderamente a personas que no quieren ser traicionadas”.⁶⁸

La observación de la despolitización, la apatía, la aceptación o la reacción insuficiente desembocaban en que una afirmación tajante: “el proletariado tiene las organizaciones que es capaz de tener”.⁶⁹

Este desencanto –que en el fondo revelaba una laguna en el pensamiento de *SoB*, cegado por la fe en la vocación revolucionaria de la clase, por la autonomía del sujeto obrero- será el *humus* en el cual germinará el abandono del marxismo por parte de Castoriadis, el fin de *SoB* y la suspensión de la publicación de la revista.

⁶⁷ « Prolétariat et organisation II », *Socialisme ou Barbarie*, núm. 28, julio-agosto 1959.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 219-220.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 220.

Bajo la sentencia de la desaparición de la “actividad política propiamente dicha” en un contexto de despolitización y *privatización* de la sociedad, *SoB* terminaba su ciclo, según Castoriadis “para evitar la obsesión sectaria, la histeria pseudoactivista y el delirio de interpretación”.⁷⁰ En el *Editorial* del número 35 de enero de 1964 se resumían las posturas que se fueron gestando desde 1959.⁷¹ En esta síntesis, Castoriadis decretaba el “fin del marxismo clásico” como consecuencia de tres acontecimientos que modificaban el contexto en el cual éste había surgido y se había desarrollado: las transformaciones del capitalismo, la desaparición del movimiento obrero “en tanto movimiento organizado de clase cuestionando de forma explícita y permanente la dominación capitalista” y la ausencia de revoluciones tanto en el primer como en el tercer mundo a pesar de las convulsiones ligadas a la descolonización. Éstos son los datos novedosos que llevaban a Castoriadis a considerar que el marxismo estaba en ruina como sistema de pensamiento concreto y como programa de acción.

Para sostener este diagnóstico, Castoriadis utilizaba los principios elaborados por *SoB* en y desde el marxismo, ahora presentados en contra del mismo en una versión más extrema. Bajo esta lógica, se daba por muerto el marxismo por no reconocer la centralidad de la división entre dirigentes y ejecutantes y seguir insistiendo en la división material en el plano de la producción; por no asumir que la clase dominante fundamental era la burocracia y no la capitalista; que el “sistema” era la organización burocrática y no el mercado; que el trabajo no era un objeto, una simple

⁷⁰ Ibid., p. 220.

⁷¹ Ver « Editorial, Recommencer la révolution », *Socialisme ou Barbarie*, núm. 35, enero 1964. Este editorial sintetiza la postura de Castoriadis ya desarrollada a finales de 1959 y publicada posteriormente, después de un áspero debate al interior de *SoB*, en un largo ensayo titulado « El movimiento obrero y el capitalismo moderno » publicado en los números 31, 32 y 33 entre el 1961 y el 1962.

mercancía; que la clase no era un hecho, sino un sujeto activo de lucha.

Recitaba el *Editorial*:

Para la concepción clásica, el proletariado padece la historia hasta el momento en que la hace estallar. Para nosotros el proletariado hace la historia, en condiciones dadas, y sus luchas transforman constantemente la sociedad capitalista al mismo tiempo que lo transforman a él mismo.⁷²

Otra crítica formulada en consonancia con las elaboraciones de *SoB* se dirigía en contra del modelo leninista de partido:

Para nosotros, en el centro de todo se coloca la autonomía de los trabajadores, la capacidad de las masas de dirigirse ellas mismas, sin la cual toda idea de socialismo se vuelve inmediatamente una mistificación.⁷³

Se acusaba al marxismo de poner el acento en el desarrollo de las fuerzas productivas y los factores objetivos, con lo cual se desembocaba en un determinismo económico. Para Castoriadis, no había contradicción entre desarrollo de las fuerzas productivas y las formas económicas capitalistas o las relaciones de producción capitalistas como lo demostraba el hecho que en el capitalismo de ese tiempo se podía tener pleno empleo, aumentar salarios y disminuir el horario de trabajo. Se declaraba así el fin de la “etapa teológica”, la decadencia de los sistemas teóricos cerrados, de la “teoría completa y definitiva” frente al triunfo de los saberes fragmentarios y provisionales.

En este ensayo, Castoriadis avanzaba una caracterización bastante pesimista de la situación política en la cual se veía difícil la unificación de categorías de trabajadores en un proceso de proletarización que no polarizaba sino jerarquizaba en forma de pirámide a partir de la diferenciación de tareas, la fragmentación del proceso de trabajo y la creación de nuevas especializaciones. Por otra parte, el aumento del sector de los servicios provocaba que, si bien había más *trabajadores*, éstos no

⁷² Ibid., p. 281.

⁷³ Ibid., p. 281.

eran *obreros*. La indefinición concreta del sujeto llevaba a definirlo en función de la actitud o la disposición frente a la lucha: “la única diferencia real es entre los que aceptan y combaten el sistema, en la vida cotidiana”.⁷⁴

En cuanto a la forma de dominación, se constataba que era siempre menos necesario el recurso de la violencia estatal, en la medida en que operaban eficazmente mecanismos de cooptación vía redistribución, reformismo y seudodemocracia. La barbarie era presentada como “pesadilla acondicionada”:

Con el monopolio de la violencia como último recurso, la dominación capitalista descansa en la manipulación burocrática de la gente, en el trabajo, en el consumo, en el resto de la vida.⁷⁵

Así que la contradicción de fondo se daba entre *exclusión* y *participación* en todos los niveles de la vida en medio de una crisis de valores y de la personalidad misma del hombre moderno. Aparecían los temas de la apertura de la última etapa de *SoB*, temas que empatarían con las preocupaciones humanistas y libertarias del movimiento de 68 y, al mismo tiempo, se relacionaban con la experiencia psicoanalítica de Castoriadis y su posterior trayectoria intelectual, al margen del marxismo y de todo movimiento político.

En este texto, sorprende que, contradictoriamente, no se renunciara a los pilares del optimismo revolucionario y del análisis marxista de *SoB* y se reiteraban algunos de sus postulados fundamentales:

El funcionamiento mismo del capitalismo garantiza entonces que habrá siempre “ocasiones revolucionarias”, pero no garantiza su desenlace, que no puedo sino depender de otra cosa que del grado de conciencia y de autonomía de las masas. No hay ninguna dinámica “objetiva”, que garantice el socialismo, y decir que puedan existir es una contradicción en términos.⁷⁶

⁷⁴ Ibid., p. 289.

⁷⁵ Ibid., p. 288.

⁷⁶ Ibid., pp. 290-291.

La perspectiva revolucionaria se desplazaba ahora en el futuro, “habrá” ocasiones, en una implícita renuncia en el presente, asumiendo la imposibilidad actual. Al mismo tiempo, se reiteraba el principio según el cual, en el contexto de una estructura conflictual como es el capitalismo, la única solución posible a la crisis surge del factor subjetivo encarnado en la tendencia o aspiración a la autonomía de las masas.

El *Editorial* de 64 resumía todos los elementos que Castoriadis había desarrollado desde finales de 1959 y que suscitaron fuertes polémicas y una escisión en 1963.⁷⁷ Paralelamente, Castoriadis seguirá desagregando estas tesis en un largo ensayo titulado “Marxismo y teoría revolucionaria” que fue publicado por entregas en los números 36 a 40 (entre abril del 64 y junio del 65) –los últimos de la revista antes de su cierre- y que reeditó como primera parte de su libro más conocido: *La institución imaginaria de la sociedad*.⁷⁸

El primer apartado se titula “El marxismo: balance provisional” aunque, en la tónica de los argumentos, sea presentado como definitivo, como sentencia de muerte y como entierro de un pensamiento obsoleto. El autor aclaraba que ya no se trataba de una autocritica en aras de romper las ataduras de la ortodoxia sino de “elegir entre seguir siendo marxista o seguir siendo revolucionario”.⁷⁹

En el diagnóstico, de las dos componentes del marxismo –la lucha de clases y la determinación económica- la segunda es presentada como la dominante y, por lo tanto, la esencia del marxismo, en el cual el cierre primó sobre la apertura.

⁷⁷ Gottraux, op. cit., pp. 138-157. Hay que señalar la respuesta polémica, en defensa del marxismo, que dará Lyotard, quien será posteriormente uno de los padres del “posmodernismo”.

⁷⁸ Cornelius Castoriadis, *L'institution imaginaire de la société*, Editions du Seuil, Paris, 1975.

⁷⁹ Ibid., p. 21.

Como indicio de una crisis en su pensamiento, en su adiós al marxismo, Castoriadis recuperaba tonos y temas de su propia reflexión marxista cuando aclaraba en una nota que autonomía significa “revolución de las masas trabajadoras instaurando el poder de los Consejos” y, en otro pasaje, que la gestión obrera es un modo de socialización válido para otras esferas y, por lo tanto, el puente hacia la totalidad social.

Sin embargo, es evidente en este texto un claro desplazamiento del enfoque que se manifiesta en la aparición de temáticas que serán centrales en la reflexión posterior de Castoriadis, lo cual explica su inclusión como primera parte del libro *La institución imaginaria de la sociedad*. El tema del deseo, del yo, de la relación psicológica consciente-inconsciente, del imaginario, lo social-histórico y la relación instituido-instituyente que Castoriadis recuperaba de su formación y su ejercicio profesional como psicoanalista justamente en estos años. Ahora bien, aunque haya una serie de elementos de continuidad entre la reflexión desarrollada en *SoB*, la trayectoria posterior de Castoriadis descarta no sólo un enfoque y una perspectiva marxista sino también una serie de temáticas y difícilmente podría leerse desde una lógica de “unidad de recorrido” como lo plantea Philippe Caumières quien, por otro lado, afirma:

Encontrar en el militante de SoB fuertes intuiciones que no pudieron ser desarrolladas porque estaban presas en un esquema de pensamiento que se volvió obsoleto. Pero quererlas liberar del pathos revolucionario sería abandonar el proyecto de autonomía.⁸⁰

Habría que ver si era o es obsoleto el marxismo como campo de pensamiento abierto y diversificado o bien el esquema de pensamiento rígido que Castoriadis presenta como marxismo, pasando de la defensa del marxismo contra el estalinismo a la asimilación de uno con otro. Por otra parte, si bien es cierto que en *SoB* se dieron intuiciones más que desarrollo

⁸⁰ Philippe Caumières, *Castoriadis. Le projet d'autonomie*, Michalon, París, 2007, p. 101.

teóricos acabados, éstas se insertaban en un tejido teórico que –aún en su apertura y ramificación- les daba sentido. En particular la idea de autonomía adquiría consistencia en la medida en que articulaba la independencia de clase al socialismo en un proceso de emancipación anclado en el desarrollo de subjetividades forjadas a partir de experiencias y prácticas de autodeterminación.

El posterior desarrollo al que se refiere Caumières tiene que ver con la formulación de un aparato teórico propio que Castoriadis elaboraría en las décadas posteriores en el marco de una trayectoria intelectual profesional. Este aparato, más allá de la valoración de su solidez y alcance, es susceptible de ser criticado desde la óptica de la reflexión de *SoB* en la medida en que se plantea como teoría acabada aun cuando pretenda tener un carácter fragmentario y provisional –en el aire de las modas *posmodernas*.

Por otra parte, como señala Caumières, deja de apegarse al “pathos revolucionario” como actitud frente a las implicaciones concretas ligadas a los sujetos en sus luchas, al compromiso político orientado hacia la transformación real. En la medida en que Castoriadis deja de pensar, desde una reflexión militante, el conflicto político concreto para sumergirse en reflexiones eminentemente filosóficas, si bien pudo haber ganado consistencia académica y-con ella- reconocimiento, perdió la perspectiva de una militancia intelectual que le permitía enfocar problemáticas políticas concretas desde la óptica de la acción colectiva.⁸¹

En este sentido se dirige la pertinente crítica de Daniel Bensaid:

⁸¹ Las posteriores reflexiones de Castoriadis sobre el concepto de autonomía se encuentran en *Le monde morcelé*, Seuil, París, 1990 (pp. 38-71, escritas en 1987); *Domaine de l'homme*, Seuil, París, 1986 (pp. 513-523, escritas en 1981) y *Fait et à faire*, Seuil, París, 1997 (pp. 9-98, escritas entre 1986 y 1987).

¿Pero qué es la autonomía? ¿Autonomía de quién o de qué? ¿Y quién detenta el poder exorbitante de definirla? La autonomía para la autonomía sería hacer sólo un formalismo de la autonomía. Y nadie podría estar contra el principio de una autonomía indeterminada. La cuestión sube de tono precisamente en el momento en que se trata de determinar el contenido y los modos de ella, ya sea en el sentido de un intersubjetividad comunicacional o cuando ella, de manera muy diferente, se propone como consejismo radical.(...)

Esta invocación a un despertar súbito parece descansar en una salida hipotética de una voluntad indeterminada o en la apuesta por el surgimiento de un evento o acontecimiento milagroso.⁸²

En efecto, con el abandono por parte de Castoriadis de la perspectiva marxista, la solidez de la autonomía de los sujetos concretos en luchas concretas se disuelve en el aire metafísico de la autonomía abstracta, como propiedad formal trascendental. Esto se traduce en la extirpación de la autonomía del terreno político.

Para terminar, regresemos al corazón del pensamiento de *SoB* para evaluar alcances y límites.

En efecto, además de reproducir los argumentos del *Editorial* antes mencionado y de los artículos anteriores, el largo texto de adiós al marxismo de Castoriadis presenta algunos puntos que, paradójicamente, precisan y profundizan la idea de autonomía. En particular, ésta aparece ligada a la noción de praxis:

Podemos decir que, por la praxis, la autonomía del otro y de los otros es a la vez el fin y el medio; la praxis es lo que apunta al desarrollo de la autonomía como fin y utiliza para ese fin a la autonomía como medio. (...)

Lo que llamamos política revolucionaria es una praxis que tiene como objeto la organización y la orientación de la sociedad en vista de la autonomía de todos y reconoce que ésta presupone una transformación radical de la sociedad que no será, a su vez posible que por el despliegue de la autonomía de los hombres.⁸³

⁸² Daniel Bensaid, "Políticas de Castoriadis", *Memoria*, núm. 222, México, septiembre de 2007, pp. 20 y 21.

⁸³ Castoriadis, *L'institution imaginaire de la société*, op. cit., pp. 112 y 115.

Aparecen aquí de forma explícita tres pilares del pensamiento de *SoB*. En primer lugar, la autonomía como praxis, lo cual alude a la experiencia y la subjetivación política. En segundo lugar, la articulación de su duplicidad: como medio y como fin, como proceso y como acontecimiento. En tercer lugar, se vuelve a mencionar la circularidad y la interdependencia entre presente y futuro, entre la orientación de las luchas de hoy y la forma de la sociedad del mañana. La autonomía está en el principio y al final del proceso, en términos clásicos es independencia de clase y socialismo, y de esta manera se vuelve el conjunto del proceso, en la medida en que los seres humanos –a partir de su capacidad autónoma- lo protagonizan.

Al mismo tiempo, junto a una intuición y un planteamiento original y enriquecedor, se vislumbran los elementos de cierta confusión conceptual derivada de la ausencia de una clara distinción entre *autonomía* y *autonomización*, entre *horizonte* emancipatorio y *proceso* de emancipación. Una distinción necesaria para que se visualice plenamente la articulación que *SoB* esboza a grandes rasgos:

Queremos mostrar la posibilidad y explicitar el sentido del proyecto revolucionario, como proyecto de transformación de la sociedad presente en una sociedad organizada y orientada en el sentido de la autonomía de todos, esa transformación siendo efectuada por la acción autónoma de los hombres tal como son producidos por la sociedad presente.⁸⁴

La última parte de la cita revela uno de los pasajes más problemáticos de la formulación de *SoB*: “los hombres tal como son producidos por la sociedad presente”. Siguiendo el razonamiento de *SoB* ¿se trata de los hombres alienados por la heteronomía o los portadores de la autonomía? Ambas figuras aparecen en el análisis de *SoB* como tipificaciones contrapuestas sin aclarar la convivencia o el pasaje de una a otra, asumiendo la autonomía como una calidad intrínseca que aparece o desaparece mágicamente. Ahora bien, que se asuma la viabilidad del pasaje o que se

⁸⁴ Ibid., p. 116.

suponga la existencia de la calidad, el planteamiento de *SoB* se basa en un automatismo, en un dispositivo mecánico. En los equilibrios y las ponderaciones al interior del pensamiento de *SoB*, el énfasis hacia la autonomía como movimiento real conduce a un mero reconocimiento de las ataduras alienadas y heterónomas (diríamos *subalternas*) como dato social que la autonomía tiende a rebasar, sin que se les otorgue un peso y un lugar específicos y constituya un problema teórico y político fundamental.

Como muestra de esto, las consideraciones pesimistas sobre la despolitización y la privatización de la vida, de 1959 en adelante, aparecen como exteriores a la lógica del pensamiento autonomista de *SoB*, como su contraparte contradictoria, una interferencia inaceptable y, de alguna manera, devastadora en la medida en que desmantela no sólo el optimismo que regía la propuesta sino la propuesta misma, desembocando en el abandono al marxismo y la disolución del grupo.

En términos teóricos, la apuesta hacia la autonomía desdibuja la subalternidad, desequilibra el planteamiento, lo coloca en el terreno de un esencialismo autonomista que obstruye la capacidad de visualizar la complejidad y la profundidad de su contraparte subalterna situada al interior de las relaciones de dominación, con lo cual se disuelve el proceso en un salto, un brinco hacia la autonomía. En este sentido, la ausencia de nociones como autonomía *relativa* –que maneja, por ejemplo, implícitamente Gramsci al referirse a la autonomía *integral*- o *autonomización* contribuye a crear una noción absoluta, un esencialismo y un imperativo que fomentan la confusión conceptual y teórica que subyace al planteamiento de *SoB*.

Sin embargo, al margen de estas consideraciones, la reflexión de *SoB* no deja de ser relevante porque ofrece una elaboración marxista del concepto de *autonomía* que combina explícitamente dimensiones fundamentales: el *principio* de independencia, el *horizonte* y el *proceso* emancipatorio con las

implicaciones subjetivas que les corresponden. *Dato, instrumento y proceso* se funden en una sola perspectiva.

En esta articulación, particularmente significativo a nivel conceptual resulta el ángulo de análisis de los procesos de construcción subjetiva ligado a las dimensiones de la emancipación y el poder: la perspectiva de la subjetivación autonómica, anclada en la noción de *experiencia*, resultado de un diálogo entre ser social y conciencia social. Si bien ésta, por sí sola, deja descubiertos otros aspectos de la conformación subjetiva, al mismo tiempo, como argumentaremos en el siguiente capítulo, esta acepción coloca potencialmente el concepto de *autonomía* al lado de las nociones de *subalternidad* y *antagonismo* como una faceta fundamental de la desigual y combinada construcción de los sujetos políticos en el marco de la dominación, por medio del conflicto, en el camino hacia la emancipación.

3. El movimiento autogestionario francés: teoría y praxis autonómica

El concepto de *autonomía* tendría en Francia un momento de *verificación* por medio de una serie de experiencias autonómicas, un proceso que asumió la forma y el nombre de *movimiento autogestionario*. En su seno, proliferaron reflexiones sobre el concepto de *autogestión* entendido como traducción teórico-práctica de la autonomía y como ámbito y vector de subjetivación política.

En efecto, la reflexión sobre la autonomía avanzada por *Socialismo o Barbarie* encontrará un terreno fértil en la Francia de los años 68, es decir, el ciclo de movilización y de luchas sociales que arranca en 1961, pasa por el epicentro de mayo-junio 68, se extiende hasta finales de los años 70 y culmina con la victoria electoral de la coalición de izquierda encabezada por

François Mitterrand en mayo de 1981, la cual marcó el *zenith* de la acumulación de fuerzas de las izquierdas y, al mismo tiempo, el fin de un ciclo.⁸⁵

Al interior de este proceso, el tema de la autonomía será propagado a partir de su traducción y divulgación en términos de *autogestión*, un concepto y una propuesta política operativa que pretendía sintetizar una serie de aspiraciones y experiencias sociales autonómicas y que adquirirá una difusión sorprendente tanto en el plano de las prácticas como en el de las teorizaciones en la Francia de estos años.

En las prácticas, las luchas fragmentarias de la primera mitad de los años 60 confluyeron, después de la experiencia de movilización contra la intervención estadounidense en Vietnam, en el estallido del mayo 68, en el cual el movimiento estudiantil trastocó el orden socio-político. Los estudiantes expresaron políticamente un malestar generacional traduciéndolo en rebelión, crítica y creatividad política frente a un país anquilosado entre el paternalismo conservador gollista y la oposición rutinaria del PCF.

A pesar del desarrollo económico de los 30 gloriosos⁸⁶, la V república surgida de la guerra argelina no ofrecía a los jóvenes horizontes ideales que rebasaran el universo productivista y consumista. Un profundo malestar transformado en deseo libertario⁸⁷ estuvo en el origen de la movilización estudiantil y en sus reivindicaciones que apelaban implícitamente a la

⁸⁵ Philippe Artières y Michelle Zancarini-Fournel, 68. Une histoire collective (1962-1981), La Découverte, Paris, 2008.

⁸⁶ Así se conocen en Francia las tres décadas de crecimiento económico que arrancan en el segundo posguerra.

⁸⁷ No casualmente la chispa del mayo francés fue un grupo de estudiantes anarquistas, el movimiento 22 de marzo encabezado por Daniel Cohn Bendit en Nanterre, una sede de la universidad de París de reciente construcción en la periferia de París, en una *bidonville*, una villa miseria.

autonomía frente a una sociedad en la cual, detrás de las apariencias, la alienación era la modalidad estructurante de las relaciones sociales.

En tiempos de nostalgia, donde al neoliberalismo se contraponen la hipótesis del retorno a la regulación estatal del mercado, la crítica radical de la *edad de oro* del capitalismo y del Estado social constituye el legado más durable de aquella experiencia. La rebeldía, expresada como rechazo en los enfrentamientos del *quartier latin* y en las actitudes iconoclastas de los estudiantes, se traducían en alternativa por medio de las prácticas autogestionarias que inauguraron en las universidades y los liceos, al interior de las cuales el protagonismo estudiantil impulsaba, aun en medio de contradicciones, una visión participativa de las relaciones sociales y una *toma de palabra* sin antecedentes.

En junio, la entrada en escena de la clase obrera a través de las huelgas y las ocupaciones de fábricas agregó un ingrediente explosivo, la extensión social del movimiento, la potencial alianza obrero-estudiantil, la movilización de los poderosos aparatos sindicales y partidarios de la izquierda francesa.⁸⁸ El PCF y la CGT a pesar de su repudio hacia los “grupúsculos” de la extrema izquierda, tuvieron que acompañar la movilización obrera que se gestó al calor del movimiento estudiantil para no dejar a la Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT), recientemente desconfesionalizada y radicalizada, el monopolio de la protesta obrera. Un sector de los socialistas, después del desastre de sus experiencias gubernamentales y parlamentarias en la IV república (en particular en relación con la política colonial en Indochina y en Argelia), vio en el movimiento una oportunidad de recuperar presencia y visibilidad frente a un partido comunista rebasado a la izquierda por las protestas. En particular el Partido Socialista Unitario (PSU), el grupo socialista más

⁸⁸ Ver Xavier Vigna, L'insubordination ouvrière dans les années 68, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2007.

radical, compuesto por diversos sectores (incluidos católicos de izquierda y trotskistas disidentes), fue el que, con mayor coherencia, trató de encarnar y encauzar políticamente los valores del 68. El propio François Mitterrand, dirigente en ascenso de una nueva generación socialista, encontró en la coyuntura una oportunidad para avanzar en la federación de los socialistas que venía impulsando y que se concretaría en 1971 con el histórico Congreso de Epinay que daría luz al que se conocería como el *nuevo* Partido Socialista.⁸⁹

La mayor novedad en la reconfiguración del campo de las izquierdas en Francia a partir de 68 es la aparición o el fortalecimiento de una serie de organizaciones de extrema izquierda. A los grupos trotskistas existentes (Organización Comunista Internacionalista, OCI, y Lucha Obrera, LO) se sumó una nueva organización –la Liga Comunista– surgida de la experiencia estudiantil de las Juventudes Comunistas Revolucionarias (JCR), surgidas a la izquierda del PCF alrededor de la figura de Alain Krivine.⁹⁰ Después de un inicial sesgo guevarista, la LC asumió una clara identidad trotskista en el seno de la IV Internacional.⁹¹

Los grupos maoístas que, en un principio, vieron con desdén las movilizaciones estudiantiles, se involucraron decididamente a la hora de las luchas obreras mediante la participación de la juventud radicalizada en las fábricas. El fenómeno de los *établissements* –miles de jóvenes que se proletarizaban entrando en las fábricas– mostró la extensión y marcó el arraigo del maoísmo en Francia. Una vertiente espontaneísta y movimientista –llamada irónicamente *mao-spontex*– se reagrupó en la Gauche Prolétarienne

⁸⁹ Ver Hugues Portelli, Le parti socialiste, Montchrestien, París, 1998.

⁹⁰ Sobre las disidencias trotskistas y maoístas que rompieron con la Union d'Étudiants Communistes (UEC), ver Michel Dreyfuss, PCF. Crises et dissidences, Complexe, París, 1990, pp. 141-153.

⁹¹ Jean-Paul Salles, La Ligue communiste révolutionnaire (1968-1981), Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2005.

(GP), atrayendo a muchos intelectuales como, para señalar los más importantes, Jean-Paul Sartre y Michel Foucault, así como los discípulos destacados de Louis Althusser e, inclusive, logró fundar periódicos de amplia difusión como *La Cause du Peuple* y finalmente *Libération* que, depurado del radicalismo izquierdista, es hoy en día uno de los cotidianos más vendidos en Francia.

Con la convocatoria a elecciones en junio, que refrendó el peso electoral de la “mayoría silenciosa” a favor de De Gaulle y el conservadurismo frente a las “minorías vociferantes” de mayo, el 68 se detuvo como *acontecimiento* pero siguió como *proceso*. Su prolongación en el tiempo asumió la forma de un arcoíris de luchas obreras, estudiantiles, feministas, por los derechos civiles y contra la represión. El común denominador de todas ellas fue la síntesis de la triada justicia social-democracia-libertad, en una sola palabra: *autogestión*.⁹² Una palabra que indicaba una *forma* como condición para la realización de un *contenido* -la emancipación- y al mismo tiempo apuntaba a una serie de prácticas y experiencias de apropiación subjetiva, a un proceso de subjetivación política fincado en el ejercicio de la autodeterminación.

La primera mención política explícita a la autogestión remonta en efecto al mayo 68, cuando la CFDT lanzó la consigna y la colocó en el centro de su programa. Inmediatamente después el PSU la hizo propia y la convirtió en la bandera de su diferenciación respecto al PCF.⁹³ El propio PS mitterrandiano la recuperó en la medida en que su corriente interna más estructurada, el CERES, sostenía la centralidad de la autogestión, aunque, a diferencia del PSU y de la CFDT y, en resonancia con las consideraciones

⁹² Ver el único texto reciente de síntesis sobre el tema, al cual acudiremos abundantemente en este apartado, Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, Paris, 2003.

⁹³ En particular la corriente reagrupada en torno a Michel Rocard fue la que con mayor insistencia y coherencia sostuvo las posturas autogestionarias.

de Marx sobre las cooperativas, consideraba que su realización necesariamente pasaba por un cambio de gobierno y transformaciones estructurales de la economía y del Estado, es decir, en un esquema integral y no en forma de experiencias parciales y locales. El pasaje de la corriente *rocardiana* (encabezada por Michel Rocard) y de Gilles Martinet del PSU al PS en 1974 reforzaría las posiciones autogestionarias al punto que los socialistas, en 1975, asumieron una tesis sobre la autogestión como eje programático. Las izquierdas revolucionarias serían más escépticas sobre la cuestión, aunque, a diferencia del rechazo ortodoxo por parte de los maoístas, el trotskismo francés mostró mayor sensibilidad a la incorporación del tópico autogestionario. La LCR, rearticulada después de su disolución por ley en 1973, se mantuvo atenta al respecto y su principal ideólogo, Ernst Mandel, publicaría una antología en 3 tomos sobre el control obrero y la autogestión para marcar su anclaje marxista y su origen bolchevique. Por otra parte, Michel Pablo, principal dirigente de la IV Internacional en la segunda posguerra, a raíz de su salida de esta organización fundará un grupo autogestionario y fue asesor del gobierno de Argelia a la hora de las reformas constitucionales que introdujeron la autogestión (la planificación ascendente junto a la descendiente) en este país árabe desde el gobierno de Ben Bella hasta 1965 cuando Boumedienne tomó el poder y emprendió un proceso de contrarreforma.⁹⁴

El propio PCF, después de haber liquidado el tema como una “fórmula vacía” en 68, hacia finales de la década, paradójicamente, justo cuando la problemática (así como las luchas que la sostenían) empezaban a declinar, adoptó la perspectiva autogestionaria. Sobre esta apertura tardía, algunos historiadores señalan la falta de convicción, el oportunismo ligado a la voluntad de incorporar a los movimientos autogestionarios y sus ecos y la intención de mostrar la disposición del PCF a seguir la política de

⁹⁴ Ver Sophie Bérout et al. “Éléments pour l’étude du courant pabliste. Discours et pratiques autogestionnaires » en Georgi, op.cit., pp. 259-270.

convergencia de las izquierdas, plasmada en el programa común de 1972 y centrada en la alianza con el PS que, justo en estos años, vivía una impasse problemática.⁹⁵ Este acercamiento tardío de los comunistas no modificaba el hecho de que la autogestión fue enarbolada en Francia fundamentalmente por las izquierdas antistalinistas, anarcosindicalistas, consejistas, trozkistas, socialistas libertarias y de origen cristiano.

Más allá de la incorporación ideológica por parte de los diversos segmentos, la realidad de los anhelos autogestionarios expresados en las luchas concretas determinaba la apertura de las izquierdas respecto a la temática. El símbolo de esta convergencia fue, sin duda, la experiencia de LIP en 1973⁹⁶, una huelga transformada en autogestión bajo el lema de “producimos, vendemos, nos pagamos” en torno a la cual todas las izquierdas, más allá de sus diferencias, se movilizaron. Otras experiencias similares, tanto obreras como de otros sectores productivos, territoriales, artísticos y estudiantiles⁹⁷ produjeron el mismo efecto a escalas más reducidas. El fenómeno comunitario que acompañaba la problemática autogestionaria se extendió en el tejido social francés, incluido el campo, con la experiencia destacada del Larzac, región donde décadas después surgió el movimiento altermundista encabezado por José Bové.

La secuencia de experiencias autogestivas obreras se extendió en el tiempo, hasta los años 80, y en el espacio, principalmente provincial: los portuarios

⁹⁵ Ver Serge Dandé, « Le PCF et l'autogestion. Histoire d'un ralliement, 1968-1979 » en Georgi, op. cit., pp. 245-257.

⁹⁶ Ver Vigna, op. cit.

⁹⁷ Ver, respectivamente, Jean Cuane, « La création collective au théâtre : une modalité autogérée de la production artistique », en Georgi, op. cit., pp. 533-544 ; el ejemplo el barrio de La Croix-Rousse de Lyon, Mimmo Pucciarelli, “L'autogestion au quotidien dans un quartier alternatif: La Croix-Rousse, Lyon, 1975-2001” en Georgi, op. cit., pp. 597-606 ; Jean-Philippe Legois, “L'autogestion universitaire en mai-juin 1968: portée et limite, discours et pratiques » y Robi Morder « Autogestion et autogestionnaires dans les mouvements étudiants et lycéens après 1968 » en Georgi, op. cit., pp. 467-480 y 481-495.

en toda Francia, las textileras de Cerizay, los trabajadores agrícolas a Peder nec, los obreros del automóvil de Talbot-Poissy. A nivel universitario, la autogestión dejó un saldo duradero a partir del establecimiento de la *cogestión* y se tradujo en el proyecto experimental del campus de Vincennes de la Universidad de París en donde se reagrupó gran parte de la izquierda intelectual radical.

Sin embargo, en medio de esta proliferación práctica e ideológica, la bandera autogestionaria era una muletilla común detrás de la cuales se escondían diversas interpretaciones que remitían a posturas teóricas y políticas diferentes y, en cierta medida, divergentes y encontradas. Por una parte, las interpretaciones sobre la autogestión se bifurcaban entre una acepción centrada en los temas de control social y la democracia directa, contrapuestos al principio de la delegación, y una acepción que asumía complementarias la democracia representativa y la democracia participativa. Por otra parte, la noción de *gestión* se prestaba a una traducción integral, que abarcaba el conjunto de la vida conforme a los ideales y los eslogan de 68 pero, al mismo tiempo, podía ser traducida en términos meramente técnicos, ligados a aspectos particulares de la vida asociada o limitados a las realidades productivas, esencialmente obreras. Evidentemente el alcance subversivo de la primera hipótesis –de carácter global- se reducía sensiblemente en la segunda versión –de corte sectorial. En tercer lugar, como corolario de los anteriores, a nivel ideológico, la noción de autogestión se prestaba a ser parte substancial tanto de proyectos políticos socialistas de diversa radicalidad como a idearios meramente democrático-radicales.

En el fondo del debate subyacía la disyuntiva entre una concepción de autogestión como *medio* y otra como *fin*. Representativas de este debate fueron las posturas del PCF y del PS que asumieron, siguiendo la actitud marxista tradicional, que la autogestión tenía sentido solamente después de

la toma del poder (electoral) y de la nacionalización de los sectores fundamentales de la economía en una perspectiva jacobina teorizada particularmente por la corriente del CERES al interior del PS⁹⁸, mientras que el PSU, la CFDT y los rocardianos⁹⁹ planteaban que la autogestión era un vector de transformación social –y una cultura política- que había que impulsar inmediatamente e inclusive era la condición para la posterior ratificación electoral e institucional.¹⁰⁰ Esta última posición surgía de la búsqueda de un sustento teórico-político para una tercera vía socialista radical antiestatalista que rebasara tanto la gestión socialdemócrata como la dictadura del proletariado de los proyectos estadocentricos del PS y el PCF.

Si la izquierda en su conjunto veía en la autogestión una forma de rechazo al capital, las diferencias aparecían en relación a la idea de autogestión como rechazo a la autoridad, ya fuera estatal, sindical o partidaria. Esto se ligaba a la colocación del tema autogestionario en la bisagra entre economía y política, que los socialistas autogestionarios querían fundir y que los socialdemócratas y los comunistas querían distinguir dejando al partido y al Estado socialista el monopolio de la política. Es en el contexto de este debate que la noción de *société civile* aparecería no sólo como una fórmula liberal sino como una hipótesis emancipatoria, traducida literalmente en el principio del autogobierno, es decir, de autogestión. En otro cruce problemático estrechamente ligado a los anteriores, la izquierda radical, ya fuera estatalista o libertaria, asociaba la autogestión a la perspectiva revolucionaria, mientras que la izquierda socialdemócrata la ligaba a soluciones reformistas.

⁹⁸ Ver Emeric Brehier, « Le CERES et l'autogestion a travers de ses revues : fondement identitaire et posture interne », en Georgi, op. cit., pp. 187-200.

⁹⁹ Ver Frank Georgi, « Les rocardiens : pour une culture politique autogestionnaire », en Georgi, op. cit., pp. 201-219.

¹⁰⁰ Helene Hatzfeld, «L'autogestion dans la recomposition d'un champ politique de gauche», en Georgi, op.cit., pp. 172-184.

Sin embargo, más allá de las diferentes interpretaciones sobre sus alcances, al interior del pensamiento marxista de la época, a contracorriente del althusserianismo y el estructuralismo, la noción de autogestión implicaba, en general, una perspectiva que tendía a articular el principio de independencia de clase con el proceso de emancipación, que buscaba una forma operativa que permitiera canalizar y potenciar la autonomía, la capacidad de autodeterminación, del sujeto. En este sentido, más allá de que la autogestión se presentara tanto como un modelo prefigurativo y prescriptivo de la sociedad emancipada o como su realización paulatina, permanecía intacto su valor como experiencia política, su impacto en un proceso de subjetivación autonómica que se asumía como vector de todo proyecto transformador humanista.

A nivel estrictamente nominal, más allá de la afinidad problemática con los consejos obreros estudiados y santificados por el marxismo post-octubre rojo, la palabra *autogestión* fue importada a Francia del serbo-croata y de la experiencia yugoslava, donde la necesidad de diferenciación del modelo estalinista se había traducido en una implementación de un modelo autogestivo establecido en la Ley de los Consejos Obreros en 1950 y sancionado en la Constitución Federal de 1953.¹⁰¹

Los encuentros periódicos en Korcula, Yugoslavia, en los cuales participaron activamente los autogestionarios franceses desembocaron, en 1976, en el nacimiento del *Centre International de Coordination des Recherches sur l'Autogestion*. A partir de 1975, la represión en Yugoslavia del *Grupo Praxis* –que encarnaba la corriente libertaria del socialismo en este país– hizo aún más evidentes los problemas que acompañaban a la experiencia yugoslava, las cuales incluían no sólo la ausencia de pluralismo político sino también las tensiones regionales, la contradictoria apertura al

¹⁰¹ Marie-Genevieve Dezés, “L’utopie réalisée: les modèles étrangers mythiques des autogestionnaires français” en Georgi, op. Cit., pp. 29-54.

mercado, el estancamiento económico y la necesidad de recurrir a los préstamos del FMI.

Después del 68 y a lo largo de todos los años 70, proliferaron en Francia revistas y libros sobre la temática autogestiva. Uno de los ideólogos de la CFDT, Pierre Rosanvallon, sostenía que había iniciado *la era de la autogestión*, la cual tenía la virtud de haber nacido como movimiento social antes de ser doctrina.¹⁰²

La revista *Autogestión*, cuyos 70 números salieron entre 1966 y 1986, reunía intelectuales autogestionarios de distintas corrientes del marxismo crítico: trotskistas como Pierre Naville y Michel Pablo, ex *socio-bárbaros* como Yvon Bourdet y Daniel Mothé, marxistas heterodoxos como Henri Lefebvre, comunistas libertarios como Daniel Guérin y libertarios sin bandera como Georges Gurvitch, quien murió antes de que la revista empezara a circular.¹⁰³ Resulta sintomática la trayectoria del nombre de la revista que, a partir de 1970, incluyó al socialismo (*Autogestion et Socialisme*) y, a partir de 1980, cambió al plural: *Autogestions*.¹⁰⁴

Henri Lefebvre, posiblemente el más conocido entre los intelectuales reunidos en torno a la revista, abordó de forma tangencial la temática autogestionaria pero, su amplia producción intelectual giró en torno a tópicos afines. El marxismo humanista de Lefebvre, radicalmente adverso al socialismo de Estado de corte soviético y al estructuralismo, asumió como eje de la crítica social el análisis de la alienación y desarrolló un

¹⁰² Pierre Rosanvallon, *L'âge de l'autogestion*, Seuil, París, 1976.

¹⁰³ Otro personaje central de la revista fue Albert Meister quien, sin ser un teórico, fue el mayor conocedor y divulgador de las experiencias internacionales. En particular, al interior de su extenso trabajo de divulgación, vale la pena señalar por su originalidad un estudio crítico de la experiencia peruana entre 1968-1975 durante el gobierno militar de Velasco Alvarado que Meister desacreditó en 1981 por su carácter autoritario, “en uniforme”.

¹⁰⁴ Ver Claude Veil, “La revue Autogestion” en Georgi, op. cit., pp. 55-63.

enfoque de la vida cotidiana como centro de la emancipación a partir de la idea de *autoproducción de la vida*.¹⁰⁵

Los trabajos de Lefebvre sobre la producción social del espacio y, en particular, sobre la ciudad y las problemáticas urbanas fueron pioneros de una problemática crucial que el marxismo había subordinado a las problemáticas de la fábrica.¹⁰⁶ Entre las esporádicas intervenciones directas sobre la cuestión, Lefebvre planteó que la autogestión era un camino además de un objetivo y que era la forma por excelencia del espontaneismo de la época, como lo fue el anarcosindicalismo en otra, una forma de apropiación de la vida. La atención hacia las prácticas cotidianas y la opción por “cambiar la vida” que impulsaba Lefebvre – que después sería el lema de campaña de los socialistas de Mitterrand- lo acercó a los *situacionistas* hasta el punto que inició una colaboración directa con Guy Debord.

A finales de los años 70, en otra intervención centrada en la idea de autogestión, Lefebvre criticaba el modelo yugoslavo por ser un sistema establecido mientras que la verdadera autogestión sólo podía ser una construcción permanente, “una lucha perpetua y perpetuamente renaciente”, un “movimiento y no una institución”.¹⁰⁷ Estas consideraciones apuntan claramente a entender a la autogestión como un proceso de subjetivación política, como construcción subjetiva fincada en la incorporación de experiencias de autonomía, de autodeterminación, de emancipación, aunque fuera relativa.

¹⁰⁵ Ver Henri Lefebvre, Le marxisme, PUF, París, 1966 y Sociologie de Marx, PUF, París, 1968.

¹⁰⁶ Ver Henri Lefebvre, La production de l'espace, Antropos, París, 2000, la primera edición es de 1974.

¹⁰⁷ Ver Michel Trebisch, “Henri Lefebvre et l'autogestion” en Georgi, op.cit., pp. 64-77.

Otros miembros de la revista anclaban sus reflexiones sobre la autogestión en la crítica de la alienación. Por ejemplo, Pierre Naville, sociólogo y trotskista, partiendo de la crítica de la alienación, contribuyó a la conformación del marxismo autogestionario francés a partir de sus estudios sobre los impactos negativos de la tecnificación y la planificación autoritaria.¹⁰⁸ Otros dos defensores de la autogestión, Victor Fay y Victor Leduc, tuvieron un recorrido teórico similar¹⁰⁹, partiendo de la recuperación del pensamiento de Marx y, en particular, de la temática de la alienación, pasando por la crítica de la URSS para sostener la autogestión como modelo de emancipación.

Fay la definió una “utopía realista”, avanzando una interesante hipótesis de transición a partir de la cual, en los países capitalistas, el control obrero de la producción era la antecámara de la autogestión integral que podría realizarse después de la conquista del poder. Como la mayoría de los intelectuales autogestionarios franceses, Victor Fay combinaba la simpatía por el modelo yugoslavo con la crítica de sus límites, en primer lugar, inspirándose en el pensamiento de Rosa Luxemburg, el peso burocrático del partido sobre los movimientos de masas. Fay partiendo de la crítica de la alienación que producía la creciente tecnificación de la producción, se oponía a la institucionalización derivada de las políticas estatistas de nacionalización y planificación contraponiéndole la idea de control obrero de la producción y asumiendo la autogestión como un modelo de experimentación social, de ensayo y error, sin coerción pero tampoco sin excluir la posibilidad de conflictos internos y de clase a lo largo del proceso.

¹⁰⁸ Ver Alain Cuénot, « Pierre Naville et l'autogestion face aux structures du capitalisme et du socialisme d'état » en Georgi, op.cit., pp. 79-95.

¹⁰⁹ Así como político, en la medida en que rompieron con el PCF, asumiendo perspectivas luxemburgistas y consejistas que los acercó al PSU, que consideraban más abierto, plural y libertario.

Victor Leduc, por su parte, a partir de estudios de corte más filosófico, procedía de la misma manera a una recuperación del pensamiento de Marx como sustento teórico del proyecto autogestionario y como antídoto contra la alienación, abriendo a problemáticas como la reducción radical del horario de trabajo, la autogestión del tiempo social y elaborando una crítica radical de la división del trabajo.¹¹⁰

Ambos percibían la autogestión como el marco de despliegue de procesos de subjetivación fincados en la autonomía, en la experiencia de la emancipación.¹¹¹

La relación antinómica entre alienación y autogestión marcaba claramente la colocación del tema autogestionario tanto en el nivel de mecanismo emancipatorio –de la misma manera en que la alienación es un mecanismo de dominación- como de afirmación de la subjetividad –así como la alienación es su negación.

En conclusión, el anhelo autonómico surgido al calor de las movilizaciones de los 60 y 70 en Francia se tradujo en una multiplicidad de experiencias y teorizaciones autogestionarias. A partir de 1981, los límites de la institucionalización del reformismo socialista¹¹² se midieron en el vaciamiento de la idea de “cambiar la vida” –el eslogan de la campaña electoral- hacia un conservadurismo gubernamental en plena continuidad

¹¹⁰ Bernard Ravenel, “Deux théoriciens de l’autogestion au PSU: Victor Fay et Victor Leduc” en Georgi, op. cit., pp. 97-113.

¹¹¹ En contratendencia, hay que señalar la postura post-industrialista de André Gorz quien, a partir del principio de autonomía, mostraba los límites de la autogestión, encerrada en el “reino de la necesidad” de la producción material irreductiblemente heterónoma, y sostenía su reducción a un mínimo estrictamente indispensable y su subordinación a la expansión del universo de la autonomía, humana, ética, afectiva. Adieux au prolétariat, Galilée, París, 1980, pp. 142-155.

¹¹² Ver Serge Halimi, Quand la gauche essayait, Arlea, París, 2000, pp. 479-626.

con la tradición estatalista francesa. Se terminaba el ciclo autogestionario en Francia.

A nivel internacional, este cierre coincide con los entusiasmos y las posteriores decepciones suscitadas por la emergencia de *Solidarnosc* en Polonia, el último experimento de consejismo obrero en los países del Este europeo que, en sus inicios, volvió a animar las esperanzas de un socialismo libertario fundado en la participación organizada de los sectores sociales, obreros por delante.

Para los años 80, la autogestión en Francia deja de ser un proyecto político y, en las experiencias donde sobrevive, se vuelve –en el mejor de los casos– una “utopía pedagógica” –según una afortunada expresión de un historiador francés¹¹³– con todos los límites y los alcances que esto implica, sin posibilidad de que el aprendizaje permitiera madurar un proyecto emancipatorio a escala societal ni activar procesos expansivos de subjetivación política.

La problemática del aprendizaje autónomo que circuló en estos años –en contraposición a la idea de enseñanza vanguardista– se vinculaba al procesamiento subjetivo de las experiencias que constituía el corazón del proceso de subjetivación política que impulsaba el movimiento autogestionario en su desarrollo concreto.

Por otra parte, además de los saldos experienciales –un conjunto de dinámicas de politización y movilización orientadas por la idea y la práctica de la autonomía– el ciclo autogestionario francés deja un legado teórico importante que, junto a la pionera reflexión sobre la autonomía avanzada por *Socialismo o Barbarie*, fortalece y proyecta el concepto en el terreno del análisis de los procesos de subjetivación política.

¹¹³ Ver Antoine Proust, “Une utopie pédagogique”, en Georgi, op. cit., pp. 607-612.

4. Conclusión

Las reflexiones de *SoB* sobre la idea de *autonomía* y su traducción teórico-práctica en *autogestión* en los movimientos de los años 70 en Francia desarrollan los alcances del concepto y permiten especificar su contenido.

Por una parte, articulan su acepción como independencia de clase a partir de su separación de la clase dominante –el nacimiento del sujeto– asumiendo las implicaciones subjetivas de su formación permanente con la emancipación en su cuádruple dimensión: como *medio*, como *fin*, como *proceso* y como *prefiguración*. Por la otra, como contraparte de esta extensión procesual, relacionan la autonomía a una determinada forma de subjetivación política que se desprende de prácticas y experiencias de liberación, forjadas en el diálogo entre espontaneidad y conciencia.

En cuanto al primer aspecto, hay que recordar que la asociación de la autonomía a la emancipación acarrea los debates relativos a su ubicación entre presente y futuro, entre el énfasis sobre el valor en sí de las luchas autonómicas de hoy y el acento en la autonomía como autoregulación societal futura. Este último énfasis no implica forzosamente la existencia de un modelo, sino el reconocimiento del papel político de una abstracción, un *mito* –en la línea trazada por Georges Sorel¹¹⁴ y retomada por Gramsci y Mariátegui– un eco del pasado –como sugería Walter Benjamin– un horizonte de futuro y una utopía posible –el *todavía no* planteado por Ernst Bloch.

¹¹⁴ Ver Georges Sorel, Réflexions sur la violence, Marcel Rivière et Cie, París, 1972,

Por otro lado, como intento de articulación entre temporalidades, destaca la hipótesis de la *prefiguración*. En este caso la autonomía no designa sólo la forma de la sociedad emancipada del porvenir –el fin- o el significado de las luchas del presente –el proceso- sino que caracteriza su sentido y su orientación como anticipación de la emancipación, como representación en el presente de la liberación futura. En este sentido, se presente o no como modelo abstracto, como proyecto definido o como mito, la autonomía empieza a existir en las experiencias concretas que la prefiguran, dando vida a un proceso emancipatorio que adquiere materialidad si la entendemos, como Marx y Engels entienden al comunismo, como un “movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual”¹¹⁵. En esta dirección, la autonomía puede pensarse como sinónimo de comunismo, un sinónimo que apunta al *método* y al *contenido* libertario y democrático, una utopía procedimental que corresponde a la utopía substancial o material propia del comunismo.¹¹⁶

Ya sea referente abstracto o experiencia concreta, la autonomía orienta un proceso real: la autonomización, el camino hacia la autonomía integral, plagado de autonomías parciales o relativas, lo cual supone el rechazo a todo autonomismo que comporte una idealización de una propiedad metafísica del sujeto.

En estos términos, la idea de la autonomía como proceso de emancipación contradictorio es sostenida por Mabel Thwaites como sigue:

La autonomía es un proceso de autonomización permanente, de comprensión continuada del papel subalternizado que impone el sistema a las clases populares

¹¹⁵ Karl Marx y Friedrich Engels, *La Ideología Alemana. Cap.1* Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista.

¹¹⁶ “asociación de productores libres e iguales”, según Marx.

y de la necesidad de su reversión, que tiene sus marchas y contra-marchas, sus flujos y reflujos.¹¹⁷

Por otra parte, si la autonomía es, por definición, la capacidad de establecer normas, es poder y, por lo tanto, se desprende de relaciones de poder, es poder entendido como relación y no como cosa u objeto, relación entre sujetos. La autonomía surge y se forja en el cruce entre relaciones de poder y construcción de sujetos. En esta intersección, la autonomía aparece como parte del proceso de conformación del sujeto socio-político, es decir como la condición del sujeto que, emancipándose, dicta sus propias normas de conducta.

En este sentido, pensando la democracia como “autodeterminación de la masa”, escribía Zavaleta:

(...) el acto de autodeterminación de la masa como momento constitutivo lleva en su seno al menos dos tareas. Hay, en efecto, una fundación del poder, que es la irresistibleidad convertida en pavor incorporado; hay, en otro lado, la fundación de la libertad, es decir, la implantación de la autodeterminación como una costumbre cotidiana.¹¹⁸

Regresando a la doble acepción *independencia-emancipación*, evitando su petrificación temporal -es decir que una precede y es condición de la otra- podemos asumirlas como caras de la misma moneda, manifestaciones simultáneas de un mismo proceso.

En el debate marxista se ha asumido que la independencia de clase es una condición *sine que non* para la maduración de una lucha de clases en la cual son representados los intereses de los oprimidos, la clase *para sí*. Sin embargo, también se ha considerado que esta condición es el resultado de un proceso de construcción subjetiva, es decir de una primera etapa de emancipación, de salida de la subalternidad. En este sentido, se justifica

¹¹⁷ Mabel Thwaites Rey, La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción, Prometeo, Buenos Aires, 2004, p. 20.

¹¹⁸ René Zavaleta, “Cuatro conceptos de la democracia” en El Estado en América Latina, Los amigos del libro, La Paz, 1989, p. 87.

considerar que este primer peldaño de conquista de autonomía no necesariamente tiene que ser circunscrito a la emergencia del sujeto en un contexto de dominación, en su delimitación –*escisión* diría Sorel¹¹⁹- sino que se prolonga en el tiempo, en la circunstancias del conflicto hasta convertirse en la forma por excelencia de la sociedad emancipada.

Con esta connotación procesual, la idea de *autonomía* entra en el acervo marxista como una categoría fundamental para el análisis y la comprensión de los procesos de subjetivación política correspondientes a las experiencias de independencia y emancipación y, de esta manera, se coloca potencialmente a la par de los conceptos de *subalternidad* y *antagonismo*.

¹¹⁹ Georges Sorel, op. cit., p. 124, « Si une classe capitaliste est énergique, elle affirme constamment sa volonté de se défendre; son attitude franchement et loyalement réactionnaire contribue, au moins autant que la violence prolétarienne, à marquer la scission des classes qui est la base de tout le socialisme ».

Articulaciones

Después de haber situado el marco de referencia de los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía*, y de haber revisado su desarrollo en el contexto de perspectivas marxistas de análisis de procesos de subjetivación política, en este capítulo final trataremos de ofrecer un balance en vista de su posible articulación al interior de una triada conceptual.

Para sostener esta posibilidad, partimos del diagnóstico de su desarticulación –es decir, de su génesis, desarrollo y existencia separadas– y de la identificación de sus principales causas. En esta dirección, en el primer apartado, retomando elementos aparecidos a lo largo de los capítulos anteriores, se esbozará un panorama de las interferencias políticas y teóricas que impidieron el encuentro entre las perspectivas analíticas centradas en cada uno de los tres conceptos.

En un segundo apartado, que abre el recorrido propiamente teórico de argumentación de nuestra propuesta, sostendremos que, a pesar de su desigual consolidación conceptual, si se atiende a su origen y colocación al interior de un marco analítico común, es posible pensarlas como categorías *homólogas*.

En el tercer apartado, el reconocimiento del alcance explicativo diferenciado de cada categoría, nos permitirá establecer su *especificidad* y, con esa base, avanzar en la justificación de la pertinencia de su articulación.

Finalmente, en un cuarto y último apartado, a partir de la síntesis de las afinidades y diferencias identificadas –que las plantean, respectivamente, como *homólogas* y *específicas*– sustentaremos la *complementariedad* de estas categorías y, en función de ella, la posibilidad y pertinencia de su articulación en un esquema tripartito susceptible de captar e interpretar la *sincronía* de las combinaciones que configuran a las subjetividades políticas así como de caracterizar la *sincronía* del proceso de su conformación permanente. Terminaremos este recorrido destacando, al interior de la triada conceptual, la centralidad del antagonismo como eje y pasaje fundamental.

1. Desencuentros

Antes de argumentar la pertinencia y la viabilidad de su articulación, veamos las razones por las cuales los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía* nacieron y se desarrollaron por separado llegándose a plantear como *alternativos*.

En definitiva, un factor decisivo de desencuentro fue la distancia política entre las corrientes de pensamiento que los promovieron, distancia frecuentemente atravesada por la competencia por elaborar la estrategia revolucionaria más adecuada y eficaz en relación con el tiempo y el espacio que les correspondía. En efecto, al margen de la relativa ausencia de debates explícitos¹, es posible identificar con suficiente claridad los puntos de

¹ Es indicativo que entre ellas, detrás de la contraposición política, no se haya desplegado un campo de explícita polémica de carácter teórico -salvo algunas

ruptura, las distancias y los enfrentamientos así como sus consecuencias teóricas.

Una contraposición política particularmente visible –en la medida que atraviesa el mismo contexto nacional– se da entre la elaboración obrerista negriana y el pensamiento comunista gramsciano trasladado de los años 30 a las décadas de la segunda posguerra, por medio de de la traducción política de la dirigencia togliattiana, como marco teórico de la política del PCI

La diferencia de épocas y de agendas políticas a la hora de su forja, más allá de que los dos Antonios –*Toni* y *Nino*– declaraban impulsar la revolución proletaria, saltan a la vista. Antonio “Nino” Gramsci, en los años del fascismo, armándose del “pesimismo de la inteligencia” para compensar el “optimismo de la voluntad”² vanguardista de la década anterior, buscaba – desde la cárcel y desde el reflujo del movimiento revolucionario– las claves de lectura que permitieran abrir los caminos del resurgimiento de una perspectiva revolucionaria que agrupara una mayoría popular que, centrada en la convergencia de las clases subalternas, fuera adecuada a la realidad de los países del capitalismo avanzado, en los cuales la hegemonía burguesa en la sociedad civil acorazaba al Estado.

Por otra parte, en otra época, el otro Antonio, “Toni” Negri, cabalgando la oleada de movilización que abarca de inicios de los 60 hasta finales de los 70, pensaba, desde el “optimismo de la inteligencia”³, en las claves para

escaramuzas esbozadas en Italia entre obreristas negrianos y comunistas gramscianos en los años 70. No hay, por lo demás, en este contexto, rastros de polémicas teóricas centradas en el uso de conceptos clave como los que nos interesan.

² Una fórmula recurrente en Gramsci, quien la había retomado del escritor francés Romain Rolland, *Quaderni*, op. cit., Cuaderno 1, núm. 63, p. 75.

³ En una Apéndice a *Fábricas del sujeto*, op. cit., pp. 295-317, titulada “A propósito del aforismo *Pesimismo de la razón, optimismo de la voluntad* y de la oportunidad de darle la vuelta”.

orientar la voluntad revolucionaria, en medio de la ineluctable trascendencia del conflicto, hacia los caminos del inminente triunfo comunista, protagonizado por una clase obrera “sin aliados” e impulsado por su vanguardia política.

Dos momentos, dos hipótesis de formación subjetiva y dos opciones estratégicas comunistas. En efecto, el obrerismo en su conjunto desdeñó o de plano rechazó el pensamiento de Gramsci en virtud del “gramscianismo” del PCI, asociando mecánicamente una cosa a la otra, algo que -como lo demuestra, por ejemplo, la lectura de Perry Anderson de la obra del marxista italiano⁴- ocurrió con otros sectores de la nueva izquierda de los 60 y 70 en su contraposición a todo reformismo.

El desencuentro entre el pensamiento de Gramsci y Negri aparece como la contraparte teórica del enfrentamiento político en Italia entre el prudente arraigo cultural del PCI a partir de la segunda posguerra y la atrevida irrupción radical de la nueva izquierda revolucionaria desde los años 60. Desencuentro que, entre paréntesis, fue un factor importante, para no decir decisivo, de una derrota histórica, teórica y práctica que se fraguará a finales de los 70 y se sancionará en los 80 con la consolidación de la hegemonía neoliberal, encarnada institucionalmente por el gobierno de Bettino Craxi; una derrota cuyos efectos prolongados sostienen, desde mediados de los años 90 a la fecha, al berlusconismo y de la cual la izquierda italiana no se ha vuelto a recuperar.⁵

⁴ Ver Perry Anderson, Las antinomias de Antonio Gramsci, Fontamara, Barcelona, 1981. En tiempos recientes, en abril de 2009, un artículo de Anderson -*Italy: an invertebrate left*- suscitó una polémica sobre la interpretación del papel del PCI en la historia de la izquierda italiana que evoca este diferendo histórico.

⁵ En los años 70 en Italia, la izquierda en su conjunto llegó a tener una presencia y una influencia extraordinaria en un contexto crítico del capitalismo, de debilitamiento de la hegemonía demócrata-cristiana y de fracaso de la hipótesis socialdemócrata impulsada por el PSI. En retrospectiva ha sido sin duda la oportunidad histórica más relevante del segundo posguerra a la fecha. Al

Más allá de este cortocircuito italiano, también las demás teorizaciones que hemos destacado surgen históricamente de apuestas estratégicas que tienden a contraponerse. Es así que las reflexiones sobre la autonomía y la autogestión en Francia se gestaron al calor de dos oleadas de movilización y de tendencial optimismo revolucionario: la primera –en los años 50- acompañó a las guerras de liberación en Indochina y Argelia que impactaban directamente a la política francesa y tenía, como trasfondo y referencia internacional, a los movimientos libertarios en el este europeo; la segunda – entre los años 60 y los 70- fue protagonizada por estudiantes y obreros en Francia y tenía como trasfondo y referencia internacional a las revoluciones cubana y vietnamita. Los movimientos radicales que avanzaban las ideas de *autonomía* y *autogestión* no podían ni querían integrar la cautelosa estrategia gramsciana, en buena medida encarnada por los comunistas franceses del PCF, quienes eran acusados de haber renunciado a la revolución para impulsar una interminable conquista de una hegemonía que se traducía en el conformismo, la aceptación del dualismo estructural y la consiguiente negociación obrero-patronal del capitalismo fordista.⁶

A nivel individual, el propio itinerario político de Gramsci, simplificado entre el énfasis autonomista obrerista *ordinovista* y el matiz subalternista nacional popular de los *Cuadernos*, ejemplifica una oscilación histórica, teórica y

margen de las razones de unos y otros y de la posibilidad-imposibilidad de la convergencia en el respeto de la diferencia, no puede desconocerse a nivel histórico que la derrota se origina en buena medida en la incapacidad de articular un movimiento político capaz de impulsar una transformación radical, aún reconociendo además, como contraparte, los méritos de las derechas para movilizar instrumentos de consenso, manipulación y de represión para conseguir la victoria de las posturas conservadoras y reaccionarias y orientar el proceso histórico sucesivo.

⁶ Antes que en Italia, empezando por el “ensayo general” del 68, las izquierdas francesas se encontraron frente a circunstancias favorables, con una correlación de fuerzas que parecía oscilar a su favor. Como en Italia, la salida conservadora y la derrota histórica que le corresponde no sólo debe rastrearse en los éxitos de las derechas sino en las responsabilidades de las izquierdas, incapaces de aprovechar la oportunidad y de potenciarse por medio de la convergencia al interior de un movimiento político articulado.

política que, si bien no resulta inconciliable, se traduce concretamente en orientaciones y perspectivas que tienden a polarizarse, como lo demuestran las aplicaciones prácticas que se hicieron en su nombre: la *guerra de movimiento*, es decir, la hipótesis insurreccional de los consejos de fábrica a finales de la década del 10 y la *guerra de posiciones*, es decir el proceso de progresivo arraigo político, territorial y cultural del *partido nuevo* togliattiano en la segunda posguerra.

Algo no tan disímil, desde la óptica de las divergencias o bifurcaciones teórico-políticas, ocurre con el paso de Castoriadis del marxismo revolucionario de *Socialismo o Barbarie* al intelectualismo liberal-democrático entre los años 50 y 70, con el paralelo desplazamiento del concepto de autonomía, que incluye un rechazo implícito de las perspectivas del antagonismo, como escenario revolucionario, como hipótesis de confrontación abierta, franca y violenta y como itinerario de conformación de las subjetividades políticas. Como hemos señalado, la continuidad de su apuesta por la autonomía está marcada por una ruptura epistemológica en la medida en que la despolitización de la categoría la termina por relegar a un terreno abstracto en el cual se diluyen los sujetos políticos y sus luchas concretas.

Por último, como tercer botón de muestra de la persistencia del desencuentro, los años 80, marcaron, con el fin de la época de la radicalización y el consecuente giro conservador, la orientación del pensamiento de Negri sin que esto favoreciera la apertura hacia la problemática de la subalternidad. En efecto, aunque pesase en sus reflexiones la derrota de los movimientos antisistémicos de los 70 –que hubiera permitido asimilar las virtudes analíticas del enfoque de la *subalternidad*– ésta fue opacada por la persistencia de un optimismo verbal irrenunciable que provocó que sus intentos de pensar las nuevas condiciones de las luchas sociales no produjeran un acercamiento

conceptual ni una apertura teórica en esta dirección. No es casual que su pensamiento volviera a florecer –y encontrarse lectores entusiastas- una vez que se vislumbrara el final del túnel, en los albores de una nueva época de movilizaciones y de protestas, entre mediados de los años 90 y principio de milenio, entre el levantamiento zapatista, las huelgas francesas y las protestas altermundistas en Seattle.

Los años 80, siendo una época de reflujo de las movilizaciones y de reconfiguración hegemónica, ofrecieron una posibilidad de articulación teórica en la medida que no podía sostenerse el optimismo y menos aún el triunfalismo que subyacía a los esencialismos antagonistas y autonómicos y abrían la puerta a una incorporación de la perspectiva de la subalternidad. Sin embargo, en la medida en que el reflujo se fraguó en un escenario de franca derrota de los movimientos revolucionarios en el mundo, los años 80 se tradujeron, a nivel teórico-político en una *década perdida* en la medida en que desencadenaron –como expresión de la llamada “crisis del marxismo”- una diáspora teórica y un éxodo de la reflexión política. Aunque volviera a la moda el enfoque de la subalternidad, más apto para explicar la derrota y sus secuelas que los conceptos de *antagonismo* y *autonomía*, faltaron el piso fundamental y las elementales condiciones de elaboración para cualquier acercamiento o articulación entre las perspectivas portadoras de los diversos conceptos. En efecto, tanto como podía explicar la derrota, el enfoque subalternista se adaptaba a la época también porque se prestaba fácilmente a la disolución empirista, *à la façon* relativista posmoderna.

Como trasfondo, el vaciamiento del pensamiento político, pasaba por el triunfo conservador que, montado sobre la secuencia de frustraciones de la década anterior, había logrado incrustar en el sentido común la desconfianza sobre la fuerza del factor subjetivo y la fatalista aceptación del peso inexorable de las estructuras, desplazando el tema de la subjetividad a

las orillas del sistema, propiciando inclusive la exaltación de los *márgenes* y de la *exterioridad* como único reducto de relativa libertad, de autonomía.

En nuestros días, a raíz de un nuevo pasaje epocal, particularmente sensible en América Latina, iniciado a mediados de los años 90 y atravesado por la tensión entre la crisis de la hegemonía neoliberal y la reaparición de movilizaciones y movimientos socio-políticos, existen condiciones propicias para una articulación de enfoques teóricos que permita visualizar los matices, las sobreposiciones y las contradicciones que recorren los procesos de subjetivación política actualmente en curso.

Sin embargo, más allá de las filias y fobias de los autores y los movimientos que los promovieron en primera instancia, en su uso más sistemático y su aplicación al discurso y la práctica política, estos conceptos siguen vertebrando enfoques esencialistas que tienden a contraponerse, tanto por sus énfasis analíticos como por los proyectos políticos que avanzan.⁷

Al margen de estas consideraciones histórico-políticas, hay que reconocer factores de otro orden en el origen y las causas del desencuentro entre las perspectivas de la subalternidad, el antagonismo y la autonomía. Éstos radican en que la forja teórica de estas nociones, como es propio del marxismo, se produce en el cruce entre la comprensión y la transformación de la realidad, es decir, surge de la imbricación de apuestas descriptivo-interpretativas y prescriptivas. Esta imbricación tiene la virtud propia de la praxis en la medida en que permite combinar inquietudes y tareas teóricas y

⁷ Así como, viceversa, proyectos políticos determinados buscan y encuentran en matrices teóricas la justificación de su línea política. Esto es, hoy en día, particularmente evidente en el autonomismo, una corriente teórica y política relativamente definida. Pero podrían encontrarse huellas que vinculan el enfoque de la subalternidad a posturas comunistas, poscomunistas y socialdemócratas así como el enfoque del antagonismo a sectores de la izquierda revolucionaria más apegadas al paradigma insurreccional. Obviamente se trata de una hipótesis de correlación teórico-política planteada esquemáticamente, cuyo tratamiento cabal rebasa por mucho el marco de este trabajo.

políticas y surge de las necesidades concretas de comprensión del mundo y de acción en el mismo.

Subalternidad, antagonismo y autonomía surgen como conceptos en la medida en que vislumbran respuestas a cuestiones político-estratégicas en función de horizontes de visibilidad y de proyección históricamente determinados. Este doble condicionamiento –*apuesta estratégica y horizonte histórico*– constituye el código genético, el DNA, de cada uno de ellos. Al ser columnas vertebrales del pensamiento comunista gramsciano, del ideario *socio-bárbaro* sintetizado por Castoriadis –y posteriormente desplegado por el movimiento autogestionario francés– y del pensamiento obrerista de Negri, es decir, en la medida en que se presentan como las categorías a partir de las cuales se organiza el horizonte de visibilidad de perspectivas cargadas de voluntad política, subalternidad, antagonismo y autonomía constituyen *preceptos*.

De esta manera, tanto la riqueza como los límites de los enfoques avanzados por los autores y corrientes que hemos revisado, surgen del recorte que producen sus puntos de partida, de los contextos y los referentes subjetivos, reales o ideales, a partir de los cuales piensan. Además de la validez general de este principio, en nuestro caso, los pensadores que, con mayor sistematicidad, impulsaron el uso de las categorías de *subalternidad, antagonismo y autonomía* son, no casualmente, *intelectuales orgánicos* de movimientos políticos. En razón de este pensamiento interno a los movimientos, hemos insistido en dar cuenta –paralelamente al análisis de la obra de sus ideólogos– de los idearios que acompañaban las luchas y los sujetos que las protagonizaban. Subalternidad, antagonismo y autonomía nacen entonces como *preceptos*, instrumentos de lucha, herramientas conceptuales que, en la medida en que buscan entender los procesos de subjetivación política, sirven fundamentalmente para proyectarlos.

Sin embargo, a pesar de las ventajas que comporta, este origen dialéctico es portador del germen del vicio dualista, de la tendencia a la polarización y la posible ruptura del equilibrio entre comprensión y elaboración estratégica. En efecto, la transformación de los conceptos en banderas incluye la tendencia a anteponer su contenido prescriptivo, lo cual termina por fagocitar, o cuando menos subordinar, los alcances descriptivos e interpretativos. Dicho de otra manera, la carga prescriptiva del pensamiento político-estratégico puede producir cierto nivel de obturación en los planos descriptivos e interpretativos. En el marxismo, siempre es latente el riesgo de la *sobrepolitización* de la teoría⁸, la tendencia a anteponer las necesidades, urgencias y voluntades político-estratégicas a la indispensable cautela y vigilancia metodológica propia de la inestable y precaria búsqueda de claves explicativas e interpretativas que permitan descifrar procesos y relaciones sociales.⁹

Como vimos, esta tensión hacia la *sobrepolitización* recorre las teorizaciones sobre los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía* que revisamos en los capítulos. A primera vista se podría decir que está más presente en las urgencias y los pruritos revolucionarios de las experiencias del obrerismo, de *Socialismo o Barbarie* y del movimiento autogestionario francés que en la reflexión desde la cárcel de Gramsci. Sin embargo, no sólo el triunfalismo –como dispositivo político– es un factor de obturación teórica sino que también el derrotismo desemboca en la pérdida de visibilidad y en el cierre teórico.

⁸ Utilizo la idea de *sobrepolitización* para evitar dos malentendidos: el primero es que no se confunda con la necesaria politización de la teoría, el segundo es que si usara la noción de *ideologización* o híper o sobreideologización, podría ser leído como un rechazo a la ideología, tema y problema cuya complejidad semántica y teórica no es objeto de este trabajo.

⁹ Esto se traduce, por ejemplo, en notorias y difusas prácticas intelectuales que van forzando los instrumentales teóricos para justificar apuestas, que confunden deseos con realidades –lo que los anglosajones llaman *wishfull thinking*.

En este sentido, a partir de su momento histórico y en relación con sus apuestas estratégicas, Gramsci no dio –porque no quiso y no pudo dar- la misma importancia a las expresiones antagonistas y autonómicas de las subjetivaciones políticas que a las subalternas, Negri hizo lo mismo enfatizando las antagonistas y Castoriadis lo propio con la autonómicas. Ninguno de ellos negó la existencia de contrapesos hipotéticos, pero todos teorizaron desde un ángulo que marcaba una forma de iluminación que simultáneamente ensombrecía otros ángulos.

Al margen de la pulsión prescriptiva propia de la lucha política, en un nivel estrictamente epistemológico, las perspectivas teóricas objeto de nuestro análisis están sujetas, en tanto estructuras conceptuales, a la tensión entre la simple jerarquización de dimensiones/aspectos entre lo primario y lo secundario, lo central y lo periférico, y la consiguiente deriva hacia el esencialismo. La tendencia al esencialismo se alimenta de vicios metodológicos de sobra conocidos. Uno de ellos se produce cuando el desfase entre el alcance de la capacidad explicativa e interpretativa y la realidad tiende a ser colmado expandiendo a la teoría, ampliando artificialmente su alcance. Se genera, en estos casos, una *hipertrofia* explicativa de hipótesis o conceptos, un crecimiento desmedido en el afán de abarcar lo inabarcado o lo inabarcable o, en alternativa, una *reducción* de la realidad para que quepa en el concepto. La comprobación de la hipótesis se convierte en un forcejeo con la realidad en el cual, en no pocas ocasiones, esta última es plegada a las necesidades de la teoría, hipertrófica o reduccionista.¹⁰

¹⁰ Esta operación recurrente en la teoría social es descrita por Horkheimer y Habermas en los siguientes términos:

“Los principios supremos de la teoría tradicional definen conceptos universales bajo los cuales se debe subsumir todos los hechos del ámbito de objetos de la teoría. (...) En medio hay una jerarquía de géneros y especies entre las que existen por todas partes relaciones correspondientes de subordinación.” (Max Horkheimer, Teoría tradicional y teoría crítica, Paidós, Barcelona, 2000, pp. 58-59)

Vimos cómo estas tensiones hacia la *sobrepolitización* de la teoría y la *hipertrofia* explicativa de los conceptos recorrieron la gestación y el despliegue de los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía*, llegando a transformar abordajes, enfoques y perspectivas en *esencialismos*, es decir análisis cuyas pretensiones generalizadoras desbordaban en visiones absolutistas, totalizadoras y omnicomprensivas a partir del supuesto de haber captado la esencia de los problemas, presumiendo explicar por medio de una síntesis la integralidad de los fenómenos, o acudiendo a simples recursos de identificación de la parte con el todo, al estilo literario de la sinécdoque.

Es en este entramado de tensiones políticas y teóricas que puede entenderse el desencuentro entre las perspectivas en las que surgieron los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía*; desencuentro que, trasladado a una competencia –ya sea potencial o efectiva, explícita o implícita– los presenta como alternativos tanto en lo teórico como en lo político.

Sin embargo, el balance del desencuentro no cancela la posibilidad de plantear combinaciones que encuentran su justificación en la *homología* teórica de los conceptos que estamos trabajando.¹¹

Esto es, recuperando en positivo el alcance de los tres conceptos como herramientas analíticas susceptibles de destacar las experiencias de

“Las líneas de investigación en la teoría de sistemas y la teoría de la acción aíslan y sobregeneralizan en cada caso uno de estos dos conceptos.” (Jurgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa II*, Taurus, Madrid, 2001, p. 533.)

En otro registro, como recita un chiste universitario, en algunas versiones atribuido al idealismo hegeliano y en otras a Lenin: “al corroborar mis hipótesis, constaté que la realidad estaba equivocada”.

¹¹ Dejando de lado la hipótesis de su potencial *compatibilidad* política -y los obstáculos que se interponen- aspecto que rebasa los propósitos de este estudio y merecería un tratamiento *ad hoc*, relacionado con el estudio de proyectos y estrategias de movimientos y agrupaciones políticas.

subordinación, insubordinación y emancipación que atraviesan los procesos de subjetivación política.

2. Homología

Más allá del balance trazado anteriormente, es posible sostener la hipótesis de la *complementariedad* teórica de las categorías de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía* a partir de la lógica de su construcción conceptual y de la correspondencia de los niveles de análisis en los que se sitúan. A pesar de que puntos de vistas distintos llevaron a itinerarios separados, podemos pensar en un camino de convergencia en la medida en que existe una piedra angular teórica compartida: la centralidad del cruce entre relaciones de poder y construcción del sujeto.

Para avanzar en la hipótesis de la pertinencia y viabilidad de un enfoque tripartito que las articule, es necesario demostrar su *complementariedad*. Como adelantábamos al inicio de este capítulo, este ejercicio pasa por argumentar que se trata de categorías *teóricamente homólogas*. Por *homología teórica* entendemos aquí una característica común a aquellos conceptos que son determinados por, y derivados de, los mismos factores, lo que equivale a reconocer su colocación en el mismo nivel de análisis. Es decir que, aun cuando puedan ser diferentes sus usos, sus aplicaciones y las interpretaciones que conllevan, tienen el mismo origen teórico, fincado en propósitos analíticos similares.¹²

¹² Una definición general de *homólogo*, en biología, es la siguiente: “Dícese de los órganos o partes del cuerpo que son semejantes por su origen en el embrión, por sus relaciones con otro órganos y por su posición en el cuerpo, v. gr., las extremidades anteriores en los mamíferos y las alas en las aves, aunque en su aspecto y función puedan ser diferentes”, *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, p. 1120, vigésima primera edición, Escapa Calpea, Madrid,

La *homología* entre los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía* remite a las raíces marxistas de su surgimiento y desarrollo y se asienta en la delimitación del campo de análisis en el que se mueven y operan. Este origen/desarrollo/delimitación que los homologa, se revela en cuatro pasajes identitarios fundamentales de entre los cuales, por ser los dos primeros consecuencias inmediatas de la forja marxista de las categorías y tomas de posición explícitas a su interior, nos centraremos en los últimos dos, en cuyo desarrollo encontraremos herramientas decisivas para sostener la articulación entre las perspectivas derivadas de los tres conceptos.

En primer lugar, los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía* surgen de empresas comprensivas que suponen la centralidad de la problemática del sujeto en la historia. Esto se despliega, en la lógica marxista, en torno problemas que hemos destacado en los capítulos anteriores: el sujeto social y político, e la clase *en sí* y *para sí*, la relación entre espontaneidad y conciencia, el movimiento, el partido, la organización, etc.

En segundo lugar, siempre conforme a los principios fundamentales del pensamiento marxista, las categorías en cuestión están forjadas en un dúplice nivel articulado de entendimiento de la realidad social: estructural y procesual. Esto, desde la óptica marxista, implica la comprensión de la naturaleza del sujeto a partir de su colocación en la estructura y su construcción como proceso de subjetivación, es decir, de un curso de configuración interna en relación con la asimilación, el procesamiento o la incorporación de experiencias dadas en el contexto de condicionamientos estructurales.¹³

1992.

¹³ Esta problemática marxista empata con tratamientos sociológicos y, en particular, con la propuesta de Pierre Bourdieu centrada en los conceptos de

En tercer lugar, como hemos visto, las tres categorías son forjadas, de forma más o menos explícita, para designar formas de *experiencia*, lo cual implica su colocación en un terreno común que responde, tal y como lo señala E.P. Thompson, a una concepción abierta de la relación entre ser social y conciencia social y entre espontaneidad y conciencia. En esta concepción se vislumbra un punto de intersección y de activación subjetiva en la “disposición a actuar” que se desprende de la asimilación de la experiencia, en la secuencia articulada entre emergencia espontánea y proyección consciente. Esta problemática se coloca en el corazón polémico de los debates marxistas y, aun sin resolver plenamente el dilema de fondo y desatar el nudo dualista que lo caracteriza, plantea claramente el desafío explicativo e ilumina el punto fundamental: la intersección entre espontaneidad y conciencia como hilo rojo de los procesos de subjetivación política.

En cuarto lugar, el campo de análisis compartido se conforma a partir de dos ejes de coordenadas que aparecen permanentemente en el debate marxista contemporáneo. En efecto, es posible sintetizar el conjunto de las elaboraciones marxistas en torno al sujeto en función de dos ejes correlativos: dominación/conflicto/emancipación y *poder sobre/poder contra/poder hacer*. En cada uno de estos ejes triádicos, entre los elementos que los componen se establecen conjuntos de relaciones dialécticas centradas en la contradicción.

Más allá de su evidente correlatividad, conviene llamar la atención en que mientras que el eje dominación/conflicto/emancipación alude a una triada de *condiciones* de existencia que indica el ámbito relacional en cuyo marco se desenvuelven los procesos de subjetivación política, el eje *poder*

campo y habitus, ver Pierre Bourdieu y Loic Wacquant, Una invitación a la sociología reflexiva, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

sobre/poder contra/poder hacer da cuenta de *manifestaciones* de existencia de sujetos por medio del ejercicio de una fuerza y una acción.

Si el primer eje se desprende claramente de una tripartición analítica propia del pensamiento marxista, el segundo, menos evidente, surge de su traducción en el plano de las formas del poder como manifestaciones de la emergencia agencial de las subjetividades, partiendo de la polaridad planteada por el filósofo Baruch Spinoza –y adoptado por Negri, Holloway y Enrique Dussel¹⁴, pero incorporando en su seno la forma propia del poder que surge del conflicto y que ha sido una preocupación y una temática central en el marxismo: el *contrapoder*.

Así, susceptible de captar las *condiciones* y las *manifestaciones* de existencia del sujeto, la matriz delineada por estos ejes subyace a todos los usos de los conceptos que nos ocupan. Esto, claro está, cuando vertebran enfoques teóricos, es decir allá donde tienen consistencia y operan como categorías analíticas y no como simples recursos discursivos.

En dicha matriz se configura una forma específicamente marxista de representar la relación entre *estructura* y *acción* en el plano socio-político en donde la estructura es siempre de dominación hasta que, por medio del conflicto, se estructuran relaciones sociales alternativas y la acción es siempre expresión de poder, orientado tanto a la conservación como a la transformación. Como se verá en las siguientes líneas, todos los enfoques que hemos revisado avanzan implícitamente una caracterización y un ordenamiento de estos elementos, acentuando, enfatizando unos u otros, pero siempre en referencia, en relación mutua, en cuanto se constituyen recíprocamente.

Esquematisando la lógica de razonamiento de los tres enfoques podemos elaborar las siguientes formulaciones paralelas:

¹⁴ Ver Enrique Dussel, 20 tesis de política, Siglo XXI, México, 2006, pp. 23-33.

- a) El enfoque de la subalternidad asume como campo de surgimiento, conformación y desarrollo de las subjetividades políticas las relaciones de dominación –caracterizadas por el ejercicio del *poder sobre-* y como factor las experiencias de subordinación. En el trasfondo de esta perspectiva subyacen, como proyecciones de la subjetividad subalterna, el antagonismo y la autonomía como experiencias de insubordinación y como emancipación respectivamente, *poder contra* y *poder hacer*.
- b) Por su parte, el enfoque del antagonismo asume como campo de surgimiento, conformación y desarrollo de las subjetividades políticas las relaciones de conflicto y de lucha y como factor las experiencias de insubordinación –caracterizadas por el ejercicio del *poder contra*. En el trasfondo de esta perspectiva subyacen, respectivamente como antecedente y como proyección de la subjetividad antagonista, la subalternidad como experiencia de subordinación y la autonomía como experiencia de emancipación, *poder sobre* y *poder hacer*.
- c) Finalmente, el enfoque de la autonomía asume como campo de surgimiento, conformación y desarrollo de las subjetividades políticas los procesos de liberación y como factor las experiencias de emancipación –caracterizadas por el ejercicio del *poder hacer*. En el trasfondo de esta perspectiva subyacen, respectivamente como antecedente y como recurso de la subjetividad autónoma, la subalternidad como experiencia de subordinación y el antagonismo como experiencia de insubordinación, *poder sobre* y *poder hacer*.

De esta manera puede visualizarse esquemáticamente el marco común de referencia de las categorías de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía*, las cuales se colocan en distintos cruces de coordenadas similares que se ordenan en los mismos ejes.

Si lo anterior es cierto, es decir, si podemos homologar estas categorías a partir de una serie de coordenadas y ejes compartidos que configuran un marco de análisis, entonces es posible reconocer la *especificidad* de cada una de ellas al interior de este marco, el rasgo de distinción que permite sostener su *complementariedad*.

3. Especificidad

Para delimitar la *especificidad* de los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía* hay que partir de sus grados de *consolidación* como categorías analíticas.

Asumimos como dado, en primera instancia, un determinado potencial explicativo tal y como se desprende del manejo por parte de los autores y las corrientes abordadas en los capítulos anteriores. Al margen de este potencial, si atendemos al grado de consolidación de las categorías, la revisión de sus trayectorias arroja un panorama desigual. Esto es evidente, sobre todo, si pensamos –en términos lingüísticos– en estos conceptos como *significantes* que cuentan con cierto grado de consenso sobre su *significado* y cierta precisión en el uso en relación a *referentes* concretos relativamente homogéneos.

En el caso del concepto de *subalternidad*, su adopción por parte de la corriente gramsciana¹⁵ y de la Escuela de Estudios Subalternos se tradujo

¹⁵ El gramscianismo teórico puede reconocerse distinguiendo un *núcleo* y un *círculo*. El núcleo duro se dedica a la gramsciología, el estudio de la obra de Gramsci. Este radica principalmente en Italia -no sólo en torno al Instituto Gramsci, sino en los numerosos intelectuales formados en el área comunista- pero tiene su internacional, la IGS, *International Gramsci Society*, que reúne a la gran mayoría de los gramsciólogos. Por otra parte, podemos identificar un círculo, un universo más amplio pero más blando y heterogéneo, de gramscianos,

en una definición relativamente estable y un uso relativamente preciso. La utilización frecuente e imprecisa del término en el discurso común ha sido compensada así por la existencia de un campo de estudios cuya delimitación y desarrollo tienden a conformarse como escuela reunida en torno a un enfoque específico. Sin embargo, como ya hemos visto, el consenso sobre la pertinencia y la reiteración en el uso del concepto oculta un margen de oscilación en torno a su significado y esto abre a una posible *hipertrofia*. Dicho de otra manera, su definición mantiene una apertura que comporta un nivel de ambigüedad y, en consecuencia, su uso tiende a ampliarse hasta diluir la especificidad de los fenómenos que pretende nombrar, ilustrar y caracterizar. En este contexto, la consolidación del concepto se ha dado a partir del consenso que la rodea pero se demuestra incompleta si es sometida a una lectura rigurosa de su consistencia interna y de la precisión con la cual se utiliza.

El concepto de *antagonismo* carece de la consolidación consensual que deriva de la existencia de un significado impulsado por una escuela o corriente de pensamiento articulada a su alrededor. El pasaje, operado por Antonio Negri, de su origen marxiano principalmente estructural a una acepción claramente subjetiva sugerida y delineada por el mismo Marx, apuntó hacia un significado determinado pero, como vimos, no acabó de consolidar la precisión del concepto en cuanto a los referentes a los que se aplica. Por otra parte, su reiterado uso en el marxismo como sinónimo de conflicto y contradicción, así como la fluctuación semántica al interior del mismo recorrido teórico negriano, el concepto de *antagonismo* parece encontrarse en un limbo teórico.¹⁶ Así que, a diferencia de la categoría de

es decir, quienes utilizan o desarrollan conceptos, categorías o enfoques derivados o inspirados en el pensamiento de Gramsci, sin por ello ser especialistas de su obra.

¹⁶ Podría, por el contrario, encontrarse una convergencia en torno a su uso como sinónimo de conflicto. En este sentido, el uso claramente subjetivo por parte de Negri y de Melucci serían excepciones que confirma la regla.

subalternidad, la de *antagonismo* carece de estabilidad en su significado y su uso. Por último, en los discursos marxistas contemporáneos, la palabra *antagonismo* sigue apareciendo como sinónimo de contradicción y de conflicto más que como sinónimo de lucha y, menos aún, de subjetivación de la lucha, de experiencia de la insubordinación.

El concepto de *autonomía* aparece como el más escurridizo desde el punto de vista de su consolidación. Como vimos, su apertura lingüística multiplica su posible aplicación a realidades profundamente diversas. Su utilización en el debate marxista incluye una gran diversidad de significados y de referentes. Sin embargo, considerando su uso más o menos consistente en relación con los procesos de subjetivación política, el rango de oscilación puede reducirse a dos acepciones principales: como principio de independencia subjetiva y como subjetivación relacionada con experiencias o anhelos de emancipación. Al consenso generalizado en torno a la primera no corresponde un acuerdo equivalente sobre la segunda. Sin embargo, vimos cómo las reflexiones surgidas en el seno de *Socialismo o Barbarie* apuntan a una articulación entre ambas en donde la segunda –como proceso- engloba a la primera.

En síntesis, la consolidación teórica de los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía* es desigual y, sin embargo, arroja un panorama compartido de ausencia de consenso en torno a sus significados y de debilidades en cuanto a la precisión en su uso. En efecto, vimos cómo los mismos cuerpos teóricos al interior de los cuales florecieron estos conceptos –es decir, en los cuales asumieron calidad y densidad teórica- dejan márgenes de oscilación que no permiten la formulación de definiciones acabadas a partir de la simple herencia de tradiciones, recuperando mecánicamente las obras y los autores que las inauguraron. Sin embargo, al cierre de cada capítulo hemos visto cómo, al margen de sus límites, cada una de estas tradiciones abona y aporta en dirección de la consolidación teórica de las categorías.

En este sentido, las operaciones de delimitación y distinción que emprenderemos a continuación con el objetivo de establecer la *especificidad* de las categorías de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía* remiten, en última instancia, a las intuiciones y reflexiones de los autores que las desarrollaron, pero pretenden rebasar sus límites para aprovechar el alcance heurístico de los conceptos y, en un segundo momento y con esa base, establecer una relación entre ellos. Como se verá, esta apuesta relacional se plantea como posible en la medida en que se ha argumentado ya el carácter *homólogo* de las categorías. Y es que la *especificidad* de una categoría en relación a otras es relevante en el medida en que éstas se ubican en un mismo nivel de análisis lo cual, en consecuencia, posibilita su articulación.

Por tratarse de un pasaje crucial, antes de avanzar en la *especificación* de los conceptos, se vuelven pertinentes algunas anotaciones metodológicas, a modo de paréntesis. En este sentido, conviene llamar la atención acerca de que, aunque pueda parecer en primera instancia un afán definitorio mutilante y arbitrario, el esfuerzo por buscar una mayor precisión conceptual constituye un paso necesario, un recurso metodológico que no corresponde a las conclusiones teóricas a las que llegaremos pero las posibilita en la medida en que permite delinear articulaciones pertinentes. En los párrafos que siguen delimitaremos y diferenciaremos el ámbito de competencia de las categorías planteando definiciones que apuntalan su especificidad, sin la cual están destinados a flotar en una vaguedad o ambigüedad relativa, sugerente y útil para orientar hipótesis, pero insuficiente para fines analíticos de mayor profundidad. Asumimos pues que es posible delimitar, en un plano general y de forma abierta, las categorías de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía*, sin traicionar, sino incluyendo e aprovechando, a los referentes teóricos que hemos revisado.

La especificación del contenido y el alcance de las categorías constituye así un ejercicio que pretende maximizar su *disponibilidad semántica*¹⁷ sin abandonar el horizonte teórico en el cual surgieron, para el cual tienen sentido y en el cual pueden operar. No se trata pues, de plantear significados fijos, de cerrar *semánticamente* el campo de acción de cada categoría ni de amarrar *sintácticamente* ciertos usos, sino de volverlas herramientas susceptibles de articularse de forma pertinente de cara al ámbito fenoménico de los procesos de subjetivación política.¹⁸ En este sentido, delimitar y distinguir no implica desconocer relaciones, impurezas, cruces y sobreposiciones, sino, por el contrario, establecer criterios para reconocerlas, asumiendo que –como insistiremos más adelante– los procesos de configuración subjetiva pueden visualizarse como combinaciones desiguales de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía*.

Después de este paréntesis metodológico, podemos avanzar en su especificación a partir de la formulación de tres definiciones que resalten la diferenciación de los conceptos.

- a) La especificidad de la noción de *subalternidad* remite a la formación subjetiva inherente y derivada de relaciones y procesos de dominación, construida en función de la incorporación de experiencias colectivas

¹⁷ Señalan, en este sentido, Bourdieu, Chamboredon y Passeron: “como lo diría Freud, ‘la elasticidad de las definiciones’, o como lo afirma Carl Hempel, ‘la disponibilidad semántica de los conceptos’ (...) constituye una de las condiciones del descubrimiento, por lo menos en ciertas etapas de la historia de una ciencia o del desarrollo de una investigación”, Pierre Bourdieu, Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron, *El oficio del sociólogo*, Siglo XXI, México, 1998, p. 21.

¹⁸ Estas anotaciones metodológicas apuntan a deslindarnos de lo que C. Wright Mills reprocha a la “gran teoría” como una empresa exclusivamente comprometida con la “asociación y disociación de conceptos”: “Cuando pensamos en lo que representa una palabra, tratamos de sus aspectos *semánticos*; cuando la consideramos en relación con otras palabras, tratamos de sus características *sintácticas*. Empleo estos términos taquigráficos porque suministran un modelo económico y preciso para decir lo siguiente: la gran teoría está ebria de sintaxis y ciega para la semántica” (C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*, FCE, México, 1961, pp. 45 y 52).

de *subordinación*, caracterizadas fundamentalmente por la combinación entre la *aceptación relativa* y la *resistencia dentro del marco* de la dominación existente, proyectándose hacia una renegociación o ajuste del ejercicio del *poder sobre*.

- b) La especificidad de la noción de *antagonismo* remite a la formación subjetiva inherente y derivada de relaciones y procesos de conflicto y de lucha, construida en función de la incorporación de experiencias colectivas de *insubordinación*, caracterizadas fundamentalmente por la *impugnación* y de *lucha* (o de rebelión) *contra* la dominación existente, proyectándose hacia el establecimiento y el ejercicio de un *poder contra*.
- c) La especificidad de la definición de *autonomía* remite a la formación subjetiva inherente y derivada de relaciones y procesos de liberación, construida en función de la incorporación de experiencias colectivas de *emancipación*, caracterizadas fundamentalmente por la *negación* y de *superación* –*más allá*- de la dominación existente, proyectándose hacia el establecimiento y el ejercicio de *poder hacer*.

Desagreguemos las definiciones para resaltar el marco común y la especificidad de cada concepto.

Los criterios de definición de los procesos de formación de subjetividades políticas son los siguientes: *ámbito, modalidad, expresión, alcance y proyección*. Es decir que asumimos que: *las construcciones subjetivas derivan de un ámbito relacional y procesual determinado del que se dependen modalidades específicas de experiencia que se manifiestan en forma distintas las cuales remiten a alcances y proyecciones diferenciados*.

En relación con estos criterios la especificidad de cada concepto destaca en función de tres ejes de diferenciación:

1. Ámbito: dominación/conflicto/ liberación.
2. Modalidad: subordinación /insubordinación /emancipación.
3. Expresión: aceptación y resistencia /impugnación y lucha/ negación y superación.
4. Alcance: dentro de/contra/más allá.
5. Proyección: renegociación del *poder sobre*/establecimiento de *poder contra*/establecimiento de *poder hacer*.

Veamos las fronteras delineadas por estos criterios de delimitación.

En el primer punto, la diferenciación remite a los ámbitos específicos que enmarcan y condicionan las características generales de las relaciones y los procesos de subjetivación. En este sentido, es evidente la distinción entre la *dominación* entendida como marco relativamente estable, el *conflicto* como campo de tensión que la desestabiliza y puede desestructurarla y la *liberación* como su superación y como establecimiento de un nuevo equilibrio.

En el segundo nivel, referido al formato de la experiencia, la diferencia cualitativa es evidente en la medida en que la modalidad de la *insubordinación* marca una ruptura evidente con la *subordinación* siendo su negación, así como el carácter positivo de la *emancipación* marca una clara discontinuidad con el carácter fundamentalmente negativo de la *insubordinación*.

En el tercer aspecto, que alude a la expresión como forma de la experiencia, vale la pena señalar que la línea aceptación-impugnación-negación expresa la *postura* frente a la dominación, mientras que su correlato resistencia-lucha-superación se refiere a la *acción* que le corresponde. En relación a los pasajes, la *aceptación* se distingue claramente de la *impugnación* –el

cuestionamiento integral- aún cuando el carácter relativo de la aceptación merece ser aclarado en la medida en que implica su revés, cierto grado de *no aceptación*. La diferencia entre *no aceptación relativa* e *impugnación* corresponde a la distancia entre el cuestionamiento *parcial* de la dominación -al interior de sus fronteras aceptadas, manteniéndose y definiéndose en su perímetro- y el cuestionamiento *integral* -es decir de los perímetros, las reglas y la forma misma de la dominación. La diferencia entre la *resistencia* y la *lucha*¹⁹ puede establecerse cualitativamente en función de una definición restringida pero precisa y específica de resistencia, al vincularla a una acción defensiva en el marco de la aceptación relativa de la dominación.²⁰ Obviamente la expansión de la *resistencia* tiende a desbordar hacia la *lucha*, entendida como expresión ofensiva, franca y abierta. El pasaje de distinción entre *impugnación/lucha* y *negación/superación* es marcado por la distancia entre negatividad del antagonismo y la positividad de la autonomía, entre la interioridad y la exterioridad respecto de la relación de dominación.

En efecto, el cuarto punto traduce en términos de alcances el criterio anterior en la medida en que establece explícitamente la diferenciación entre el adentro y el afuera de la dominación así como el carácter transitorio del pasaje del antagonismo. *Dentro de y más allá* remiten con meridiana claridad a la interioridad de la subalternidad y la exterioridad de la autonomía. Más problemático resulta definir el *contra* en estos términos. Por una parte, en primera instancia, es indiscutiblemente interno en la medida en que surge y

¹⁹ Podría ser más clara la distinción si habláramos de rebelión, visto que la resistencia puede entenderse como una forma de lucha. Al mismo tiempo, la noción de *rebelión* también aparece como otra forma de lucha que tiende a implicar cierto grado de violencia y el desconocimiento explícito de la autoridad, lo cual reduce el campo fenoménico al cual nos referimos y que tiende a incluir todas las formas de lucha que rebasan la resistencia, tal y como la definimos en la misma oración.

²⁰ Menos restringida que la definición *infrapolítica* -debajo la línea- de Scott, quien insiste y exalta el carácter velado, implícito, disfrazado, no declarado ni expresado públicamente, sino oculto de la resistencia. Ver James Scott, Los dominados y el arte de la resistencia, op. cit., pp. 217-237.

se manifiesta en el contexto de una dominación existente. Por otra parte, en segunda instancia, es portador de una idea –un deseo y una hipótesis- de exterioridad en la medida en que cuestiona la dominación y alude a su superación. Dicho de otra manera, es concretamente interno y potencialmente externo.

En el quinto criterio, las proyecciones en términos de ejercicio de poder se delimitan en función de sus saldos diferenciados. La renegociación del *poder sobre* no implica el surgimiento y el establecimiento de un ámbito distinto de poder, que sea negativo como el *poder contra* o positivo como el *poder hacer*. En este sentido, la *subalternidad* como dimensión de la subjetividad se proyectaría, por ejemplo, en el restablecimiento de un orden de justicia violado o en la tendencia al ajuste de la relación de dominación, ya sea por medio de la negociación entre las partes, de regulaciones sistémicas, de reformas, de concesiones, cambios o del simple restablecimiento del orden previo al surgimiento de la demanda y el agravio, etc. Por otra parte, el antagonismo designaría la emergencia de un *contra poder* que rebasa a la subalternidad, impugnando el orden existente en formas de conflicto abierto como son la rebelión, la revuelta y la insurrección, pero también otras manifestaciones menos tipificables que rebasan la resistencia. Por último, la autonomía designaría la creación de ámbitos auto-regulados por el sujeto, por medio de la construcción de nuevas relaciones sociales empezando por las que surgen del nacimiento mismo de una “disposición a actuar” como subjetividad *para sí* –en el pasaje entre espontaneidad y consciencia- en los márgenes exteriores de la estructura de dominación, tiendan o no al establecimiento de un nuevo orden social a partir de la generalización de la autoregulación y del *poder hacer* como formato de las relaciones sociales.

Esta distinción de ámbitos y formas permite el establecimiento de criterios y no debe confundirse con un encasillamiento tipológico en el cual insertar manifestaciones subjetivas concretas. Sólo a partir de una distinción basada

en la delimitación de la especificidad del alcance analítico de las categorías, podemos emprender la tarea de reconocimiento de *articulaciones* y *sobreposiciones* que, en conjunto, estructuran la *complementariedad* de las categorías.

4. Complementariedad

Vimos cómo cada concepto, delimitado en función de su especificidad, es susceptible de ilustrar o comprender un *aspecto*, una *dimensión*, un *nivel* o un *ámbito* de la totalidad de la realidad de los fenómenos y dinámicas de configuración subjetiva. Aspecto, dimensión, nivel y ámbito aluden a la coexistencia de diversas formas o modalidades, en términos temporales, a una *simultaneidad*. Cada categoría apunta, ilustra, identifica una parte del todo. Sus virtudes, por tanto, no se limitan a dar cuenta de una forma distinguible y reconocible de un ámbito de lo real sino que, despojadas de sus ambiciones omnicomprendivas y reduccionistas, pueden sintonizarse, en función de su *especificidad*, en una *complementariedad* que será defendida como hipótesis en dos niveles de articulación: uno *sincrónico* y otro *diacrónico*.

Esta sintonía puede vertebrar una articulación *sincrónica* en la cual cada concepto ilustre un aspecto *simultáneo* de la configuración real de los sujetos socio-políticos. De esta manera, sintetizando, la noción de *subalternidad* puede ser un instrumento analítico capaz de captar el anclaje de los procesos de subjetivación política en el terreno de la dominación y su gestación en las prácticas de resistencia – en la tensión entre aceptación relativa y rechazo relativo del *poder sobre*–; la noción de *antagonismo* puede captar el despliegue subjetivo –real o potencial– que se realiza en la lucha y la correspondiente formación de un *poder contra*; mientras que la noción de

autonomía puede captar el peso o la influencia de experiencias emancipatorias en la configuración de las subjetividades y su despliegue en términos de *poder hacer*.

Este triple enfoque se justifica en la medida en que se reconozca que las subjetividades políticas son combinaciones desiguales de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía*. Dicho de otra manera, la configuración de los sujetos socio-políticos se da en *la combinación de y la tensión entre* tres componentes fundamentales. Las combinaciones resultan, por lo tanto, de aportaciones diversas de cada componente; una configuración históricamente determinada implica pesos y medidas específicas.²¹

Antes de desarrollar las argumentaciones correspondientes, vale la pena aclarar que el ejercicio conceptual que proponemos puede caracterizarse como una construcción de tipos ideales weberianos²² puestos en tensión

²¹ Una consecuencia del establecimiento de coordenadas conceptuales diferenciadas y articuladas en dirección de un enfoque tripartito es la *tendencia-tentación* de establecer *indicadores* de subalternidad, antagonismo y autonomía susceptibles de ser aplicados a análisis de casos concretos. Aunque se trate de un tema delicado que rebasa los objetivos de este trabajo, vale la pena señalar que, al margen de los riesgos de una operación semejante, el establecimiento de indicadores debería hacerse sobre la base de una operación de descomposición analítica similar a las que llevaron a los *movimientólogos* a establecer dimensiones tales como *identidad*, *discurso*, *organización*, etc. Ejercicios de esta naturaleza proliferan con mayor o menor éxito. En esta dirección está orientado el reciente trabajo de Tarrow y Tilly (Charles Tilly y Sidney Tarrow, *La política del conflicto*, Mondadori, Roma, 2008). La construcción y la aplicación de indicadores tendrían que derivarse de los recortes fenoménicos y las hipótesis que los acompañan. Para poner a modo de ejemplo una distinción que me parece ilustrativa y abarcadora, podrían elaborarse indicadores que permitan analizar los cruces de aspectos subalternos, antagonistas y autónomos en cuatro dimensiones/procesos fundamentales de todo proceso de subjetivación política: *politización*, *organización*, *movilización*, *radicalización*. En otro plano de distinciones, otro ejemplo podría ser la construcción y aplicación al análisis del discurso de indicadores de subalternidad (elementos de sentido común conservador y resistencial), de antagonismo (referencias al conflicto, caracterización del enemigo, los a-privativos), y de autonomía (afirmaciones identitarias y proyecciones, imágenes de futuro).

²² Max Weber, *Conceptos sociológicos fundamentales*, Alianza, Madrid, 2006, pp. 34-41.

dialéctica. En este sentido, desaparece cualquier tentación de encasillamiento tipológico incapaz de aceptar que se antepongan los cruces y las sobreposiciones a las definiciones típicas.

En este sentido, son los *grados* de subalternidad, antagonismo y autonomía los que caracterizan una formación subjetiva concreta en un tiempo determinado. Asumiendo la *desigualdad de la combinación*, descifrar su composición implica una operación de *ponderación relativa*, que establezca el peso y el valor de cada dimensión frente a la otra.

Esta operación puede guiarse por tres consideraciones o principios de orden general:

- a) La *permanente coexistencia* de las tres dimensiones, es decir que, en todo momento, aunque se ordenen y articulen de forma distinta, cada una juega un papel, aun sea mínimo pero nunca irrelevante. En este sentido excluimos la posibilidad de la ausencia absoluta de un elemento.
- b) La posibilidad de que una dimensión tiña a las demás, es decir, de que se eleve a *factor sobredeterminante, estructurante y ordenador* en relación a los demás.
- c) Como contraparte, la posibilidad de combinaciones desiguales en las que no destaque –o no sea reconocible– un elemento ordenador pero también la imposibilidad de una perfecta equivalencia de las tres dimensiones.

El primer punto es relativamente obvio en la medida en que se desprende de la argumentación en contra del esencialismo que hemos sostenido a lo largo de todo el texto. Sin embargo, es pertinente mencionar que se traduce en el señalamiento de la permanencia de los elementos. Esto equivale a decir que, aun en los momentos de mayor fuerza y visibilidad de una dimensión, las

demás no desaparecen. Subalternidad, antagonismo y autonomía tienen, en última instancia, *un nicho mínimo de irreductible permanencia*.

En efecto, ya en el segundo punto, asumiendo la persistencia de las tres dimensiones es posible reconocer que las combinaciones desiguales que caracterizan los procesos de subjetivación política se configuran a partir de un elemento que se erige en *factor sobredeterminante, estructurante y ordenador*. Esto puede visualizarse en tres combinaciones en donde el orden de los factores determina una forma de configuración subjetiva:

1. SUBALTERNIDAD-Antagonismo-Autonomía. La subalternidad opera como factor sobredeterminante al ordenar una combinación en la cual la subjetivación política se construye y estructura fundamentalmente en las experiencias de subordinación, las cuales enmarcan el antagonismo -que se mantiene como posibilidad vislumbrada por la extensión y ampliación de la resistencia en la lucha- y la autonomía - que se vislumbra como experiencia embrional en la formación misma del sujeto y como horizonte o utopía que estimula el proceso de conformación subjetiva.
2. ANTAGONISMO-Subalternidad-Autonomía. El antagonismo opera como factor sobredeterminante al ordenar una combinación en la cual la subjetivación política se construye y estructura fundamentalmente en las experiencias de insubordinación, las cuales enmarcan la subalternidad -que se mantiene como inercia relacionada con la génesis de la formación subjetiva y con la permanencia ambiental de relaciones de dominación al margen del campo y de la experiencia del conflicto- y la autonomía -que se vislumbra, como en el caso anterior, como experiencia embrional en la formación misma del sujeto y como horizonte o utopía que estimula tanto la lucha como el proceso de conformación subjetiva.

3. AUTONOMÍA-Antagonismo-Subalternidad. La autonomía opera como factor sobredeterminante al ordenar una combinación en la cual la subjetivación política se construye y estructura fundamentalmente en las experiencias de emancipación, las cuales enmarcan el antagonismo –que se mantiene como recurso defensivo o para avanzar en las conquistas autonómicas- y la subalternidad que se mantiene como inercia en la medida en que toda experiencia de emancipación se construye en contra de una matriz todavía existente y en tanto proceso implica una superación paulatina de las relaciones de dominación, lo que equivale a decir que éstas siguen existiendo en alguna medida.

El ordenamiento operado por el factor sobredeterminante enmarca a los otros y tiñe de sus colores el proceso de subjetivación.²³ La persistencia de los factores secundarios está mediada por la centralidad de un factor en torno y a partir del cual éstos adquieren sentido, peso y carácter determinados. El factor central moldea la forma específica de la subjetividad y le otorga su rasgo característico y distintivo.

En relación con el tercer punto, hay que considerar que los ordenamientos anteriores implican que es posible descifrar los procesos de subjetivación, aun cuando sabemos que la realidad histórica presenta formaciones abigarradas o híbridas que no se prestan a ser descompuestas con claves de lectura preestablecidas. Sin embargo, esta misma consideración implica descartar la hipótesis de laboratorio de una perfecta equivalencia de las tres dimensiones. Al mismo tiempo, esta hipótesis no corresponde a la lógica de una combinación entre elementos cuya contribución es cualitativa y no presta a una equivalencia medible cuantitativamente.

La operación de *ponderación* va de la mano con otro recurso metodológico fundamental: el análisis de los vínculos, las sobreposiciones y las

²³ Esto puede producir la ilusión óptica que subyace a los planteamientos esencialistas.

articulaciones entre subalternidad, antagonismo y autonomía, que visualizaremos como *tensiones* para destacar que configuran puntos de inflexión en las construcciones de las subjetividades políticas.

Consideramos, en efecto, que las *tensiones* subalternidad / antagonismo y antagonismo / autonomía constituyen el mayor desafío explicativo en tanto que constituyen los ángulos de activación y de generación subjetivas. La concatenación de los elementos y su lógica relacional son los puntos focales de la subjetivación política y, por ende, los nudos explicativos a desatar.

Las *tensiones* significativas son, por lo tanto, dos:

1. Subalternidad-Antagonismo. La tensión entre las experiencias de la subordinación y de la insubordinación se presenta como punto en el cual se define la colocación del proceso de subjetivación al interior o en los límites de la relación de dominación y su posible cristalización como *poder contra* o el restablecimiento de un *poder sobre*.
2. Antagonismo-Autonomía. La tensión entre las experiencias de la insubordinación y de la emancipación se presenta como punto en el que se define la colocación del proceso de subjetivación en los límites y/o al exterior de la relación de dominación y su cristalización como *poder contra* y/o *poder hacer*.

Estas dos líneas de tensión están atravesadas por la polaridad antinómica de orden afirmativo o positivo entre dominación-emancipación y *poder sobre* y *poder hacer*.

Este primer nivel interpretativo, de corte *sincrónico*, permite evidenciar la *simultaneidad* y la *sobreposición* de elementos que quedaban aislados, cada uno de ellos convertidos en ángulos exclusivos en los enfoques que hemos revisado.

Al mismo tiempo, esta perspectiva *sincrónica* debe adquirir cierta movilidad para dar cuenta del carácter procesual de las configuraciones subjetivas y no petrificar el análisis en un plano a-histórico que obviamente poco tiene que ver con las dinámicas concretas de subjetivación política.

La hipótesis de la articulación *sincrónica* es, por lo tanto, sólo el primer nivel de *recomposición* interpretativa de la *descomposición* analítica que implica la distinción entre los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía*. Otro pasaje complementario se sitúa en el plano de su articulación *diacrónica*. Se trata de llevar la observación de las combinaciones desiguales que ubicamos en un plano *fotográfico*, como representación y clave de lectura de un momento específico de la conformación subjetiva, al plano *cinematográfico*, para reconocer cómo una configuración determinada se mueve en el tiempo, transformándose y reconfigurándose.

En este nivel, la hipótesis es que, una vez establecidas las configuraciones en un momento de su existencia, la relación procesual entre los elementos conforma posibles secuencias entre ellas que caracterizan el proceso de configuración subjetiva.

Llamaremos en este caso *subalterna*, *antagonista* y *autonómica* las configuraciones subjetivas en las que estas dimensiones aparecen como sobredeterminantes y ordenadoras tal y como lo argumentamos anteriormente. Esto implica reconocer, detrás de la síntesis nominal, la combinación desigual que les corresponde.

Podemos establecer, en primera instancia, a nivel abstracto, líneas secuenciales y movimientos hipotéticos al interior de los procesos de subjetivación política.

En una secuencia correspondiente a una *formulación de un proyecto emancipatorio* o, si se quiere, a una teleología emancipatoria que no es ajena al pensamiento marxista y al imaginario de los sujetos concretos en

búsqueda de su liberación, pasamos de la *subalternidad* –como estado a superar– al *antagonismo* –como necesario pasaje conflictual y combativo– a la *autonomía* –como concreción, meta o punto de llegada.

Según la lectura temporal que se establezca, pasado, presente y futuro pueden ser intercambiables en relación con cada pasaje o condición estructural y subjetiva, es decir corresponder tanto a subalternidad, antagonismo o autonomía. Sin embargo, la intercambiabilidad está lógicamente limitada por el alcance descriptivo de los conceptos. De esta manera, la subalternidad puede corresponder al pasado o al presente pero no –si se asume el ángulo del proyecto emancipatorio– al futuro. Desde este mismo ángulo, el antagonismo y la autonomía pueden corresponder al presente o al futuro pero no al pasado, a menos que se entiendan como mitos o utopías movilizadoras, es decir dispositivos que evocan y estructuran imaginarios para orientar y proyectar la lucha.

Este mismo orden secuencial corresponde a *una observación genealógica del sujeto* en la medida en que sólo puede originarse en la condición de subalternidad para eventualmente moverse hacia el antagonismo y la autonomía. Si, por otra parte, asumimos *el ángulo de los imaginarios* que surgen en los procesos de subjetivación política podemos establecer una secuencia en la cual la autonomía se coloca tanto en última como en primera instancia, como utopía que opera como dispositivo de activación del proceso y que vislumbra el punto de llegada del mismo.

Sin embargo, una vez que el proceso de subjetivación está en curso, en su trayectoria de existencia, el abanico de secuencias o escenarios posibles que vive y por las que es susceptible de transitar se multiplica y se ramifica en otros tres movimientos potenciales.

En primer lugar, hay que contemplar la posibilidad de *estancamiento* en la subalternidad, en el antagonismo o en la autonomía. El primer escenario es

históricamente más frecuente y puede extenderse a largo plazo, mientras que las dos siguientes resultan insostenibles a mediano plazo siendo que la lucha o insubordinación no pueden ser permanentes, como tampoco la emancipación puede ser estable en la medida en que se entienda como proceso y no como un estado de cosas.

En segundo lugar, existe la posibilidad de *reflujo* desde la autonomía o el antagonismo en un retorno a la subalternidad, así como un reflujo de la autonomía al antagonismo. Estos escenarios resultan históricamente frecuentes como contraparte de los procesos de flujo ascendentes que caracterizan la emergencia de las subjetividades políticas.

En tercer lugar, hay que considerar la hipótesis de la *oscilación* entre subalternidad y antagonismo sin que la autonomía se materialice, quedando como anhelo, proyección o utopía; o entre antagonismo y autonomía en el inestable proceso de consolidación de un nuevo orden.

Además, de la secuencia lineal, la posibilidad de estas tres secuencias procesuales no lineales –que no pretenden ser exhaustivas– sugiere la pertinencia de ejercicios de periodización que permitan descifrar y desagregar los procesos de conformación subjetiva.

Ahora bien, después de haber establecido las articulaciones sincrónicas y diacrónicas que permiten identificar combinaciones y secuencias, se abre el desafío de *cruzar* los niveles de análisis. La matriz analítica, a partir de sus dos dimensiones fundamentales, debería poder dar cuenta de la *dia-sincronía* de los procesos reales de subjetivación política.

Una clave de lectura *dia-sincrónica* puede encontrarse en el centro de la matriz: el *antagonismo*.

El lugar ocupado por el antagonismo al interior de la triada conceptual lo coloca como un pasaje indispensable o una bisagra entre la subalternidad y

la autonomía. Sincrónica y diacrónicamente, constituye el eje o el pasaje – según el énfasis respectivo- en torno al cual se configuran las subjetividades socio-políticas. En este sentido, el antagonismo es el elemento *sincrónico* que restablece el *continuum diacrónico*. Esto puede visualizarse abriendo la definición específica de *antagonismo*, expandiendo el ámbito de la insubordinación y la lucha, la subjetivación del conflicto, y de la construcción del *poder contra*. En efecto, si bien se trata de rasgos característicos de una forma específica de subjetivación, la lucha y la construcción de *poder contra* pueden encontrarse –en forma embrionaria– en la subalternidad y –en forma expandida– en la autonomía: en el primer caso al interior de las experiencias de resistencia; en el segundo en la conflictualidad interna a las experiencias de emancipación. Por otra parte, el carácter *liminal* que hemos señalado anteriormente, referido a los límites de la dominación, lo coloca a caballo entre la interioridad y la exterioridad. Esta ubicuidad y esta transversalidad otorgan al antagonismo una calidad sincrónica al situarlo como eje de articulación y, al mismo tiempo, lo coloca como el factor dinámico por excelencia.

Atribuirle una función en relación con las demás componentes no desconfigura su cualidad *homóloga* en el plano del análisis de las combinaciones desiguales, sino que resalta –en otro nivel– su carácter dinámico y permite sintonizar el enfoque sincrónico y diacrónico. Al pasar del terreno analítico-descriptivo al terreno explicativo-interpretativo, el antagonismo se convierte en una clave de lectura privilegiada.

Por otra parte, el antagonismo, entendido como pasaje experiencial, como dinámica sincrónica del proceso de subjetivación política, es la dimensión en la que con más claridad se disuelve toda pretensión esencialista, al instalar el *gerundio* como temporalidad²⁴, en sintonía con la propuesta de E. P.

²⁴ Teresa Rodríguez De la Vega, “Presente social y complejidad” en Boris Berenzon Gorn y Georgina Calderón, Coordenadas sociales: más allá del tiempo y el espacio, UACM, México, 2005, pp. 329-358.

Thompson: el sujeto político no es sino que siempre está *siendo* y *está siendo* porque está *luchando*.

En el fondo regresamos al corazón marxista del problema, las relaciones de conflicto, la subjetivación antagonista y el contrapoder son el eje, la bisagra de la dialéctica subjetiva. Una dialéctica en la cual, para decirlo nuevamente en palabras de Thompson, las mujeres y “los hombres son vistos como los agentes, siempre frustrados y siempre resurgentes, de una historia no dominada”.²⁵

²⁵ E.P. Thompson, Miseria de la teoría, op. cit., p. 146.

Los movimientos latinoamericanos ante el cambio de época. Entre la subalternidad, el antagonismo y la autonomía

Después de haber formulado un conjunto de hipótesis tendientes a conformar una perspectiva teórica para el estudio de los procesos de subjetivación política, a modo de ejercicio de apertura, en este capítulo final, reflexionaremos sobre los movimientos latinoamericanos a la luz de las categorías de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía* y de sus posibles articulaciones. Sin la pretensión de una aplicación sistemática –que requeriría de una investigación intensiva y extensiva¹– mostraremos a grandes rasgos cómo estos conceptos se prestan para designar situaciones y pasajes significativos de los procesos de formación de las subjetividades políticas en la historia latinoamericana reciente.

En esta dirección, el objetivo de las siguientes reflexiones es esbozar una línea de interpretación a partir de la caracterización de la idea de cambio de época² en función de tres momentos o pasajes:

¹ La cual queda pendiente como continuación del recorrido que se abre con la formulación teórico -metodológica que aquí se formuló.

² La idea de cambio de época circula desde hace algunos años en América Latina. En su discurso de toma de posesión de la Presidencia de Ecuador, Rafael Correa afirmó que presenciamos un cambio de época y no una simple época de cambios. (Rafael Correa, “Un

-la reconfiguración subalterna de las subjetividades políticas desde el militarismo los años 70 hasta la construcción hegemónica neoliberal de los años 80.

-la trascendencia de rasgos antagonistas y autonómicos en los movimientos populares y la paralela crisis de la hegemonía neoliberal entre mediados de los años 90 y los primeros años del nuevo siglo.

-el repliegue tendencial del antagonismo y la autonomía en coincidencia con el reflujo de las movilizaciones y el correspondiente repunte de la subalternidad.

1. Militarismo, neoliberalismo y subalternidad

verdadero cambio de época en Ecuador” en *Memoria*, núm. 217, México, marzo de 2007, p. 32.) Utilizando las mismas palabras, la convocatoria al XXVI Congreso de la Asociación Latinoamérica de Sociología (2007) sitúa el debate y los desafíos de las ciencias sociales “ante el cambio de época”. Un libro reciente de la socióloga Maristella Svampa sobre los acontecimientos argentinos de los últimos años se titula simplemente “Cambio de época”. (Maristella Svampa, Cambio de época. Movimientos sociales y poder político, CLACSO-Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.) Más allá de la búsqueda de efectos retóricos y del difuso culto a la “novedad” como justificación y legitimación de la actividad política e intelectual, la recurrencia de esta formulación sugiere que varios actores políticos y amplios sectores académicos latinoamericanos convienen en identificar un pasaje histórico significativo. Al mismo tiempo, detrás de esta coincidencia nominal, todavía no se han planteado las coordenadas interpretativas de un debate historiográfico, sociológico y político cuyo desarrollo llevará inevitablemente a interpretaciones distintas e inclusive divergentes. En esta dirección, será necesario asentar la imprecisa idea de “cambio” en el terreno teórico de la relación entre estructura y agencia, es decir la relación entre transformaciones estructurales de la forma de dominación y la acción transformadora que impulsa u orienta esta modificación. En este sentido, el “cambio” relevante corresponde a una crisis de una forma de dominación, entendiendo por crisis un proceso de transformación – provocado y orientado por un conflicto político- que tensiona y modifica una relación de poder, reestructurándola o superándola según el saldo entre continuidad y de ruptura. La noción de época se asienta, por lo tanto, en el asentamiento y la permanencia de una forma específica de la estructura de dominación, la crisis se relaciona con el cambio y la agencia remite a los protagonistas del conflicto social y político y al resultado de su enfrentamiento.

Por absurdo que pueda parecer a primera vista, la idea de cambio de época necesita justificarse de cara al supuesto “fin de la historia” enunciado por Francis Fukuyama y erigido a epitafio del socialismo y sanción definitiva de la naturalización del liberalismo. Como toda leyenda, detrás de la euforia triunfalista que la inspiró, esta formulación se erige sobre un fondo de verdad.

En efecto, a nivel mundial, entre el final de los años 70 y el principio de los años 90 se acabó un ciclo histórico iniciado en la primera década del siglo XX: un largo ciclo de luchas políticas y sociales de inspiración anticapitalista, popular, socialista y antimperialista que disputaban el poder en todas sus dimensiones y cimbraban las estructuras y relaciones de dominación. Un ciclo que incluyó momentos de crisis y estabilización de la estructura de dominación correspondientes a procesos de politización y radicalización que desataron irrupciones de masa y rebeliones populares así como su contraparte de represión y desmovilización. En particular, es posible reconocer dos épocas de crisis (entre las décadas del 10 al 30 y del 60 al 70) y dos de estabilización (de los 30 a los 50 y de los 70 a los 90).

En relación con los procesos de subjetivación política las crisis se tradujeron en el despliegue de experiencias de insubordinación y emancipación, las estabilizaciones en el repliegue en las experiencias de subordinación. Generalizando lo que en la historiografía aparece fragmentado en distintas experiencias concretas –locales y sectoriales–, podemos reconocer que en los años 80 se agotó una forma de la política caracterizada por la emergencia, desde una plataforma subalterna, de procesos de subjetivación antagonista y autónoma definidos en términos de experiencias, prácticas y proyectos de insubordinación y emancipación.³

³ Ver Massimo Modonesi, “Los árboles y el bosque. Notas sobre el estudio del movimiento socialista y comunista en América Latina” en Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo, El comunismo: otras miradas desde América Latina, CEEICH-UNAM, México, 2007.

Al agotarse una *forma* del conflicto y la configuración subjetiva combinada que le correspondía, los ganadores se apresuraron en decretar el fin de todo conflicto, sea por convicción triunfalista sea por la intención de crear un efecto psicosocial suplementario que asentara el triunfo en el imaginario colectivo y marcara una visión de época.

La reconfiguración hegemónica se fincó en el restablecimiento de la subordinación, la reconfiguración de la subalternidad como condición subjetiva ordenadora y sobredeterminante, delimitada por la aceptación relativa de las relaciones de dominación y por márgenes de resistencia restringidos a posturas defensivas.

La caracterización del triunfo capitalista y de la reconfiguración hegemónica en América Latina entre la segunda mitad de los años 70 y la primera mitad de los 80 puede ordenarse en torno a una plataforma y dos pilares: militarismo, electoralismo y neoliberalismo.

En contra de las predicciones y deseos de muchos, en los años 70, la partera de la historia latinoamericana no fue la violencia revolucionaria sino la violencia reaccionaria. La reacción se realizó en forma de militarización del conflicto social, como guerra interna.⁴

Escribe Omar Nuñez:

“... la polarización ideológica, una doctrina contrainsurgente y una ideología anticomunista habrían moldeado el paisaje mental en el interior de los aparatos estatales, posibilitando la formulación de una racionalidad estratégica dispuesta a validar el uso de la tortura, la desaparición de personas o el asesinato como política de Estado.”⁵

Las expresiones más contundentes de la reacción tuvieron la forma de golpes y dictaduras militares. En Brasil, Chile, Argentina, Uruguay, Bolivia y Paraguay, los testimonios y la abundante literatura dan cuenta de la

⁴ Ver Inés Izaguirre, Los desaparecidos: recuperación de una identidad expropiada, Centro editor de América Latina, Tucumán, 1994.

⁵ Omar Nuñez Rodríguez, “Progreso regresivo. Problemas civilizatorios y del desarrollo en América Latina”, 2007, mimeo.

claridad ideológica y la sistematicidad de la puesta en práctica de un proyecto genocida que pretendía “extirpar el cáncer marxista”. En sintonía con la metáfora organicista –propia del ideario del nacionalismo militar latinoamericano- se procedió atacando al cáncer con una violencia mayor a la del propio cáncer, es decir por la vía directa, amputando la parte contaminada aunque la imprecisión de esta operación removiera “células sanas”. El carácter genocida de esta operación es objeto de debate, sin embargo es posible utilizar este adjetivo en la medida que la focalización hacia la figura del “militante” pretendía eliminar esta figura del panorama social. Si bien el “militante” no corresponde a una raza, una etnia ni a un género, correspondía en estos años a una figura social particularmente enraizada en los sectores obreros y estudiantiles. Cómo lo revelan las estadísticas compiladas por las comisiones de la verdad, la represión golpeó un tipo social: fundamentalmente obreros o estudiantes culpables de ser militantes políticos. Más que genocidio habría que hablar de *politicidio* o *militanticidio*, siendo la militancia una forma específica de la política.

Esta forma de la reacción no sólo frenó el ascenso de los movimientos armados sino que asumió la tarea de neutralizar definitivamente el conflicto en todas sus expresiones pacíficas, fueran reformistas o revolucionarias. Los relatos y los testimonios de la represión en estos años no dejan lugar a duda: si el objetivo era la guerrilla, a su estrategia de moverse como “pez en el agua” se contestó con la eliminación del “agua”, el entorno social de referencia, el *habitat* del movimiento revolucionario en el cual predominaban formas pacíficas de lucha aunque no forzosamente una visión pacifista del conflicto social y político.

Además de las expresiones más explícitas de la reacción represiva, en países como México, Colombia y Venezuela –para poner algunos ejemplos- los gobiernos civiles encargaron a los militares la tarea de la guerra sucia contra la supuesta o real insurgencia sin renunciar a sus prerrogativas de ejercicio

del poder estatal. Estos operativos fueron más focalizados o menos generalizados pero no menos eficaces como modalidad de ejercicio de represión psico-social de alcance societal.⁶

El éxito de esta operación represiva a escala regional desembocó en un reordenamiento conservador de larga duración anclado en el miedo, en el restablecimiento de las relaciones de mando-obediencia, refundando la matriz de subjetivación política subalterna que venía diluyéndose en el antagonismo y la autonomía de las décadas anteriores.

El miedo como disciplinamiento social, como dispositivo de restablecimiento de la subordinación, configuró, según Omar Nuñez, “una expresión periférica de la fractura civilizatoria que caracterizó al siglo XX.”

Escribe Nuñez:

Si bien la dimensión y profundidad de la misma varía entre los países, cuatro aspectos son consustanciales en todas las experiencias: un registro sistemático y pormenorizado de las acciones y tareas habituales del aparato represivo (trabajo burocrático); una doctrina de seguridad y un anticomunismo militante como matrices ideológicas movilizadoras y justificadoras; la *intención* de eliminar un *grupo* étnico (indígenas), social (sindicalistas) y/o político (izquierda); y una metodología represiva: *secuestro-tortura-desaparición* pensada en producir efectos sociales y escenarios políticos calculados. Es decir, un dispositivo material capaz de ejercer el horror “*mediante la construcción de modelos*”. La singularidad histórica de este dispositivo radica en que incorpora un principio subyacente al imaginario de la modernidad: la remodelación y homogenización social con base a la capacidad que tienen los aparatos de Estado en decidir quién vive y quien no en el interior de la sociedad.

El genocidio estatal constituyó en América latina *un modelo de destrucción de relaciones sociales*, una solución radical aplicada en defensa de un orden jerárquico, librecambista y autoritario, un ‘orden tradicional’ capaz de hacer compatible estratégicamente el uso racional de los medios y tecnologías de represión: los aparatos de Estado, con los fines sociales aparentemente más irracionales: el exterminio social.⁷

A pesar de que, en los años 80, la reacción militarista fue presentada exclusivamente como la inevitable consecuencia de la amenaza

⁶ Por ejemplo, incorporando el terrorismo del Estado sin interrumpir el bipartidismo oligárquico en Colombia, ni el sistema de partido hegemónico en México. En este último país sólo en tiempos recientes se empezaron a investigar los acontecimientos de la llamada “guerra sucia”, la cual había sido denunciada por organizaciones de defensa de los derechos humanos como el Comité Eureka desde los años 70.

⁷ Nuñez, op. cit.

revolucionaria –la teoría de los dos demonios- es decir como la culminación, el último momento de una época de conflicto que se daba por terminada, el terrorismo de Estado constituyó –al mismo tiempo- el primer episodio de la nueva época, el primer pilar de un reordenamiento sistémico.

Por lo tanto, su desdibujamiento a partir de los años 80 en las aclamadas “transiciones a la democracia” no puede verse sólo como la conquista de los movimientos de resistencia civil sino que, por otra parte, corresponde a la consolidación hegemónica del nuevo orden y su realización como “revolución pasiva” o “transformismo”. Asumiendo la relación entre consenso y coerción como relación de suma cero –es decir que cada disminución de consenso implica un equivalente aumento de coerción y viceversa- , si la violencia fue el último recurso frente a una pérdida de consenso que configuraba una crisis de la forma de dominación, la recuperación hegemónica fincada en el consenso implicaba encontrar formas políticas que permitieran disminuir la carga de coerción.⁸

Si el miedo fue la plataforma coercitiva del reordenamiento reaccionario, el nuevo edificio conservador se erigió históricamente sobre dos columnas consensuales: electoralismo y neoliberalismo.

El orden socio-político fue asegurado ofreciendo, después de la larga noche represiva, a la democracia electoral como el mejor mundo posible, exaltando sus virtudes pacíficas y sus garantías procedimentales. Más allá de sus obvias ventajas en comparación con el autoritarismo represivo, esta apertura resultó eficaz para el reordenamiento conservador en la medida en que permitió dar la sensación de la participación y del control democrático estableciendo límites definidos. Límites que se manifestaban en la posibilidad de alternancia en el marco establecido por un sistema político surgido de la eliminación física y simbólica de las alternativas nacional-

⁸ Siguiendo la misma lógica, podemos aventurar la hipótesis que la pérdida de consenso y la reaparición del conflicto en el terreno socio-político explican el aumento del recurso a la violencia y la tendencia a la criminalización de la protesta social en los años recientes.

populares y socialistas, es decir, estableciendo que el pluralismo se realizaba y se resolvía al interior del liberalismo, pluralismo que era en realidad una unipolaridad multipartidista, un único polo compuesto por varios partidos.⁹ El electoralismo como ideología política asentó una forma conservadora de la política y de la participación democrática al interior de modalidades episódicas y estrictamente delegativas.¹⁰

En paralelo, el reordenamiento conservador se asentó por medio de la realización de un profundo proceso de reestructuración capitalista de corte neoliberal. Este proceso pudo realizarse en la medida en que los saldos de la violencia política habían modificado substancialmente la correlación de fuerzas sociales, restableciendo el equilibrio favorable al capital después de medio siglo de avanzada de los movimientos populares, a lo largo de un largo ciclo de movilización entre los años 30 y los años 70. En el marco de la alternancia sin alternativa, el neoliberalismo pudo presentarse como un consenso inevitable al interior de un aparente pluralismo político y pretendió naturalizarse, diluirse en el sentido común. Fueron los años del “pensamiento único” en los cuales la alternancia política confirmaba la ausencia de alternativa socio-económica.

Se asentó un sistema político centrado en las instituciones estatales a partir de la separación definitiva entre política y sociedad, operada a través de la mediación partidaria (alternancia) y la canalización administrativa (tecnocracia). Este dispositivo clásico de desmovilización y de normalización sistémica en la época de reflujo de las luchas sociales operaba ya no sólo como correctivo a la difusión de la política en la sociedad civil -como manifestación de polaridades en conflicto- sino como forma monopólica hegemónica (natural) de la política.

⁹ Álvaro García Linera (coord.), Sociología de los movimientos sociales en Bolivia, Diakonia-Oxfam, La Paz, 2005, p. 13.

¹⁰ Sobre el proceso de reconfiguración de los sistemas políticos y el papel de los partidos en su seno ver Manuel Alcántara Sáez, Partidos políticos latinoamericanos, Gernika, México, 2006.

A nivel académico, este modelo fue respaldado por la proliferación de estudios sobre los sistemas electorales y de partidos. Posteriormente, cuando la legalización política mostró no ser suficiente para garantizar la plena legitimidad, iniciaron y prosperaron los estudios sobre la gobernabilidad. El correlato, desde el ángulo de la sociedad civil, fueron los estudios sobre las protestas, un paradigma resistencial que implícita o explícitamente asumía la subalternidad de los actores sociales a la institucionalidad, planteando una secuencia entre decisión-protesta que –en buena medida por su real ausencia- no consideraba las implicaciones políticas, sistémicas y antisistémicas ni la conformación de sujetos políticos en las movilizaciones de protesta. En este sentido, la difusión de la noción de “protesta” sancionaba el carácter subalterno de la acción política y la subjetividad que le correspondía al ubicar a las reivindicaciones al interior de las fronteras de las relaciones de dominación, como reacciones defensiva frente a agravios, acciones tendientes al restablecimiento de una subordinación aceptable.¹¹

En esta secuencia militarismo-electoralismo-neoliberalismo asentó una hegemonía conservadora -basada en la superación del antagonismo y el restablecimiento de la subalternidad- cuya eficacia se extendió a lo largo de por lo menos 15 años. La experiencia de la subordinación depurada de las contaminaciones antagonistas y autonómicas volvía a centrar los procesos de subjetivación política en el marco propio de la subalternidad: entre la aceptación relativa de la dominación y la resistencia, como actitud defensiva.

En efecto, las movilizaciones más visibles de los años 80 fueron sin duda las que demandaban el restablecimiento de los derechos políticos y civiles, el retorno de la democracia representativa, del pluralismo político y de las libertades de expresión y asociación. La defensa de los derechos humanos propia de los tiempos de militarismo se trasladó al terreno de la lucha contra

¹¹ Ver Margarita López Maya (ed.), Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años del ajuste, Nueva Sociedad, Caracas, 1999. Susan Eckstein (comp.), Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos, Siglo XXI, México, 2002.

la impunidad. En el terreno socio-económico quedó evidenciado el desmembramiento de la principal subjetividad política formada a lo largo del siglo XX: la clase obrera. El mundo obrero, y de los trabajadores asalariados en general, duramente golpeado por el militarismo fue avasallado por las reformas neoliberales las cuales -combinando contención salarial, privatización, desindustrialización, desempleo y flexibilización- fueron acorralando al movimiento sindical en las trincheras de la defensa de los residuos, a la fragmentación frente a la pérdida de poder de negociación y de centralidad política. Las resistencias dispersas de sectores de trabajadores frente a las contrarreformas quedaron sumergidas en el consenso neoliberal.

Junto al desmantelamiento o vaciamiento de los derechos sociales, entre despidos y crecimiento poblacional, el fenómeno social más relevante fue el crecimiento de inframundo de la exclusión cuyas dimensiones trastocaban la propia definición de pueblo-trabajador que vertebraba las identidades políticas del siglo XX. En los laberintos siempre más extensos de la exclusión, la informalidad y el autoempleo se diluyeron los avances que, desde la territorialidad de la marginalidad, había marcado la década de los 70 a través de movimientos de pobladores, vecinos y colonos. Por último el tendencial vaciamiento demográfico del campo, junto a su abandono “desarrollista”, no permitió que surgiera un movimiento campesino que ocupara la centralidad popular huérfana. Sin embargo, el pasaje del desarrollismo al neoliberalismo, de un olvido a otro, no marcó una ruptura tan violenta y permitió que, en esta periferia latinoamericana, en particular donde las comunidades indígenas vertebraban las relaciones sociales, se mantuvieran las resistencias más persistentes, las trincheras más antiguas y profundas desde las cuales brotaron subjetividades de sorprendente vigor en comparación con los abismos de subordinación que caracterizaban el universo urbano-popular.

En medio de la reconfiguración de la subalternidad como matriz de conformación de las subjetividades, no sorprendía la debilidad de las representaciones políticas que les correspondían. Con la excepción del PT en Brasil, y en cierta medida del PRD en México, las cristalizaciones partidarias populares reflejaban el repliegue del antagonismo y la autonomía y el peso sobredeterminante de la subalternidad, caracterizándose por la debilidad de posturas ideológicas y políticas encerradas en la oscilación y la combinación entre aceptación relativa y resistencia al neoliberalismo imperante.

Bajo el peso de la derrota histórica, la experiencia de la subordinación se prolongó durante casi tres décadas -una entera generación - dejando una profunda huella subalterna en los procesos de subjetivación política.

2. Antagonismo y fin de época

Partiendo de esta lectura de la trayectoria histórica de restablecimiento de la subalternidad como factor determinante de la conformación de las subjetividades políticas, la hipótesis de cambio de época puede evaluarse en función de la emergencia de dinámicas de subjetivación ligados a experiencias de insubordinación y de lucha -es decir antagonistas- y de emancipación -es decir autonómicas. Al mismo tiempo, estas experiencias se expresan en la impugnación de la dominación neoliberal y ésta se traduce en la crisis de la construcción hegemónica que la sostiene y la apertura histórica de posibilidades emancipatorias en el marco de una disputa de poder, en la emergencia de contrapoderes y ámbitos de poder hacer.

Ordenando y sintetizando la historia reciente de los movimientos populares latinoamericanos, a partir de los balances que empezaron a circular en los

últimos años, podemos periodizar este cambio de época originado en las transformaciones subjetivas en torno a cuatro momentos o pasajes.

Un primer momento, a mediados de los 90, se caracterizó por el aumento de los conflictos y las luchas que, desde los rincones de las resistencias parciales y locales, fueron convergiendo y se politizaron en torno a la consigna del antineoliberalismo, abriendo una serie de experiencias que combinaban la resistencia con la insubordinación, la subalternidad con el antagonismo.

Existe un consenso relativamente sólido que ubica este momento de visibilidad política y el pasaje de la resistencia al inicio de la lucha declaradamente antineoliberal en torno al año 1994. Este fecha asume como detonante simbólico el levantamiento indígena en Chiapas, pero incluye las movilizaciones indígenas iniciadas en ocasión del V centenario de la conquista en 1992¹², la creciente visibilidad política de diversos movimientos populares en América Latina como el MST en Brasil, la CONAIE en Ecuador, los cocaleros en Bolivia, los sindicatos antimenemistas y los primeros piqueteros en Argentina, el arranque del movimiento chavista en Venezuela, etc.

¹² Algunos pasajes de la Declaración de Quito de 1990 muestran claramente la tendencia hacia la politización del movimiento indígena latinoamericano: “Los pueblos indígenas estamos convencidos de que la autodeterminación y el régimen de autonomía plena solo podemos lograrlo previa destrucción del actual sistema capitalista y la anulación de toda forma de opresión sociocultural y explotación económica. Nuestra lucha está orientada a lograr ese objetivo que es la construcción de una nueva sociedad plural, democrática, basada en el poder popular.” (...) “La lucha de nuestros pueblos debe de estar enmarcada en un proyecto político propio que nos posibilite una lucha organizada y contribuya a la transformación de la sociedad dominante y la construcción de un poder alternativo” (...) “Dado que los pueblos indios además de nuestros problemas específicos tenemos problemas en común con otras clases y sectores populares, tales como la pobreza, la marginación, la discriminación, la opresión y la explotación, todo ello producto del dominio neocolonial del imperialismo y de las clases dominantes de cada país, son absolutamente necesarias e impostergables con otros sectores populares. Sin embargo estas alianzas deben, al mismo tiempo, fortalecer y afirmar la propia identidad de los pueblos indios. Las alianzas deben realizarse en un marco de igualdad y respeto mutuo.” Citados en Araceli Burguete, “Cumbres indígenas en América Latina. Cambios y continuidades en una tradición política” en *Memoria*, núm. 219, México, mayo de 2007. Sobre los procesos de activación antagonista de los movimientos indígenas ver José Bengoa, *La emergencia indígena en América Latina*, FCE, México, 2007.

Es posible identificar una primera fisura en el edificio neoliberal en el momento en que fue reconocido y nombrado como tal, el reconocimiento del perímetro de la dominación es una condición para que se abra la posibilidad del antagonismo. Más allá de que se entendiera o no como una etapa del capitalismo, el reconocimiento y la identificación de una forma o un modelo neoliberal empezó a ocupar a mediados de los años 90 el centro de la reflexión política de los partidos y movimientos de oposición así como de los análisis de los sectores académicos e intelectuales de la región. De hecho, podemos reconocer un momento en el cual se generalizó el nombre, se nombró al neoliberalismo, se bautizó al enemigo; un momento a partir del cual se visibilizaron no solamente sus características sino que se delimitó un campo de conflicto a su interior. Al mismo tiempo, invirtiendo los términos de esta hipótesis a partir de un enfoque materialista, podemos decir que la configuración concreta de un campo conflictual permitió o implicó nombrar al sistema. En este sentido, la acumulación de experiencias de resistencia en el marco de la subalternidad constituyó una plataforma que permitió un salto cualitativo que se manifestó en la insubordinación y el antagonismo.

El acto de enunciación sintetizó esta acumulación y, al mismo tiempo, abrió la brecha amigo/enemigo propia del antagonismo e inauguró, desde el conflicto, a través de las experiencias de lucha que lo caracterizan, un ciclo de subjetivación política. En torno al nombre –neoliberalismo- se levantó y organizó la antítesis, la negación, el movimiento reactivo, el antineoliberalismo, el antagonismo como experiencia de insubordinación. Los movimientos, después de una década de despolitización y de dispersión, volvieron a adquirir tintes políticos, a contracorriente de las tesis posmodernas y de las modas sobre los “nuevos movimientos sociales”, volvieron a ser socio-políticos en el momento en que reconocieron las articulaciones políticas del sistema, iniciaron el tránsito de una

configuración fundamentalmente subalterna a una reconfiguración tendencialmente antagonista.¹³

En un segundo momento, desde principio de milenio, las experiencias de lucha de los movimientos populares permitieron superar la resistencia como postura defensiva, radicalizando sus acciones, logrando, a partir de una construcción interna de poder, una mayor incidencia política por medio de acciones destituyentes: provocando la caída de gobiernos neoliberales ya fuera promoviendo un voto de protesta en las urnas o directamente desde las calles por medio de las movilizaciones. Esta etapa se caracterizó por el despliegue del antagonismo como forma de subjetivación política ligada a la negación práctica del orden existente y al ejercicio del contrapoder.

Las conformaciones subjetivas que sostuvieron el crecimiento de la movilización remontaron la fragmentación individualista del neoliberalismo. Aparecieron, en los análisis de estos años, referencias a la multitud, la clase, la comunidad, el pueblo y la plebe. Más allá del debate terminológico, esta primavera conceptual acompañó el proceso de rearticulación subjetiva provocado por las experiencias antagonistas, el cual no sólo operó como dispositivo que sostuvo y potenció la acción colectiva sino que fue el substrato de la organización social y política en la medida en que orientó la politización de los movimientos en el estrechamiento de vínculos identitarios, horizontales y verticales –un primer piso de subjetivación autónoma.

La emergencia del antagonismo se reflejó en el llamado repertorio de acción, el cual asumió en los últimos años modalidades políticas y radicales que

¹³ A esta reactivación de la acción colectiva correspondió una mayor trascendencia del pensamiento crítico, el cual había sido relegado y marginado. Un sector de la intelectualidad, dentro y fuera de los recintos universitarios, volvió a afilar las armas de la crítica frente al “pensamiento único”, iniciando una dinámica de circulación de ideas, análisis e informaciones que constituyeron la base fundamental de los estudios críticos sobre globalización, neoliberalismo y democracia. Sólo posteriormente, al observar el surgimiento de importantes movilizaciones que retomaban reivindicaciones antisistémicas, se iniciaron estudios y análisis sobre las nuevas formas y orientaciones de la acción colectiva y los sujetos políticos que en ellas surgían y resurgían.

parecían olvidadas, incluyendo la forma insurreccional y la ocupación de espacios productivos. A partir del balance del Observatorio Social de América Latina, José Seoane y Emilio Taddei constatan:

En relación con ello, y respecto de los “repertorios de la protesta”, es importante destacar una tendencia a una mayor radicalidad en las formas de lucha, que se pone de manifiesto en la duración temporal de las acciones de protesta (acciones prolongadas o por tiempo indeterminado), en la generalización de formas de lucha confrontativas en desmedro de las medidas demostrativas, en la difusión regional de ciertas modalidades como los bloqueos de carreteras (característicos por ejemplo de la protesta de los movimientos de trabajadores desocupados en Argentina como de los movimientos indígenas y coccaleros del Área Andina), y en las ocupaciones de tierras (impulsadas por los movimientos campesinos) o de edificios públicos o privados. Por otra parte, la recurrencia de largas marchas y manifestaciones que atraviesan durante días y semanas los espacios regionales y nacionales parecen querer contrarrestar la dinámica de segmentación territorial promovida por el neoliberalismo. Asimismo, las puebladas y levantamientos urbanos aparecen como estrategias tendientes a la reapropiación colectiva del espacio comunitario y a la recuperación de una visibilidad social denegada por los mecanismos de poder.¹⁴

La experiencia de la insubordinación dejó un saldo importante en la superación relativa del miedo sobre el cual se erigió después de la militarización. Superación relativa que se observa en el atrevimiento y la osadía que caracterizan a episodios en los que la protesta desafió abiertamente a las fuerzas policiales y militares, reforzando la movilización de cara a la represión y a la vista de muertos y heridos en lugar de replegarse como otras muchas veces ocurrió en la historia latinoamericana. Los levantamientos ecuatorianos y bolivianos, la resistencia al golpe venezolano, el 19 y 20 argentino son ejemplos de esta actitud que recuerda un pasado anterior a la militarización de los años 70, anterior a tantos golpes militares logrados a lo largo del siglo XX latinoamericano sin que se produjeran fenómenos de resistencia masiva. Un símbolo gráfico es el canto “el pueblo no se va” en la ocupación de la Plaza de Mayo después del desalojo del 20 de diciembre de 2000 en Buenos Aires.¹⁵ Esto no quiere decir

¹⁴ José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati, “Las nuevas configuraciones de los movimientos populares en América Latina” en Atilio A. Borón y Gladys Lechini, Política y movimientos sociales en un mundo hegemónico. Lecciones desde África, Asia y América Latina. CLACSO, Buenos Aires. 2006, pp. 240-241.

¹⁵ Véase el documental de Fernando “Pino” Solanas, Memorias del saqueo, Cinesur, Argentina, 2004.

que el recurso del miedo deje de ser un eficaz instrumento de dominación como lo demuestran las recientes experiencias mexicanas de Atenco y Oaxaca, sino que no constituye ya el insuperable puntal de retaguardia y salvaguarda del orden. No obstante, la superación del miedo es ya, en sí misma, una experiencia que rebasa la subalternidad: una condición para el antagonismo y una experiencia de emancipación.

En un tercer momento, paralelamente y en forma creciente a lo largo de estos años, junto al antagonismo y al perfil destituyente de los movimientos, se hizo evidente la aparición una tendencia autonómica y instituyente. Los procesos de subjetivación y de acción colectiva no sólo cristalizaban experiencias internas de independencia y de autodeterminación sino que además impulsaban procesos “constituyentes” e “instituyentes” en la consolidación de formas de poder que se proyectaron tanto en la construcción espacios autonómicos al margen de las instituciones estatales como en el –articulado o contradictorio- impulso y apoyo a políticas anti o posneoliberales en diversos países de la región. En este pasaje, el antagonismo se enfrentó al desafío de pasar de la negación a la afirmación de la autonomía, a la consolidación de ámbitos y experiencias de emancipación en curso como en su extensión y proyección a escala societal.

Otro indicio de la tendencia hacia la autonomía fue la búsqueda de referencias ideológicas, una tendencia al reforzamiento de identidades políticas desde la alteridad. En este rubro, las definiciones de los movimientos latinoamericanos oscilaron entre o combinaron referentes ideológicos nacional-populares, socialistas revolucionarios y autonomistas. El caso boliviano es, una vez más, ejemplar de una mirada caleidoscópica en la medida en que, a partir de la matriz indígena y campesina, aparecieron definiciones socialistas y revolucionarias junto a posicionamientos declaradamente nacional-populares y a una tendencia autonomista. Esta misma tensión recorrió el MST, fracturó el campo piquetero, cruzó el

movimiento chavista así como el ecuatoriano. Al margen de la persistencia de la matriz nacional-popular y de la existencia de una opción autonomista es indudable que un fantasma volvió a recorrer el campo popular latinoamericano, el fantasma del anticapitalismo y del socialismo. El primero respondió a la radicalización del análisis crítico, que reconoció debajo del neoliberalismo la matriz capitalista y, por lo tanto, estableció relaciones causales que llevaron a la raíz de los problemas sociales actuales. Como consecuencia, diversos movimientos buscaron soluciones radicales y encontraron inspiración en torno al nombre, los debates y las experiencias concretas de este amplio campo de búsqueda de alternativas que fue el socialismo en el siglo XX. En el retorno de la reflexión sobre el socialismo visibilizó la radicalización del análisis, de la comprensión de la realidad, pero también el pasaje de fórmulas reactivas a opciones proactivas.

Del debate estratégico se desprendió, amén de las distintas posturas, la reaparición del tema del poder que se había diluido en la década subalterna. Esta reaparición no fue casual si como decía Marx “la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos sólo surgen cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización”¹⁶. Su desaparición se vinculaba a la derrota popular y la victoria del neoliberalismo, el reflujo y la defensiva que le siguieron. En los 80, plantearse el tema del poder no tenía sentido más allá de rituales invocaciones ideológicas. A partir del inicio del milenio, lo volvió a tener en función de la construcción de contrapoderes sociales en los procesos de movilización y de politización de amplios sectores populares, de la reconfiguración del conflicto social y su proyección política. Aunque el debate sobre el poder está lejos de estar resuelto y tiende a polarizarse entre tendencias leninistas y anti leninistas -olvidando la síntesis gramsciana- su reaparición fue una señal inequívoca del cambio de época y atravesó los

¹⁶ Karl Marx, *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*, 1859.

procesos de subjetivación política en términos de la posibilidad y la conformación real de experiencias de *poder contra y poder hacer*.

Finalmente podemos distinguir un cuarto momento, actualmente en curso, caracterizado por el reflujo de las luchas, una disminución de frecuencia e intensidad que vislumbra una pérdida de centralidad del antagonismo, una tendencia a la reconfiguración de la subalternidad junto a saldos desiguales e inciertas perspectivas autonómicas.

Antes de argumentar esta combinación desigual que caracteriza a los procesos de subjetivación política en curso, veamos –a modo de ejemplo- la trayectoria de los movimientos populares en dos casos emblemáticos de la historia latinoamericana reciente: Bolivia y Argentina.

3. La experiencia argentina

Los procesos de subjetivación política de la historia argentina reciente pueden visualizarse a partir de la tensión entre experiencias de subalternidad, antagonismo y autonomía.

Una matriz radicalmente subalterna caracteriza la conformación de subjetividades a partir de la dictadura militar iniciada el 24 de marzo de 1976, la cual arrasó la acumulación de experiencias y las dinámicas de conformación de sujetos y actores políticos que iniciaron con el siglo y tuvieron momentos destacados en los años 20, 40 y 60.¹⁷ La generación *setentista* –peronista e izquierdista- fue blanco de un intento de *militanticidio*, la aniquilación de la figura social del militante que, en

¹⁷ Ver Pilar Calveiro, Desapariciones. Memoria y desmemoria de los campos de concentración argentinos, Taurus, Buenos Aires, 2001.

Argentina, constituía un actor central en las relaciones sociales y políticas en el campo popular.

Desde los años 60, distintas oleadas de antagonismo habían forjado, desde la experiencia de la insubordinación y la lucha, subjetividades que cultivaban terrenos de autonomía relativa. El movimiento peronista, desde la *resistencia* hasta el surgimiento de una nueva generación que se volcó en la Juventud Peronista y en Montoneros¹⁸, se había ampliado y diversificado la configuración político-ideológica de matriz sindical propia del esquema integrador y conciliador nacional-popular propio del ejercicio de gobierno de Juan Domingo Perón entre 1945 y 1955¹⁹. Entre las pugnas internas al peronismo, se abrían márgenes de maniobra tanto para una interpretación y una corriente de derecha –encarnada por la burocracia sindical (totalmente leal a Perón o semi-autónoma, véase el caso de Augusto Vandor) como, en particular, de izquierda –que incluía el sindicalismo evista, dirigentes como John William Cooke y acabó consolidando, en el quiebre generacional, su independencia organizativa con la formación de la JP y Montoneros.²⁰ Si bien ambos bandos remitían, en última instancia, a la incuestionable *conducción* del General, la ambigüedad con la que éste manejaba su arbitraje dejaba abiertos espacios de construcción de subjetividades políticas que, desde sus ámbitos de lucha, permitían experiencias de poder, algunas de ellas condimentadas de emancipación, otras simplemente ancladas en el ejercicio de la resistencia o de la insubordinación.

¹⁸ Ver Daniel James, Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006 y Pilar Calveiro, Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70, Norma, Buenos Aires, 2005.

¹⁹ Ver Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, Estudios sobre los orígenes del peronismo, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

²⁰ Ver Silvia Sigal y Eliseo Verón, Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista, Eudeba, Buenos Aires, 2003.

Por su parte, las izquierdas revolucionarias argentinas, en la diáspora ideológica y organizativa de los años 60, en una escala cuantitativamente menor al peronismo, sostenían una serie de experiencias políticas que, sin ambigüedades nacional-populares, fomentaban la conformación de subjetividades políticas antagonistas –forjadas al calor del conflicto y orientadas a la revolución- y en la medida de lo posible autónomas –ligadas tanto a la gestación de ámbitos liberados, de ejercicio de autodeterminación social, política e ideológica como animadas por un horizonte de emancipación integral: el socialismo. Tanto el Partido Comunista, como las distintas vertientes trotskistas y el naciente maoísmo argentino animaban luchas políticas, estudiantiles, sindicales y barriales así como iniciativas culturales, editoriales y de propaganda que repercutían en la conformación de colectividades e identidades políticas que constituían, en sí, experiencias de autonomía y tendían a prefigurar y sostener un proyecto de transformación revolucionaria de las relaciones sociales.

El golpe de 1976, truncando este proceso objetivo y subjetivo, abrirá un largo ciclo en el cual las dinámicas de participación política serán caracterizadas por la subalternidad, es decir por la experiencia de la subordinación enmarcada por la aceptación relativa de la dominación y, eventualmente, la resistencia a la misma. La larga noche del militarismo por medio de un sistemático disciplinamiento terrorista hundirá en las catacumbas a los sujetos políticos en formación y sólo en una forma atípica emergente de las condiciones dictatoriales- las Madres de Plaza de Mayo- desde la legitimidad y la especificidad de su demanda, logrará desafiar abiertamente al poder coercitivo de la Junta Militar.

Sin embargo, al final del túnel, con la salida de la junta militar y el retorno de la democracia electoral en 1983, no hubo suficiente luz para que se reactivaran el antagonismo y la autonomía como dinámicas de desarrollo de las subjetividades políticas. La subalternidad permaneció en las heridas

abiertas del militarismo y se reprodujo, sin cicatrizar, en los pilares hegemónicos de la nueva época: la transición a la democracia y el neoliberalismo. La primera, en un principio festejada como entierro de la dictadura, terminó operando fundamentalmente como instancia de legitimación de una normalización conservadora transformista –una revolución pasiva–, el segundo prolongó el proyecto reaccionario en el plano socio-económico en una larga secuencia de contrarreformas que fortalecían la dominación capitalista, liberando el capital de las ataduras sociales de la regulación estatal, abriendo la puerta a la privatización y la mercantilización de toda riqueza pública y colectiva. La transición a la democracia, promoviendo una lógica electoralista y radicalizando el principio de delegación, naturalizó las mediaciones partidarias y la separación entre clase política y ciudadanía. La democracia se redujo a una alternancia sin alternativa entre radicales y peronistas –renovados– sobre la base del consenso neoliberal. El equilibrio encontró su *climax* en el momento que la fórmula encabezada por Menem resultó particularmente eficaz para profundizar las reformas neoliberales –con un saldo de corrupción sin precedentes– manteniendo bajo control a los sindicatos y exaltando a las clases medias inflando artificialmente –por medio de la paridad peso-dólar– una efímera capacidad de consumo. Los saldos devastadores a nivel social permanecieron ocultos detrás de la puesta en escena menemista: las “relaciones carnales” con Estados Unidos y el mito de la grandeza primermundista argentina.²¹

A la sombra de la década menemista, en el abismo de la subalternidad, poco a poco, algunos sectores golpeados por el modelo fueron reactivando, desde la resistencia, procesos de subjetivación política que apuntaban a la recuperación de la capacidad antagonista. Aún envueltos en las sirenas de la negociación y la conciliación peronista, sectores obreros y de empleados

²¹ Ver Maristella Svampa, La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo, Taurus, Buenos Aires, 2005.

públicos (maestros en particular) animaron escisiones de la CGT, conformaron organizaciones sociales independientes e impulsaron la protesta. Por otra parte, recurriendo a una insospechable capacidad de organización y de lucha, sectores de desempleados así como los afectados por la bancarrota financiera del Estado (particularmente sensible en provincia) encabezaron una serie de pobladas que desenmascaraban el mito del progreso y de la modernización que enropaba a la opinión pública.²² En 1999, La emergencia de la protesta, aún marcada por la actitud defensiva propia de la resistencia, abrió la puerta a la derrota electoral del menemismo y al retorno del radicalismo, aliado con sectores disidentes del peronismo. Al mismo tiempo, rápidamente la ilusión del cambio se estrelló en la evidencia de la continuidad cuando no quedó duda que el gobierno encabezado por Fernando De la Rúa mantenía firme la orientación neoliberal al punto de nombrar a Domingo Cavallo –el arquitecto de la neoliberalización argentina– como ministro de economía. El desastre económico desembocó en 2001 en una quiebra de dimensiones descomunales –un hito en la historia de la globalización financiera– y en una crisis política cuya profundidad asombró el mundo. La indignación de la clase media frente al *corralito* se sumó a los agravios acumulados por los sectores populares y esta confluencia desembocó en un levantamiento en la Capital Federal que desafió el estado de sitio ordenado por el gobierno y provocó su caída, así como la de los siguientes cuatro intentos de nombrar un nuevo Presidente de la República.

23

Los acontecimientos callejeros del 19 y 20 de diciembre y sus consecuencias son ampliamente conocidos. El *19 y 20* –así nombran los argentinos el

²² La experiencia de Salta fue pionera y constituye un paradigma, al combinar la poblada con el piqueterismo. Varios, Piqueteros Mosconi: cortando las rutas del petróleo, Ediciones Madres de la Plaza de Mayo, Buenos Aires, 2006. Para una visión de conjunto ver Guillermo Almeyra, La protesta social en la Argentina (1990-2004), Ediciones Continente, Buenos Aires, 2004, en particular cap. 4 y 5.

²³ Raúl Zibechi, Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento, Espejo, México, 2004. Daniela Mariotti et al., Tiempos de rebelión: “que se vayan todos”. Calles y plazas en la Argentina 2001-2002, Antropofagia, Buenos Aires, 2007.

acontecimiento- marcó un parteaguas en la historia argentina, sancionando el derrumbe de un modelo y de un sistema. El modelo neoliberal y el sistema de partidos fueron temporalmente expulsados de la escena pública al grito de “Que se vayan todos, que no quede uno sólo”. El antagonismo se manifestó plenamente trazando una línea entre ellos y nosotros, una raya incandescente de experiencias de movilización, de lucha, de enfrentamiento, de insubordinación. Detrás del grito destituyente, el exorcismo no se completó porque no apareció un proyecto definido ni una subjetividad articulada –ni la clase, ni el pueblo, ni la multitud- capaces de sostener la edificación de un nuevo orden.

Sin embargo, en los escombros del viejo, más por necesidad que por vocación, proliferaron una serie de experiencias que combinaron la experiencia de la insubordinación, de la revuelta, con la construcción de ámbitos autónomos, la creación de relaciones basadas en la autogestión y la autodeterminación, experiencias de emancipación.²⁴ Estas experiencias se ramificaban en función de las necesidades y las expectativas. Necesidades de supervivencia que se tradujeron en redes de trueque, en asociaciones de cartoneros que organizaban la búsqueda de alimentos en la basura, necesidades de trabajo que se transformaron en ocupaciones de fábricas abandonadas por los patrones y en cortes de ruta para exigir empleos y subsidios. Expectativas de transformación de las relaciones sociales que, aunque acompañaran las experiencias anteriores, se expresaron más claramente en la efímera participación ciudadana en las Asambleas Barriales y en la más duradera militancia al interior de las organizaciones piqueteras.²⁵

²⁴ Ver, por ejemplo, Norma Giarraca y Gabriela Messuh (comps.), El trabajo por venir. Autogestión y emancipación social, Antropofagia, Buenos Aires, 2008.

²⁵ Ver Federico Schuster, Francisco Naishtat, Gabriel Nardacchione y Sebastián Pereyra (comps.), Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea, Prometeo, Buenos Aires, 2005.

En este florecimiento, los Movimientos de Trabajadores Desempleados, las Fábricas recuperadas y las Asambleas barriales fueron las tres expresiones más destacadas de la tendencia a la autonomía que florecía en el antagonismo.

Las Asambleas Barriales surgieron en Buenos Aires como reacción al estallido, para llenar el vacío político con la organización espontánea territorial en la cual se volcaba la *bronca* y el deseo de participación de las clases medias movilizadas por la crisis. Temporalmente llenaron de autonomía la disolución temporal de la subalternidad, pero no resistieron el reflujó del antagonismo y la normalización de la vida política a partir de 2003, mostrando en su breve trayectoria dos rasgos fundamentales de los procesos de subjetivación política: la fragilidad de la experiencia autónoma y la persistencia del peso inercial de la subalternidad.²⁶

Los MTD -las organizaciones piqueteras- cuyos orígenes preceden el estallido de diciembre de 2001, tuvieron una expansión espectacular en medio de la crisis cuando se posicionaron claramente como un polo de articulación de los excluidos, en particular el universo creciente de desempleados cuya única alternativa de sobrevivencia era la lucha para exigir condiciones mínimas de existencia. La experiencia antagonista de la insubordinación piquetera, tanto en provincia como en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, no sólo logró activar procesos de subjetivación política en un ambiente de disgregación, sino que ofreció una visibilidad que, a través de la lucha, permitía hacer llegar reivindicaciones y abrir negociaciones con las instancias de gobierno locales y federales. En el 19 y 20, los piqueteros si bien no destacaron por número frente al vuelco masivo de la clase media, fueron cualitativamente decisivos, por la solidez de su organización y su probada capacidad de sostener luchas callejeras. En los días, las semanas y

²⁶ Hernán Ouviaña, “Las asambleas barriales y la construcción de lo “público no estatal”: la experiencia en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires” en Bettina Levy y Natalia Gianatelli (compiladoras), La política en movimiento. Identidades y experiencias de Organización en América Latina, Buenos Aires, Clacso, 2008, pp. 65-102.

los meses posteriores a diciembre, los MTD crecieron exponencialmente, en particular en el conurbano bonaerense, epicentro de la crisis política. La proliferación del piqueterismo puso en evidencia distintas orientaciones y filiaciones que estallaron a partir de 2003, con la normalización kirchnerista. Al margen de la postura autonomista de la que hablaré más adelante, la experiencia piquetera de los primeros años, por encima de la subalternidad, aportó antagonismo y autonomía en la medida en que, desde la lucha y la insubordinación, los piqueteros no sólo forjaron una subjetividad relativamente independiente sino, a partir de ella, desarrollaron una serie de ámbitos colectivos de autodeterminación y de autogestión.²⁷

No obstante, ya a inicio de 2003, Maristella Svampa evidenciaba una serie de ambigüedades:

En suma, en el marco de este proceso de reconfiguración territorial, surge un nuevo proletariado, multiforme, plebeyo y heterogéneo que no sólo es el asiento de prácticas ligadas al asistencialismo y al clientelismo afectivo, promovidas central o descentralizadamente desde diferentes instancias y organizaciones, sino también el *locus* de nuevas formas de resistencia y prácticas políticas. (...) En suma, vistas “desde abajo”, las organizaciones piqueteras son muy ambivalentes, con diferentes inflexiones políticas, que van de la demanda de reintegración al sistema, a la afirmación de una radicalidad anticapitalista. A la vez, es un fenómeno fuertemente plebeyo, proclive a la acción directa, que apunta a la afirmación de lo popular, en cuanto ser negado, excluido y sacrificado en aras del modelo neoliberal.²⁸

Estas tensiones internas al campo piquetero estallaron en los años siguientes.

Las Fábricas Recuperadas conformaron la experiencia más clásica de autonomía surgida del antagonismo entre 2001 y 2002. A partir de la desindustrialización y de la crisis, pero en particular en coincidencia con los *lock out* por medio de los cual los patrones respondían a las huelgas o

²⁷ Ver Maristella Svampa y Sebastián Pereyra, Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras, Biblos, Buenos Aires, 2003 y Sebastián Pereyra, Germán J. Pérez y Federico L. Schuster (editores), La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001, Ediciones Al margen, Buenos Aires, 2009.

²⁸ Maristella Svampa, La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo. Taurus, Buenos Aires, 2005, pp. 196 y 279.

evadían la crisis financiera, en diversas oportunidades las temporales ocupaciones de fábricas se prolongaron en ejercicios de reactivación de la producción a partir de la autogestión obrera. Centenares de experiencias de este tipo se diseminaron en el país, algunas de ellas emblemáticas por su colocación espacial, como el Hotel Bauen en el centro de Buenos Aires, en la calle de Callao, o por su luminosidad política, como la Cerámica Zanon en el norte del país, la cual será un ejemplo particularmente exitoso tanto por la eficacia productiva que rápidamente demostró la gestión obrera como por la permanencia de valores anticapitalistas en las prácticas de convivencia que implementó el colectivo obrero que defendió e impulsó la autogestión.²⁹

Por otra parte, el terremoto antagonista abrió la puerta al repunte de visibilidad de las izquierdas radicales, trostkistas y maoístas, y permitió la entrada en escena de una vieja-nueva vertiente: el autonomismo.

Las izquierdas socialistas argentinas vieron en el 19 y 29 el ensayo general de la revolución y se sumieron en las movilizaciones buscando reclutar y radicalizar.³⁰ Gracias a la disciplina y el entusiasmo de sus militantes lograron expandir su influencia en diversas direcciones y alcanzar una visibilidad inédita –por lo menos desde la efímera experiencia de MAS morenista a mediados de los 80. Además de despertar simpatías en sectores juveniles radicalizados, las izquierdas trostkistas surgidas de la diáspora del MAS³¹ (PTS y MTS principalmente) lograron arraigar en las fábricas recuperadas, en las universidades, en el sindicalismo clasista y relacionarse

²⁹ Ver la investigación plasmada en Julián Rebón, La fábrica de la autonomía, Picaso, Buenos Aires, 2007 así como las referencias presentes en Susana Neuhaus, Hugo Calello et al., Hegemonía y emancipación. Fábricas recuperadas, movimientos sociales y poder bolivariano, Herramienta, Buenos Aires, 2006.

³⁰ Para un panorama de las organizaciones y las posturas de este universo ver Varios, Las izquierdas en la política argentina, Divino Tesoro, Buenos Aires, 2007.

³¹ Para una historia del morenismo ver la antología de Ernesto González (coordinador), El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 1995-2006, cuatro tomos.

con sectores piqueteros. El Partido Obrero³², otra vertiente del trotskismo – antimorenista en este caso- tuvo un crecimiento espectacular en medio de la crisis, al punto que constituyó una organización piquetera propia: el Polo Obrero. El maoísmo argentino –el histórico PCR³³- había mantenido una presencia estable en algunas enclaves significativas por medio de su brazo sindical -la Corriente Clasista Combativa-: en el magisterio, en el empleo público y en los sectores populares de una zona del conurbado bonaerense, La Matanza, y en su bastión histórico, Córdoba.³⁴ Sólo el Partido Comunista, cargando la cruz de una historia llena de contradicciones y de errores³⁵, no aprovechó particularmente la coyuntura y sobrevivió gracias a sus bases indiscutiblemente sólidas: los recursos proporcionados por las cooperativas y su prolongación financiera, los bancos del Crédito Cooperativo.

La gran novedad ideológica del 19 y 20 fue la proliferación del autonomismo. Al interior del movimiento piquetero pero también en otras experiencias colectivas de la juventud argentina, se difundió una perspectiva que, inspirada por el anarquismo y el neo-autonomismo negriano, pregonaba la autodeterminación como norte de la acción política. El autonomismo sostenía la acción directa al margen de toda mediación institucional –estatal, partidaria o sindical- y apuntaba a la construcción de instancia de autogestión en todos los espacios de convivencia, empezando por las organizaciones piqueteras y pasando por todos los colectivos que brotaron en la crisis en torno a diversas temáticas y actividades. La autonomía se expresaba tanto en la forma –la democracia directa, el asambleísmo y la horizontalidad- como en el contenido –la emancipación construida en la

³² Para elementos de historia del PO ver Osvaldo Coggiola, Historia del trotskismo en Argentina y América Latina, Ediciones RYR, Buenos Aires, 2006.

³³ Para elementos de historia del PCR ver Jorge Breca, El maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas, Agora, Buenos Aires, 1997.

³⁴ Ver los capítulos 8 y 9 de La huella piquetera, op. cit., respectivamente sobre el Polo Obrero y la CCC.

³⁵ Ver Daniel Campione, “El Partido Comunista Argentino. Apuntes sobre su trayectoria” en Concheiro, Modonesi y Crespo, op. cit., pp. 167-215.

experiencia de la vida cotidiana.³⁶ Esta perspectiva circuló ampliamente en medio de la efervescencia participativa del bienio 2001-2002 y dio sentido a un sin número de prácticas de autogestión, en los MTD, en las Fábricas Recuperadas, en las Asambleas Barriales y otras iniciativas colectivas. La difusión del autonomismo fue una consecuencia de la crisis de la política tradicional manifestada en la consigna central de las movilizaciones del 19 y 20 –“Que se vayan todos”– lo cual correspondía a la destitución de los políticos y una reapropiación de la política desde abajo, desde la experiencia y la práctica directa. Esta coincidencia explica tanto el auge coyuntural como la posterior caída del autonomismo.

Ni la hipótesis de la construcción de una fuerza revolucionaria pregonada por las izquierdas socialistas, ni la dispersión del poder sostenida por los autonomistas prosperaron. Para finales de 2002 quedó claro que no se habían ido todos sino que, una vez más, sería al interior de la gran familia peronista que iban surgir los liderazgos que iban a restablecer el poder de una clase política. Terminada la experiencia antagonista, delimitada y encapsulada la experiencia autonómica, reaparecían con toda su fuerza las claves de la subalternidad en la modalidad “afectiva” del “peronismo infinito”, para usar una fórmula de Svampa. Ya el gobierno transitorio de Eduardo Duhalde mostró que el peronismo –depurado de las aristas menemistas– tenía recursos discursivos y herramientas clientelares y asistenciales que podían ser un eficaz instrumento de desmovilización consensuada y de articulación de un nuevo bloque de poder nacional-popular. La implementación de los Planes Trabajar y Jefas y Jefes de Hogar permitió tranquilizar a los sectores más agitados y negociar con partes significativa de aquel sector que había mostrado más independencia y

³⁶ Ver, por ejemplo, algunos textos en los cuales aparecen referencias explícitas al autonomismo, Colectivo Situaciones, Piqueteros. La rivolta argentina contra el neoliberalismo, DeriveApprodi, Roma, 2003; Varios, Reflexiones sobre poder popular, El Colectivo, Buenos Aires, 2007. En particular, ver los balances sobre el autonomismo argentino de Hernán Ouviaña, “La autonomía urbana en territorio argentino” y Martín Bergel “En torno al autonomismo argentino” en Albertani, Rovira, Modonesi, op. cit., pp. 245-284 y 285-325; y los capítulos 11 a 14 de La huella piquetera, op. cit.

espíritu combativo y cuya desmovilización no estaba garantizada por el simple retorno a la normalidad institucional: los grupos piqueteros.

La posterior victoria electoral en 2003 de Néstor Kirchner -contra un Menem temporalmente resucitado por la crisis- sancionó, más a nivel discursivo que práctico, el abandono del neoliberalismo y el nostálgico retorno de la política peronista clásica. Siguiendo los pasos de Duhalde -mientras socavaba su poder en el aparato del Partido Justicialista- el nuevo presidente y su esposa Cristina impulsaron una serie de políticas que reencauzaron a la Argentina hacia la “normalidad”, tranquilizando a las clases medias, cooptando a los sectores piqueteros más afines a la ideología peronista y más dispuestos a negociar un intercambio entre paz social y recursos económicos que les permitían consolidar clientelas y bases sociales. Al mismo tiempo, en dos temáticas particularmente sensibles, los Kirchner construyeron las bases de un consenso en torno a su proyecto de renovación nacional-popular: los derechos humanos y la deuda externa. Por una parte, asumieron una postura firme en contra de la impunidad, volviendo a abrir los juicios en contra de los militares responsables de las atrocidades cometidas durante los gobiernos de la dictadura. Con ello recibieron el apoyo de la opinión pública y de los grupos de defensa de los derechos humanos, en particular las Madres de Plaza de Mayo y Hebe de Bonafini quien, de opositora irreductible a todo ocupante de la Casa Rosada, se convirtió en una apasionada aliada del gobierno. Por otra parte, liquidaron la deuda con FMI, aún a costa de la deuda interna, refrescando un discurso antimperialista que les valió el apoyo de los que no olvidaban los excesos de las “relaciones carnales” y de la transnacionalización de la economía argentina. Sin embargo, detrás de la retórica nacionalista, el crecimiento de la economía del país -presentado bajo el ropaje clásico del desarrollismo nacionalista- era sostenido e impulsado por una acelerada dinámica agro-exportadora, ligada en particular al auge de la soya transgénica y la minería a cielo abierto que encontraba en el extenso territorio argentino el espacio ideal para la

realización de ganancias extraordinarias. Finalmente, aún en medio de una renovada intervención estatal por medio del asistencialismo clientelar y de alguna nacionalización más escenográfica que substancial (los correos por ejemplo), el desempleo y la exclusión no desaparecieron de la Argentina, simplemente volvieron a cauces menos dramáticos que, comparados con los años anteriores, parecían aceptables a la mayoría de la población, ansiosa de recuperar niveles de poder adquisitivo.³⁷

En medio de este proceso, la reconfiguración de las relaciones de dominación se asentaba en un aggiornamento del modelo hegemónico nacional popular que proyectaba a la subalternidad como la forma principal –central, ordenadora y sobredeterminante- de reconfiguración de las subjetividades políticas. La normalización institucional y el renovado protagonismo estatal expulsaban el antagonismo a las orillas del sistema, como esporádico recurso a la lucha por parte de siempre más reducidos e menos influyentes grupos independientes. De la misma manera las experiencias autónomas quedaban marginadas, destinadas a la inanición o a una supervivencia periférica, lejos de cualquier posibilidad de expansión o profundización.

En este contexto de dispersión y disolución, no sorprende que volvieran a cobrar visibilidad y presencia sectores de trabajadores históricamente organizados en forma sindical, que sea la vieja CGT reunificada u otras organizaciones sindicales sectoriales o generales como la CTA. Al margen de su carácter más o menos clasista o burocrático, se trata de instancias sólidas y duraderas, surgidas en torno a la dialéctica entre aceptación relativa de la dominación y la resistencia que se refleja en posturas defensivas que llevan a la búsqueda de negociaciones para ajustar sin cuestionar el perímetro de la subordinación.

Desde 2008, el gobierno de Cristina, quién sucedió a su esposo Néstor, quiso recuperar vía impuestos parte de las ganancias extraordinarias derivadas de

³⁷ Para un balance, ver Svampa, Cambio de época, op. cit.

las exportaciones agrícolas para financiar políticas públicas que compensaran el dinamismo del libre mercado y dieran substancia monetaria a la retórica estatalista. La resistencia a estas medidas se transformó en una sostenida e imponente resistencia del “campo” argentino, en la cual confluyeron tanto la Sociedad Rural, la vieja cámara corporativa de la oligarquía terrateniente, como otras organizaciones de rasgos clasistas menos escandalosos, como el Federación Rural y el MOCASE. La disputa con el “campo” sirvió para acentuar la retórica nacional popular del kirchnerismo, ordenando el conflicto al viejo estilo peronista: el pueblo contra la oligarquía. En medio de la semi-parálisis subalterna de la gran mayoría de las organizaciones sociales y políticas, la desesperación por recuperar una visibilidad opositora llevó a algunos grupos de la izquierda radical –en particular la CCC y algún grupo trotskista- a apoyar a las movilizaciones del “campo”, aún cuando en ellas destacaban la presencia de la oligarquía terrateniente.

Sin embargo, a pesar de esta reconfiguración subalterna de los procesos de subjetivación política, las experiencias antagonistas de insubordinación y de autonomía que se difundieron en Argentina en los últimos años quedan esculpidas en la memoria colectiva, son componentes esenciales de un salto cualitativo en la politización que, aún en el reflujo, permanece tanto en estado de latencia como en la permanencia de prácticas y realidades que subsisten como formas de asociación y acción colectiva al interior de un archipiélago de las resistencias, en el cual la desconexión y la falta de proyección no elimina del todo el potencial de articulación y de reserva estratégica frente a nuevas coyunturas.

En conclusión, aún por medio de una panorámica general y de un ejercicio sintético de carácter interpretativo, la historia reciente argentina puede ser leída e iluminada a través de los conceptos de subalternidad, antagonismo y autonomía. Esta lectura muestra tanto la emergencia de formas específicas

de subjetivación política en momentos determinados como la permanencia de combinaciones desiguales y de tendencias contradictorias a lo largo del tiempo.

4. La experiencia boliviana

En un ejercicio similar al anterior, analizaremos los procesos de subjetivación política en los movimientos populares en la historia boliviana reciente a la luz de los conceptos de subalternidad, antagonismo y autonomía y de sus combinaciones y articulaciones.

La historia de Bolivia está atravesada por configuraciones subalternas de largo, mediano y corto plazo. En el largo plazo, desde la colonia, la subordinación de la población indígena conformó una relación de mando-obediencia que se mantuvo en el tiempo, al punto que sigue a la orden del día el tema de la descolonización del Estado y la sociedad boliviana. En el mediano plazo, entre la emergencia de subjetividades antagonistas en las cíclicas rebeliones indígenas³⁸ y el papel revolucionario del movimiento obrero –minero en particular- en los años 40 y 50³⁹, la subalternidad volvió a ocupar un lugar central como patrón de configuración de relaciones de subordinación en el marco de nuevos pactos estatales. En este sentido, la misma revolución de 52 resulta de un proceso de subjetivación antagonista y de la construcción de experiencias de autonomía pero la construcción estatal nacional popular que le correspondió vuelve a teñirse rápidamente de

³⁸ Forrest Hylton, Felix Patzi, Sergio Serulnikov, Sinclair Thompson, Ya es otro tiempo el presente. Cuatro momentos de insurgencia indígena, Muela del Diablo, La Paz, 2003.

³⁹ Las tesis de Pulacayo de la Federación Minera de 1946 marcan un punto de inflexión en relación con una postura clasista revolucionaria y por lo tanto sintetizan y proyectan el proceso de subjetivación antagonista.

subalternidad.⁴⁰ La misma secuencia puede observarse, con una densidad temporal distinta y con rasgos específicos, entre la Asamblea Popular de 1971 y el pacto militar-campesino impulsado desde el golpe de Barrientos. Por otra parte, aún en el marco de su subordinación histórica, las comunidades indígenas conservaron reservas de antagonismo –manifestado en las rebeliones- y de autonomía –expresada por la sobrevivencia y reproducción de ámbitos y márgenes de autodeterminación y autogobierno en los *ayllus* y las *markas*.⁴¹

En efecto, en este panorama “abigarrado” de las subjetividades políticas -de combinaciones desiguales de subalternidad, antagonismo y autonomía- tanto el militarismo como el disciplinamiento coercitivo –desde el golpe de Barrientos pero con más fuerza desde 1978 con la dictadura de Bánzer, así como a lo largo de los años de implementación del neoliberalismo como proyecto hegemónico –en varios formatos partidarios y bajo distintos liderazgos presidenciales- se desplegaron una serie de proyectos reaccionarios orientados a homogeneizar y someter a los procesos de subjetivación política a una rígida lógica de subordinación.⁴²

Sin embargo, la permanencia subterránea de experiencias, prácticas y dinámicas antagonistas y autonómicas, aún sumergidas en 30 años de reestructuración de la dominación militar-oligárquico-capitalista, permite entender la irrupción indígena, campesina y popular que, entre 2000 y 2005, derrumbó el orden político y abrió un nuevo capítulo de la historia boliviana. La secuencia de movilizaciones de 2000-2005 remite a una acumulación,

⁴⁰ René Zavaleta Mercado, Lo nacional-popular en Bolivia, Plural, La Paz, 2008. René Zavaleta, 50 años de historia, Los amigos del libro, La Paz, 1998. René Zavaleta, La caída del MNR y la conjuración de noviembre, Los amigos del libro, La Paz, 1995. René Zavaleta (comp.), Bolivia hoy, Siglo XXI, México, 1983.

⁴¹ Ver el capítulo “Genealogía del ayllu” en Raúl Prada, Subversiones indígenas, CLACSO-Muela del Diablo, Buenos Aires, 2009. Luis Enrique López y Pablo Regalsky (editores), Movimientos indígenas y Estado en Bolivia, Plural, La Paz, 2005.

⁴² Álvaro García Linera, La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia, Prometeo-CLACSO, Buenos Aires, 2008.

bajo el manto de la subordinación, de experiencias de insubordinación y de emancipación que salieron a la luz y se desplegaron a lo largo de una ininterrumpida irrupción que dio cuerpo a una rebelión y proyectó las posibilidades y los procesos de emancipación más allá de los ámbitos restringidos –subalternos- en los cuales estaban recluidos.

Veamos algunos pasajes y ámbitos particularmente significativos de los procesos de subjetivación política que marcaron la historia boliviana reciente.

No cabe duda que el movimiento cocalero ha ocupado un lugar privilegiado en la escena política boliviana al punto de constituirse en el núcleo articulador de la alianza popular que subyace al actual gobierno de Evo Morales –quien sigue siendo el dirigente oficial de la federación de sindicatos cocaleros del Trópico cochabambino. El proceso de la conformación de la subjetividad política cocalera está marcado por la lucha en defensa de la hoja de coca. Éste conflicto fue el eje en torno al cual se fue constituyendo una organización social y política -a partir de comunidades de formación reciente- que necesariamente proyectó la resistencia más allá de la subalternidad de cara a la imposibilidad de negociación del pacto de dominación, que se presentaba como agresión constante por parte del Estado, por medio de la erradicación forzosa de los cultivo de coca, llevada a cabo a través del ejército. En el proceso de lucha, además de la experiencia antagonista, el recurso a prácticas y experiencias de autonomía, de autogobierno y autodeterminación –además de ser demandas y reivindicaciones frente al Estado- fue funcional a dar la cohesión y la fuerza necesaria para sostener el conflicto. Entre antagonismo y autonomía, el movimiento cocalero fue forjándose como una subjetividad política capaz de impedir la imposición de la subordinación. Su proyección en términos de contrapoder se manifestó claramente a la hora de formar un “instrumento político” –el Movimiento al Socialismo (MAS), un partido que le dio alcance

nacional y fortaleció su presencia local.⁴³ La acumulación de experiencias antagonistas y autónomas a lo largo de los años previos al 2000 permitirá a los cocaleros presentarse como una subjetividad política adecuada para protagonizar y aprovechar el ciclo de rebelión.

El ciclo rebelde boliviano inicia en Cochabamba en el año 2000 con la llamada “guerra del agua”. La victoriosa lucha contra de la privatización del agua que protagonizó la Coordinadora de Defensa del Agua y la Vida se basó en un proceso de subjetivación política en la cual confluyeron sectores sociales diversos, articulados en torno a una experiencia antagonista pero también, paulatinamente, a un proyecto y una experiencia de autonomía, de autorganización y autogestión.⁴⁴ La convergencia de esta formación original y particularmente rica de combinaciones con otros movimientos –cocaleros de la misma región y aymaras del altiplano- fue el ensayo general de la coalición popular que en 2003 derrocará al gobierno neoliberal de Sánchez de Lozada. Por otra parte, de la voluntad de la Coordinadora de reorientar en términos emancipatorios la historia boliviana surgirá una demanda que se convertirá en un eje de convergencia en los años posteriores: la Constituyente.

Simultáneamente, en el altiplano occidental, las comunidades aymaras vivieron un momento de enfrentamiento con el gobierno mostrando, una vez más, que la aceptación de la subordinación y el rasgo subalterno del mundo indígena no impedía el desarrollo de experiencias y prácticas autónomas que permitían recurrir, frente a agravios considerados inaceptable, a experiencias y prácticas antagonistas, de franca insubordinación. En el levantamiento de Ayacachi en la provincia de Omasuyos y el bloqueo de caminos del 2000 afloraba esta acumulación histórica que remitían en la

⁴³ Hervé do Alto, “El MAS-IPSP boliviano, entre la protesta callejera y la política institucional” en Karin Monasterios, Pablo Stefanoni, Hervé Do Alto (editores), Reinventando la nación en Bolivia. Movimientos sociales, Estado y poscolonialidad, CLACSO-Plural, La Paz, 2007, pp. 71-110.

⁴⁴ Ver el texto, ya clásico, de Álvaro García, Raquel Gutiérrez, Raúl Prada y Luis Tapia, El retorno de la Bolivia plebeya, Comuna, La Paz, 2000, ver también de los mismos autores Tiempos de rebelión, Comuna, La paz, 2001.

mediana duración al katarismo, los *ayllus rojos*, el EGTK y el liderazgo de Felipe Quispe, el Mallku, quien -desde 1998- encabezaba la CSUTCB, la confederación campesina boliviana.⁴⁵

Los procesos de subjetivación política de las comunidades aymaras tenían una extensión en El Alto, una ciudad adyacente a La Paz cuya composición demográfica la configuraba como una proyección urbana del mundo indígena campesino del altiplano. Junto al disciplinamiento propio de la explotación capitalista, en los años 80 y principio de los 90, las dinámicas de politización en El Alto fueron canalizadas en forma subalterna al interior de CONDEPA, un partido populista encabezado por un extravagante líder carismático. A su muerte, empezó una rápida disgregación y la estructura de participación política que le sobrevivió -la FEJUVE- quedó entrampada entre el clientelismo político y la autorganización.⁴⁶ Sin embargo, aún en medio de la sobreposición contradictoria de subalternidad y autonomía, en ocasión de las movilizaciones de 2003, la primera guerra del Gas, los pobladores aymaras del Alto destacaron por su combatividad y organización a la hora de bloquear los caminos hacia La Paz y poner en jaque el Estado de sitio decretado por el presidente Sánchez de Lozada, Goni. La experiencia antagonista de esas jornadas de guerrilla urbana dejó una huella durable en la medida en que proyectó y fortaleció el carácter autónomo de las Juntas de vecinos federadas en la FEJUVE, mostró el ánimo combativo de la COR-El Alto y forjó una juventud rebelde, la cual además contaba con una escuela

⁴⁵ Ver Raquel Gutiérrez, Los ritmos del Pachakuti, Tinta limón, Buenos Aires, 2009, cap. II.

⁴⁶ Ver Sidney Orozco Ramírez, Álvaro García y Pablo Stefanoni, “No somos juguete de nadie”. Análisis de la relación de movimientos sociales, recursos naturales, Estado y descentralización, Plural, La Paz, 2006; Luis A. Gómez, El Alto de pie. Una insurrección aymara en Bolivia, Comuna, La Paz, 2004; Raúl Zibechi, Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales, Tinta Limón, Buenos Aires, 2006; Pablo Mamani Ramírez, Microgobiernos barriales. Levantamiento de la ciudad de El Alto (octubre 2003), CADES-IDIS-UMSA, La Paz, 2005.

de formación política, la Universidad Popular del Alto (UPEA), reciente conquista de las movilizaciones de los pobladores.⁴⁷

En la guerra del Gas de 2003, el *octubre* boliviano, irrumpió en la escena una fuerza popular –que algunos llamaron multitud- por medio de la experiencia del antagonismo y del ejercicio de contrapoder -expresado como poder de veto- que impidió que se llevaran adelante las iniciativas neoliberales.⁴⁸ Sin embargo, a la destitución de Goni siguió una negociación entre el MAS y los partidos tradicionales -una pausa subalterna- que llevó a un gobierno de transición encabezado por Carlos Meza pero bajo tutela del MAS.⁴⁹

El incumplimiento de las promesas relacionadas con la nacionalización del gas natural y la convocatoria a una constituyente así como la presión constante por parte de los sectores movilizados y su ejercicio de contra poder, llevaron en 2005 a la renuncia de Meza en medio de una crisis en la cual una nueva irrupción popular descarriló un intento de plena restauración oligárquica y neoliberal. En este segundo episodio de rebelión se vio con mayor claridad una línea de tensión y fractura entre el proyecto del MAS y de Evo Morales y las intenciones de otros sectores organizados como la Coordinadora, la COB y los sectores aymaras encabezados por Quispe, un desfase entre la radicalidad antagonista y autónoma expresada

⁴⁷ Ver Florencia Puente y Francisco Longa, “El Alto: los dilemas del indigenismo urbano. Entre la insurrección y el clientelismo” en Maristella Svampa y Pablo Stefanoni (comps.), Memoria, insurgencia y movimientos sociales, CLACSO-El Colectivo, Buenos Aires, 2007, pp. 97-123. Pablo Mamani Ramírez, Geopolíticas indígenas, CADES, La Paz, 2005.

⁴⁸ Ver Álvaro García, Raúl Prada, Luis Tapia, Memorias de octubre, Muela del Diablo, La Paz, 2004 y Raúl Prada, Largo octubre, Plural, La Paz, 2004. El debate sobre la pertinencia de la noción de multitud será retomado en Toni Negri, Michael Hardt, Álvaro García, Luis Tapia, Imperio, multitud y sociedad abigarrada, Muela del Diablo-CLACSO, La Paz, 2008.

⁴⁹ Para una recapitulación de los acontecimientos ver Hugo José Suárez, Bolivia. País Rebelde (2000-2006), El Colegio de Michoacán, México, 2007 y Hugo José Suárez, Una semana fundamental (10-18 de octubre de 2003), Comuna, La Paz, 2003.

en las movilizaciones y la idea de consolidación estatal del poder y la lógica de alianzas que planteaba el MAS.⁵⁰

En efecto, a partir de su crecimiento tanto electoral como de su capacidad de construir alianzas, el MAS se colocó en el centro de la escena política y logró articular a su alrededor un bloque socio-político nacional capaz de expresarse como mayoría en las urnas y llevar a la Presidencia de la República a su líder: Evo Morales.⁵¹

Hasta la victoria electoral del MAS y de Evo Morales, la raíz comunitaria de la politización, el ejercicio de poder de veto, la capacidad de crear crisis no sólo de gobierno sino de régimen y la construcción de contrapoder popular fueron ingredientes de uno de los procesos políticos más sobresalientes de la historia latinoamericana. La irrupción política de los movimientos en Bolivia y su incontenible desborde representó la manifestación más plena de los rasgos antagonistas que marcaron las movilizaciones populares en América Latina a partir del inicio del milenio. Combinando la experiencia comunitaria de origen prehispánico y la tradición sindicalista minera, la politización se aceleró exponencialmente y recorrió caminos que recuerdan los procesos de acumulación de fuerzas del pasado, cuando la forma partido era instrumental, derivada del movimiento popular como cristalización de experiencias de antagonismo y autonomía.

La victoria electoral y la asunción del primer presidente indígena coronó la estrategia de construcción de poder y, al mismo tiempo, marcó un quiebre en las dinámicas antagonistas y autonómicas de los proceso de subjetivación política, propiciando el repunte de aspectos, prácticas y experiencias subalternas en el marco de combinaciones y articulaciones específicas entre las primeras y las segundas.

⁵⁰ Es la tesis de Raquel Gutiérrez Aguilar, Los ritmos del pachakuti, op. cit.

⁵¹ Ver, en este sentido, el artículo de García Linera, “La lucha por el poder en Bolivia” en Álvaro García, Luis Tapia, Oscar Vega y Raúl Prada, Horizontes y límites del estado y del poder, Muela del Diablo, La Paz, 2005, pp. 11-74.

Después del triunfo electoral, sin forzar el paso, el gobierno de Evo emprendió inmediatamente una serie de reformas antineoliberales, de recuperación de la soberanía por medio de la nacionalización del gas y de alianzas internacionales y de redistribución de la riqueza por medio de una política social orientada hacia los sectores populares.

Sin embargo, el tema político-institucional fue el eje de la contienda con la oposición y se convirtió en el ámbito fundamental de definición del perfil y de la línea gubernamental. Las resistencias de la oligarquía, atrincherada en la media luna conformada por los departamentos orientales, frente al gobierno del MAS y en particular a su voluntad de refundar la república boliviana mediante una nueva constitución, llevaron –después de forcejeos– a una negociación sobre la convocatoria a la Constituyente que sancionaba la centralidad de los partidos políticos por encima de las múltiples formas de organización social que habían prosperado en los años en medio de las experiencias de antagonismo y autonomía que caracterizaron el ciclo rebelde boliviano.⁵²

Por otra parte, más allá de la voluntad expresada por sus dirigentes de dar vida al gobierno de los movimientos⁵³, el MAS asumió el papel de mediación entre las demandas sociales y el aparato estatal -reproduciendo y actualizando prácticas clientelistas y asistencialistas- y viviendo una institucionalización acelerada al asumir paulatinamente el papel de una instancia de gestión del conflicto, una agencia de reclutamiento de

⁵² Escribe Luis Tapia: “La ley de convocatoria le permitió al MAS trabajar en la configuración ampliada de una nueva forma de monopolio de la política en torno al sistema de partidos”, (...) (El MAS...) “desarma el tipo de contenido que deseaba una buena parte de las organizaciones que la imaginaron y promovieron, en tanto esta tendría que reducir el monopolio partidario de la política y ampliar la democracia en el país.” (...) (El MAS...) “ha llevado, a través de este tipo de negociaciones con una buena parte de las organizaciones de la sociedad civil, la política a un nivel más corporativo.” Luis Tapia, “Las temporalidades de la política post electoral” en *OSAL*, núm. 21, CLACSO, Buenos Aires, p. 250, 251 y 252.

⁵³ Álvaro García Linera, “¿Cómo salir del neoliberalismo?” en *Memoria*, núm. 214, México, diciembre de 2006.

funcionarios y de intensificar sus funciones de maquinaria electoral. Al mismo tiempo no dejó de ser un instrumento político de movilización y de articulación popular, lo cual se reflejó en la aprobación de una Constitución que recogió y reflejó en gran parte las demandas y los anhelos de las luchas de los años anteriores, inaugurando la descolonización, institucionalizando el multiculturalismo y sentando las bases de una reapropiación de soberanía nacional así como de una intervención estatal orientada a la redistribución de la riqueza. Al mismo tiempo, en sus definiciones programáticas, la formulación constitucional combinó una orientación nacional popular – estatalista y desarrollista- con una apertura hacia las autonomías y el autogobierno de las comunidades y los colectivos.⁵⁴ En esta ambigüedad reside una tensión irresuelta sobre el rumbo de la transformación y sobre quiénes serán sus protagonistas.

Por otra parte, el conflicto con la oligarquía de la media luna oriental ocupando el centro de la agenda política, evitó que las tensiones u las contradicciones internas al movimiento popular estallasen.⁵⁵ Las amenazas y los riesgos reales de un golpe o de una secesión compactaron las diferencias y justificaron un manejo cauteloso y algo conservador del gobierno de Evo de las relaciones con la oposición. La personalización del mando -el evismo⁵⁶- y la centralización política en el MAS fueron y son recursos de poder que, presentados en nombre de la eficacia decisional, sacrificaron el desarrollo de las experiencias antagonistas y autonómicas de las subjetividades que emergieron a lo largo del proceso. La disciplina requerida para garantizar la

⁵⁴ Álvaro García, Luis Tapia y Raúl Prada, La transformación pluralista del Estado, Muela del Diablo, 2007. Raúl Prada Alcoveza, Horizontes de la Asamblea Constituyente, Yachaywasi, La Paz, 2007 y Raúl Prada, “Análisis de la nueva Constitución Política del Estado” en *Crítica y Emancipación*, CLACSO, Buenos Aires, 2008, pp. 35-50.

⁵⁵ Una advertencia en este sentido fue un conflicto entre mineros -cooperativistas y asalariados- en Huanuni en 2006, ver al respecto Gutiérrez y Mokrani, op.cit..

⁵⁶ En particular sorprende que el vicepresidente de Bolivia caracterice al movimiento con una fórmula caudillesca adjetivada en términos populistas, ver Álvaro García Linera, “El evismo, lo nacional popular en acción” en *OSAL*, núm. 19, CLACSO, Buenos Aires, enero-abril de 2006, pp. 1-8.

consolidación de la conquista del poder, lo identifica con determinadas estructuras de poder –estatales y partidarias- y subordina otros procesos.⁵⁷ La lógica de la subalternidad aflora en medio del triunfo del antagonismo y de la posibilidad de ampliación de las experiencias de autonomía.

En efecto, más allá de las urgencias y las prioridades de los dirigentes, es evidente que la presencia de un gobierno popular crea un clima propicio para la desmovilización o la movilización subordinada, así como favorece la reproducción de formas y prácticas subalternas que nunca desaparecieron del todo sino que pasaron a segundo plano en tiempos en donde el antagonismo y la autonomía marcan los procesos de subjetivación política. El retorno de la subalternidad no se explica simplemente por la supuesta traición de los dirigentes o por el oportunismo de los que se montaron sobre el triunfo del MAS o que asumieron que la conquista del poder era la oportunidad para la acumulación privada. La subalternidad se asienta en la experiencia de la subordinación, la cual arraiga en la larga duración y vuelve a ser determinante en cuanto se difuminan sus contrapartes, las experiencias de insubordinación y de emancipación. En este sentido, en el contexto del ejercicio de gobierno de Evo y del MAS, afloran tendencias subalternas, las cuales sin duda pueden ser fomentadas o aprovechadas en aras de un determinado proyecto político.

Por otra parte, el ciclo rebelde boliviano deja un legado de experiencias antagonistas y autonómicas que no se borran de un plumazo ni desaparecen en una coyuntura. Su raíces históricas así como su desborde entre 2000 y 2005 garantizan una acumulación política que tiñe los procesos de subjetivación y que impide la simple restauración de la subalternidad,

⁵⁷ Ver Pablo Stefanoni, “Las tres fronteras de la revolución de Evo Morales: neodesarrollismo, decisionismo, multiculturalismo” en Maristella Svampa y Pablo Stefanoni (comps.), Memoria, insurgencia y movimientos sociales, CLACSO-El Colectivo, Buenos Aires, 2007, pp. 67-96 Raquel Gutiérrez y Dunia Mokrani, “Bolivia a un año de gobierno de Evo Morales: elementos para un balance” en López Castallanos y Oliver, op. cit., pp 263-294.

menos aún en el contexto de un gobierno surgido de estas experiencias y vinculado al cumplimiento de una serie de reivindicaciones, las cuales no se reducen a la simple distribución de la riqueza sino a la distribución del poder, es decir al ejercicio del poder hacer.

La subalternidad, en medio de la latencia del antagonismo y la permanencia de dinámicas de autonomía y autorganización⁵⁸, atraviesa la reconfiguración de las subjetividades en la Bolivia actual y se traduce en una serie de combinaciones diversas y desiguales. La acelerada dinámica socio-política boliviana, aunada a la incertidumbre ligada al conflicto con la oligarquía occidental, no permite fijar hipótesis de composición pero garantiza que los procesos de subjetivación seguirán desarrollos precipitados, marcados por la tensión y la articulación entre subalternidad, antagonismo y autonomía.

5. Los laberintos del cambio de época: entre subalternidad, antagonismo y autonomía

A la luz de estos ejercicios interpretativos sobre la historia reciente de la Argentina y de Bolivia, tracemos algunas hipótesis sobre los principales desafíos y bifurcaciones que caracterizan un cambio de época a escala latinoamericana.

El inicio de un nuevo ciclo de movilización en América Latina fue sin duda la experiencia política fundamental que cimbró el orden real y simbólico y

⁵⁸ Ver un balance en este sentido en Marxa Chávez, “Sobre los movimientos sociales en Bolivia: autonomía/autorganización y su relación con el Estado” en Marxa Chávez et al., Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia, Tercera Piel, La Paz, 2006, pp. 11-60. El conjunto de los ensayos de este libro colectivo aborda esta problemática crucial. Un panorama descriptivo de los movimiento sociales boliviano puede verse en Álvaro García Linera (coord.), Sociología de los movimientos sociales en Bolivia, Diakonia-Oxfam, La Paz, 2005.

volvió a proyectar a los procesos de subjetivación política en el terreno del antagonismo, rebasando la matriz subalterna provocando un escenario de crisis hegemónica y abriendo procesos y horizontes de emancipación.

Sin embargo, aún en la emergencia del antagonismo y de la autonomía, no desaparecieron las inercias propias de la subalternidad, las cuales volvieron a aflorar de la latencia y cobraron fuerza en cuanto la dinámica antagonista disminuyó su intensidad y las experiencias de autonomía no se consolidaron o quedaron dispersas o marginales.

En un contexto de reflujo de las luchas apareció con claridad tanto la dificultad –detrás de un ejercicio de contra poder- de consolidar ámbitos de poder hacer que pudieran ser expansivos y orientar hacia la emancipación integral el proceso histórico latinoamericano. Los límites del antagonismo – inherentes al carácter no permanente del conflicto y la lucha- y de autonomías parciales y desarticuladas volvieron a abrir la puerta a las tendencias hacia la integración o subordinación de los movimientos socio-políticos a los partidos institucionales, los aparatos gubernamentales o los liderazgos carismáticos.

Los ejemplos de Bolivia y Argentina muestran como desenlaces institucionales distintos no dejan de abrir la puerta a la reactivación de la subalternidad como dimensión fundamental de los procesos de subjetivación política. Al mismo tiempo, esta problemática afloró a lo largo y ancho de América Latina. Para poner otro ejemplo, en Ecuador, el recorrido de la CONAIE desde el levantamiento de 2001, pero en particular en el gobierno de Lucio Gutiérrez, suscitó reflexiones autocríticas y un debate particularmente significativo sobre los límites de las perspectivas de poder de los movimientos sociales en los marcos institucionales existentes que no

deja de rondar la coyuntura actual marcada por el reformismo del gobierno de Rafael Correa.⁵⁹

La tendencia a la recaída en la subalternidad al interior de un *aggiornamento* neodesarrollista se combina con la pulsión política hacia la participación y la incidencia en un contexto conflictivo en el cual aparece amenazante la plena restauración neoliberal y las presiones propias de las polarizaciones pueblo-oligarquía que no toleran fisuras en el campo popular.

La independencia y el capital moral de las organizaciones así como la orientación de los procesos de construcción de identidades y culturas políticas acumulados a los largo de experiencias de insubordinación y de emancipación son amenazadas por la cooptación y la frustración y, como contraparte, apareció la tendencia y la tentación de reacomodarse al interior de un nuevo pacto de dominación –oscilando en un neoliberalismo reformado, un indefinido retorno del desarrollismo nacional-popular y un hipotético socialismo del siglo XX- de un repliegue en las certidumbres de la subalternidad, de la negociación acotada en un marco de dominación establecido.

La constelación de experiencias latinoamericanas de relación entre gobiernos “progresistas” y movimientos socio políticos es diversa y requiere ser analizada como proceso y como tensión sin caer en idealizaciones articuladoras o rupturistas.⁶⁰ Un ejemplo de idealización articuladora se

⁵⁹ Escribe Ana María Larrea: “Para los movimientos sociales, la presidencia de Correa conlleva un doble desafío; por un lado, el de apoyar un régimen que enarbola y defiende sus planteamientos históricos sin hipotecar su fuerza acumulada y su autonomía; y por otro, aportar en la construcción del proyecto histórico liberador señalando fraternalmente los errores que el gobierno comete y puede cometer, sin que esto signifique alimentar los planteamientos conservadores de los sectores dominantes y del gran capital, que están a la caza de cualquier fisura que pueda presentarse para corroborar sus tesis defensoras del statu quo.” Ana María Larrea, “Encuentros y desencuentros: la compleja relación entre el gobierno y los movimientos sociales en Ecuador” en *OSAL*, núm. 21, CLACSO, Buenos Aires, 2007, p. 258.

⁶⁰ Marc Saint-Upéry, El sueño de Bolívar. Los desafíos de las izquierdas latinoamericanas, Paidós, Barcelona, 2008. Claudio Katz, Las disyuntivas de la izquierda en América Latina, Luxemburg, Buenos Aires, 2008. Margarita López Maya, Nicolás Iñigo

encuentra, por ejemplo, en la reciente sorprendente exaltación de Toni Negri y Giuseppe Cocco de las “relaciones abiertas y horizontales entre los gobiernos y los movimientos” que impulsan la construcción de “una nueva generación de instituciones que otorguen materialidad al nuevo pacto”.⁶¹

Escriben estos autores:

“Queremos decir que la autonomía de los movimientos sociales de las clases subalternas ya no puede ser considerada como un adversario sino que debe asumirse como motor de la actividad de gobierno. La autonomía de las multitudes se sitúa en una relación fecunda y productiva con los dispositivos programáticos y las dinámicas administrativas de los nuevos gobiernos latinoamericanos”⁶²

Además de la contradicción conceptual entre autonomía y subalternidad, sorprende la confianza en una relación virtuosa entre movimientos y gobiernos, en donde la autonomía de los primeros es motor de los segundos, por parte de dos exponentes de una tradición radicalmente anti institucional.

En el polo opuesto, destacan los esquematismos ortodoxos al estilo de James Petras que –desde un enfoque rígidamente clasista- asume la contraposición irreconciliable entre “el camino de la política electoral y la política revolucionaria de la movilización de masas” y se atreve a sentenciar que “los movimientos sociales no han logrado responder al desafío revolucionario”⁶³. Por otra parte, desde otra óptica pero igualmente tajante, aparece la crítica a los gobiernos progresistas que se formula a partir de idealizaciones movimientistas que identifican como irreductible el enfrentamiento polarizado entre Estado y anti Estado en “la permanente disputa espacio-

Carrera, Pilar Calveiro (comps.),

Luchas contrahegemónicas y cambios políticos recientes de América Latina, CLACSO, **Buenos Aires, 2008.**

⁶¹ Antonio Negri y Giuseppe Cocco, *Global. Biopoder y luchas en una América Latina globalizada*, Paidós, Buenos Aires, 2006, p. 28.

⁶² Ibid, p. 225.

⁶³ James Petras y Henry Veltmeyer, *Movimientos sociales y poder estatal. Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador*, Lumen, México, 2005, p. 260 y 253.

temporal entre movimientos-comunidades y estado-partidos”⁶⁴. Exaltando la forma movimiento, escribe Raúl Zibechi:

Se trata de darle prioridad al deslizamiento por sobre la estructura, a lo móvil sobre lo fijo, a la sociedad que fluye antes que al estado que busca controlar y codificar los flujos. En este tipo de análisis, los objetivos del movimiento –por poner apenas un ejemplo- no se derivan del lugar que se ocupa en la sociedad (obrero, campesino, indio), ni del programa que se enarbola, de las declaraciones o de la intensidad de las movilizaciones. No se considera a los movimientos según su solidez organizativa, su grado de unificación y centralización que hablarían de la fortaleza de la estructura orgánica. Por lo tanto, no desconsideramos aquellos movimientos fragmentados o dispersos, porque proponemos abordar esas características desde una mirada interior. Una y otra vez movimientos no articulados y unificados están siendo capaces de hacer muchas cosas: derriban gobiernos, liberan amplias zonas y regiones de la presencia estatal, crean formas de vida diferentes a las hegemónicas y dan batallas cotidianas muy importantes para la sobrevivencia de los oprimidos. Le cambio social, la creación-recreación del lazo social, no necesitan ni articulación-centralización ni unificación. Más aún, el cambio social emancipatorio va a contrapelo del tipo de articulación que se propone desde el estado-academia-partidos.⁶⁵

Esta postura –inspirada en el proceso boliviano y argentino- enfatiza las virtudes móviles y las formas indeterminadas que aparecieron en las movilizaciones recientes en América Latina, mostrando una eficacia sorprendente y un potencial que efectivamente rebasó los marcos clásicos de interpretación de la acción política. Si bien esta emergencia merece ser destacada a contrapelo de los enfoques tradicionales, su idealización corre el mismo riesgo reduccionista en sentido opuesto. La negación de la solidez organizativa, articulación y la unificación, por una parte, la exaltación de la dispersión, la fluidez y la fragmentación, por la otra, establecen un dualismo que confunde el momento de la movilización, el potencial de la movilización, con los movimientos como formas relativamente estables y permanentes. Por otra parte, no sólo “prioriza”, sino extremiza la contradicción entre las dimensiones: acción/institución, organización/movimiento, agencia-estructura. En el afán de plantear a contracorriente la fuerza y el alcance de las irrupciones sociales, el potencial de la espontaneidad, comprensible a la luz de la tradición política, renuncia a problematizar sus límites y a entender

⁶⁴ Raúl Zibechi, Dispensar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales, Tinta limón, Buenos Aires, 2006, p. 133.

⁶⁵ Ibid., p. 129.

a los procesos políticos no en forma lineal sino como flujos y reflujos, desde la combinación de dinámicas y formas de acción y reacción.

En sentido opuesto, el desenlace de la crisis argentina lleva a otros analistas a señalar los límites y los riesgos del autonomismo.

Hasta ahora, los nuevos actores sociales surgidos o potenciados a partir de las jornadas de diciembre de 2001 han tenido en común una alta preocupación por la autonomía frente al Estado, las patronales, y los partidos políticos sistémicos. Esa preocupación se enarbola a menudo como bandera, vinculándola con el rechazo generalizado a la dirigencia política, que en su versión más simplista se expresa como antipolítica en toda su latitud, que suele acompañarse con una reivindicación de lo social como opuesto a lo político. Y el rango de la autonomía se extiende en dirección a los partidos de izquierda, las organizaciones sindicales y, en general, cualquier estructura más amplia que el propio movimiento. La política, y con ella la perspectiva de transformación general de la sociedad, termina desapareciendo, y se hace un culto de lo local, lo micro, lo estrechamente sectorial. En ese costado deben contabilizarse importantes rasgos de debilidad por parte de los nuevos movimientos, que so capa de buscar un máximo nivel de democracia y negar acatamiento a cualquier liderazgo preconstituido y a todas las verdades aceptadas, corre el riesgo de recluir la conciencia colectiva en un *corset* que, bajo una sofisticada cáscara, oculte el repliegue al plano económico-corporativo.⁶⁶

Desde la tradición marxista, se reitera la preocupación por la articulación entre lo social y lo político, el proyecto de poder, observando el otro lado de la medalla de las irrupciones de masas, la desmovilización relativa, la ausencia de cristalización política, la incapacidad de asentar y proyectar los logros.⁶⁷

En el fondo, reaparecen los términos del debate clásico al interior del marxismo y los esencialismos que lo caracterizaron. Esquemmatizando, se vuelven a contraponer énfasis y opciones por la organización y la estrategia versus el movimiento y la espontaneidad. Al interior de ellas, se juegan distintas hipótesis de combinación entre subalternidad, antagonismo y

⁶⁶ Daniel Campione y Beatriz Rajland, "Piqueteros y trabajadores ocupados en la Argentina de 2001 en adelante. Novedades y continuidades en su participación y organización en los conflictos" en Caetano, Gerardo (coord.), Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina, CLACSO, Buenos Aires, 2006, p. 300.

⁶⁷ Claudio Katz, Las disyuntivas de las izquierdas latinoamericanas, Luxemburg, Buenos Aires, 2008.

autonomía como factores determinantes de los procesos de subjetivación política.

Para poner un ejemplo problemático de estas tensiones, podemos constatar que, si bien el caso venezolano parece reproducir el itinerario clásico de la toma del poder político como condición y plataforma para la transformación social, al mismo tiempo la naturaleza y el desarrollo del proceso producen un *impasse* interpretativo en relación con la orientación y la relevancia de los procesos de movilización y politización. La disputa política polariza a los defensores de la asediada “revolución bolivariana” y a sus adversarios, forzando posicionamientos simplificados. La misma contraposición se produce en relación a la política exterior venezolana, aún cuando la meridiana claridad de las vertientes antiimperialista y latinoamericanista que promueve facilita el consenso en el campo progresista. Sin embargo, la interpretación del proceso político queda entrampada entre chavismo y antichavismo inclusive al interior de la intelectualidad radical de la región. Por una parte, genera interés e inclusive entusiasmo la radicalización a partir del fallido golpe de 2002, el pasaje a las transformaciones socio-económicas después de la reestructuración del sistema político y del orden constitucional, en una dirección que combina antineoliberalismo y anticapitalismo y es enunciada en términos socialistas. Sobran ejemplos que ilustran el peso real de las transformaciones en curso.⁶⁸ Por la otra, la conducción personalista, el partido único y el estatalismo suscitan miradas críticas y escépticas. Más allá de las combinación de los diversos factores, el enigma venezolano remite a la pregunta si la politización de los sectores populares tiende a conformarlos como protagonistas, elementos activos, relativamente autónomos del liderazgo, el aparato político y estatal. La participación independiente, la capacidad de movilización, la organización autónoma, la formación de identidades políticas que rebasen el chavismo

⁶⁸ Juan Torres, “Las piezas del puzzle venezolano” en *Memoria*, núm. 215, México, enero de 2007.

son elementos centrales para la caracterización del proceso venezolano como proceso de conformación histórica de sujetos políticos cuya fuerza y solidez trascienda la coyuntura, sea susceptible de orientar el rumbo actual y ser protagonista más allá de su desenlace.⁶⁹

A diferencia de Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela, las experiencias de los gobiernos progresistas de Brasil y Uruguay⁷⁰ no surgen de una crisis política ni de movilizaciones o irrupciones sociales, son el producto de la alternancia, de la capitalización de la crisis del neoliberalismo por parte de sólidas estructuras políticas institucionalizadas –el PT y el Frente Amplio. Este “vicio” de origen hace que la gestión gubernamental no encuentre mayores contrapesos en movimientos y procesos de politización desde abajo, con la excepción de la permanencia del MST en Brasil. El caso del MST merece ser destacado porque combina los elementos generales de la conformación antagonista pero los diluye en un proceso lento, estable y regular de acumulación de fuerzas y de construcción autónoma.⁷¹ Sin necesitar de un contexto de crisis política e irrupción popular, el MST se construye sobre sólidas redes territoriales de movilización y politización y reproduce el esquema de la guerra popular prolongada sin armas, articulando una constante y cotidiana construcción de poder popular con un proyecto de transformación societal a mediano plazo, realizable en función de la paulatina modificación de la correlación de fuerzas. Las ambigüedades frente al gobierno de Lula son el producto de esta lógica paralela, de una separación relativa entre táctica y estrategia, de la distinción entre planos y temporalidades.⁷²

⁶⁹ Edgardo Lander, “Los retos actuales del proceso de cambio en Venezuela” en Julio Gambina y Jaime Estay, ¿Hacia dónde va el sistema mundial?, CLACSO, Buenos Aires, 2007, pp. 33-41.

⁷⁰ Carlos Moreira et al., La nueva política en América Latina, FLACSO, Montevideo, 2008.

⁷¹ Sue Brandford y Jan Rocha, Rompendo a cerca. A história do MST, Casa Amarela, Sao Paulo, 2004.

⁷² Ver y confrontar con los documentos y prácticas internas los “Compromisos por la justicia, CARTA DEL 5º CONGRESO NACIONAL DEL MST”, mimeo, 16 de junio de 2007.

Más allá de la disputa sobre la caracterización de la coyuntura y, en particular, de los gobiernos progresistas es evidente que su presencia mueve el marco de referencia de los procesos de conformación de las subjetividades políticas populares.

Al terminarse la etapa hegemónica del neoliberalismo, la dominación neoliberal se resiste a morir. Al cerrarse el ciclo antagonista, las resistencias al cambio de época parecen bifurcarse entre reacción y revolución pasiva. La reacción violenta que se asoma en el retorno de prácticas represivas focalizadas, la revolución pasiva que asume el rostro de gobiernos que defienden la continuidad mediante correctivos conservadores.

Sin embargo, el pasaje de época fue marcado por la irrupción de una serie de subjetividades políticas, potenciada por la politicidad y radicalidad del antagonismo, en el marco del cual se abrieron procesos de disputa y construcción del poder.

Si bien el antagonismo y la experiencia de la insubordinación fueron los vectores de la ruptura epocal, no forzosamente lo serán de la nueva época. Existe la posibilidad de que los rasgos antagonistas y autónomos, después de su irrupción en el centro de los procesos de subjetivación política, adquieran un carácter periférico, se perpetúen en sentido meramente testimonial o sean subsumidos por los rasgos subalternos. La persistencia de dinámicas de conflicto y lucha es la condición *sine que non* para la ampliación de las experiencias de autonomía las cuales, en un círculo virtuoso, alimenten nuevas oleadas antagonistas. En el vacío hegemónico, la posibilidad-probabilidad de crisis económicas o políticas se convierte en el potencial escenario de realización del antagonismo como fenómeno que trascienda los límites de la subalternidad, determine las coyunturas, active y oriente los procesos de emancipación. Como escribía Antonio Gramsci:

En realidad se puede prever “científicamente” sólo la lucha, pero no los momentos concretos de ella, que no pueden no ser resultado de fuerzas contrastantes en continuo movimiento,

nunca reductibles a cantidades fijas, porque en ellas la cantidad se vuelve continuamente calidad.⁷³

En los momentos concretos de la lucha, subalternidad, antagonismo y autonomía no dejan de ser coordenadas cualitativas útiles para entender las configuraciones desiguales y combinadas de los procesos de subjetivación política.

⁷³ Antonio, Gramsci, Quaderni dal carcere, op. cit., § 15. *Il concetto di «scienza»*. p. 1403.

Bibliografía citada

Agosti, Aldo, Enciclopedia della sinistra europea nel XX secolo, Editori Riuniti, Roma, 2000.

Albertani, Claudio (coordinador), Imperio y movimientos sociales en la edad global, UCM, México, 2004.

Albertani, Claudio, “Antonio Negri, Imperio y la extraña parábola del obrerismo italiano” en *Bajo el Volcán*, núm. 6, primer semestre 2003, BUAP, Puebla.

Alcántara Sáez, Manuel, Partidos políticos latinoamericanos, Gernika, México, 2006.

Almeyra, Guillermo, La protesta social en la Argentina (1990-2004), Ediciones Continente, Buenos Aires, 2004.

Altamira, César, Los marxismos del nuevo siglo, Biblos, Buenos Aires, 2006.

Anderson, Perry, Las antinomias de Antonio Gramsci, Fontamara, Barcelona, 1981.

Anderson, Perry, Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson, Siglo XXI, Madrid, 1985.

Aricó, José, La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina, Nueva Sociedad, Caracas, 1988.

Artières, Philippe y Michelle Zancarini-Fournel, 68. Une histoire collective (1962-1981), La Découverte, Paris, 2008.

Artous, Antoine et al., La France des années 68, Sylepse, Paris, 2008.

Balestrini, Nanni y Primo Moroni, L'orda d'oro 1968-1977, Feltrinelli, Milano, 1997.

Baratta, Giorgio, Antonio Gramsci in contrappunto, Carocci, Roma, 2007.

Basso, Lelio, Rosa Luxemburgo, Nuestro Tiempo, México, 1977.

Bengoa, José, La emergencia indígena en América Latina, FCE, México, 2007.

Bensaid, Daniel, “Políticas de Castoriadis” en *Memoria*, núm. 222, México, septiembre de 2007.

Bensaid, Daniel, Les trotskysmes, PUF, París, 2002.

Berardi, Franco (Bifo), “Genesi e significato del termine autonomía” en Sergio Bianchi y Lanfranco Caminiti (coords.), Gli autonomi. Le storie, le lotte, le teorie, DeriveApprodi, Roma, 2007, vol. II.

Bérourd, Sophie et al. “Eléments pour l’étude du courant pabliste. Discours et pratiques autogestionnaires” en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, Paris, 2003.

Beverley, John, “El subalterno y los límites del saber académico” en *Actual Marx*, núm. 2, LOM, Santiago de Chile, 2004.

Bianchi, Sergio y Lanfranco Caminiti (coords.), Gli autonomi. Le storie, le lotte, le teorie, DeriveApprodi, Roma, 2007.

Blanchard, Daniel, “La autonomía en SoB” en Claudio Albertani, Guiomar Rovira y Massimo Modonesi (coords.), La autonomía posible. Emancipación y reinención de la política, UACM, México, 2009, en imprenta.

Bonfeld, Werner, “Marxismo: la auto-emancipación de trabajadoras y trabajadores como proceso abierto” en *Herramienta* núm. 39, Buenos Aires, octubre de 2008

Borio, Guido “Operai contro la metrópoli” en Sergio Bianchi y Lanfranco Caminiti (coords.), Gli autonomi. Le storie, le lotte, le teorie, DeriveApprodi, Roma, 2007, vol. II.

Borio, Guido, Francesca Pozzi y Gigi Roggero, Futuro anteriore. Dai “Quaderni rossi” ai movimenti globali: ricchezze e limiti dell’operaismo italiano, Derive/Approdi, Roma, 2002.

Bourdet, Yvon, «Karl Marx y la autogestión» en Varios, Consejos obreros y democracia socialista, *Cuadernos de Pasado y Presente*, núm. 33, México, 1977.

Bourdieu, Pierre y Loic Wacquant, Una invitación a la sociología reflexiva, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

Bourdieu, Pierre, Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron, El oficio del sociólogo, Siglo XXI, México, 1998.

Bowman, Paul, Post-Marxism versus Cultural Studies, Edinburgh University Press, Edinburgo, 2007.

Brandford, Sue y Jan Rocha, Rompendo a cerca. A história do MST, Casa Amarela, Sao Paulo, 2004.

Breca, Jorge, El maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas, Agora, Buenos Aires, 1997.

Brehier, Emeric, « Le CERES et l'autogestion a travers de ses revues : fondement identitaire et posture interne », en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, Paris, 2003.

Bricianer, Serge, Anton Pannekoek y los consejos obreros, Schapire, Buenos Aires, 1975.

Burguete, Araceli, “Cumbres indígenas en América Latina. Cambios y continuidades en una tradición política” en *Memoria*, núm. 219, México, mayo de 2007.

Buttigieg, Joseph A., “I subalterni nel pensiero di Gramsci”, in Alberto Burgio y Antonio Santucci, Gramsci e la rivoluzione in occidente, Editori Riuniti, Roma, 1999.

Calveiro, Pilar, Desapariciones. Memoria y desmemoria de los campos de concentración argentinos, Taurus, Buenos Aires, 2001.

Calveiro, Pilar, Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70, Norma, Buenos Aires, 2005.

Campione, Daniel y Beatriz Rajland, “Piqueteros y trabajadores ocupados en la Argentina de 2001 en adelante. Novedades y continuidades en su participación y organización en los conflictos” en Caetano, Gerardo (coord.), Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina, CLACSO, Buenos Aires, 2006.

Campione, Daniel, “El Partido Comunista Argentino. Apuntes sobre su trayectoria” en Concheiro, Modonesi y Crespo, op. cit., pp. 167-215.

Cardan, Paul (Cornelius Castoriadis), “Prolétariat et organisation II” en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 28, julio-agosto 1959.

Cardan, Paul (Cornelius Castoriadis), “Prolétariat et organisation I” en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 27, abril-mayo 1959.

Castoriadis, Cornelius, Domaine de l'homme, Seuil, París, 1986.

Castoriadis, Cornelius, Fait et à faire, Seuil, París, 1997.

Castoriadis, Cornelius, L'institution imaginaire de la société, Editions du Seuil, Paris, 1975.

Castoriadis, Cornelius, Le monde morcelé, Seuil, Paris, 1990.

Caumières, Philippe, Castoriadis. Le projet d'autonomie, Michalon, Paris, 2007.

Chatterjee, Partha, "Controverses en Inde autour de l'histoire coloniale" en *Le Monde Diplomatique*, febrero 2006, París.

Chatterjee, Partha, "El Estado Nacional" en Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (comps.), Debates Post-Coloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad, Historias-Aruwiyiri-SEPHIS, La Paz, 1997.

Chatterjee, Partha, "La Nación y sus campesinos" en Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (comps.), Debates Post-Coloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad, Historias-Aruwiyiri-SEPHIS, La Paz, 1997.

Chatterjee, Partha, "La Nación y sus campesinos" en Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (comps.), Debates Post-Coloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad, Historias-Aruwiyiri-SEPHIS, La Paz, 1997.

Chatterjee, Partha, La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos, Siglo XXI-CLACSO, Buenos Aires, 2008.

Chatterjee, Partha, Oltre la cittadinanza, Maltemi, Roma, 2006.

Chaulieu, Pierre (Cornelius Castoriadis), "Sur la question de l'U.R.S.S. et du stalinisme mondial" en *Bulletin intérieur du P.C.I.*, núm. 41, agosto de 1947.

Chaulieu, Pierre (Cornelius Castoriadis), "Sur le contenu du socialisme", *Socialisme ou Barbarie*, núm. 22, París, julio-septiembre 1957.

Chaulieu, Pierre (Cornélius Castoriadis), "Sur le régime et contre la défense de l'URSS" en *Bulletin intérieur du P.C.I.*, núm. 31, agosto de 1946.

Chaulieu, Pierre (Cornelius Castoriadis), « Les rapports de production en Russie » en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 2, París, mayo-junio 1949.

Chaulieu-Montal, “La URSS et le stalinisme mondial” en Les congrès de la IV Internationale, Tomo III, La Brèche, París, 1988.

Chaulieu-Montal, “Lettre ouverte aux militants du PCI et de la "IV° Internationale”” en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 1, París, marzo de 1949.

Chávez, Marxa, “Sobre los movimientos sociales en Bolivia: autonomía/autorganización y su relación con el Estado” en Marxa Chávez et al., Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia, Tercera Piel, La Paz, 2006, pp. 11-60.

Cleaver, Harry, “Trayectorias de autonomía” Albertani, Claudio, Guiomar Rovira y Massimo Modonesi, La autonomía posible. Reinención de la política y emancipación, UACM, México, 2009.

Coggiola, Osvaldo, Historia del trotskismo en Argentina y América Latina, Ediciones RYR, Buenos Aires, 2006.

Colectivo Situaciones, Piqueteros. La rivolta argentina contra el neoliberalismo, DeriveApprodi, Roma, 2003.

Corradi, Cristina, Storia del marxismo in Italia, Manifestolibri, Roma, 2005.

Cuane, Jean, “ La création collective au théâtre : une modalité autogérée de la production artistique“ en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, París, 2003.

Cuénot, Alain, “Pierre Naville et l'autogestion face aux structures du capitalisme et du socialisme d'état“ en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, París, 2003.

Dandé, Serge, “Le PCF et l'autogestion. Histoire d'un ralliement, 1968-1979“ en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, París, 2003.

Dezés, Marie-Genevieve, “L'utopie réalisée: les modèles étrangers mythiques des autogestionnaires français” en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, París, 2003.

Do Alto, Hervé, “El MAS-IPSP boliviano, entre la protesta callejera y la política institucional” en Karin Monasterios, Pablo Stefanoni, Hervé Do Alto (editores), Reinventando la nación en Bolivia. Movimientos sociales, Estado y poscolonialidad, CLACSO-Plural, La Paz, 2007, pp. 71-110.

Dreyfus, Michel, PCF. Crises et dissidences, Complexe, París, 1990.

Dube, Saurabh, Sujetos subalternos, El Colegio de México, México, 2001.

Dussel, Enrique, 20 tesis de política, Siglo XXI, México, 2006

Eckstein, Susan (comp.), Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos, Siglo XXI, México, 2002.

Engels, Friedrich (1873), “I bakuninisti a lavoro. Note sull'insurrezione in Spagna dell'estate 1873”, disponible en www.marxists.org.

Engels, Friedrich, “De la autoridad”, publicado en diciembre de 1873 en el *Almanacco Repubblicano per l'anno 1874*, disponible en www.marxists.org.

Epstein, Barbara, “Anarchism and the anti-globalization movement” en *Monthly Review*, vol. 53, núm. 4, Nueva York, septiembre de 2001.

Galli, Giorgio, Piombo rosso. Storia completa della lotta armata in Italia dal 1970 ad oggi, Baldini Castoldi Dalai, Milán, 2004.

García Linera, Álvaro (coord.), Sociología de los movimientos sociales en Bolivia, Diakonia-Oxfam, La Paz, 2005.

García Linera, Álvaro, “¿Cómo salir del neoliberalismo?” en *Memoria*, núm. 214, México, diciembre de 2006.

García Linera, Álvaro, “El evismo, lo nacional popular en acción” en *OSAL*, núm. 19, CLACSO, Buenos Aires, enero-abril de 2006, pp. 1-8.

García Linera, Alvaro, “La lucha por el poder en Bolivia” en Álvaro García, Luis Tapia, Oscar Vega y Raúl Prada, Horizontes y límites del estado y del poder, Muela del Diablo, La Paz, 2005, pp. 11-74.

García Linera, Álvaro, La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia, Prometeo-CLACSO, Buenos Aires, 2008.

García, Álvaro, Luis Tapia y Raúl Prada, La transformación pluralista del Estado, Muela del Diablo, 2007.

García, Álvaro, Raquel Gutiérrez, Raúl Prada y Luis Tapia, El retorno de la Bolivia plebeya, Comuna, La Paz, 2000.

García, Álvaro, Raúl Prada, Luis Tapia, Memorias de octubre, Muela del Diablo, La Paz, 2004 y Raúl Prada, Largo octubre, Plural, La Paz, 2004.

Georgi, Frank, “Les rocardiens : pour une culture politique autogestionnaire” en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, Paris, 2003.

Geras, Norman, Actualidad del pensamiento de Rosa Luxemburgo, Era, México, 1980.

Giarraca, Norma y Gabriela Messuh (comps.), El trabajo por venir. Autogestión y emancipación social, Antropofagia, Buenos Aires, 2008.

Gómez, Luis A., El Alto de pié. Una insurrección aymara en Bolivia, Comuna, La Paz, 2004.

González, Ernesto (coordinador), El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 1995-2006, cuatro tomos.

Gorz, André, Adieux au prolétariat, Galilée, París, 1980.

Gottraux, Philippe, Socialisme ou Barbarie. Un engagement politique et intellectuel dans la France de l'après-guerre, Payot, Lausanne, 1997.

Gramsci, Antonio, "Cinque anni di vita del partito" en *L'Unità*, Roma, 24 de febrero de 1926.

Gramsci, Antonio, "Democracia obrera y socialismo" en *Pasado y Presente*, núm. 1 (nueva época), abril-junio de 1973, Córdoba, Argentina, pp. 103-135.

Gramsci, Antonio, "Due rivoluzioni" en *L'Ordine Nuovo*, núm. 8, año II, 3 de julio de 1921

Gramsci, Antonio, "Il consiglio di fabbrica" en *L'Ordine Nuovo*, año II, núm. 4, 5 de junio de 1920, mimeo.

Gramsci, Antonio, Cuadernos de la Cárcel, ERA, México, 2000, 6 tomos.

Gramsci, Antonio, Quaderni dal Carcere, Istituto Gramsci, Roma, 1975, 6 tomos.

Grandi, Aldo, La generazione degli anni perduti. Storie di Potere Operaio, Einaudi, Torino, 2003.

Green, Marcus E., "Sul concetto gramsciano di subalterno" en Giuseppe Vacca y Giancarlo Schirru, Studi gramsciani nel mondo (2000-2005), Il Mulino, Boloña, 2007.

Guérin, Daniel Rosa Luxemburgo y la espontaneidad revolucionaria, Anarres, Buenos Aires, s.f.

Guha, Ranajit y Gayatri Chakravorty Spivak, Subaltern Studies, Ombre Corte, Verona, 2002.

Guha, Ranajit, “Aspectos elementales de la insurgencia campesina en la india colonial” en Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (comps.), Debates Post-Coloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad, Historias-Aruwiyiri-SEPHIS, La Paz, 1997.

Guha, Ranajit, “Prefacio a los Estudios de la Subalternidad. Escritos sobre la Historia y la Sociedad Surasiática” (1981) en Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (comps.), Debates Post-Coloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad, Historias-Aruwiyiri-SEPHIS, La Paz, 1997.

Guha, Ranajit, “Sobre algunos aspectos de la historiografía colonial de la India” en Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (comps.), Debates Post-Coloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad, Historias-Aruwiyiri-SEPHIS, La Paz, 1997.

Guha, Ranajit, Las voces de la historia y otros estudios subalternos, Crítica, Barcelona, 2002.

Gutiérrez, Raquel y Dunia Mokrani, “Bolivia a un año de gobierno de Evo Morales: elementos para un balance” en López Castallanos y Oliver, op. cit., pp 263-294.

Gutiérrez, Raquel, Los ritmos del Pachakuti, Tinta limón, Buenos Aires, 2009.

Habermas, Jurgen, Teoría de la acción comunicativa II, Taurus, Madrid, 2001.

Halimi, Serge, Quand la gauche essayait, Arlea, París, 2000.

Hall, Stuart, Identités et cultures. Politiques des Cultural Studies, Éditions Amsterdam, París, 2008.

Hardt, Michael y Antonio Negri, El trabajo de Dionisos, AKAL, Madrid, 2003.

Hardt, Michael y Antonio Negri, Imperio, Paidós, Barcelona, 2000.

Hardt, Michael y Antonio Negri, Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio, Debate, Barcelona, 2004.

Hatzfeld, Helene, “L’autogestion dans la recomposition d’un champ politique de gauche” en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, Paris, 2003.

Hobsbawm, Eric, “Para el estudio de las clases subalternas” en *Pasado y Presente*, núm. 2-3, Córdoba, 1963, pp. 58-67.

- Hobsbawm, Eric, Les bandits, La découverte, París, 1999.
- Hobsbawm, Eric, Rebeldes primitivos, Crítica, Barcelona, 2001.
- Holloway, John, “Autonomismo positivo y negativo” en Albertani, Claudio, Guiomar Rovira y Massimo Modonesi, La autonomía posible. Reinención de la política y emancipación, UACM, México, 2009.
- Holloway, John, Cambiar el mundo sin tomar el poder, Buenos Aires, Herramienta-Buap, 2002.
- Holloway, John, Contra y más allá del capital, Herramienta, Buenos Aires, 2006.
- Horkheimer, Max, Teoría tradicional y teoría crítica, Paidós, Barcelona, 2000.
- Hylton, Forrest, Felix Patzi, Sergio Serulnikov, Sinclair Thompson, Ya es otro tiempo el presente. Cuatro momentos de insurgencia indígena, Muela del Diablo, La Paz, 2003.
- Izaguirre, Inés, Los desaparecidos: recuperación de una identidad expropiada, Centro editor de América Latina, Tucumán, 1994.
- James, Daniel, Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006.
- Katsiaficas, George, La subversión de la política: movimientos sociales autónomos y la decolonización de la vida cotidiana, traducción de Alejandra Pinto, mimeo.
- Katz, Claudio, Las disyuntivas de la izquierda en América Latina, Luxemburg, Buenos Aires, 2008.
- Kriegel, Annie, Los comunistas franceses, Villalar, Madrid, 1978.
- L'Ordine Nuovo, Colección completa facsimilar, 1919-1920 y 1924-1925, Teti Editore, Milán, 1976.
- Labica. Georges y Gérard Bensussan, Dictionnaire critique du marxisme, PUF, 1985, París.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe, Hegemonía y estrategia socialista, FCE, Buenos Aires, 2004.
- Lafargue, Paul, “L'autonomie” en *L'Égalité*, 25 de diciembre de 1881.

Lander, Edgardo (comp.), La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, CLACSO, Buenos Aires, 2003.

Lander, Edgardo, “Los retos actuales del proceso de cambio en Venezuela” en Julio Gambina y Jaime Estay, ¿Hacia dónde va el sistema mundial?, CLACSO, Buenos Aires, 2007, pp. 33-41.

Larrea, Ana María, “Encuentros y desencuentros: la compleja relación entre el gobierno y los movimientos sociales en Ecuador” en *OSAL*, núm. 21, CLACSO, Buenos Aires, 2007, p. 258.

Lazzarato, Maurizio y Antonio Negri, Trabajo inmaterial. Formas de vida y producción de subjetividad, DP&A editora, Buenos Aires, 2001.

Lefebvre, Henri, La production de l'espace, Anthropos, París, 2000.

Lefebvre, Henri, Le marxisme, PUF, París, 1966

Lefebvre, Henri, Sociologie de Marx, PUF, París, 1968.

Lefort, Claude, “L'insurrection hongroise” en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 20, diciembre 56-enero 57.

Lefort, Claude, “Organisation et parti” en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 26, noviembre-diciembre 1958.

Legois, Jean-Philippe, “L'autogestion universitaire en mai-juin 1968: portée et limite, discours et pratiques” en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, París, 2003.

Liguori, Guido, Gramsci conteso, Editori Riuniti, Roma, 1997.

López Maya, Margarita (ed.), Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años del ajuste, Nueva Sociedad, Caracas, 1999.

López Maya, Margarita, Nicolás Iñigo Carrera, Pilar Calveiro (comps.), Luchas contrahegemónicas y cambios políticos recientes de América Latina, CLACSO, Buenos Aires, 2008.

López, Luis Enrique y Pablo Regalsky (editores), Movimientos indígenas y Estado en Bolivia, Plural, La Paz, 2005.

Luxemburg, Rosa, “Problemas de organización de la socialdemocracia rusa” en Varios, Teoría marxista del partido político, tomo II, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1969, pp. 41-63.

Luxemburg, Rosa, La crisis de la socialdemocracia (Juniusbroschüre), 1915, mimeo.

Luxemburgo, Rosa, Huelga de masas, partido y sindicato, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003.

Luxemburgo, Rosa, Il programa di Spartaco, Manifesto libri, Roma, 1995.

Lyotard, Jean-Francois, “En Argélie, une nouvelle vague” en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 32, abril-junio 1961.

Lyotard, Jean-Francois, “Le contenu social de la lutte argélieenne” en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 29, diciembre 59-febrero 60.

Mamani Ramírez, Pablo, Geopolíticas indígenas, CADES, La Paz, 2005.

Mandel, Ernest (comp.), Contrôle ouvrier, conseils ouvriers, autogestion, Maspero, París, 1973, 3 tomos.

Mandel, Ernest, « Auto-organisation et parti d'avant-garde dans la conception de Trotsky » en *Quatrième Internationale*, núm. 36, 1990, pp. 35-49.

Mandel, Ernest, La pensée politique de Léon Trotsky, La Découverte, París, 2003

Mariotti, Daniela et al., Tiempos de rebelión: “que se vayan todos”. Calles y plazas en la Argentina 2001-2002, Antropofagia, Buenos Aires, 2007.

Marx, Karl y Friedrich Engels, “Manifiesto del Partido Comunista” en Karl Marx y Friedrich Engels, Obras escogidas, Quinto Sol, México, 1988, tomo I.

Marx, Karl, “Crítica al Programa de Gotha” en Karl Marx y Friedrich Engels, Obras escogidas, Quinto Sol, México, 1985, tomo III.

Marx, Karl, “La guerra civil en Francia” en C. Marx y F. Engels, Obras Escogidas, Quinto Sol, México, 1985.

Marx, Karl, “Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política” (1859) en Karl Marx, Introducción general a la Crítica de la Economía Política, Siglo XXI, México, 1982.

Marx, Karl, El Capital. Crítica de la Economía Política, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

Marx, Karl, El dieciocho brumario de Luis Bonaparte, Alianza, Madrid, 2003.

Mattelart, Armand y Erick Neveu, Introduction aux Cultural Studies, La Découverte, París, 2008.

Mattick, Paul, “Anton Pannekoek et la révolution mondiale” en Histoire du marxisme contemporain, 10/18, París, 1976, tomo 2.

Meiskins Wood, Ellen, Democracia contra capitalismo, Siglo XXI, México, 2000.

Mellino, Miguel, La crítica poscolonial, Paidós, Buenos Aires, 2008.

Melucci, Alberto, Acción colectiva, vida cotidiana y democracia, El Colegio de México, México, 1999.

Mier, Raymundo, “Autonomía y vínculo: la creación de la acción colectiva” en Albertani, Claudio, Guiomar Rovira y Massimo Modonesi, La autonomía posible. Reinención de la política y emancipación, UACM, México, 2009.

Mills, C. Wright, La imaginación sociológica, FCE, México, 1961.

Modonesi, Massimo, “Los árboles y el bosque. Notas sobre el estudio del movimiento socialista y comunista en América Latina” en Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo, El comunismo: otras miradas desde América Latina, CEEICH-UNAM, México, 2007.

Modonesi, Massimo, “Reflexiones sobre el cambio de época en América Latina. Movimientos antagonistas y crisis hegemónica” en Nayar López Castellanos y Lucio Oliver (coords.), América Latina y el Caribe: una región en conflicto, Plaza y Valdés, México, 2009, pp. 65-88.

Montal, Claude (Claude Lefort), “Le prolétariat et le problème de la direction révolutionnaire” en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 10, junio-agosto de 1952.

Morder, Robi, « Autogestion et autogestionnaires dans les mouvements étudiants et lycéens après 1968 » en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, París, 2003.

Moreira, Carlos et al., La nueva política en América Latina, FLACSO, Montevideo, 2008.

Mothé, Daniel. “L’usine et la gestion ouvrière” en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 22, París, julio-septiembre 1957.

MST, “Compromisos por la justicia, CARTA DEL 5º CONGRESO NACIONAL DEL MST”, mimeo, 16 de junio de 2007.

Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero, Estudios sobre los orígenes del peronismo, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

Negri, Antonio y Giuseppe Cocco, Global. Biopoder y luchas en una América Latina globalizada, Paidós, Buenos Aires, 2006, p. 28.

Negri, Antonio, “Crisis del Estado-plan. Comunismo y organización revolucionaria” en Antonio Negri, Los libros de la autonomía obrera, Akal, Madrid, 2004.

Negri, Antonio, “De *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* al *¿Qué hacer?* Para la crítica de la constitución material: autovalorización obrera e hipótesis de partido” en Antonio Negri, Los libros de la autonomía obrera, Akal, Madrid, 2004.

Negri, Antonio, “El dominio y el sabotaje. Sobre el método marxista de la transformación social” en Antonio, Negri, Los libros de la autonomía obrera, Akal, Madrid, 2004.

Negri, Antonio, “Máquina tiempo, Rompecabezas, liberación, constitución” en Antonio Negri, Fábricas del sujeto/Ontologías de la subversión, AKAL, Madrid, 2006.

Negri, Antonio, “Proletarios y Estado. Por una discusión sobre autonomía obrera y compromiso histórico” en Antonio Negri, Los libros de la autonomía obrera, Akal, Madrid, 2004.

Negri, Antonio, Fábricas del sujeto. Apuntes para un dispositivo ontológico en Antonio Negri, Fábricas del sujeto/Ontologías de la subversión, AKAL, Madrid, 2006.

Negri, Antonio, Fabrique de porcelaine. Pour une nouvelle grammaire du politique, Stock, París, 2006.

Negri, Antonio, Il potere costituente, Manifestolibri, Roma, 2002.

Negri, Antonio, L'anomalia selvaggia : saggio su potere e potenza in Baruch Spinoza, Feltrinelli, Milano, 1981.

Negri, Antonio, La fábrica de la estrategia. 33 lecciones sobre Lenin, Akal, Madrid, 2004.

Negri, Antonio, Marx más allá de Marx. Nueve Lecciones sobre los Grundrisse, Akal, Madrid, 2001.

Negri, Toni Michael Hardt, Álvaro García, Luis Tapia, Imperio, multitud y sociedad abigarrada, Muela del Diablo-CLACSO, La Paz, 2008.

Negri, Toni, “Operai senza alleati” en *Classe Operaia*, núm. 3, marzo de 1964.

Neuhaus, Susana, Hugo Calello et al., Hegemonía y emancipación. Fábricas recuperadas, movimientos sociales y poder bolivariano, Herramienta, Buenos Aires, 2006.

Norman, Emma El yo político, Ediciones Coyoacán, México, 2007.

Núñez Rodríguez, Omar, “Progreso regresivo. Problemas civilizatorios y del desarrollo en América Latina”, 2007, mimeo.

Orozco Ramírez, Sidney, Álvaro García y Pablo Stefanoni, “No somos juguete de nadie”. Análisis de la relación de movimientos sociales, recursos naturales, Estado y descentralización, Plural, La Paz, 2006.

Ouviña, Hernán, “Las asambleas barriales y la construcción de lo “público no estatal”: la experiencia en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires” en Bettina Levy y Natalia Gianatelli (compiladoras), La política en movimiento. Identidades y experiencias de Organización en América Latina, Buenos Aires, Clacso, 2008, pp. 65-102.

Pannekoek, Anton, “Observaciones generales a la cuestión de la organización” en *Living Marxism*, núm. 5, noviembre de 1938.

Pannekoek, Anton, Los consejos obreros, disponible en: www.marxists.org/espanol/pannekoek/1940s/consejosobreros/index

Panzieri, Raniero, “Sull’uso capitalista delle macchine nel neocapitalismo” in *Quaderni rossi*, núm. 1, Roma, pp. 53-72.

Panzieri, Raniero, La ripresa del marxismo-leninismo in Italia, Nuove edizioni operaie, Roma, 1977.

Pereyra, Sebastián, Germán J. Pérez y Federico L. Schuster (editores), La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001, Ediciones Al margen, Buenos Aires, 2009.

Petras, James y Henry Veltmeyer, Movimientos sociales y poder estatal. Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador, Lumen, México, 2005, p. 260 y 253.

Portelli, Hugues, Le parti socialiste, Montchrestien, París, 1998.

Prada Alcoreza, Raúl, Horizontes de la Asamblea Constituyente, Yachaywasi, La Paz, 2007.

Prada, Raúl, “Análisis de la nueva Constitución Política del Estado” en *Crítica y Emancipación*, CLACSO, Buenos Aires, 2008, pp. 35-50.

Prada, Raúl, Subversiones indígenas, CLACSO-Muela del Diablo, Buenos Aires, 2009.

Proust, Antoine, “Une utopie pédagogique”, en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, Paris, 2003.

Pucciarelli, Mimmo, “L’autogestion au quotidien dans un quartier alternatif: La Croix-Rousse, Lyon, 1975-2001” en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, Paris, 2003.

Puente, Florencia y Francisco Longa, “El Alto: los dilemas del indigenismo urbano. Entre la insurrección y el clientelismo” en Maristella Svampa y Pablo Stefanoni (comps.), Memoria, insurgencia y movimientos sociales, CLACSO-El Colectivo, Buenos Aires, 2007.

Ravenel, Bernard, “Deux théoriciens de l’autogestion au PSU: Victor Fay et Victor Leduc” en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, Paris, 2003.

Rebón, Julián, La fábrica de la autonomía, Picaso, Buenos Aires, 2007.

Revel, Judith, Vocabulario de Foucault, Atuel, Buenos Aires, 2008.

Rivera Cusicanqui, Silvia y Rossana Barragán, “Presentación” en en Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (comps.), Debates Post-Coloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad, Historias-Aruwiyiri-SEPHIS, La Paz, 1997.

Rodríguez De la Vega, Teresa, “Presente social y complejidad” en Boris Berenzon Gorn y Georgina Calderón, Coordenadas sociales: más allá del tiempo y el espacio, UACM, México, 2005.

Romano, Paul, “L’ouvrier américain” en *Socialisme ou Barbarie*, París, núm. 5, marzo-abril 1950.

Rosanvallon, Pierre, L’âge de l’autogestion, Seuil, París, 1976.

Roux, Rhina, El príncipe mexicano. Subalternidad, historia y Estado, Era, México, 2005.

Rubel, Maximilien, Marx critique du marxisme, Payot, París, 2000.

Saint-Upéry, Marc, El sueño de Bolívar. Los desafíos de las izquierdas latinoamericanas, Paidós, Barcelona, 2008.

Salles, Jean-Paul, La Ligue communiste révolutionnaire (1968-1981), Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2005.

Santarelli, Enzo, Storia critica della repubblica, Feltrinelli, Roma, 1997.

Schuster, Federico, Francisco Naishtat, Gabriel Nardacchione y Sebastián Pereyra (comps.), Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea, Prometeo, Buenos Aires, 2005.

Scott, James, Los dominados y el arte de la resistencia, ERA, México, 2000.

Seoane, José, Emilio Taddei y Clara Algranati, “Las nuevas configuraciones de los movimientos populares en América Latina” en Atilio A. Borón y Gladys Lechini, Política y movimientos sociales en un mundo hegemónico. Lecciones desde África, Asia y América Latina.. CLACSO, Buenos Aires. 2006, pp. 240-241.

Sigal, Silvia y Eliseo Verón, Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista, Eudeba, Buenos Aires, 2003.

Socialisme ou Barbarie, “El debate Lefort-Castoriadis” en *Políticas de la Memoria*, CEDINCI, Buenos Aires, núm. 8-9, 2009.

Socialisme ou Barbarie, “Correspondencia Pannekoek-Castoriadis”, en *Políticas de la Memoria*, CEDINCI, Buenos Aires, núm. 8-9, 2009.

Socialisme ou Barbarie, “Editorial, Recommencer la révolution“, *Socialisme ou Barbarie*, núm. 35, enero 1964.

Socialisme ou Barbarie, “Editorial“, *Socialisme ou Barbarie*, núm. 1, París, marzo-abril 1949.

Socialisme ou Barbarie, “Le parti révolutionnaire, Résolution“, *Socialisme ou Barbarie*, n. 2, mai-juin 1949.

Socialisme ou barbarie, Anthologie, Acratie, París, 2007.

Socialisme ou Barbarie, Editorial (Claude Lefort), “L’expérience prolétarienne” en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 11, París, noviembre-diciembre 1952.

Sorel, Georges, Réflexions sur la violence, Marcel Rivière et Cie, París, 1972.

Spivak, Gayatri Chakravorty, “¿Puede hablar el subalterno?” en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 39, enero-diciembre de 2003, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

Spivak, Gayatri Chakravorty, Critica della ragione postcoloniale, Maltemi, Roma, 2004.

Stefanoni, Pablo, “Las tres fronteras de la revolución de Evo Morales: neodesarrollismo, decisionismo, multiculturalismo” en Maristella Svampa y

Pablo Stefanoni (comps.), Memoria, insurgencia y movimientos sociales, CLACSO-El Colectivo, Buenos Aires, 2007, pp. 67-96.

Suárez, Hugo José, Bolivia. País Rebelde (2000-2006), El Colegio de Michoacán, México, 2007.

Suárez, Hugo José, Una semana fundamental (10-18 de octubre de 2003), Comuna, La Paz, 2003.

Svampa, Maristella y Sebastián Pereyra, Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras, Biblos, Buenos Aires, 2003.

Svampa, Maristella, Cambio de época. Movimiento sociales y poder político, CLACSO-Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.

Svampa, Maristella, La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo, Taurus, Buenos Aires, 2005.

Tapia, Luis, “Las temporalidades de la política post electoral” en *OSAL*, núm. 21, CLACSO, Buenos Aires, 2007.

Teodori, Massimo, Las nuevas izquierdas europeas (1956-1976), Blume, Barcelona, 1978, tres tomos

Thompson, E. P., “The particularities of the English” en *Socialist Register*, Vol. 2, Londres, 1965.

Thompson, E. P., Miseria de la teoría, Crítica, Barcelona, 1981.

Thompson, E. P., Temps, discipline du travail et capitalisme industriel, La fabrique, París, 2004.

Thompson, E.P., “Historia y antropología” en E. P. Thompson, Agenda para una historia radical, Crítica, Barcelona, 2000.

Thompson, E.P., La formación de la clase obrera en Inglaterra, Crítica, Barcelona, 1989.

Thwaites, Mabel, La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción, Prometeo, Buenos Aires, 2004.

Tilly, Charles y Sidney Tarrow, La política del conflicto, Mondadori, Roma, 2008.

Torres, Juan “Las piezas del puzzle venezolano” en *Memoria*, núm. 215, México, enero de 2007.

Trebisch, Michel, “Henri Lefebvre et l’autogestion” en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, Paris, 2003.

Tronti, Mario, “La fabbrica e la società” en *Quaderni rossi*, Roma, núm. 2, 1962.

Tronti, Mario Obreros y capital, Akal, Madrid, 2001.

Tronti, Mario Sull’autonomia del político, Feltrinelli, Milán, 1977.

Tronti, Mario, “Clase y partido” en *Classe Operaia*, núm. 10-12, diciembre de 1964. pp. 2-6.

Tronti, Mario, “Il piano del capitale” en *Quaderni Rossi*, núm. 3, Roma, pp. 44-73

Tronti, Mario, “Lenin in Inghilterra” en *Classe Operaia*, núm. 1, Roma, febrero de 1964.

Tronti, Mario, « Noi operaisti » in Giuseppe Trotta e Fabio Milana, L’operaismo degli anni sessanta. Da Quaderni Rossi a Classe Operaia, DeriveApprodi, Roma, 2008.

Trotsky, León, “Las lecciones de la Comuna” en *Zlatoousté*, 4 de febrero de 1921

Trotta, Giuseppe e Fabio Milana, L’operaismo degli anni sessanta. Da Quaderni Rossi a Classe Operaia, DeriveApprodi, Roma, 2008.

Turchetto, Maria, “De l’ouvrier masse á l’entrepreneurialité commune: la trajectoire déconcertante de l’operaisme italien” en Jacques Bidet y Eustache Kouvélakis (coords.), Marx contemporain, PUF, 2001.

Varios, “Uso socialista de la encuesta obrera” en *Quaderni rossi*, núm. 5, Roma, abril 1965, pp. 67-269.

Varios, Changer le monde sans prendre le pouvoir? Nouveaux libertaires, nouveaux communistes en *Contretemps*, núm. 6, Textuel, Paris, febrero de 2003.

Varios, Consejos obreros y democracia socialista, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 33, México, 1977.

Varios, Las izquierdas en la política argentina, Divino Tesoro, Buenos Aires, 2007.

Varios, Piqueteros Mosconi: cortando las rutas del petróleo, Ediciones Madres de la Plaza de Mayo, Buenos Aires, 2006.

- Varios, Reflexiones sobre poder popular, El Colectivo, Buenos Aires, 2007.
- Veil, Claude, “La revue Autogestion” en Frank Georgi (dir.), Autogestion. La dernière utopie ?, La Sorbonne, Paris, 2003.
- Vigna, Xavier, L’insubordination ouvrière dans les années 68, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2007.
- Weber, Max, Conceptos sociológicos fundamentales, Alianza, Madrid, 2006.
- Wright, Steve, L’assaut au ciel. Composition de clase et lutte de classe dans le marxisme autonome italien, Senonevero, Marsella, 2007.
- Zavaleta Mercado, René, Lo nacional-popular en Bolivia, Plural, La Paz, 2008.
- Zavaleta, René (comp.), Bolivia hoy, Siglo XXI, México, 1983.
- Zavaleta, René, “Cuatro conceptos de la democracia” en El Estado en América Latina, Los amigos del libro, La Paz, 1989.
- Zavaleta, René, 50 años de historia, Los amigos del libro, La Paz, 1998.
- Zavaleta, René, Clases sociales y conocimiento, Los amigos del libro, La Paz, 1988.
- Zavaleta, René, El poder dual en América latina, Siglo XXI, México, 1974.
- Zavaleta, René, La caída del MNR y la conjuración de noviembre, Los amigos del libro, La Paz, 1995.
- Zibechi, Raúl, Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales, Tinta Limón, Buenos Aires, 2006.
- Zibechi, Raúl, Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento, Espejo, México, 2004.